

JAIME COLSON

EL MAESTRO DEL VALE

NOVELA



CIUDAD TRUJILLO,
República Dominicana

1951

ira Montalvo

José Reyes 44

Ciudad Trujillo, R. D.



1712-10
Big
7/11/2018

BMPW
PD-RU
R0863.44
C 723m



10 - Dec, 1973

PROLOGO

No pretenda el lector de esta novela, hallar bellezas literarias en las páginas mías

Elevados pensamientos adornados con un lenguaje castizo, no hallarán oradores ni poetas que busquen modelos que sirvan de gusto al escritor. Antes al contrario, he procurado que mi lenguaje sea sencillo, propio de expresar los sentimientos de personas algunas de ellas pobres de instrucción si bien llenas de experiencia, y de otras personas absolutamente ignorantes.

He procurado pintar las costumbres del país a que me refiero en el lenguaje propio de personas vulgares, queriendo, al mismo tiempo que esta novela sirva para dar a conocer a los folkloristas las muchas variaciones que ha sufrido la lengua de Cervantes en cierta parte del mundo antillano.

Y como quiera que nada es bueno, que no sea útil y sin que por ello se me llame pretencioso es mi principal objeto corregir los grandes defectos que van labrando en aquel país, la desgracia de la juventud, haciendo peor la vejez, y más pobre a una nación que hoy debiera de estar a la vanguardia de todos los progresos humanos.

eg. No. 000790



Pero como sería difícil hacer una obra de esta clase, que pudiera interesar a todas las personas y en particular a aquellas mismas, que adolecen de faltas tan graves como las que he querido señalar, me he visto obligado a disfrazarlo todo o en su mayor parte con un lenguaje que llamaré chabacano jocoso, pasando algunas veces cuando es forzosamente necesario, a un estilo más puro, y un lenguaje más serio, tal cual me lo permite mi pobre ingenio.

Tan pronto trato de excitar la hilaridad del lector, pintando los vicios, como procuro encaminarle a la práctica de la virtud, haciéndole ver que la dicha se halla siempre en el camino del bien.

Sabios, pues, no trato de daros más experiencia, oradores, no pienso poner a vuestro alcance la elocuencia de un Cicerón ni de un Demóstenes; no vengo a regalaros nuevas galas de retórica, ni lenguaje más dulce que el de Garcilazo ni Quintana; pintores no os voy a describir escenas que nazcan del pincel de un Leonardo de Vinci o de un Miguel Angel, ni tampoco a vosotros, atildados escritores, el buen decir de un Cervantes Saavedra, ni de otros que como él, han llegado a la inmortalidad.

No, ni a vosotros inteligentes jóvenes, que pasais vuestro tiempo leyendo las obras de nuestros mejores clásicos, os vengo a regalar una novela amorosa, ni un poema patético, que me valga a ser de vosotros el autor predilecto.

No, mis queridos lectores, mi única gloria sería demoler la torre del vicio, y en su lugar edificar el santuario de virtud, desterrar las doctrinas del mal,

que nos envuelven entre sus sombras, y dejar que el radiante sol de la verdad nos bañe con sus fulgores.

Yo sé que muchos vendándose los ojos ante la realidad de todo cuanto encierra este libro no perdonarán la falta más trivial de mi descuidada pluma, muchos echarán de ver mi ignorancia con respecto a lo que en nuestro tiempo se llama erudición —tal como gramática, retórica, lógica, poesía, filosofía, economía política, derechos constitucionales, etc., etc.— que a fondo conoce el más lerdo de mis contemporáneos; dirían que nada predico contra los tiranos de los pueblos, aún cuando no existan, como acostumbran hacer en nuestro siglo los amantes del desorden, los enemigos de la paz.

Pero yo a mi vez le diré que prefiero no tocar la política, por no ser ella de mi agrado, y hacerles mi humilde confesión, declarándome completamente ignorante de ciencias, derechos y todo cuanto para honra y gloria mía fuera y jurándoles también que no conozco más tirano en el presente día que aquellos que forman los pueblos en donde ha dejado de existir el patriotismo y en donde han sentado sus reales la indolencia y la corrupción.

En los siguientes versos veréis, lectores, toda mi gran erudición:

*“Por si hubiere yo omitido
en mis elucubraciones
las mil bellas expresiones
del idioma por olvido,
aquí van enmendaciones.*

Si no he citado gramática,
retórica y poesía,
lógica y filosofía
en esta obra didáctica,
aquí van por cortesía.

Si he dejado la política
sin un solo comentario
es, señores, necesario
darle un poco a Doña Crítica
para que llene su armario.

De gramática allá va
eminente Bello al tope
y les presento al galope
al muy célebre Salvá
y también a Martínez López.

Pues de ellos tanto sé
que los he visto en mi vida;
toda regla se me olvida,
escribo zeta por cé
e y griega por i latina.

Ese por equis, señores
escribo sin distinción
y entre mil otros errores
omito el acento en on
de modernos escritores.

De las partes de dicción
yo conozco el adjetivo,
sin embargo el sustantivo,
no distingo en la oración
pues un verbo es luego vivo.

Retóricas de Hermosilla
Monlau, Zárate y Rueda

y si algún otro me queda
Salvá y toda su cuadrilla
las estudio como pueda.

En mis versos luego escribo,
en lugar de consonancia,
semirima, o asonancia,
que igualmente las concibo,
es decir en mi ignorancia.

Leo de un libro el fin, y acabo
al medio, sin ver principio,
cojo el rabo y dejo el cabo,
de suerte que, ripio a ripio,
no llego al cabo ni al rabo.

Recitar puedo a porfía
las figuras de optación,
Exclamación, transición,
alusión y alegoría,
pero sin explicación.

Más que el filósofo mismo
conozco enigmas oscuros,
y sin mayores apuros,
ni miro los silogismos
si los encuentro muy duros.

Les pruebo filosofía
con Sócrates y Platón,
y Aristóteles varón
de muy grande nombradía
y de Diógenes el burlón.

Los estudio con misterio
pues al más sabio comprendo
y pruebo que los entiendo,
mi gran falta de criterio
que estos versos van diciendo.

Políticos de nombrar
van Maquiavelo el astuto,
Cavour sabio y resolutivo,
Talerand, Thiers, Castelar
y Bismark el absoluto.

Conozco tanto su historia
que no sé en do vivieron
que ganaron, que perdieron
y sus laureles de gloria,
en que año los tuvieron.

Yo soy hombre inteligente
a obra y gracia de ignorancia,
y para darme importancia,
empleo, bárbaramente
las palabras de elegancia.

Dicen que tengo talento
y mucha sabiduría
los de la grafomanía,
y yo con tanta valía
estoy loco de contento.

Y con estos relumbrones
y farándula y bambolla,
hago grandes oraciones
que todo ignorante apoya
llamándolas "producciones".

Producciones! si lo son!,
ya lo creo!... como pocas...
pues llaman erudición
lo escrito a tontas y locas
sin sentido y sin razón.

Esto, me halaga señores!,
columbro un puesto en la historia,
pues ya me rinden honores
los grandes escritores,
sonreídos por la gloria.

Qué talento colosal
el mío! Qué erudición!
oh! qué ingenio original!
que nunca tendrá su igual
en la tierra de Colón!

Decid, pues, inteligente
lector, al entero mundo,
que en todo soy competente,
que soy un sabio profundo
cuya falta es ser demente.

Pero, esto sí, es de importancia,
decid que hay filosofía
en la gran demencia mía,
pues tiene sabiduría
quien conoce su ignorancia.

CAPITULO I

“EL MAESTRO”

En cierto lugar del mundo cuyo nombre me parece conveniente callar, vivía un respetable viejo llamado Juan Calderón, de unos ochenta años, según cuenta de él y de muchas personas que lo conocían.

Parecía pobre a juzgar por su traje, y su semblante grave, que revelaba un conocimiento profundo de la vida, daba todo esto a conocer que había pasado miseria sin cuento. Cualquiera que sólo se fije en apariencias exteriores, para dar méritos, le despreciaría en el momento de verle; pero el que tenía la dicha de escuchar su conversación, no podía fácilmente abandonarle.

No era hombre de mucha erudición ni de gran elocuencia, ni filósofo de los más profundos; pero era religioso sin comparación, como lo habeis de ver en los siguientes capítulos.

No creía como yo y muchos otros en las fuerzas ciegas de la Naturaleza, sino en un Dios que todo lo ha hecho y todo lo dirige. No tenía nada de científico; pero su lenguaje aunque sencillo, atraía al oyente, y lo hacía meditar en su conversación.

Su gran caudal de experiencia que tenía atesorada y del cual hacía tan buen uso era una fuente inagotable de buenos consejos para la juventud de esa época. El tonto que llegaba a los umbrales de su humilde choza, no dejaba de recibir algún destello de la natural inteligencia que alumbraba el cerebro de ese venerable anciano. No llegaba despravado donde él que no fuese para su casa, pensando en la manera de reformarse. No había alma atribulada que no recibiese dulcísimo consuelo al contarle sus penas, de ahí puede deducirse, pues, que este anciano era el sabio consejero de la vecindad en que vivía, y el querido amigo de cuantos llegaron a conocerle.

Tenía este buen viejo un compañero llamado Valle Benancio que, aunque ignorante en lo que se refería a letras era hombre de bastante sentido común, capaz de discernir entre el bien y el mal, errando muy pocas veces. Pero, de éste no voy a decir mucho por ahora, y sólo lo miento, porque en otra parte lo hallaréis mezclado en algunas conversaciones que sostenía el anciano con los viajeros que pasaban frecuentemente por el camino en donde él vivía.

No creo innecesario lector mío, dejarte saber que Juan Calderón o el Maestro, como le decía, el Valle Benancio, no dejaba de contar de vez en cuando algo con respecto a las costumbres de su país. Este ha sido, a la verdad el móvil principal que me ha inducido a escribir esta obra.

Principiaré a contarte, lector, del primer viaje que hice a la edad de veinticuatro años al interior buscando trabajo cerca del lugar en donde vivía el Maestro.

CAPITULO II

“LA POBREZA Y LA RIQUEZA”

Ya declinaba el día; los dorados rayos del sol bañaban las cumbres de las hermosísimas montañas que dejaba yo a lo lejos, prosiguiendo triste y solo mi larga travesía a pié por llanuras que parecían interminables, cuando llegué cansado, con un bulto, que tenía una muda mía, y con sueño a una casita, o bohío, como generalmente se llama en aquél país.

Una vela de cera encendida en un candelero de hoja de lata, en una mesa en que se veían libros viejos, alumbraba ese lúgubre recinto adonde pensaba yo pedir hospitalidad hasta el día siguiente.

En la puerta de su bohío, sentado en un banco, se encontraba el viejo ya mencionado, indio de color y no muy alto, ni muy bajo tampoco.

Vestía una chamarra azul y unos pantalones amarillos.

No bien llegara yo a la puerta del bohío cuando este viejo me estrechó la mano suplicándome que me sentara, por parecerle que estaría yo muy cansado, como efectivamente era y según acabo de decir en otra parte.

De buen grado acepté esta oferta de benevolencia, y no tardé en pedirle me dejase pasar allí la noche, favor que gustoso me concedió, buscándome al efecto todas las comodidades que había en su pobre



habitación. Y tanta fué la amabilidad que me mostró él, que yo no sabía como expresarle mi gratitud.

No encontraba palabras suficientes para ello, me parecía que era imposible encontrar frase alguna que le pudiese dar a entender cuanto me sentía su deudor. Sólo tuve que decirle: "Muchas gracias mi señor"; no podía decir más nada, tuve que contentarme con tan sencilla expresión de gratitud a quien, sin haberme visto ni una sola vez en mi vida, sino esa noche por casualidad. A nadie debe extrañarle lo que a mí me pasaba; es muy natural, el hombre que piensa mucho y siente mucho, dice poco.

Algunos momentos después cuando ya me había recobrado de mi agitación y podía hablar con más calma, daba a conocer otra vez en palabras expresivas mi agradecimiento por su bondadosa hospitalidad. Tanto era el cariño que yo principiaba a sentir por mi buen amigo, que acabé por rogarle esa noche me dejase permanecer con él aunque fuera un mes, para poder imitar sus grandes ejemplos de virtud que se hacían ver en su conversación y de los cuales yo había tenido un testimonio tan claro, al aparecerme en la puerta de su pobre vivienda. Este favor tampoco me lo negó, antes al contrario me manifestó que yo sería un buen compañero para él, todo el tiempo que yo deseara permanecer allí; solamente me dijo que lo único que él sentía era que yo durante ese tiempo debía vivir bajo el techo de tan mísera habitación.

Le dije que eso no debía inquietarle ni por un momento, pues yo había vivido en toda clase de habitaciones, buenas algunas veces, pero las más de ellas malas, de manera que estaba ya acostumbrado a la

humildad de la pobreza, y a no despreciar los harapos de la miseria.

Al viejo le gustaron mucho estas palabras, y en prueba de ello, me dió un abrazo diciéndome lo siguiente que trataré de conservar en mi memoria mientras viva como uno de los consejos más sabios que había oído y que me ayudó poderosamente a hacerme feliz hasta el presente día.

Oh, sabio mancebo, me dijo, trata siempre de conservar esa manera de mirar las cosas terrenales, pues de ello depende tu felicidad en todos los cambios del tiempo. Si llegas a tener cuantiosa fortuna, no desprecies la pobreza, ella no es afrenta para el hombre ni el castigo más severo que puede la providencia mandarle; la pobreza si bien no es el estado preferible para el hombre, empero es la escuela de la experiencia, en donde puede uno contemplar más de cerca las diferentes faces de esta vida pasajera.

La pobreza es que enseña al hombre a tenerle compasión a sus semejantes, pues solamente aquel que ha pasado por el crisol de las tremendas vicisitudes, es el que puede juzgar con certeza los sufrimientos de la vida, la pobreza, no la miseria, es que produce la conformidad y dá reposo al alma, dá esperanzas, y hace huir de la mente los lúgubres pensamientos que tienden a ofuzcar la razón, impidiéndole al hombre pensar en la manera de mejorar su suerte.

La pobreza nunca se retira a un rincón a lamentar su desgracia, si lo hace no dará un paso hacia su felicidad. La pobreza es, en resumen, la escuela en donde el hombre aprende prácticamente lo que es felicidad o desgracia, en donde realiza el consuelo de la

Religión, y pone en práctica las virtudes que deben adornar su alma para que salga a toda prueba triunfante ante la faz del mundo, que siempre está a la vanguardia de la censura.

Pero debo también advertirle que, si bien he dicho que no despreciéis la pobreza, no te aconsejaría nunca de quedarte en un estado de inmovilidad prefiriendo los harapos de las miserias, a los suntuosos vestidos de la riqueza, ni lo uno ni lo otro, puede proporcionar la verdadera felicidad. La medianía es el mejor estado de la vida.

La cumbre de la riqueza se encuentra rodeada de inquietudes y sufrimientos. Allí se encuentra el temor, sus horrores, se encuentran allí enfermedades de estómago, minando la existencia, se encuentra constantemente la envidia y muchas veces hasta el crimen. Por consiguiente no hay felicidad segura en la cumbre de la riqueza, las comodidades de la vida se encuentran si en grande escala; las aspiraciones, hasta este punto, están colmadas, pero la causa de las desgracias que allí se encuentran, es el temor de que se pierdan las riquezas, y la misma existencia, por las malévolas invenciones de la envidia; son las enfermedades que traen consigo la ociosidad y los vicios de una brillante posición, la discordia que se levanta en la partición de bienes; o la ambición, que resulta de la sed de oro, es en fin, el crimen que a veces se perpetra, para colmar deseos crueles de tener fortuna.

Ay! cuantas miserias hay con raras excepciones en la mayor parte de las opulencias! El tierno vástago de una ilustre familia, empalidece y muere por faltarle ejercicio al aire libre, que dió Natura, para la

existencia del hombre; y si vive, tal es la inútil educación que se le dá, tal es la indolencia en que se cría regularmente que llega a una edad madura incapaz de hacerle frente al más trivial de los contratiempos que inesperadamente y a menudo se le presentan al más dichoso de esta vida insegura, en donde la fortuna es caprichosa y la debilidad y la muerte son inevitables; entonces en la vejez no puede ayudarse física ni moralmente.

Todo se le hace difícil; obstáculos sin cuento le detienen ante la empresa más insignificante; se avergüenza de la pobreza, desprecia la humillación, piensa en su pasada grandeza, se entrega al llanto y muere abandonado de todos— si no se suicida— a causa de su indomable orgullo en la más abyecta miseria! Tal es generalmente el fin de la grandeza que tanto se anhela.

“LA POBREZA”

Veamos ahora la aterradora faz de la pobreza sin esperanza! Veamos esa hornaza, en donde se pondrá a prueba las virtudes del hombre; veámosle a éste luchando con los contratiempos que a cada paso se le presentan en la penosa jornada de la vida. Ved su honor en peligro! Su moralidad al borde del precipicio de la corrupción! Cuál triunfará, la moralidad o la corrupción? Difícilmente podremos dar la contesta... El hombre débil por la necesidad, se encuentra muchas veces obligado a ceder a la presión que sobre él ejerce la mano cruel del infortunio, a no ser que

tenga una integridad firme sostenida principalmente por la Religión, esa columna incommovible adonde va a reclinarse el espíritu desfallecido, hasta recuperar las fuerzas perdidas. Así únicamente es que puede el hombre pobre detenerse ante la tentación, para escuchar esa débil voz, que se llama conciencia; escuchándola es que puede uno salvarse de la senda de la perdición moral.

Y cuánto no sufre el de la miseria, este último grado de la pobreza! cuántas dilaciones! cuántos desprecios! cuánto deshonor!

En medio del bullicio de una gran ciudad va un padre de familia, a quien persigue la miseria, buscando trabajo para comprar pan a sus queridos hijos, algunos aún inocentes, que a gritos, se lo piden, sin tener en cuenta la penosa situación de ese padre desesperado. Va de puerta en puerta pidiendo trabajo: en ninguna parte encuentra; llega a una taberna en donde se reúne con toda clase de hombres desmoralizados; se sienta en un banco cerca de una mesita, alrededor de la cual se encuentra un grupo de jugadores; éstos le incitan a tomar parte, y él declina; mas ¡ay! medita un momento en su triste condición; sabe que en su casa se carece de pan; ve que sus esfuerzos todos han sido inútiles para obtenerlo: principia a desesperar pero se le presenta la tentación, impartándole un último rayo de esperanza: El juego! se decide; pero ve que no tiene ni un centavo: sin embargo se lanza; ha ganado algo; se retira y les lleva pan a sus hambrientos hijos, se siente feliz, por un momento. ¡Ah! pero es un vicio que ha contraído; entonces exclama: ¡qué he hecho Dios mío!, siente atormentada la conciencia;

quiere olvidarse de lo que ha cometido, y recurre a la bebida, dos vicios ya tiene, y éste último es el más desastroso de todos. La esposa no acostumbrada a verle en un estado ebrio, principia a afligirse de la triste condición de su marido, ¡oh desgracia entonces!

.....

Al otro día sale el marido en busca de trabajo, encuentra, gana tres pesos, y tarde en la noche pasa por la taberna, ve que están jugando, se aproxima, se acuerda con qué facilidad ganara algunas monedas el día anterior y la tentación le obliga a sucumbir a su influjo poderoso; mas ¡ay! cuán diferente es la suerte esta vez! ella le niega su auxilio, y pierde todo lo que ha ganado con honradez, menos diez centavos que, para olvidarse de su desdicha, se los bebe de ron. Llega borracho a su casa y rabiando, quiere matar a su amante esposa; los hijitos gritan, pidiendo socorro al vecino. Al otro día el marido avergonzado, se arrepiente y promete reforma; mas ay!, imposible! los vicios están ya arraigados, y no hay nada tan dulce para un alma corrompida como los vicios. De día en día él se le ve empeorar, y la pobre esposa, lleno su corazón de amargura; su físico ya una sombra, por falta de alimentos; contempla horrorizada a su marido: ve lo que en el porvenir les espera a sus tiernos hijos, y muere, bajo el grave peso de sufrimientos morales.

Viene el marido, contempla el yerto cadáver de su esposa, piensa en el crimen que ha cometido, pero vuelve como de costumbre a la bebida, pues no puede olvidarse de ella; parece que sus ojos enrojecidos quieren brotarse de sus órbitas, y como un ser perseguido

de espíritus infernales, pone fin a su desgraciada existencia.

Quedan los hijos abandonados a la crueldad del mundo, del mundo frío e indiferente; unos van por un lado, otros por otro. La hijita que era la joya más preciosa de la familia, se ve condenada a vivir con personas de la más baja ralea, que le inculcan las ideas más perniciosas a la moral, y acaban por vender su honor a algún ser depravado que, sin piedad alguna, la abandona a la más abyecta miseria en donde ella, oprimida por la necesidad, sigue la carrera; sin consuelo ni esperanza, sin religión y sin Dios; se entrega a todos los vicios imaginables, y muere despreciada por el más despreciado de la sociedad.

Ya ves mi querido amiguito, que ni la riqueza ni la miseria es apetecible: que ninguno de estos dos estados de la vida puede brindarnos verdadera tranquilidad de alma, ni puede preservar la virtud.

Me preguntarás entonces, ¿cuál es el estado mejor? y en contestación te diré, hijo mío, que en la vida hay tres que son: La opulencia (o la riqueza), la medianía, y la miseria (o la pobreza), la primera y la última vienen a ser los extremos peligrosos, la segunda es el término medio, en donde el hombre no es rico ni pobre, ni recibe honores ni merece desprecio, ni siente el vértigo de un elevado puesto, ni gime bajo la opresión de ningún tirano, ni es delicado ni es tosco, ni tiene caprichos extravagantes, ni se sacia de los placeres, ni se priva de diversiones; en fin es el estado en donde no se sufre ni física ni moralmente, en donde no hay esplendor que cause envidia ni harapos que causen asco, sino en donde el hombre vive una vi-

da, que parece ser, y sin duda lo es, la que el mismo Dios ordenó para su felicidad.

Este es el estado de vida hacia el cual te aconsejaría dirigir siempre tus miradas y concentrar tus esfuerzos. En él encontrarás la dicha si eres poco ambicioso; la tentación no podrá seducirte ni los vicios podrán dominarte si tienes religión, y sabrás consolar al afligido, ayudar al necesitado, aconsejar al que yerra y respetar el buen nombre del prójimo, quien quiera que sea, hasta el punto que éste y todos los que te llegaren a conocer, te tendrán verdadero cariño, te amarán por tus virtudes.

CAPITULO III

“LA GRATITUD”

Después de oír tan buenos consejos, y a mi parecer tanta sabiduría, aunque en lenguaje tan sencillo, en boca de un hombre de tan humilde apariencia, me quedé atónito; yo no sabía qué pensar; créime que me había topado con una sabia divinidad, con una Minerva, bajo forma de ese anciano. Me contaba por dichoso en haber pasado por aquel camino; pues veía en ese amigo, el Mentor de mi juventud. En él veía quien había de inculcar a mi mente los más sanos principios de la moral, adornar mi alma con las más preciosas virtudes, y enseñarme el escudo de éstas, la santa religión de Cristo.

Respetable amigo, jamás olvidaré los buenos consejos que acabais de darme, pues estoy seguro que mientras los siga seré feliz. En todo lo que habéis dicho, resplandece la verdad que da la experiencia, y se ve la filosofía de una observación provechosa. Podéis estar seguro que las palabras que de vos he oído no han de ser como semillas regadas en terreno estéril; pues siendo mi mente siempre ávida por el saber, y mi alma dispuesta a recibir lecciones de virtud, sabré atesorarlas para siempre en mi memoria, a fin de librarme de las fatales consecuencias, que según habéis advertido ya, traen los extremos de la vida.

Vuestros consejos tienen mucha semejanza con los que, desde mis más tiernos años me ha venido dando mi querida madre; ella ha deseado que en mí se reúnan todas las virtudes que causan respeto para el hombre y hacen la felicidad de este mundo.

Por lo tanto esta unificación de sentimientos, no puede menos que producir un resultado beneficioso para mí; pues viene de dos seres, dignos, por todo concepto, y el otro, por sus venerables canas y la sinceridad de su expresión, que revela un alma que sólo piensa en el bienestar de sus semejantes.

Mientras más converso con vos, menos deseoso me siento de abandonar esta casa; con vos quisiera vivir toda mi vida, quisiera trabajar a vuestro lado, recibir vuestros consejos y probaros no con palabras mi eterna gratitud.

Voy, dijo el anciano, a interrumpir por un momento la conversación tuya, porque acabas de decir algo que no quisiera yo dejar pasar sin un pequeño comen-

tario; no es que dudo de tí; pero la generalidad no prueba nunca en sus acciones, lo que dicen de palabra.

Cuántas veces no hemos visto a personas en la miseria, ayudadas por algún alma caritativa, cuántas no hemos visto a jóvenes pobres deseosos de trabajar, protegidos de diferentes maneras por algún señor benévolo, cuántas no hemos visto a personas enfermas recibir en lo más agudo de sus sufrimientos, cuando más necesitan atenciones, el cuidado más atento, y el más dulce consuelo de un alma cristiana, y cuántas no se olvidan de todo esto, ¡ay! y de quienes hemos oído las más sagradas promesas de gratitud salir de los labios de los que tales favores reciben? Pero cuántas veces no hemos visto presentarse la ocasión para que estas mismas personas dieran un testimonio de su gratitud, y las hemos visto alejarse de sus bienhechores como si fueran desconocidos?

Parece que el Cielo ha ordenado que las buenas obras sean las más de las veces recompensadas en este mundo con la ingratitud a fin de que no tengan por móvil el interés sino que sean impulsadas puramente por la benevolencia; pues claro está que si con otro valor se nos devolvieran siempre los favores que hacemos, no tendría mérito nuestra filantropía; sería muchas veces el interés y no la piedad; sería casi un negocio comercial y no un acto humanitario. Quiero decirte con esto, que no espero recibir nunca recompensa alguna por las obras de bien que hago; me lo inspira el amor que tengo para mis semejantes.

¡Ay! joven mío, verás en la experiencia que adquieras que pocas personas hay que prueban gratitud en sus acciones; el agradecimiento es una virtud, como

puede también reputarse un crimen la ingratitud; verás que la virtud es siempre muy escasa, y en todas partes el crimen es común; debo advertirte, pues, que en los años que tienes para vivir, verás que una buena acción, no siempre se paga con otra buena; pero no por eso dejes de hacer las que puedas, aunque sepas de antemano que no recibirás agradecimiento alguno; has de saber que el que obra bien en la tierra no hace más que cumplir con un deber de humanidad.

En eso entró una mujer de unos treinta a treinta y cinco años de edad con dos platos de comida; harina de maíz con dulce y plátanos amarillos fritos, que puso sobre una mesa que estaba en un cuarto contiguo; enseguida puso dos platos y sus correspondientes cubiertos, dos tacitas y un jarrito de leche.

Dos sillas de guano arrimó el maestro a la mesa y me invitó a comer de ese manjar sencillo. Como nuestra cena era ligera, nos retiramos a dormir poco después, y en un aposentillo, a donde me condujo el maestro, había dos camas hechas con trozos de caoba y tablas de palma, en las cuales había unas esterillas de junco y unas almohadas bastante buenas.

Cerca de una de estas camas había una mesita con una vela de cera metida en una botella que servía de candelero, y también dos libros grandes con un par de espejuelos encima de ellos. En la otra, yo había de dormir esa noche, y lo hice sin preguntar de quién era ni cómo se hallaba allí, aunque me extrañaba mucho el que habiendo tan solo un viviente al parecer en ese bohío hubiera dos camas. Yo no sabía que un peón vivía también allí.

Parecióme que la Providencia me había dirigido a aquel lugar, pues todo venía tan acomodado a mi situación.

Todo era en verdad, muy providencial; pero con respecto a la cama, mis pensamientos iban a aclararse al otro día como en otra parte veréis.

El maestro después de enseñarme la cama en que yo debía dormir, se sentó en la suya y se quitó la chamarra. Acercó a la mesa una silla y, sentándose, abrió uno de los libros y se puso a leer un largo rato; entonces lo cerró e hincándose al lado de su cama parecía que oraba cual un hombre muy devoto; luego de hacer esto se acostó.

Buena seña decía yo para mí. Este sí me parece un hombre bueno y sin duda lo es, por la conversación que he tenido con él en toda la noche.

Propúseme entonces pedirle al siguiente día algún trabajo, pues me pareció ver esa noche a la claridad de la luna y por una puerta que daba al patio, unas labranzas de no poca consideración. Mi objeto principal era conocer bien la vida de un hombre tan singular.

Así es que esa noche, sin embargo de sentirme cansado, no podía conciliar el sueño, pensando en todo cuanto había visto y oído allí y principalmente en lo que había oído, como también en la proposición que había de hacerle yo el día siguiente.

En compañía de este hombre cuyos consejos me parecían tan buenos y que obraba de conformidad a ellos, veía yo realizado el más precioso ideal de mi vida, que era de ser sabio y virtuoso; pues he creído

siempre que en esto sólo es que consiste la superioridad de un hombre a otro hombre.

CAPITULO IV

“GRANDEZA DE NATURALEZA”

Al otro día, antes que el sol asomara su disco en oriente y cuando la luna, rodeada de estrellas se veía como reina del cielo y cuando la calandria me anunciaba con dulce melodía la llegada de un día hermoso y sereno, me levanté con mucho silencio, creyendo que el maestro dormía, y yo iba a respirar el fresco ambiente cuando vi de repente a la claridad de la luna un bulto que mucho se me parecía a mi respetable amigo parado en medio de un cercado muy grande que se unía con el patio.

Fuí acercándome poco a poco para asegurarme de que era él, y resultó que mis ojos no me habían engañado. Buenos días, mi señor, le dije. Buenos días joven me contestó; pero quiero saber por qué te has levantado tan temprano?

Contestéle que yo acostumbraba siempre levantarme a esa hora para tomar el fresco y aspirar de los árboles el oxígeno, y si no le molestaba, lo seguiría haciendo mientras permaneciese con él.

Ningún inconveniente tengo, mi querido amigo, en que lo hagas; pero sólo te pondré una condición y no por eso debes enojarte: que al hacerlo, me dejes solo por algunos momentos, es decir, hasta que te llame,

pues me gusta el silencio de la mañana para contemplar la Naturaleza y meditar en la soledad.

Decidme, le dije, y no me llaméis curioso, por qué os quedáis tan tranquilo mirando por todas partes como una persona que está viendo algo que nunca ha visto?

Has dicho la verdad, me contestó él; yo miraba por todas partes y veía cosas que nunca había visto, tal es la grandeza de la Creación, que todos los días aparece algo nuevo que llame la vista del hombre observador, sea en el río, en el arroyuelo o en la fuente; en el cielo cuajado de estrellas, mientras desciende tras el bosque umbrío la melancólica luna; sea cuando viene la aurora tiñendo de rosa el oriente y el glorioso sol tras ella en su regio carro de nubes de diferentes colores se levanta dando luz y calor a la Naturaleza toda, al animal, a la planta y a la flor.

No me canso de admirar en Naturaleza ese orden y esa simetría, al contemplar esa bóveda celeste, toda cubierta de estrellas, y en la blanca playa el vastísimo mar, no puedo más que pensar en mi pequeñez, y en la vanidad del hombre material, que no ve que su única grandeza está en su cerebro.

Muchas preguntas me hago; mucho trato de investigar; pero veo a cada momento que sólo viene a ser pobres esfuerzos de la humana inteligencia, y que el hombre por mucho que trate de profundizar los arcanos de la Naturaleza, jamás llegará a saber cuándo fué el principio y cuando será el fin. Cuanto más se esfuerce en profundizarlos, tanto más insondables los encontrará y sus estudios todos contribuirán tan solo,

si es verdaderamente sabio, a hacerle ver con más claridad su completa ignorancia y su pequeñez; pues mientras más brilla la luz, más objetos aparecen a la vista y a más larga distancia se puede ver. Así mientras más se ilumina el cerebro del hombre, más dilatados le parecen los horizontes de la ciencia. Como un grano de arena en la inmensa orilla del mar, comparo yo al hombre, y a todo animal, que se mueve sobre la tierra.

Estas son a menudo mis reflexiones; veo cuán pequeño e ignorante soy en un mundo tan grande y hermoso. Así me contemplo a mí mismo, y todo a mi alrededor, y en silencio y meditación profunda me digo: Lo que veo es efecto de una gran causa, llamémosle Dios o Providencia Divina.

Cada palabra que salía de la boca de este anciano, la recogía yo con avidez, para atesorarla en mi mente como joya preciosa de una inteligencia iluminada con la luz esplendente de la verdad. Cada vez que me fijaba en su venerable semblante, notaba yo que en sus ojos brillaba algo como una chispa divina, y me decía: Así mismo debían de ser los del Gran Maestro!

CAPITULO V

“FIESTAS SIN POLICIA”

Al cabo de esa larga, pero sustanciosa conversación del Maestro, nos retiramos a un lugar cerca de la casita en una especie de enrramada, a tomar el café que nos trajo la mujer, que en otra parte ya se conoce; y



apenas llegamos al último sorbo, se nos apareció un hombre con todo el rostro cubierto de sangre, implorando al buen anciano a que le vendara la herida. El Maestro, sin preguntar la causa de la desgracia, pues era espantosa la sangre que corría, salió, sin perder tiempo, con dirección a la casita y trajo unos paños de hilo y una botellita de árnica; sacó unas tiras; las empapó con el líquido; lo vendó y esto produjo tan buen resultado, que el herido estaba en disposición de irse para su casa; el Maestro entonces le rogó le informase algo del lamentable suceso.

Bueno, contestó el hombre, uté sabe que anoche, al oír la tambora, me juí ai fandango de Siñó Manuei allá ceica dei río, y dipué de tomar alguno trago, e ron se me jué a la cabeza, y a un hombre que taba cantando, y ai mimo tiempo tocando la guira, le dige aigo que a ei no le gutó, y no pusimo de palabra, cuando en eso bino ei Vale Benancio, ei pión suyo, a decime aigo dei conuco que éi pensaba tumbai ei me que biene (poique éi e muy trabajadoi) ja! como éi no lo hay en toda la República)... Pero señor, interrumpiéndole dijo el Maestro con aparente calma, cuándo principiará Ud. a contarme algo de esa herida? Tantas son las digresiones tuyas, que ya se ha olvidado usted del tema principal. Vamos, dígame lisa y llanamente los pormenores de ese acontecimiento, que después hablaremos del Vale Benancio y su conuco.

En eso llega el Vale Benancio, el peón que vivía con el Maestro, y de quien era la cama ya mencionada, no extrañándole ver al herido allí, buscando alguna cura le dijo, saludando a todos: te binite a bendai?

Sí, contestó el herido, bine a bei si éi Maetro me daba aigun remedio pa la heria que uté sabe, me dien eta mañana en la bela de Siño Manuei; y agora le toi contando ei cuento como pasó.

Interrumpió a éste el Maestro, diciendo al Vale que contara el cuento él, pues el hombre se dilatava en hacerlo, cayendo en digresiones que no venían al caso.

Bien, principió el Vale diciendo, uté sabe Maetro, que ete señoi cuando ba a una bela ofrecía, o fieta de acoidión, güira y tambora, se pone a tomai muchísimo, se la da de guapo, diciéndole grosería a toa la gente, y jata pecosá da aiguna bece, dipué se manda. Toa la gente, uté sabe, no etá dipuesta a recibir grosería...

Juanico (el nombre del herido) y yo, continuó el Vale diciendo, hablamos de un conuco que pienso jacer mui pronto, cuando un hombre con un garrote apareció, y le dió poi detrás un garrotazo a Juanico en la cabeza, y lo dejó en ei suelo sin sentío, y se mandó. Yo lo levanté y lo senté; parece que el garrote tenía filo, pues le chorreaba la sangre. Juanico le diría aiguna grosería al hombre ese, pero a poco rato se alivió dei goipe y se bino pa cá.

Eso le pasa a to ei maicriao, dijo el Vale Benancio, y a lo que no son maicriao también, agregó Juanico.

Es la verdad, observó el Maestro, lo que dice Juanico; pues las fiestas del campo no son luego cuidadas por policía alguno y van a ellas hombres pelesones, armados de cuchillos y puñales, que clavan al más pintado.

Y en esa fieta, dijo el Vale Benancio, se juega baraja y se emborracha uno; se encuentra uno en discusiones que conducen a letigio, y resultan de gracia ma de lo que uno se puede imaginai; mucha bece digo que me boi a dejai de ir a esa fieta; pero e imposible poi-que necesito aigo de bece en cuando con qué dibeitime; Jesucrito memo dijo, y e mucha beidá, que el hombre no bibe solamente de pan; dijo otra cosa, pero como no viene ai caso, lo dejo a la biata de la Iglesia, a quien pue combenile ma; necesito aiguna dibeisión juera la casa; no sé leí, por ejemplo como uté, poique si supiera lei, eso sería bastante dibeision pa mi, y tuhiera aprendiendo mucha cosa que inoro, que son de mucho provecho pa ei critiano; uté ya be que no se pue cuipai con razón a lo que ban a esa dibeisión; la inorancia precipita el hombre a la de gracia por bucai el placei.

Tienes mucha razón querido Vale, dijo el Maestro, aunque sí me parece que el hombre debe hacer todo sacrificio a fin de evitar la desgracia... Pero tus bien concertados argumentos despiertan en mi mente nuevas ideas acerca del bien inmenso que ofrece la enseñanza popular; es muy positivo pues que difundiendo la luz del saber en todos los rincones del país, y poniendo en todas las escuelas como textos las obras de moral y de economía, se llega a realizar en poco tiempo el ideal más precioso que ha concebido la mente del hombre sabio, y es el de hacer a sus semejantes comprender cuál es el verdadero valor del ser en la vasta extensión de la Naturaleza; es hacer al hombre conocer que los goces del alma, o del espíritu son superiores a los de la carne, y que éstos, si son lícitos, necesi-

tan un freno, que es la moral. El hombre que se entrega, sin mesura a los goces de la carne, ignorando los del alma, sólo es intelectualmente superior a las bestias por la mera razón con que su Creador le ha dotado; fuera de esto, lo gobiernan los instintos de un salvaje animal; se despedazan unos y otros como fieras; encuentran placer en la glotonería, y su mayor deleite es en los goces sensuales.

.....

Mientras el Maestro conversaba con el Vale, me fijaba de vez en cuando en el semblante de Juanico, y podía ver que no le agradaba nada la conversación que sostenían aquéllos dos; y tan pronto le fuera posible, se despidió, dejándonos a los tres en la enrramada para que habláramos cuanto nos plugiera sobre el acontecimiento que le había obligado a llegar allí.

La criada, que ya sabía que al viejo no le gustaba una interrupción cuando estaba conversando, se dilató en traer el café. Cuando lo hubo traído, cada cual bebió la suya de prisa; el Vale bebió el suyo sentado y tomó ruta para un conuco que había a través de un cercado, que había frente a nuestra humilde vivienda.

El anciano y yo entramos en la casita, y entonces vine a saber cuál había de ser la ocupación mía durante mi permanencia allí; pues de esta manera principió el Maestro a hablarme:

Ahora, mi querido jovencito, debemos hablar de aquello que es lo principal para mantener la honradez y la dignidad, y es el trabajo.

Debemos cultivar nuestro jardín espiritual con preferencia, pero debemos también cultivar nuestro



jardín material para cumplir con el bíblico mandato que dice: Ganarás tu vida con el sudor de tu frente; quiero decirte con estas palabras que no pasaremos la mayor parte del día hablando, sino que dedicaremos una parte de nuestro tiempo a nuestras faenas diarias.

Irás al rancho que está al lado de la cocina, y allí verás en un rincón muchas mazorcas de maíz; te pondrás a desgranar hasta las doce, teniendo cuidado de no desperdiciar ni un grano, y el maíz que hubieres desgranado lo pondrás en un barril vacío de los tres que allí verás.

La remuneración que pienso darte será ésta: Por cada barril que desgranes te tocarán cincuenta centavos; tendrás ropa limpia y comida gratis, en una palabra, por mi cuenta irá toda tu manutención. Así, lo que ganas, podrás guardarlo para el día en que quieras volver para tu casa.

Ya se me olvidaba... hay dos cosas que no podré suministrarte, dos vicios que no te podré satisfacer, si los tienes, que son el tabaco y el licor. Los vicios son mis grandes enemigos, puesto que ellos son la causa de todas las desgracias de la humanidad; fomentándolos yo, sería contribuir a la ruina de mis semejantes, lo que vendría a ser la carga más pesada para mi conciencia.

No Maestro, no se apure por ésto; no tengo vicios de ninguna clase, gracias al buen cuidado de mi madre, que también los considera lo más pernicioso para el hombre. Ella me daba siempre consejos de moral cristiana, y me decía que ron, baraja y gallos son tres vicios fatales; he seguido sus consejos, y me siento feliz, aunque la turba me critica porque rehusó tomar

parte en los bacanales. Mi decisión es firme, nada me inquieta, nada me hará ceder a la tentación, ni los contratiempos de la vida ni las burlas de los amigos me harán deslindar ni un solo ápice del buen camino, o del camino sin vicios; el camino del bien es el de la felicidad.

CAPITULO VI

“APODOS, GALLOS Y SALUDOS”

Obedeciendo al Maestro, me fuí a la casa indicada, y allí encontré todo cuanto él me había dicho. Púseme, pues, a la obra con gran alegría; pues me gustaba mucho trabajar; mas apenas había pasado una hora de encontrarme allí cuando vino el Vale Benancio, y sorprendido al verme desgranando maíz me dice: Qué jeto compai! Un jobencito tan buen mozo, y dei pueblo aquí deggranando mají! yo sé que e muy bueno de que trabaje el hombre, pero en beidá hay alguno trabajo que no le cuadran a cieta peisona. Sin embaigo, ello demuestra que uté un jóben muy juicioso que prefiere hacei cuaiquei trabajo, y no entregaise, como aiguno que yo conoco, a la pereza, queriendo mantenei un lujo, que no le peimite su boisillo, y que jace ri a cuaiquiera que tenga do deo de frente. Jamá en mi bida e bito una generación de joigazane como se ta lebantando hoy; ninguno quie trabajai; to quien sei caballero; quien sabei, pero sin etudiai; to quien seibí a la Patria, pero pa mamai. Lebantan la bo contra la tirania cuando tienen hambre; dicen que no hay libeítá, si no le dejan ensui-

taí a la gente decente, o le impiden hacei rebulucione. Ei mejoí oficio pa ello e la política; e lo que ma eperansa le da de bibi sin trabajai; Patriotimo ese jei letrero que lleba su establecimiento. Yo siempre e dicho que mejoí sería que dijeran patriomímo; poique de juro que no hay ni uno de ello que piense en la Patria sino en ello mimo; la Patria e la última que ocupa su pensamiento. Sei jaragane e lo que la mayoría quieren sei, esa e la sutancia de to su patriotismo. Agora dígame si no cre uté así no e la beidá? dígamelo en formalidá.

Si, Vale, yo estoy en creer que acabas de decir más verdades en este momento, que lo que han dicho los más sabios de la República en toda su vida. Me parece que ninguno todavía ha desarrollado ese tema como lo has hecho tú ahora; si yo no estuviera tan ocupado, seguiría la conversación de buena gana; todo esto ha sido siempre muy importante para mí, que he venido observando acciones semejantes, nada recomendables, por cierto, ante los ojos de la gente sensata, entre la cual debo, desde ahora, contarte a tí; pues tus observaciones merecen elogio. Dejaremos sin embargo la conversación, querido Vale, pues el hombre de conversar no se alimenta materialmente, ni mucho se recomienda si abandona el trabajo para conversar. Dicho esto, el Vale fué a un rincón de la casita, en que nos hallábamos, y tomó un machete que allí había e inmediatamente se marchó para el conuco; entre tanto seguía yo mi trabajo, y ya cuando era más o menos las doce, según lo indicaba el sol, que en medio del cielo se hallaba, tenía yo desgranado casi medio barril de maíz.

En eso venía una mujer aindiada, de unos treinta y cinco años de edad, con dos fuentes de comida; ésta se componía de harina de maíz con dulce, plátanos amarillos fritos, más un jarro de leche, que antes se había traído; ella puso estos manjares sobre una mesa que estaba en un cuarto contiguo; era este el comedor; estaba aquí en la mesa una sopera grande con un suculento sancocho de gallina. El Maestro estaba entonces entretenido haciendo unas esterillas de junquillo, pues esta era su ocupación diaria; en un banquito me senté, junto a él, y curioso como siempre era yo, hube de preguntarle cuánto ganaba con ese trabajo; él de buen humor, cosa extraña en un viejo, pues a pocos de ellos les gusta responder preguntas, me dijo que el Vale Benancio llevaba todos los sábados al pueblo una docena que importaba seis pesos; de manera que venía ganando sobre de esto un peso por día, más tres a cuatro barriles de maíz, de vez en cuando, y tres cargas de plátanos; éstos a peso y aquéllos a doce reales, le venían haciendo, por todo semanalmente quince pesos más o menos. El Vale ganaba la tercera parte; pues él sembraba los frutos y buscaba la materia prima para las esterillas.

En lo que hablábamos, el Maestro y yo, entró el Vale muy sudado; se cambió la chamarreta por una más limpia; levantóse el Maestro y nos convidó a comer, lo que no nos tuvo que repetir; pues teníamos ya mucha hambre. El Maestro, al acercarse a la mesa, se persignó, como bendiciendo la comida; lo pude comprender así; pues desde niño vi hacer lo mismo en casa de mis padres.

Principiamos, pues, a servirnos, cada cual a sí mismo, como nos lo dijera el Maestro, cruzando entre nosotros pocas palabras, mientras comíamos; así que terminamos, nos fuimos a sentar en la enrramada ya dicha; como de costumbre conversábamos sobre diferentes cosas; pero el Maestro varió la conversación preguntándome mi nombre, que en todo este tiempo ignoraba. Mi nombre de pila es Enrique Díaz, le contesté, pero soy conocido por el apodo de Quique; en verdad no sé como la gente no llaman a uno, después de crecido, por su nombre de pila; está bien que le pongan al niño apodo; pero cuando llega a ser hombre o mujer es otra cosa.

Hay apodos, me contestó el anciano, que le vienen bien a ciertos nombres como los de Pepe, Pancho y Fillo a José, Francisco y Félix etc.; los que no puedo nunca tolerar son aquellos como Babá, Tutú, Chichí, Pipí etc. Es que deja una mala impresión el apodo en la persona que oye llamar a un hombre por ejemplo Tutú o Chichí; disminuye el parecer el mérito o la autoridad del sujeto; y a propósito, voy a contarte un cuento muy gracioso que sé con respecto a una muchacha llamada Petronila, a quien como apoyo le decían Pipí. Esta joven se encontraba una noche con una de sus amigas en una reunión de señoritas inglesas y no recuerdo por qué tuvo la amiga que llamarla diciéndole: Pipí ¡ay! pronto mira... Las otras niñas, que no la conocían por Pipí, sino por Petronila, se ruborizaron y una de ellas, la tomó pronto de la mano, queriéndola introducir al aposento en donde le enseñaba un orinal; pero Pipí se oponía a entrar y preguntaba por qué tanto insistir; a poco rato, todas lanzaron estrepitosas car-

cajadas, pues comprendieron su error. Yo, como entiendo bastante el inglés, comprendí que la palabra esa significa una necesidad no muy propia para decir en alta voz en una reunión de señoritas.

Los padres, seguía diciendo el Maestro, debían de pensar en el nombre de cariño, o el apodo que le dan a sus niños, no vaya a ser que a éstos, les disluzca más tarde; dirán algunos que es difícil corregir esta costumbre; pero todo es fácil en esta vida, si se piensa en la importancia de las cosas.

Hay otra cosa que, como esto de dar apodos impropios, necesita corrección verbi y gracia, la mucha familiaridad que usan algunos llamando a cualquier amigo, Magistrado, Jefe, General o Ministro, sin cuadrarle ninguno de estos títulos; también eso de los de menor edad al saludar los de mayor edad empleando el ;Qué hay?, el ;abur!, el ;hola!, con una desfachatez que la ignorancia solamente la aplaude.

Maestro, le dije yo, así que él terminó de hablar sobre temas de tanta trascendencia para mí, que siempre las había criticado, deme su opinión sobre Galleras. Enseguida él me contestó lo siguiente:

Hijo mío, has tocado uno de los puntos más delicados de mis observaciones. Muchos llaman a las galleras diversión inocente; muchos las consideran un juego de azar muy provechoso, y lo prefieren a las corridas de caballos; yo creo que éstas últimas mejoran las razas, y aquéllas las empeoran; pues las gallinas de calidad son las pequeñas y los caballos más veloces son los de sangre pura.

Continuó el Maestro; el Municipio tolera esa crueldad, el padre de familia expone a la miseria al hijo y

éste sigue el ejemplo de su padre; los tres hundiendo la sociedad con las galleras, en donde el triste peón va muchas veces a botar dos o tres pesos, que le ha costado el sudor de una semana de trabajo. No es posible que una autoridad pueda hacer bien para un pueblo, dictando por una parte medidas de pura moral, y por otra parte, dando patente para un juego que es el corrompimiento de las sanas ideas.

Las galleras no son más que lugares en donde se desarrollan todos los vicios, en donde el lenguaje soez suple al decente, en donde el hurto suple a la honradez, en donde la mentira suple a la verdad, en donde la crueldad suple a la filantropía y, en pocas palabras, en donde el vicio suple a la virtud, la corrupción a la pureza, y en donde la religión no tiene acogida ni el honor ni la justicia respeto.

El padre da el ejemplo y el hijo sigue en los mismos pasos; tal es el árbol, así son los frutos; el mal ejemplo tiene sus imitaciones como los tiene el bueno también; el niño aprende, o hace, lo que ve y dice lo que oye.

Comprendo bien que el hombre necesita diversiones, comprendo que el aislamiento no es goce para todos; pues los gustos de la mayoría no son los gustos de la minoría; pero también comprendo que las diversiones debían ser inocentes o para el provecho físico como la pelota, o el intelectual, como el ajedrez abandonando completamente lo que tienda al vicio, la indecencia o la crueldad.

No acierto a comprender qué deleite puede encontrar una sociedad ilustrada en contemplar una escena como la pelea de gallos, a no ser que se confunda

el gusto de la ilustración con el de la barbarie; y en este caso; en qué podría fundarse esa preeminencia intelectual que es el orgullo de nuestro siglo? Qué barrera puede separar al cristiano del salvaje?...

Dirá alguno que no es la sociedad entera, sino parte, que apoya esta clase de diversiones; pero yo la confundiré toda; porque quien la apoya es quien tiene la dirección de la sociedad, y siendo cómplice la cabeza, lo es el cuerpo todo; la sociedad que se precia de culta; la sociedad que se respeta y que aspira a un puesto digno ante los ojos del mundo ilustrado, debe democráticamente elegir autoridades que sepan cumplir los deberes que impone la moral, o la religión; pues en donde se deja de respetar la moral, se camina hacia el retroceso, o la barbarie, que es la misma cosa.

CAPITULO VII

“LA CRUELDAD A LOS ANIMALES”

Cuando el Maestro abordaba un tema, seguía conversando hasta agotarlo por completo; así es que hablando él sobre las galleras, perdimos casi la tarde, y sólo pudimos trabajar muy poco.

El Vale Benancio cogió su machete y se fué al conuco; yo entré en la casita, ya mencionada, y seguí desgranando maíz hasta que el sol principiaba a ocultarse tras la montaña que desde nuestra habitación se divisaba.

Ya venía la criada con la cena; la puso en la mesa; cenamos harina de maíz, chocolate con leche, plá-

tanos y yautías blancas sancochadas; así que acabamos, fuimos a sentarnos a la puerta de la casa, frente a la carretera, cuando pasaba un hombre con dos caballos muy cargados; eran tan pesadas las cargas que uno de los caballos se cayó y no pudo proseguir caminando, por más que el hombre lleno de furia, y echando ajos le descargara palos al pobre animal.

El Maestro y el Vale Benancio le dijeron al que apaleaba al caballo: No ve Ud. que eso es mucha carga para el animal? Le daremos un mulo fuerte en su lugar, y Ud. a la venida nos lo devolverá.

Quitáronle la carga, y el Vale fué a un cercado próximo a buscar el mulo ofrecido; mientras tanto el Maestro, al quitársele el aparejo, descubrió un gran tumor en el espinazo del animal. ¡Ah!, exclamó el Maestro, esto y la carga muy pesada, son la causa de que la pobre bestia se resistiera a caminar.

Cuando el Vale trajo el mulo se le aparejó, y se le puso la carga; el dueño dió las gracias y siguió viaje al pueblo. Ya era tarde, y aunque la luna enviaba una claridad como la del día, nos fuimos de una vez a acostar.

Al ir yo al aposento encontré una cama más, y ésta, según me dijo el Maestro era la mía; la otra era la del Vale Benancio. Me acomodé pues, en mi cama, y no tardé en conciliar un sueño que duró hasta las cuatro del día siguiente, hora en que de costumbre me levantaba.

Después de vestirme salí y me senté en un banquito que se hallaba cerca de la casa clavado en la tierra. Allí contemplaba yo el cielo estrellado; otras veces me fijaba en el espeso ramaje de los bosques; me

divertía el chirrido del grillo y el continuo soplar del camaleón; todo me hacía sentir en esa soledad una especie de gozo y a la vez solemnidad; pensaba en lo vano de todo lo terrenal al mirar la majestad de la Naturaleza!

Pocos ratos después se levantó el Maestro, y se dirigió al cercado a que antes me he referido para contemplar, según ya me había dicho él, la Naturaleza! y se alejaba poco a poco; yo, no queriendo seguirle, pues ya él me había dicho que en esos momentos prefería estar solo, dirigíme a la cocina y me puse a hacer la candela; pero en eso se levantó el Vale Benancio, quien al verme en esa obra, me dijo que no era necesario que yo me ocupara en ello, que él estaba acostumbrado a hacer ese oficio, y que en un momento lo dejaría listo.

Volví a sentarme en el banquito ya mencionado, en donde oía con gozo inefable los alegres cantos de los pájaros saludando la Aurora que ya principiaba a teñir de rosa el oriente; sin embargo no me sentía enteramente satisfecho; una cosa me hacía falta y era la biblia, el amigo más íntimo de mi vida, el que me consolaba en cualquiera aflicción, que mejores consejos me daba en la desgracia; era que guiaba mis pasos durante el día; le consultaba siempre, todas las mañanas, antes de emprender las tareas cotidianas; en ese libro se encuentran no solamente los más sanos principios de moral y de religión, sino la relación de acciones heroicas de grandes guerreros en favor de la razón y de la justicia, de sorprendentes milagros obrados por la fé y de hechos incomparables de virtud y de honor.

A cierta distancia ví al Maestro que venía con algo en la mano; fuí a encontrarle y entonces ví que era un pajarito que tenía un ala herida por alguno que andaba cazando; le dije entonces que podríamos curarlo, y siendo tan bonito como efectivamente era, venderlo a alguno.

El Maestro me contestó: Es verdad, buen hijo mío, que el hacer lo que tú dices no sería un crimen de horrorizar al mundo; pero sí para una conciencia cristiana sería un acto de crueldad; es verdad que el hombre es rey de la Creación, pero como tal no debía él privar a ningún ser inocente, de su libertad, ni menos a nadie de su vida; pero si la carne es necesaria para el sostenimiento del hombre, justo es que muera la bestia, que fué creada para tal fin.

Libres deben ser todos los seres de la Creación, que no son dañinos; sin libertad se vive triste, y quitar la libertad es quitar la vida. Las aves de bello plumaje son flores animadas que pueblan el aire; y las de dulce canto son los serafines de este mundo, que disipan nuestros pesares con sus divinas melodías; todo se ha creado con algún fin útil y agradable, desde el sol que rasga el velo de las tinieblas, las estrellas que embellecen la bóveda celeste y la luna que influye sobre el mar y la temperatura, hasta el insecto y el despreciable gusano, que se arrastran en la menuda hierba, esa verde alfombra de la Naturaleza.

Fíjate, continuó el Maestro en la crueldad de ayer tarde del hombre aquel del caballo que se resistió a caminar. Además de una carga muy pesada que llevaba el animal, tiene, como ya se puede ver, un gran tumor, sobre la carne viva del espinazo. Qué alma tan

cruel, la que cargó ese caballo, viéndole así enfermo, y aun más cruel todavía el hombre que le daba palos para hacerlo levantar.

No se debe tratar cruelmente a ningún animal que necesitamos a diario ni privar de su libertad a ser ninguno por el propio interés, ni menos por capricho ni por tiranía. Es necesario, pues, el tener sociedades de protección contra la crueldad de animales, amparadas por autoridades de un pueblo, que las apoyen, poniendo policías en las diferentes salidas de las poblaciones para registrar los animales, y hacer pagar la multa según la gravedad del caso.

Maestro, le contesté, teneis mucha razón en hacer estas reflexiones sobre la crueldad de la mayor parte de nuestros campesinos; algunos que no son dueños de los animales, les ponen tremendas cargas para aprovechar el alquiler que van a pagar, o si no el mismo dueño de él por ahorrar la mesquindad de unos veinte o treinta centavos de alquiler de un animal sin mateduras; personas así no tienen almas cristianas, no saben, o no quieren saber, que el ser que se llama irracional, siente tanto dolor como uno mismo, y siente hambre y sed como el humano; y por lo tanto, hay que ponerle atención si queremos servirnos de él.

CAPITULO VIII

“LAS VELAS O VELACIONES”

Ya cuando hubimos acabado de conversar el Maestro y yo el Vale Benancio tenía ya colado el café, nos

pusimos pues a calentar nuestros estómagos para luego emprender las tareas del día.

El Vale, tomando su machete y azada se dirigió al conuco; el Maestro a sus ocupaciones y yo a continuar lo que se me había señalado el segundo día de encontrarme en ese apetecible lugar.

Veía durante mi trabajo muchas cosas que llamaban mi atención, si bien nunca dejaba mis ocupaciones para fijarme en ellas. Sólo una vez durante el día tuve que levantarme para escuchar a dos hombres que estaban hablando sobre velas cerca del ranchito a donde acostumbrábamos ir a medio día, hablábamos de velas de nueve días de cumplémés, y de año y de velas ofrecidas en las cuales hay, según las fortunas de cada cual grandes comidas que se componen algunas de ellas, de puercos, novillos, amén de arroz, pan, harina de maíz, sin contar, cargas de víveres, como plátanos y yucas etc. para el sancocho; entonces de ñapa el café, azúcar, cigarrillos y casi siempre, algunas botellas de ron.

de arroz, pan, harina de maíz, sin contar, cargas de víveres, como plátanos y yucas etc. para el sancocho; entonces de ñapa el café, azúcar, cigarrillos y casi siempre, algunas botellas de ron.

En estas velas, sostenía uno de los hombres, hay luego heridos y muertos, de resultas de leves discusiones; pues concurren de todas partes como a una fiesta, gente buena y gente desordenada; seguía diciendo, en las que algunos van a comer y otros a robar y en las ofrecidas a bailar al son de guitarra, tambora y acordeón.

El otro sostenía que era una costumbre vieja, que

en los campos se celebraba así, y que el que no lo quería así estaba expuesto a que le llamaran pijotero; pues en las velas de cumpleaños se le daba al difunto lo que él se hubiera comido y bebido en los doce meses; que en las velas ofrecidas se juzgaba al que rezaba mejor, y se celebraba la fiesta: que se daba en honor de algún santo de la devoción del amo de la vela.

Con interés oía yo esta discusión; pues siempre censuraba las velas, y los desórdenes que ocurrían muchas veces en ellas; pero nada le dije al uno ni al otro, aunque sí me gustaban las observaciones del primero; yo dejé a los dos que discutieran solos, pues no iba a convencer al otro, que pensaba como piensa la mayoría de nuestra gente de los campos.

Venían a cierta distancia el Maestro y el Vale Benancio y salí a encontrarlos; fuimos entonces los tres al cuarto donde la comida nos esperaba; el Vale mudó su ropa, y enseguida nos pusimos a comer. Concluída ésta, nos fuimos a pasar las horas recias del día, debajo de la enramada; era entonces el momento de yo interrogar al Maestro sobre la discusión de los dos hombres respecto de las velas que en los campos se celebran.

Discutían esos dos hombres, le dije yo, sobre la mala y peligrosa costumbre de las velas. Yo no quería dar mi opinión, porque sabía que nada iba a ganar, y mucho iba a perder, oponiéndome a lo que hacía ley entre la gran mayoría aquí en nuestros campos; quisiera, Maestro, oiros hablar sobre este tema.

Respondióme el Maestro: Yo siempre he criticado la atrasada costumbre de las velas; pues éstas siempre me han parecido más una fiesta de alegría que un

acto de solemnidad. Son regularmente más concurridas cuando para ellas se anuncian los grandes derroches en las comelonas y en las bebidas; las mejores velas son las que se celebran por la noche; a ellas van los que quieren hacer buenas conquistas, o los que se las dan de guapos, resultando por consiguiente, en muchas ocasiones, puñaladas y hasta muertes.

Eso si e la beidá, agregó el Vale Benancio, y má en la Bela ofrecía, cuando etán bailando y le piden la dama, y no se la quieren dai: He bito yo memo en eta clase e fieta, y digo fieta, poique la Bela ofrecía no e ina que una fieta; que como acabo de decí, he bito a uno daile una pecozá a otro; y éte ai momento jalai por un puñai, que tenía econdío, y se lo jundió, Dio me saibe ei lugai, en la barriga, jata ei cabo, o la cru. La luce se apagaron, y en el rebulú que se aimó en la acuridá, otro salió herío y mucho agolpiao; me salí cuando principió ese alboroto y me econdí jata bení el aicaide y la polecía; antonce me juí.

Yo me alegro, continuó el Maestro, que uno como tú, Vale, digas así. No sería mejor, y no sería más respetuoso para las Velas de cumpleaños, dar una misa en sufragio del alma de un difunto, cuya muerte sus dolientes lamentan? No sería esto más civilizador en el concepto de la gente sensata? Pero todo esto pasará a medida que la luz de la instrucción vaya dominando a las masas ignorantes.

CAPITULO IX

“RON Y BARAJAS”

Aún no se había cansado el Maestro, pues siguió conversando sobre costumbres que le repugnaban has-

ta caer en el vicio del ron, el cual toman algunos como aperitivo, y muchos otros, como un estimulante para escribir, o para dar elocuentes discursos, o para hacer acciones de valor y otros, en fin, toman un trago de ron, dizque para aplomarse, antes de principiar sus trabajos, o para animarse en una fiesta cualquiera, o simplemente para acompañar a algún amigo; así dicen los grandes bebedores.

Maestro, dijo el Vale, y uté no cree que e beidá que el hombre resuita ma guapo pa la pelea, si toma un buen trago e ron? Lo generale o capitane se lo dan a lo soldao, que ban a la rebulucione; la mayoi paite de ello ban ai pleito borracho, echando ajo, y dando planazo ai que no quiere maichai.

No es que resulta más guapo, contestó el Maestro, sino más atrevido; el hombre borracho pierde el sentido y la vergüenza, lo pierde todo; pierde la razón, y comete las más grandes locuras; no tiene conciencia de lo que dice ni de lo que hace. Pierde, así mucho en la estimación general; cuando viene tambaleando, causa a todos repulsión; su salud se le imperfecciona, sufre del hígado; viene el delirium tremens y muere en el estado más lastimoso; nadie quiere emplear a un borrachín; si es padre de familia, les da un mal ejemplo a sus hijos; y sobre todo, a hijos varones, pues ven éstos en la mesa una botella, que contiene la bebida más apreciada de su padre, y cuando él se ausenta, toman por curiosidad un poco, y van tomando hasta que se envician, y pierden entonces a medio pueblo.

Agregó el Vale Benancio: Asina memo e Maestro; mire que ta ei pueblo peidió; se be allí en ei pueblo

una rumba de jóbene poi la noche tomando ron en lo cafese, borracho aiguno, que da pena; y en ei campo se ben hijo e familia a caballo poi la carretera, faitándole ei repeto a lo mayore; no sé cómo no se can, poique no se apean ei jumo; y no son de lo probecito, poique eto na ma ban con su caiga ai pueblo cantando sin meteise con naide; son eso que se la dan de grande; cogen el ejemplo de lo padre, que beben ron como pueico suero; lo médico, lo abogao, lo político, la mujere, y jata aiguno cura, to beben.

Yo perdono, continuó el Maestro, a todos los bebedores aunque no dejo de censurarlos; pero no concibo como puede un médico abusar del ron, sabiendo el daño que recibe el hígado, que es uno de los principales órganos del cuerpo humano. ¡Oh! el vicio del ron es uno de los vicios más malos y son igualmente malas las barajas y el dado; éstos son juegos más de la crápula, juegos de azar o de envite son de ociosos, vagabundos y malhechores. Lo mismo que el frasco de licor, deja el padre un paquete de barajas en la mesa; el niño juega con ellas, y sus compañeros le enseñan a jugar para ganar dinero, de ahí resulta un empedernido en ese vicio; juega entonces en el pueblo, en los cafés o en las sociedades, y si es agricultor, en las fiestas, en casas a puertas cerradas, o en el monte; allí tira el dado o la baraja, juega su último centavo, y si ve ocho o diez pesos en algún lugar, donde el dueño no está presente, los coge y los juega; ve dinero en otra parte, lo coge, lo juega y también lo pierde; dos veces resulta ladrón; robar el dinero no pretendía, pero lo perdió; entonces, se las da de guapo, juega no teniendo nada y gana quince pesos; le cobran los due-

ños de los veinte pesos, pues supieron que él los cogió; no los quiere pagar, viene enseguida un zafarrancho, uno de los reclamantes cae muerto bajo el puñal del ladrón, éste se convierte en asesino, ingresa en la cárcel y es condenado como dos veces grande criminal. Tal es regularmente el fin del jugador!

Anda, no Maetro; uté e uno que lo sabe to, si eso mimo, o aigo pareció, vino a sucedei en casa de mi compai José, a onde había un juego aimao. Uno de lo jugadore le cogió cuaito pretao a otro pa jugai, y se lo negó dipué de beise faboreció de la sueite; como taba borracho, se jueron de garata en garata, y le ajutó un cuchillo tan jondo, que, ¡Ay Jesú! se le veía, me dicen, toa la azadura ajuera y ahora memo ta en la caice ei matadoi.

Vale, le dije yo a Benancio, el Maestro, además de tener experiencia, observa todo, lo imagina todo, y como dicen algunos, es un gran psicólogo; él ve las cosas de la vida, desde el punto de la utilidad bien entendida o moralmente; comprende que el tomar ron por placer, viene en seguida el vicio; el sabe que el ron es el más peligroso de los licores y que las barajas y el dado son el juego de azar o envite preferido de ociosos, vagabundos y malhechores.

Hijo mío, me dijo el Maestro, acepto de buen grado que soy observador y que tengo mucha experiencia, pero no acepto nunca que soy un hombre científico; puedo ser en algo bien dotado de la Naturaleza, pues todos los hombres no nacen iguales; unos desde jóvenes son inteligentes, otros hasta viejos son torpes y ningunos son perfectos; pero todos sirven para al-

go; unos ven las cosas de una manera, otros de otra y el redentor es siempre crucificado.

CAPITULO X.

“LADRONES O VIOLADORES”

Después de esa larga conversación sobre ron y barajas, trabajamos bastante en la tarde; cenamos bien y fuimos a dormir para levantarnos temprano al otro día dijo el Maestro: el Vale parece sabía por qué, pero yo no sabía nada.

Antes que el Maestro y yo, el Vale estaba en pié, ensillando un caballo y poniéndole aparejo a una mula. Usted si madruga, le dije yo al Vale; a dónde van tan temprano estos animales? Yo ni aun sé, me contestó él; el Maestro me dijo anoche que lo tubiera lito a eta hora.

Detrás de nosotros venían el Maestro y la criada; ésta trayendo una cafetera con café y tres tacitas de loza esmaltada que puso en la mesa de la enramada en donde acostumbrábamos ir a conversar. Tenía el Maestro esa mañana puestos unos pantalones de fuerte azul, una chamarreta también azul y sombrero de cana de ala ancha; me dijo entonces: Así que acabemos de tomar el café y nos desayunemos, irás al cuarto, en donde dormimos y verás una muda en mi cama; como tenemos el mismo cuerpo, te vestirás con ella, pues vamos a hacer una salida; tú montarás la mula y yo el caballo.

Tomamos el café y ya venía la criada con el desayuno; al ponerse éste en la mesa, preguntó el Vale Benancio a la criada, si ella no había visto una docena de mazorcas de maíz tierno en una petaquilla de yagua cerca del ranchito de ella. Yo la cogí de la mata, que tengo sembrao le dijo el Vale, pa que uté me lo sancochara. Mají?, contestó ella; yo no e bito ningún mají en paite aiguna; agora pue sei que aigún jambriento lo cogiera, poique en ete maidito lugai toito son ladrone; lo honrao, hay que bucailo con lámpara, y no de jumo, sino de eletrecidá; bigen santísima! ete jei lugai que ma se roba! Señore, dijo ella, apresurando el paso, agora memo le traigo la leche pa que no coman la batata y lo trozo bacío.

Quique, dijo el Maestro, váyase Ud. vistiendo en lo que la criada traiga la leche, porque tenemos que caminar a caballo cinco o seis quilómetros, después de desayunarnos debemos de sentarnos a hacer la digestión, pues ya se sabe que es muy peligroso el montar o bañarse enseguida de comer.

Salí corriendo, inmediatamente, y me puse la ropa, que me dijo el Maestro; cuando vine, ya se había traído la leche y encontré al anciano y al Vale Benancio comiendo; me senté y comí una batata con leche.

Estaba el Vale algo pensativo, los dos codos en la mesa, la cabeza entre las manos, y el Maestro viéndole así, le preguntó: Dígame Vale en qué estás pensando. Este entonces le respondió: En lo ladrone de ete bendito pai poi no decí maidito lugai; etoi pensando en ese mají que puse ceica dei rancho de Candelaria y aigún bagamundo lo cogió, e muy poca cosa poi cieto;

pero manchaise poi esa simple pendejá!... qué ratre-ro! Yo lo conoco, si él anda poi ahí.....

Este lugar, dijo el Maestro, no es maldito; la tierra es muy buena, hay muchas aguadas, muchos palmares; es la gente, en su mayor parte, no toda, que es maldita. Al que te cogió el maíz se le puede perdonar, porque tenía hambre quizás, pero jamás debe merecer perdón ese que tú bien conoces, quien me vendió una yegua y después que se la pagué la cogió en el cercado y ahora la monta, diciendo que es suya.

Quieres tú una conciencia más sucia que la de ese ladrón? Se la podría quitar, pero no me gusta ir a los tribunales, pues siempre la pierde el que tiene más. Yo, eso lo dejo a las ánimas del purgatorio.

Ladrones hay en todas partes, agregué yo; los hay de puercos, vacas, gallinas, tierras y dinero; los hay que son amos de fincas, peones y capataces; los hay de ambos sexos; de todas clases los hay, comerciantes, profesionales, dependientes y compradores; de todas las calañas hay; los hay, en una palabra encorbados y andrajosos.

Ya hemos hablado mucho de ladrones, dijo el Maestro, levantándose y tomando una espuela de dos que había en la mesa; la otra me la dió a mí; él se montó en el caballo y yo en la mula. Bajamos una cuesta atrás de la casita, y pasamos por entre un espeso palmar; abrimos un pequeño portalito para meternos en un cacagual y a nuestra mano derecha había un conuco cercado de mayas, en donde se veían unas matas de café entre un gran platanal; seguimos caminando hasta encontrarnos en otra cuesta en donde crecían árboles frutales, como naranjas dulces y man-

gos sabrosos que pendían de las ramas por donde pasábamos. Grandes potreros se veían a lo lejos y muchas reses allí comiendo. Fuimos bajando a una llanura, en donde se veían gigantes matas de buen pan y aguacates; próximo a éstos, corría un río de cristalinas aguas, con mucho monte en cada margen, de modo que se formaban grandes lechos que se veían azul y sereno, rodeados de blancas piedras.

Mientras se paraban nuestros animales a beber en el lugar donde íbamos a atravesar el río, me principió el Maestro a decir que todo lo que yo había visto no era más que una parte de su finca. En todo el camino veníamos conversando de ladrones o hurtadores y me decía él de unas tareas de tierra que le dieron por seis mil y pico de pesos que le debían, y que los deudores se lo negaron mediante un tramposo que les ayudaba a robar tierras a media. No hablemos más de estos seres sin conciencia, de estas almas de bestias, dijo el Maestro, arreando su caballo a través del río y yo atrás de él.

Después de poco caminar vimos una casa techada de zinc con dos puertas pintadas de color verde que se veían del lado atrás por donde veníamos; había un secadero de concreto, una cocina y un almacén detrás de éste, cobijados también de zinc; hacia el este tenía la casa una ventana y una puerta; se veía corrida hasta el frente una galería verde claro con una calzada de cemento todo alrededor de la casa. Aunque había un portalito atrás de la casa, le dimos a ésta la vuelta; tenía aquélla dos puertas verdes y una ventana del mismo color al frente y en sus aleros tenía cenefas, un jardín había con flores diversas y un camino ancho de con-

creto, por donde pasamos a la casa, la cual estaba pintada de gris claro con las cenefas amarillas; nuestros animales se quedaron enganchados en el portalito en donde nos desmontamos.

Un hombre, con un muchacho y una mujer salieron de una enramada larga de vacas, cobijada de yaguas, a recibirnos mientras un peón se encargaba del caballo y la mula. En la cocina había otra mujer con un niño sentado a su lado, mientras ella pelaba unos plátanos en una batea.

Biejo, y cómo le ba, dijo el hombre, dirigiéndose al Maestro. Uté quería sorprenderme en el ordeño de la vaca, parece; pero agora memo se etá ensillando la mula pa mandai la leche a la fábrica; y con su peimio, boy a llevai la vaca ai potrero de enfrente. Salió corriendo el hombre, o mayoral de la finca y en un momento pasó arreando unas diez o doce vacas. Dos mecedoras puso la mujer en la galería para que nos sentáramos al fresco, yéndose ella seguidamente a la cocina.

Allí nos quedamos solos contemplando la verde sabana con algunas matas de palma de trecho en trecho, y cerezos y cajuilares que estaban plantados junto a la gran cerca de alambres que dividía el camino por donde las gentes solían pasar, y al otro lado del mismo, había a todo el largo de la cerca, una gran loma toda de hierba marcoté, que nos parecía un espejo de la finca. Unas matas de coco ondulaban sus verdes pencas en otro potrero cercado de mayas; éste tenía un ancho portal cobijado de zinc frente a otro más grande, cobijado también de zinc, que era por el cual se entraba a la sabana de la casa; desde ésta se veía

una pocilga y un potrerito de hierba páez. El hombre que arreaba las vacas ya venía silbando por el camino; pasó por la gran portada, a paso acelerado en una estrecha senda de piedras de buen tamaño, a cada lado, que llegaba hasta el portalito del jardín de la casa, en donde el Maestro y yo lo esperábamos.

Al llegar el hombre (se llamaba Manuel), el Maestro me lo presentó diciéndole que me había traído solamente para que viera yo la finca y que enseguida nos iríamos; le dijo también que ya nos habíamos desayunado; Manuel entonces se despidió de nosotros, se terció una sogá y salió con mucha prisa.

CAPITULO XI

“EVITAR ABOGADOS Y TRIBUNALES”

A pocos ratos, después de salir Manuel, o el mayoral de la finca, montamos y diciéndole adiós a la mujer que estaba a la puerta de la cocina, salimos con dirección al río (el que cruzamos para llegar a la casa de la finca) y ya en camino a la vivienda del Maestro, a éste lo detuvo un hombre que venía a pié diciéndole:

Agora memo taba yo mentándolo a uté como peisona de mucha cencia en cuetiones de tribunales y José ei compadre mío, que taba presente cuando ablábamo de uté me dijo: A ese sí le pué uté jablai, con confianza de ese asunto dei terreno suyo, poique la razón la tiene uté ante Dio, Jesucrito y la Bingensantí-

sima; así me dijo mi compadre, y bea uté, agora me mo me topo con uté.

El Maestro, que con mucha paciencia ponía atento oído a la larga introducción que este hombre le hacía, le dijo que como teníamos que llegar pronto, íbamos a arrear, que él nos encontraría en la casa esperándolo. Entonces subimos la cuesta de los mangos y naranjas, pasamos rápidamente frente al gran platanal entre el cual se veía el café sembrado y el portaliño por donde pasamos para caer en el espeso palmar que estaba cerca de la casa en donde vivíamos.

Desde que nos separamos del hombre, íbamos por todo el camino conversando sobre pleitos, arreglos, abogados, tribunales, los jueces de éstos, la justicia, la razón y la conciencia.

Me hablaba el Maestro respecto de una donación que su principal le había hecho y la cual él gastó en pagar la deuda que otro había contraído y que él hasta la saciedad probó que se había pagado con esa donación. Entonces, como saldo de cuenta, le dieron un terreno en dación de pago y en abogados y tribunales y todo lo perdió.

Desde entonces, sentenció el Maestro, he perdido la fé en tribunales, jueces y abogados; ellos o casi todos ellos, engañan; creo que es verdad el refrán vulgar que dice: un mal arreglo es mejor que un buen pleito. . . .

Caminando, caminando, llegamos a nuestra vivienda; al Vale lo encontramos conversando con Candelaria, la criada; ya eran las tres de la tarde y habían comido, dejando lo nuestro, que era un locrio de pollo, plátanos y huevos fritos, en tres platos cubiertos con

un mantel; nos sentamos a la mesa y comimos con mucha gana, pues ya teníamos hambre.

El Maestro, así que acabamos, le habló al Vale del paseo que dimos a la finca y del hombre que encontramos en el camino; le dijo al Vale de la tierra sobre la cual pensaba el hombre venir a consultarle ese día. No coitándole su conbeisación, Maestro, agregó el Vale, le buá decí a uté lo que bine a sabei jace poco: sucede que le dí a Tibuicio uno pueico a bendei y lo bendió en cincuenta peso; e beidá que yo tenía que dai-le do peso poi su trabajo, pero asina que utéde salién de biaje, bino un hombre aquí y me dijo que pechó a Tibuicio en la gallera apotando dié peso a un gallo y que dipué, aiguno día ma taide, taba jugando baraja en ese monte tupío frente a siñó Beiselao, y de eso mimo tábamo jablando Candelaria y yo, cuando utéde llegaron. Sí, dijo Candelaria, e lo que yo digo, que la mayoi paite de la gente no quién bajai ei lomo, sino cogei lo ageno, y así diciendo se fué corriendo a traer el café.

De repente apareció el hombre que dejamos en la finca, y se sentó en un banco que había cerca de nosotros: Maetro, dijo él, como uté me jiso comprendei que querían llegai aquí pronto, apreté ensegúa ei paso pa bení a jablai con uté de la tierra mía que me la quien quitai.

Contestóle el Maestro: ¿Y no vive usted en esa tierra por muchos años? ¿Y no tiene usted los títulos que justifiquen su posesión?

No, no, respondió el hombre, e un terreno pegao con ei mío que me dien poi una deuda bieja que me debían, y agora no me quien dai ni ei baloi de la deuda,

ni la tierra, sino que quien cogeise la tierra y de ñapa pejudicai mi nombre e lo que quien pa salise con la suya; bando e bandolero simbeiguenza, ladrones!

No injurías así al que te quiere hacer daño, le dijo el Maestro al que le contaba tan bochornosa historia; no te enojés tanto, hay que tener paciencia, espera, que tarde o temprano el malvado caerá en sus propias redes; si tu contrario es más fuerte que tú, no lidies con él que inevitablemente tendrás que sucumbir, y si tiene abogado, no encontrarás cosa peor; si tratáis con un ignorante, nunca le aceptes muestras de confianza, ni administres sus bienes, si quieres conservar un buen nombre.

Bueno, bueno Maestro, observó el hombre con cierto aire de impaciencia; etoi eperando que me deplique uté la manera que debo reclamai a la Justicia lo mío, jata agora y dipéñseme uté la palabra, lo que uté me ha dao son consejo na má, de cómo debo bibí en ei mundo; lo que quío sabeí e que eso agalluce o ladrone no cojan la tierra mía; eso e lo que quío sabeí, lo consejo lo dejaremo pa dipué.

Amigo mío, respondió el Maestro, tengo tan amarga experiencia de la Justicia, a donde uno va de ordinario, que puedo quizás confundirla con la Injusticia, a donde nadie quisiera ir. Yo no podría decirle a usted cómo es que debe reclamar lo que en justicia le pertenece; yo bien sé que la Injusticia no se lo va a dar.

Antonce, arguyó el hombre, uté no e como me dijo mi compadre José facuito en cuetione de tribunale; dejemo pué ese asunto; lo que quío sabeí e la manera de empresaise en lo tribunale, y que allá me boy, an-

que me junda, que dipué cojo mi machete y no arreglamo de quaiquiei manera.

Ya venía la criada con el café; iba ella a poner otra taza, pero el hombre se fué enojado con el Maestro, que sólo le recomendaba paciencia. Tomamos el café y el Vale, que en eso miraba de mala manera al hombre que se iba, dijo: Mire que maicriao, tenía yo gana de daile una tabaná. Yo también le dije, me quedé pensando y admiraba la frialdad conque escuchaba el Maestro la repentina salida de ese hombre tan salvaje.

El Maestro nos dijo al irse el hombre: No tratéis jamás de convencer al ignorante, pues no os escuchará, ni a vuestro principal le expongáis muchas razones para sacarle de un error, si no os pide vuestro parecer; si queréis justicia y el hombre os la niega, esperad que os la den; tocad a la puerta de la conciencia y si ella está sorda, dejadla quieta, que nada obtendréis con vuestras fuerzas; si no queréis cuestiones, evitadlas, que más de un camino hay en la vida, que conduce a un estado pacífico; si vendéis algo, no lo fiéis al que no conocéis y si lo conocéis, no debéis tampoco fiarle si no estáis seguros de lo que posee; ni debéis tener mucha amistad con un vecino de mala fé o chismoso, si no queréis riñas, arbitrajes ni tribunales; no debéis ser amantes de discusiones, pues casi siempre degeneran en disputas y engendran agravios; no debéis dar consejos, sino al que los pida, a no ser que véis a la inocencia extraviada o que oigáis a la miseria gimiendo, porque entonces, el dar nuestros consejos, ofrecer nuestro consuelo, prestar nuestra ayuda, es un bien que hacemos que será apreciado por quien lo

recibe, al par que una satisfacción para nosotros: y no será como dijo Cristo: "Arrojar perlas al cerdo". No debéis hablar con ningún fanático o discutir con él sobre liberalismo bien entendido, ni al político le digáis la verdad, si no queréis la enemistad de los dos, en una palabra, la manera mejor de vivir con los hombres, debe ser como son y no como debían de ser, ni buscar la virtud en las calles, ni el talento en los pastos.

Estos consejos, dijo el Maestro, los doy a vosotros porque veo que me oís con atención; ellos podrán evitaros muchos males en esta vida; el hombre que salió ahora poco, creo que va a la Justicia, pero puede ir a la Injusticia; creo que todo lo puede su machete, pero quizás el presidio lo espera, por no llevarse de un consejo que lo podría salvar.

Ah, Maestro!, exclamó el Vale, uté si tiene paciencia; no vé que ese hombre le faitó?, barantula con el hombre! ei pueico no se raca en epina; yo taba epeorando un poco má, que jablara ei su maicraiadesa, pa pegaile una bofetá que lo dejara sin sentío.

Ay, Vale!, sentenció el Maestro: El superior en la cumbre, razona y obra con serenidad y con paciencia.....

CAPITULO XII

"QUIQUE Y EL VALE VAN AL PUEBLO"

El Vale que después de tanto conversar sobre el triunfo de los pícaros y el fracaso de los honrados, se acostó tarde a dormir, habiendo preparado algunas

cargas de plátanos, yucas y batatas para vender en el pueblo, se levantó a media noche a cargar sus animales. Le oí y saliendo a ayudarle determiné ir después con él al pueblo para traer una ropa que ya me hacía falta.

Dos caballos iban bien cargados y la mula para mí estaba ensillada; el Maestro que ya estaba despierto y se daba cuenta que yo también iba de viaje, me dijo que yo podía usar la silla, las alforjas y el freno que él tenía de montar.

Listos pues, y despidiéndonos salimos toda la carretera abajo, alumbrándonos la luz de la luna menguante, rodeada de blancas estrellas. Las casas por donde pasábamos se veían como veladas por transparentes cortinas de suave gasa y lo mismo se veían los puentes y extensos cañaverales que divisábamos a lo lejos; venían carros rápidamente por la carretera, arrojando sus focos de luz que parecían voladores cocuyos; ya venían los claros del día; la aurora pintaba el oriente de rosa cuando al fin llegamos a la entrada del pueblo.

En una tiendecita vendió el Vale todas sus cargas, y por más que allí le ofrecían mercancías y provisiones baratas, él quiso mejor ir al pueblo abajo a comprar un corte de fuerte azul y otras cosas más; pero a mí me parecía mucho más breve el que él se despachara en donde le compraron las cargas que llevaba; yo calculaba esto una economía de tiempo, porque a poca distancia vivían mi madre y mis dos hermanas; esto mismo le dije yo cuando íbamos en camino a mi casa.

Y uté no sabe, me contestó el Vale, que parece un cambio que uno hace, ai comprai en la mima tienda a onde uno ha bendió? Ello lo puipero, quien que la cosa le saiga ma barata y engañan en la libra y en la bara, o ponen ei precio ma subió; yo soi dei campo, pero no caigo ei monte en la cabeza; yo se lo que lo dei pueblo piensan; ei ma sabio bibe dei ma pendejo; eso se lo cren ello, pero a mí no me engaña naidie; boi ai pueblo abajo a onde hay mucha tienda y mucho compradoren de toa paite, y a onde hay, como se dice, cumpetencia.

Amarrado un caballo tras el otro, siguió el Vale calle abajo, él montado en uno y yo cogiendo al otro lado de un parque bonito, llegué rápidamente a casa de mi madre; parece que ella y una de mis hermanas me vieron cuando yo venía a lo lejos y me esperaron en la pequeña galería; la casa estaba fabricada en el Ensanche y había un árbol cerca donde amarré la mula; me abrazaron y me besaron mi madre y mi hermana; la otra hermana mía estaba todavía en la Escuela Normal, en donde era profesora. Me dijeron ellas que habían sabido que yo estaba bien colocado; pero les dije que no era mucho dinero lo que buscaba, sino la experiencia y los buenos consejos de un hombre sabio, y como sabio, había que decir bueno; a mi madre le gustaron estas palabras y me dijo que siguiera pensando y obrando así, pues tarde o temprano llegaría mi buena recompensa. Me sirvieron un plato de avena, leche y pan con mantequilla.

Después, les pedí mi ropa más ordinaria, la puse en una maletita que yo tenía de viajar; en lo que esto se hacía, oímos llamar a la puerta al Vale. Desmón-

tese Ud. y entre, le dijimos, pero él dijo: Mucha gracia, boy de biaje; bine a sabei si Quique taba lito pa dino de una be, que ei que no anda lito, lo coge la noche.

Sacamos de una vez la maleta, con la ropa mía y la metimos en las árganas de uno de los caballos. Le pedí la bendición a mi madre, le dí un abrazo a mi hermana, fuí al árbol, dasamarré la jáquima de la mula en forma de cabezada, me monté y nos fuimos galopeando calle arriba; pasamos por el parquesito, en el camino nos topamos con un guiardia que estaba de centinela, a mano izquierda y más alante, se veía al salir del pueblo, el gran hipódromo, todo hecho de ladrillos; a mano derecha se veían bonitos chalets entre jardines muy ricos de flores; por toda la carretera bien asfaltada crecían árboles al propósito plantados para formar algo así como boulevares; a lo lejos, al sur se divisaba una elevada montaña, muy verde, toda cultivada y a las faldas de ella muchos palmares, muchos potreros y casitas hasta llegar al mismo camino por donde íbamos. Todo el camino era de ambos lados potreros y más potreros. Entonces atravesamos un puente para ver inmensos cañaverales extendiéndose de una parte a otra hasta llegar a una altura, en donde había una bifurcación de dos caminos. Cogimos el del sur, que conducía a nuestra vivienda y a poco trecho después, pasamos por un largo puente de madera. Llamaban mucho nuestra atención unas dos casitas, rodeadas de matas de coco en un llano de hierba de guinea, donde estaban comiendo algunas vacas y caballos.

Por toda la carretera subían y bajaban carros y camiones, los unos cargados de gente y los otros de mercancías, pues los últimos llevaban grandes telones. Frente de una tiendecita había una carreta con dos bueyes uncidos y una guagua llena de pasajeros. Entonces subimos loma arriba, por curvas y más curvas, desde donde se veían los extensísimos cañaverales de la finca azucarera americana; se veía también desde allí, lejos, la gran chimenea de la factoría, empequeñecida por la distancia, en medio de un pobladito, cuyas casas semejaban diminutos objetos blanquecinos y al otro lado, hacia el norte, formando un vasto horizonte, el mar salpicado de blancas olas; veíase tan tranquilo, al parecer ese mar azul; y hacia el sur, erguíase siempre la empinada montaña!

Ay!, qué panorama más bello!, le decía yo al Vale, y éste sólo contestaba: Sí, pero qué desgraciada es esta provincia!, no se le hace caso, siendo la más bonita de la República; pero su día llegará; no hay cuidado! Seguimos caminando; muchas casitas llamaban mi atención, no así la del Vale, pues él siempre las veía, al ir al pueblo; una casa cobijada de zinc en un palmar, cerca de un farallón en el que crecía alguna hierba de guinea; más adelante, una quesería ostentaba un rótulo que anunciaba sus quesos; pasamos después delante de una casa con galería y detrás de ella, tres o cuatro lomitas de verde hierba; al frente había una enramada de ordeño y potreros en mala condición.

Estábamos ya cerca de donde vivíamos, una tienda aparecía, una casa en un jardín de flores y en frente de éste, una pulperita; en la tienda había mucho movimiento de gentes comprando provisiones y ven-



diendo maíz y café; las puertas estaban atestadas de caballos y mulos cargados; un camión estaba cogiendo serones de tabaco; el Vale se paró para saludar a unas mujeres que salían de la tienda. Dipéñseme Quique, me dijo el Vale, tengo que ponerle atención a eta muchacha buenamosa que son poi eto arededore la que mejoí bailan ei merengue, nobeidad, muchacha? ja! ja! ja!, exclamaron ellas y agregaron, asina dicen. También les dí las manos y luego picamos para arriba.

Caminando, caminando, me llamó la atención a mano izquierda una escuelita, cercada de tablitas de palma paradas con puntitas, cada tablita puesta de punta arriba; las once del día eran ya, y todo el camino se veía poblado de muchachitos retozando por el paseo; a mano derecha, había una casa con su galería pintada de verde, bastante bonita; la rodeaba una cerca, y un puentecito y un portalito, desde donde se partía, por un caminito de piedras, hasta la casa, que se veía poéticamente entre árboles muy frondosos.

Entonces se veía la casita en donde vivíamos; y antes de llegar a ella, había una especie de lagunita, con matas de plátanos y guineos. Una cocinita techada de zinc, pintada de blanco, con una orilla arriba de marrón pegada a nuestra vivienda, la cual tenía alero de zinc y pintada también de blanco, con las puertas azules, que eran tres, veíase un arbolito llamado pasquita de flores rojas y otro de la misma especie crecía al extremo de la casita. En medio de los dos arbolitos había una mata de azahar o flores blancas. Seis postes gordos de vara y media de alto estaban enterrados en línea recta frente a una sabanita de verde grama,

en cuyos extremos había tablitas de palma paradas puntiagudas pintadas, como la casita, de blanco.

Al este, y al lado de la casita había una pequeña galería, que enfrentaba a un jardín de lindas flores; la galería era de columnas pintadas de azul y los capiteles de rojo. En una lomita detrás de ella, crecía una mata de naranjas y enredada entre sus ramas se veían las flores amarillas de un arbolito, llamado mantequilla, y a cada lado las flores rojas de la pasquita. Más allá del naranjo, podían divisarse los tallos de plátanos, sembrados en un conuquito y tres o cuatro palmas en propiedad ajena.

Al sur de la casita nuestra, había una gran portada sólidamente hecha, y una alambrada frente a una casa de galería, cobijada de zinc en una lomita, con una sabana de pajón; una pocilga había y dos matas de frondosos robles; seguido de estos crecían árboles de mangos, de buen pan y otros. Dividían las dos propiedades la ancha y amarilla carretera festoneada toda de menuda verde hierba y matojos, por la cual pasaban constantemente carros, guaguas y camiones.

Había de un lado de la cocina nuestra, una portada que daba paso a animales cargados, y por ahí nos metimos. En la enramada donde nos sentábamos siempre a conversar, hallamos al Maestro y a Candelaria, la criada sentados a la mesa conversando; cuando nos vieron se levantaron a saludarnos, el Vale y yo nos desmontamos, sacamos los féferes de las árganas y el Vale desensilló los animales, puso los avíos en su lugar, en rincón de la enramada y llevó los caballos y el mulo a un potrero a comer; Candelaria siguió

tras él y mientras tanto, Quique y el Maestro se quedaron conversando.

CAPITULO XIII

“FE Y SUPERSTICION COMO CONSUELO”

Eran las once del día cuando vinimos del pueblo. Candelaria se fué, como dije, y volvió a la cocina y nos trajo un arroz con pollo y un guiso de carne con tayotas y plátanos maduros fritos; todos comimos, el Maestro, el Vale y yo, comimos con buen apetito, pues al Maestro le gustaba mucho el arroz con pollo y el Vale y yo teníamos hambre del largo viaje al pueblo. Mientras conversábamos, como de costumbre, entró un hombre del vecindario quien parece que nos vió cuando salíamos para el pueblo, y nos preguntó: ¿Cómo va ese pueblo? El Vale, que le gustaba siempre jaranear, le dijo: Ay Santo Dio! lo jallamo to alebantao; bea que yo compré to lo que tenía que comprai, y no salimo a toa carrera de lo animale, no juera que pasáramo la noche poi ese camino; bea uté, dije el hombre, y que agora no conbiene que haiga rebulusione, se ban a malograi lo que se alebantao poique ta muy fueite ei Gobieino.

El Maestro, al oír la palabra revoluciones, terció en la conversación de los dos y le dijo al hombre: El significado de la palabra “levantado” no quiere decir levantado en armas, como Ud. lo ha interpretado, sino que estaba despierto. Prorrumpió entonces el Vale en una gran carcajada, diciéndole al Maestro, que él lo decía así con su sal y pimienta; yo quería, dijo

el Vale, usai una chansa con mi amigo; no ombe si ei pueblo ta lo ma tranquilo.

Ah no, agregó el otro, poique yo si no quió rebolucione, eso e un atraso pa el hombre de trabajo; yo diba ai pueblo a comprai un colín de lo legítimo; pero cuando acuché que se alebantó ei pueblo, me dije: eso no e coimigo; rebulucione! yo no quió sabei de eso, que lo ma que aicanza un agricuitoi sin sabei lei ni escribí, e que lo nombren aicaide, sin sueido ninguno, ma que la puñalá de lo animale y ei ceitifico de ello.

Interrumpió la conversación una mujer, al parecer muy bien educada, y dijo: Dispénsenme, señores; voy algo de prisa; acabo de ver al joven que vive aquí llegar con el Vale del pueblo y me supongo que ha traído muchos santos y buenas oraciones a vender en estos lugares, donde hay tantas creencias religiosas; el Santo de mi devoción es San Miguel y vengo a saber si él lo tiene para comprarle uno. Le dije entonces, que el Vale sólo fué a vender al pueblo unas cargas y yo fuí a practicar algunas diligencias en casa de mi madre, volviéndonos en seguida; ella entonces se despidió y quedamos el Maestro y yo hablando de las creencias y las supersticiones de la mayoría de las gentes; nos quedamos los dos solos, pues era sábado, y el Vale y su amigo se fueron a pasar la noche en una fiesta; el Vale se fué diciéndonos: yo lo dejo a utede pa que sigan jablando de esa mujei y su creencia en San Miguei, ei que dicen jundió ai diablo en un presipisio muy ocuro, lleno de asufre y candela, y que sigue gobeinando ei mundo de la maidá.

Continuamos entonces el Maestro y yo hablando de creencias y supersticiones; pero en materia reli-

giosa él y yo diferíamos en el pensar, sin embargo, no discutimos nunca. Tenía yo veinte y cinco años de edad y había leído algo de la filosofía de modernos pensadores; yo sabía que creer y no creer dan el mismo resultado; discutir no valía la pena; el uno se basa en la fé y el otro en la investigación y los dos buscan la verdad.

La mujer que vino aquí hace poco, decía el Maestro, debe ser una religiosa y por eso la admiro, pues el que tiene fé en las cosas santas se salva de todo peligro en este mundo y gana la gloria en el otro, que es una vida de eterna felicidad; la religión es un gran consuelo para el que sufre y la semi superstición, que en algo se le parece, le da luego resignación ante las injurias e injusticias; teniendo religión, uno perdona al que le ofende, compadece al ignorante, le da pan al que tiene hambre y agua al que tiene sed; tarde o temprano, dice el religioso, el criminal tendrá su castigo, como el virtuoso su galardón.

Maestro, le dije yo, el pensar y obrar así es una satisfacción para el hombre que siente eso y un bien para el que lo recibe; quisiera imitarle, porque así sería yo siempre feliz; nadie, absolutamente nadie, debía quitar estas creencias y esta fé de una persona virtuosa, que se hinca delante un crucifijo, o de los santos en un altar y se levanta consolada en sus aflicciones, o tiene fé en que la Justicia Divina castigará al que mal obra y premiará al que obra bien, y muere tranquilo, con la esperanza de la eterna gloria, en otro mundo mejor. El que investiga todo, gana menos que el que tiene fé.

Interrumpió nuestra religiosa conversación, la criada que, saliendo de la cocina con tres platos de comida, resbaló y toda la loza se rompió; afortunadamente que eran plátanos maduros asados y carne de puerco frita, más dos yuquitas sancochadas que se podían recoger, según le dijo con toda calma el Maestro; eso no es nada, dijo él; recójalo todo y ponlo en platos limpios, pero ella, rabiando, fué a la cocina y decía: Yo sabía que eso me iba pasai, cuando bi a esa greñan entrai, pidiendo Santo y oracione; también dentro en la cocina una mariposa grande, negra, aletíandome en la cara, como una bruja. Volvió entonces la criada hecha una furia y puso la comida en la mesa, diciendo: Miren ustede, aigo mai me pasa con esa mujei maidita; cuando oigo mentai oracione me aide la sangre como candela, poique aiguno tienen comeicio con ei enemigo malo y compran oraciones buena y mala pa componei y decomponei a uno; y diciendo así, se fué en seguida.

Cenamos y nos pusimos otra vez a conversar sobre la pura superstición, que es siempre de la ignorancia; creen algunos, decía el Maestro, en muertos, y son nada más que sombras; en días de la semana como Martes y Viernes, y no significan nada; en tijeras que caen de punta o cruzadas, y es pura casualidad; en cabañuelas, cosa que no puede ser; en granos de sal arrojados a la candela para curar enfermedades y es pura ilusión; en curar gusanos por el rastro de la res, y es una tontería; en la eficacia de los ensalmos y no es más que una pura superstición, supersticiones y más supersticiones de la ignorancia. Ah sí!

dije yo, la superstición y la ignorancia son de los más grandes males de la humanidad.

CAPITULO XIV

“EL VALE LLEGA CON UN FORASTERO”

Al otro día, como a las ocho de la mañana, ya venía Candelaria la criada con el café en una cafetera y la leche en un bidoncito con su agarradera; ella, Candelaria, venía de su casa, pues allí hacía algunas veces el café y ordeñaba una de las vacas del Maestro; la comida y la cena las hacía en la cocina de la casa del Maestro; éste y yo, estábamos sentados a la mesa de la enramada admirando los colores de un bello arco iris que se veía, como es natural, por la mañana en occidente: el Maestro lo miraba, no como un fenómeno físico, sino como la alianza del cielo con la tierra después del diluvio; pero yo sabía que agua y sol lo producía, más no empeñaba una discusión con él, porque yo lo apreciaba por su moralidad y no por su fé, y el era mi gran preceptor.

Candelaria puso el café y la leche en la mesa y enseguida trajo de la casita dos tacitas en las cuales vació un poco del brebaje, yéndose después a prepararnos el desayuno. Nos quedamos allí conversando del viaje del Vale y del mío al pueblo.

En eso vino de la fiesta el Vale, acompañado de un señor de bastante buena apariencia, medio aindiado, vestido de flus blanco y zapatos color marrón; hablaba bien y se hacía muy simpático. El Vale nos lo presentó diciendo: El señor e foratero y quie conocei

la cotumbre nuestra; poi eso fué a la fieta anoche y bailó lo mimo que nojotro, tan asina, que le dije boi a presentaile ai Maetro mío que e un hombre muy letrao, y utede do puen entendeise ma que coimigo, que sey un inorante. Manuel Prisiliano, dijo el forastero extendiéndonos la mano, al Maestro y a mí; el Maestro le contestó: Ya el Vale le ha dicho a usted como me llaman en este lugar; pero mi nombre es Juan Calderón, y yo le dije, el mío es Enrique Díaz, pero me dicen por apodo Quique. Le preguntó enseguida el Maestro que cuáles costumbres le llamaban más la atención? Ningunas todavía, le contestó el forastero; pero en mi país se decía que aquí todo se exageraba; algunos afirmaban que era una tierra de semibárbaros; quizás en tiempo atrás eran algo atrasadas las costumbres, como pueblo en formación, pero yo no he visto aún nada que me choque.

Vale, cuéntale, al señor, dijo el Maestro, el cuento del bautizo, que tu abuelo presenció a la edad de quince años, allá en el pueblo, para que él se haga una idea, como estábamos en ese tiempo; angelina, respondió el Vale, pero déjeme hacei memoria de como pasó, y rascándose un poco la cabeza, principió: Sabe que mi aguelo era dependiente de una tienda en ei pueblo; muchacho era toavía, cuando un hombre llamao Damián, y dei campo era, benía ei y su mujei a bautizai un muchacho. Ei benía con uno pantalone anchísimo poi arriba y ma angotico poi abajo; llevaba media botella de romo en una faitiquera y un pan en la otra; su chaqueta era de esa coitininga que usaban lo generale, de esa que tenían una puntica atrás y llegaba jata la cintura dei critiano; una carrera e botone dorao te-

nía, porque ya se me oibidaba, era de casimi de paño azui; ei cuello de la camisa era parao, que le decían jincepecueso, y solo tenía una punta pará, de manera que con uno zapato bajo y de oreja, que parecían lancha, iba ei caminando como un musú, y a su lao una mujei con una crinolina que le levantaba ei túnico de una manera fea; abajo de un paragua colorao grande, diba ella lo ma aigullosa. Biéndolo en ese tren, le dice mi aguelo: Oh! compae Damián, aónde le lleban eso biento? y Damián le contetó: Compae, téngame piedá poi Dio; yo poi complacei a María e que ando así enzapatao y me siento como con grillo en lo pie; boi aidio compai a jacei ete bautimo; uté se crée... Calaise uno un pai de eta jeringa, y poneise de pié alante ei padre jata que ei combieta ei muchacho de moro a critiano, y de ñapa dipué, que se le pegue un ja de muchacho atrás pidiéndole a uno ei medio; ombe eto me tiene jaito.

En lo que ei decía así bino un remolino de biento, que poi poco le lleba ei paragua; exclamó antoce siño Damián; Ay María! bámono cerrando ete aiteficio que aunque e beidá que ei que viene ai pueblo lo tiene que usai, pero agora con la fueiza dei biento no lloberá pa lo elemento con muchacho y to; cerraron antonce ei paragua y siguien pa la iglesia a bautisai ai muchacho, cuando viene poco dipué siño Damián con lo zapato en la mano y María, su mujei metiéndole un pedaso e la camisa que le benia coigando poi to ei camino; mi aguelo le gritó antonce: Compae y eso? y repondió siño Damián: uté no se pué imaginai lo sudao que bengo con eto maidito grillo, tan asina que jata me lo tube que quitai, como uté mimo etá biendo.

Don Prisiliano oía al Vale con atención, y se reía muchas veces de los aprietos del montuno. Lo que acabo de oír decía el, no viene a ser pasadas costumbres, sino atrasadas maneras de vivir, y en todos los países hay, más o menos la misma cosa; pero me ha gustado mucho el cuento; si tuviera tiempo me quedaría en la casa de Ud. para que el Vale me contara otro, sin embargo, volveré quizás mañana, y ya se iba a despedir antes que estuviera el desayuno, pero tanto le rogara el Maestro, que convino en quedarse a comer un bocado.

Usted don Prisiliano, dijo el Maestro, no quería hacer como un hombre que yo conocí, hace cuarenta años, cuando yo administraba la finca de don Francisco Díaz, pues el hombre a quien me refiero sabía más o menos la hora en que desayunábamos todos los días venía a la casa y se sentaba, pero daba siempre la casualidad que venía después del desayuno y nosotros lamentábamos que viniera tan tarde; él, por fin, nos dijo un día: Siempre bengo taide, y bea que madrugó, ah! pero e preciso sabeí la indomia! y llegai ma temprano. Eso si e la beidá agregó el Vale; toa la peisona no jase como don Prisiliano que quie ise ante dei desayuno; etudian la indomia; hombre, mujere y muchacho bienen y se aciguatan a eperai que la comía se apee de la candela pa jaitaise, y a decí dipué: qué jente tan miserable! Yo conocí un hombre llamao Lauterio que llegó a un ranchito de uno infelice, que pusién la paila pa jacei un sancocho con una libra de caine de pueico, y mucho batimento, eso sí; pue ete siño Lauterio se sentó en un banco laigo que allí había, y se puso a hablai de brujería y de mueito dende

que pusien la paila en ei fogón, jata que la quitan, y ei sentao siempre eperando la comía; ai repaitila, se le dijo: Siño Lauterio, benga a comei, y ei le contetó: Yo, poi no jaceile un desaire, boi a comei manque sea un bocaïto, y se sumbó un plataso e troso, que daba mieo, y poco dipué se jué.

Candelaria ya traía el desayuno, que era de cecina frita y plátanos maduros fritos, yuca y batatas sancochadas y leche. Nos pusimos todos a desayunar y reir del cuentecito del Vale. Candelaria que desde la cocina escuchaba al Vale, agregó: Utede, me dipensen, pero lo que dice ei Bale e la beidá, agora se pue tolerai una bisita que viene a pasai ei día con uno; ta bien, pero no a lo nobelero que bienen a aciguataice jata la hora de comei, y de lo que bienen a pedí agua, dique poi que tienen sé; pero e pa botailo cuando se lo den y relogiai si en alguna paite hay aigo mai pueto; ei que tiene sé ya se pue conoçei, y con guto yo le doy agua; y asi diciendo se fué a la cocina a preparar la comida.

Después de un rato de conversar, el forastero se despidió, prometiéndonos volver pronto para oír al Vale y gozar de la grata compañía del Maestro.

CAPITULO XV

LA VUELTA DEL FORASTERO Y EL LIBRO "LA VERDAD EN GOTAS Y GOTITAS"

Después que el forastero se despidió de nosotros, pasaron tres meses sin que pudiéramos saber de su paradero; durante este tiempo ya me había convertido yo en agricultor regular; el Maestro me había pro-

porcionado un colín y diez tareas de tierra, que, con la ayuda del Vale cerqué y sembré de tabaco. El Vale, quien entendía algo de tabaco, me daba instrucciones para atender a la siembra y demás hasta venderlo.

El Maestro me quería mucho, pero quería también que yo trabajara la agricultura, mientras estuviera en el campo y que después de conseguir un capitalito, con la preparación intelectual que tenía, yo podría ir al pueblo a emprender el comercio, que era mi vocación.

Me prometió el Maestro darme también dos marranitos de buena raza, para yo mejorarlos para mi exclusivo provecho; de modo, pues, que teniendo mi comida y ropa limpia, que no me costaba nada, según se me dijo, podría en poco tiempo, trabajando inteligente y económicamente sin vicios, reunir algo para colmar mis anhelos.

Ya tenía yo callos en las manos pues ayudaba de vez en cuando al Vale a deshierbar en los conucos; los callos en las manos eran honra para mí y el sucio del trabajo era mi mejor recomendación, como era también prueba de mi desprecio a las conversaciones de los necios. El Maestro, aunque entrado en años, y aunque tenía buenas entradas de la venta de puercos y reses, daba el ejemplo de trabajo en sus menudas ocupaciones de las esterillas y los aparejos que hacía muy bien. Siempre era el sabio consejero del lugar en donde él vivía, recomendando "Los XXX Capítulos"; lamentaba que hubiera tanta ignorancia en el lugar; el libro, decía él, servirá de consejero a los extraviados y en el camino del tiempo sería una luz para guiar a futuros viajeros.

Eran ya las doce del día; habíamos comido como de costumbre nuestra comida y el Maestro, el Vale y yo hacíamos la digestión conversando sobre la lectura en nuestros campos. La mayor parte de nuestros campesinos, decía el Maestro, no leen o no se hacen leer, sino triviales cuentos que les hagan reír; prefieren las mentiras, las novelas románticas, que no los libros de instrucción o moral, o los periódicos que traen noticias, inventos y muchos acontecimientos útiles, no los quieren, quedándose la mayor parte de ellos, aunque sepan leer y escribir, tan ignorantes de la vida como el que más.

Y e la beidá, agregó el Vale; yo manque no se lei, comprendo lo que la letura bale; si yo supiera lei, no hubiera libro que no leyera; no me tubiera que quedai con la boca abieita cuando me tan jablando de cosa que pa ei que sabe no e na; agora aiguno quien libro, pero lo quien dao; gatan en romo, baraja y gallo cuatro y sei peso y no dan ni medio peso poi un libro que abre ei sentío dei critiano ma serraio.

Interrumpió agradablemente nuestra conversación, el forastero, quien venía a caballo muy sudado; parecía venir de un viaje muy lejos; estábamos todos contentos de verlo; pues no sabíamos si había vuelto a su tierra o si estaba enfermo en alguna parte sin poderse comunicar con nosotros. Cómo están ustedes, amigos míos?, preguntó el forastero, apeándose del caballo y extendiéndonos la mano; el Vale mientras tanto, iba a desensillar el animal, pero el forastero le dió las gracias, diciéndole que podía solamente quitarle el freno, para ponerle un lazo y llevar el caballo a una mata de aguacate, que crecía cerca de la enrama-

da, donde conversábamos y en donde podía darle alguna hierba, pues él pensaba irse esa misma tarde. Así lo hizo el Vale, y fué al potrero a cortarle la hierba, la cual trajo al momento.

A dónde estaba usted todo ese tiempo, le preguntamos; y el forastero enseguida nos contestó: yo estaba todo ese tiempo en el extremo de este país, en unos lugares por cierto muy bonitos cuya descripción, que pienso hacer, gustará de seguro a mis paisanos; la gente es muy amable, y muy alegre, los frutos en abundancia, un progreso sonriente. Entonces usted escribe, le dijo el Maestro; si señor, contestó el forastero, soy publicista y tengo unas cuantas obras escritas, tengo una que se intitula "La Verdad en Gotas y Gotitas", del que le voy a regalar un ejemplar, cuando venga por acá, quizás mañana; algunas cosas no le gustarán, pero muchas sí.

La bendición tío; se presentó una muchachita, diciéndole al Maestro, y traía una pollita en la mano; ella le decía al Maestro: Esto le manda mamita de regalo. El Maestro enseguida se levantó y cogiendo una fundita de papel en la cual puso un poco de café, y le dijo a la muchachita: Llévale ésto a tu mamá, diciéndole que esto le mandó el Maestro para que se caliente el pecho; el forastero, al ver esto se sonrió, y dijo que esa acción, en buena urbanidad era un cambio de pollo por un poco de café. El Maestro le contestó diciendo que en los campos de aquí era la costumbre que el que le daba un huevo de regalo esperaba que se le diera una gallina o un racimo de plátanos y sinó, era un cicatero.

Asina memo e, don Prisiliano, agregó el Vale, la gente dei campo de aquí, hay que teneile cuidao! que ei que da la ala quie comeise la pechuga, ei dei campo no le da a uno na de baide; siempre epera aigo, y ai doble de lo que tri eto o poi lo generai, bueibo y digo, no siempre; ei Maetro si lo entiende bien, si se-ñoi.

Estábamos hablando, le dijo el Maestro a don Prisiliano, sobre los libros que más lee la mayoría; esta gente lee sólo para recrearse, no para instruirse y siempre se quedan las masas ignorantes, no quieren la verdad, quieren lo fantástico, sólo una minoría se prepara seriamente para resolver los problemas de la vida; así pues, don Prisiliano, no le auguro buena venta aquí para las obras que está usted escribiendo si son todas por el tenor de "La Verdad en Gotas y Goticas".

Yo no escribo, respondió don Prisiliano para los muchos, sino para los pocos; escribo para los que tienen ojos que ven intelectualmente las cosas del alma, no para los que ven solamente las cosas de la materia; yo no escribo para los que están ciegos de entendimiento y no lo saben, sino para los que saben que viven en la oscuridad, para éstos pocos es que escribo. Me parece, sin embargo, que mi pequeño libro "La Verdad en Gotas y Goticas" tendrá la buena aceptación del público y me voy ya; vine solamente a saludarlos; alquilé una casita para estar más a mis anchas, voy ahora a arreglar en ella algunos de mis trastos. Puso el freno a su caballo y se fué enseguida.

CAPITULO XVI

“LA PICARDIA DE CAMPESINOS”

Temprano por la mañana del día siguiente de la llegada de don Prisiliano, fué el Vale al pueblo a hacer unas compras al Maestro y a vender al mismo tiempo dos cargas de plátanos.

Llegó el Vale como a las tres de la tarde y se sentó a la mesa algo estropeado, pero riéndose al mismo tiempo sin que nadie supiese por qué. Quique estaba en su conuco y Candelaria ya se iba para su casa pero, creyendo que él se reía de ella, le dijo: De mí no te ríe tú pedazo de poiquería, poique tú tiene ma de qué rite que yo; miren qué mujei esa, dijo el Vale, abei si me taba riendo de ella... Candelaria, muy enfadada, le replicó al Vale: No te acueida lo de eta mañana, cuando benía tu pa ite pai pueblo?... no te acueida lo que me dijite de lo de muchacho mío? que ei uno era casi blanco, o de mi coloi? y que ei otro era cuasi prieto? que no se parecía a mi difunto marío? y te rite como diciéndome con soifia que yo se la pegué? yo te lo tenía guaidao, y te lo tengo... y sacudió su túnico, diciéndole bagamundo, sinberguenza.

Bea uté Maetro, decía el Vale, en lo que me encuentro yo... pero decía aquél, ella tenía razón en traducir tu sonrisa delante de ella en lo que pasó esta mañana; bien, pero di la verdad, de qué te sonreías ahí sentado? Yo no veía nada que podía causar esa sonrisa; hasta a mí me llamaba la atención y te iba a preguntar por qué.

Si ombe Maetro, uté ta en lo cieito; ella tenía razón en suponeise que era de ella, pero e que yo jice mai en no contai primero mi cuento; entre mi me ria de la atucia de aiguna gente dei campo, cuando quien engañai o enredai a lo dei pueblo, como saben preparai ei laso, en que cogei a cuaiquiera, digamo, ai que no entiendo su maña.

Pero vamos Vale, cuéntame el cuento, dijo el Maestro.

Bueno, Maetro, cuando yo jui ai pueblo a comprai lo que uté me dijo, me encontré en la tienda onde jui, a do hombre parao detrás dei motradoi, tomando aguaidiente y combeisando mucho de la bondá de ca uno de ello, y decía uno: Compai uté pue crei que agora e que me acueido de un encaigo que me jizo María, con mucho empeño; pero dipue e que benio a bei que he gatao lo rialito que tenía y que no eran poco, eh compae? poique ai bení ai pueblo, no bengo con meno de bente o trenta peso en papeleta; uté bien lo sabe, eh compae? y dígallo, repondió el otro. Agora yo no sé lo que bua jacei; poique lo que María no me ba a peidonai si no le llevo ese coite e túnico y la otra bobería que ella me encaigó, y eto, teniendo como uté bien lo sabe, quince o bente arroba e cera abajo e la cama allá en casa, y que serían lo batante pa pagai eso, y jata mucha ma. Ei que me sacara de ete empeño, le bendería la cera mía, jata un riai ma barato de la que se vende agora. Bea a bei compai, dijo el otro; si se lo fían aquí; y ei comeiciante, uyendo eta conveisación, le dijo que lo cojiera fiao y se lo pagara en cera. Cogieron antonce die o doce peso fiao, y se laigan. Yo me depaché y ello ai doblai una equina, no me sintien,

e diban diciendo: Qué engaña le dimo a ese que sabe de letra! jaá; pero nojotro dei campo sabemo ma que lo dei pueblo, y se diban a caballo riendo de su picaidía, pue, de eto e de lo que me ría cuando llegó Candelaria.

En lo que el Vale le contaba el cuento al Maestro, llegamos Candelaria y yo, y ella entonces se convenció de que no era de ella la sonrisa del Vale. Como los pícaros se aplauden, dijo el Maestro, para engañar a un tercero, sea del campo o del pueblo, esto es si hallan un hombre inocente a quien engañar como el comerciante ese a quien tú te refieres; ese era un imbécil, ¿quién si no conoce a uno, le va a ofrecer crédito? si dice que tiene cera, tabaco o maíz, cuando lo traiga es que lo creo. El que está en el comercio, no debe llevarse de bellas palabras, sino del que ya conoce, o del que tiene algo; todos prometen, pero no todos cumplen; la mayor parte creen que el que engaña es inteligente y que todos los abogados son sabios, aunque algunos de ellos engañan. No puede ser inteligente, ni menos ser sabio el que para adquirir fortuna miente o roba; el que vive así no alcanza nunca la felicidad, sino que llega al fin de sus días, siendo un miserable y despreciado de todas las personas; por un tiempo ríe, pero más tarde llora; no es que yo crea en supersticiones, pero he visto que el que adquiere riquezas por los medios ilícitos, nunca las sabe apreciar como el que las ha ido formando poco a poco, por medio del trabajo y la honradez; el uno sabe lo que cuesta llegar a la cumbre, mientras que el otro prefiere la manera más fácil de vivir, aunque sea explotando al prójimo, con mengua del honor.

Vive el pícaro sin cuidado, no pensando nunca en lo futuro, y cuando se encuentra sin recursos y agobiado por los años, se queja entonces amargamente de la suerte y no de su pícaro manera de vivir; tal es la causa, cual es el efecto.

Este comentario suyo Maestro, dijo Quique, sobre la picardía y la honradez, debía de ser impreso en un libro para que sirviera de corrección o de advertencia a los muchos que quieren la vida fácil; trataré de valerme de él para mi triunfo en la vida.

Por eso, agregó el Vale, me llebo de lo consejo del Maestro, y lo que má me guta, e su palabrería que cuaiquiera entiende cuando ei jabla con lo que no saben de letra, como yo que le etaba acuchando agora.

Candelaria, mientras tanto, estaba en la cocina calentando un sancocho para el Vale y entrando donde estábamos sentados le dijo: Cómete eso, pedazo e jambriento! yo no debía ni de guaidaitelo. Así hacen los del campo: el que pelea con otro hoy, es pronto su amigo mañana.

CAPITULO XVII

“PRESTAMOS Y CAMINOS DE LA VIDA”

Después de la conversación sobre los campesinos pícaros, pasábamos cuatro días más tarde, el Maestro y yo frente al ranchito de Candelaria, nuestra cocinera.

Habíamos tomado ya el café y el desayuno e íbamos a ver los conucos; Candelaria estaba parada a su puerta con el hijo más grande de ella, a quien manda-

ba a casa de su comadre Micaela a buscar dos planchas prestadas para planchar una ropa que ya hace días tenía almidonada; y Ud., le preguntó el Maestro a Candelaria, no tiene dos planchas mías en uso? Si, contestó ella, pero antiayer se la preté a siña Fabiana, que la necesitaba solo por un momento y tuavía no me la ha debueito; tenía gana e pedísela, pero jesú me jace mai, y poi eso mando agora onde mi comadre, a bei si me la preta.

El Maestro dijo entonces, yo ni presto ni me gusta que los míos cojan prestado; deje Ud. la ropa almidonada hasta que consiga las planchas que yo compré para mis propios servicios. Es una mala costumbre que se adquiere; cada cual debe comprar lo que necesita a cada rato, pero si lo necesita ocasionalmente, yo se lo puedo perdonar.

El que vive en el campo debe tener a mano todo lo que necesita a cada momento, y por eso debe comprarlo todo y no depender del vecino; el que todo lo pide prestado, nunca compra nada.

Candelaria se fué para su cocina refunfuñando, después de haber mandado al muchacho a darle comida a los puercos del Maestro; estaba la pocilga en el mismo camino en donde íbamos caminando hacia el conuco del Vale; nos quedamos mirando diez puercos gordos, a los cuales el muchacho de Candelaria les daba, de un granero, yuca y varios cajones de granos de palma. Estos marranos ya valen veinte pesos; esos dos colorados Quique, son los tuyos, que, con el tabaco que vas a cosechar podrás reunir, practicando economía, con que formar un capitalito para emprender negocios comerciales en el pueblo o dedicarlo a cualquier

otro trabajo que prefieras, porque es verdad, tu vocación es el comercio. Vamos ahora a ver los trabajos del Vale; los tuyos, o el cultivo de tu tabaco, los veremos después.

Seguimos caminando hasta llegar a un campo de variadas siembras como yuca, batatas, auyamas y un platanal; en un rincón de este gran conuco tenía el Vale, pues eran de él estas labranzas, como diez tareas de tabaco, que era de admirarse por la frondosidad de sus hojas; todo el terreno se veía limpio, no crecía en él ni un matojito ni una hierbita en ninguna parte, pues el Vale hacía el primer deshierbo y después salía todas las mañanas con un macutico, en el cual echaba la hierba, que a su paso veía; así no daba tiempo a infestarse su conuco. El Maestro, comentando este sistema del Vale decía: Muchas personas, queriendo parecer que tienen una extensa agricultura, compran muchas tierras, abren grandes trabajos, que después no pueden sostener limpios; el Vale, mide sus fuerzas y solo siembra lo que él puede sostener, teniendo así más que aquél que abarca mucho y tiene poco.

Muchos, en diferentes caminos de la vida, continuó el Maestro diciendo, —mientras caminábamos por ese extenso campo de variadas siembras, no amontonadas unas sobre otras— con talento y dones especiales para dedicarse a una brillante carrera, se malogran, queriendo conseguir riquezas con poco esfuerzo, para gozar por los anchurosos caminos del placer, entre flores, licor y mujeres. Hay otros que prefieren vencer grandes obstáculos, subir elevadas cimas, nadar por los procelosos mares de la vida, precipitarse a profun-

dos abismos para probar la fuerza de sus músculos: Estos son los titanes, los héroes de la vida! Aquellos son los pigmeos, los inútiles de la humanidad. Los primeros se enervan con los vicios. Los últimos se fortalecen con la virtud.

Nos sentamos el Maestro y yo en un tronco seco, antes de llegar al conuco mío; esto era después que saltamos del portal de trancas del conuco del Vale. El Maestro le gustaba conversar y sentándonos allí a coger el fresco de la mañana, mientras en la rama de un árbol florecido de blancas y perfumadas flores, cantaba alegremente un ruiseñor, continuó su conversación contra los que quieren gozar de lo mucho de una vez y de los que no quieren sufrir amarguras antes y gozar de felicidades después, y me contó la historia de un par de jóvenes de talento, que salieron a emprender la vida.

Eran dos jóvenes, decía el anciano, ante los cuales se presentaron dos caminos, una senda era llana, florecida y el aire perfumado con balsámicos olores, palacios regios, suntuosos, que convidaban a descansar allí, mujeres bellísimas cuyos encantos seductores incitaban al placer, música, bailes, canciones y licores; todo allí parecía un paraíso eternal. Mas antes de llegar a tres cuartas partes del camino, todo se vió transformado en inmundos animales bañándose, cerdos flaquísimos en el lado más sucio que ojos han visto, animales muertos y podridos, llenos de gusanos en arruinados palacios de donde emergían mujeres cadavéricas y hombres esqueléticos, de donde salían olores pestíferos para el caminante que pasaba por esos alrededores.

El otro camino, decía el Maestro, era largo, estrecho y espinoso, ni para remedio se hallaba una flor, pedregales y abismos había en donde quiera, montañas altísimas y escabrosas, nada que alentara a proseguir, puentes en ruinas sobre ríos caudalosos, y las gentes, que pasaban por allí no abrían la boca sino para desalentar al que pretendía llegar donde brilla la luz, a donde reina la felicidad; calumniadores y bandidos solamente se encontraban en ese camino, de tal modo, pues se necesitaba gran valor para hacer frente a tantas dificultades. Vióse entonces de repente brillar una gran luz, y se cambió enseguida la escena!... Ancho se vió el camino que al principio se veía estrecho; embalsamaba el aire el aroma de las flores que crecían en dondequiera; los pedregales y abismos desaparecieron, bellísimos puentes atravesaban ríos caudalosos y murmuraban perennemente los cristales de fuentes divinas.

En el delicioso camino de los momentáneos placeres, consumió uno de los jóvenes su virilidad; se dejó engañar de los que viven escuchando canciones de sirenas, de los que mañana y tarde van a las orgías a levantar la copa de un dorado licor, que roe las entrañas y convierte en cerdo a su víctima; va tambaleando por las calles, abandonado por sus antiguos compañeros; cae borracho a las puertas de una vieja taberna donde ha vomitado casi la hiel. No tiene ni un centavo; todo lo ha botado en miserables ramerías y barajas. Vuelve a la casa paterna, la ropa raída, descosidos los zapatos, en una palabra, hecho una miseria completa.

El otro joven emprendió el camino más escabroso; venció los contratiempos, no les hizo caso a los bur-ladores del bien, seguro del triunfo de la rectitud y la constancia y llegó a la cumbre de la felicidad mate-rial, y a la gran tranquilidad espiritual, que es la ma-yor riqueza del hombre. Sus padres tenían la satisfac-ción de verle hecho un hombre sin vicios, un hombre, que era gloria de su pueblo, modelo de bien para la ju-ventud que se levantaba.

El uno era reír primero para llorar después y el otro era sufrir primero para gozar más tarde.

Entonces el Maestro, así que acabó de contar el largo cuento del resultado de los dos jóvenes, que em-prendieron el camino de la vida, vió mi bonita siem-bra de tabaco, pasó conmigo otra vez frente al ranchi-to de Candelaria y nos fuimos a esperar la comida que ella nos estaba preparando.

CAPITULO XVIII

“ORDEN EN LAS SIEMBRAS Y CUMPLIMIENTO DE LA PALABRA”

Encontramos, al volver a nuestra casa, al Vale muy ocupado torciendo unos lazos para vender; tenía mucha cabulla cerca de él apilada y unos cuantos lazos ya hechos.

Candelaria iba poniendo ya la comida en la mesa, y dijo ella: Uds. si pasian laigo; eso conuco tan muy bonito, cuaiquiera se dibieite ai beilo; agora ei tabaco ba muy frondoso y que le viene bien la llubia a lo sem-bradore; ai que le viene mai e a lo frijole. El Vale al

irse a sentar a la mesa le preguntó al Maestro si le habían gustado los trabajos y el anciano le contestó: Celebré mucho el orden que se ve en el conuco tuyo; las siembras no están mezcladas unas con otras; está cada una de ellas en su apropiado cuadro, de modo es que tus siembras tendrán todas un buen desarrollo.

Después que hubimos comido y ya cuando el Vale iba a comenzar a torcer otra vez sus sogas, se presentó al Maestro un antiguo peón, buscando qué hacer, y decía: Vengo a ver si me paga otra vez la limpia de su jardín y la pica tierra del frente de su casa; el Maestro le dijo, amablemente que ya otro hacía ese trabajo.

El Vale dijo después que el hombre se fué: Ese no tiene palabra; si lo conoco yo... ese dice: bengo tai día y si le combiene o jalla otro trabajo, lo deja a uté eperando, y como ei, hay mucha gente; aiguno poi complaceilo le dicen: le boy a jacei tai cosa y epé-relo; no lo jacen nunca; agora si uté le da dinero adelantao, eso e lo que quien, no le pasan dipue ni poi la pueita de uté.

El Maestro le contestó entonces al Vale: Ya lo había tratado y sé lo informal que es; pero con no emplearlo más está la cosa arreglada; mala costumbre es en nuestros campos el decir una cosa y no hacerla, el prometer y no cumplir; hacer un trato y después salirse dél, coger prestado y no devolver, coger al crédito y no pagar, vender lo ajeno y cogerse el dinero; viven así las gentes que se creen que es gran astucia saber engañar al prógimo; el ignorante trabajador es el que vive así; pero el que da trabajo no piensa regularmente en como va a pagar al pobre jor-

nalero que derrama su sudor trabajando para ganar quizás una mequindad, y le sale con un vuelva mañana, que se le repite cada vez que va a cobrar; y algunos tienen con qué pagar y no pagan; dicen que no tienen ni un chele, de donde resulta que los peores engañadores los forman los que no pagan el trabajo que se manda a hacer.

Yo, aunque poco hablaba, tercié esta vez en la conversación diciendo: Los justos entonces pagan por los pecadores pues la generalidad de los dueños de fincas, son tan malos como la generalidad de los peones que les trabajan; los unos a los otros se engañan; parece que no comprenden que el cumplimiento del uno depende del cumplimiento del otro; una carta que no se entrega a tiempo, puede dañar los planes de otro; comprendo que el hombre debe cumplir con su palabra o no debe prometer lo que no puede hacer, porque el hombre sin palabra no es hombre.

Eso memo creo yo, dijo Candelaria, que hombre sin palabra no e hombre; eso le cabe ai que me echó a peidei; ei me prometió jaceime un rancho, si me acotaba con ei, y le toy eperando jata agora; ei primiei muchacho de ei conmigo tiene catoice año y tuabia etoy eperando ei rancho; dipué me dijo que me diba a dai cincuenta peso y una potriquita; lo que me dió jué otro muchacho y tuavía etoy eperando lo cincuenta peso y la potriquita; ese no e ma que un simbeigüenza, un abusadoi, y quien lo be, tan bien betió y quien lo joye, tan bien jablao.

La mayor parte de los hombres, dijo el Maestro, creen que engañar es el mejor arte de vivir o de hacer fortuna; engañar a la débil, a la sentimental mujer;

engañar a sus padres y sus hermanos, a su esposa y a sus hijos; a sus amigos, no hay que decir, pues a éstos y a los que no lo son vienen a ser los primeros; son los más grandes embusteros, pero tales engañadores pierden al fin de la partida, lo que de mala fé ganaron; dice un viejo refrán: Lo mal habido se lo lleva el río.

Y quien oye a esos señores hablar de dignidad, agregué yo, los creería los hombres más morales del mundo; algunos que se llaman a sí mismos inteligentes porque tienen alguna astucia y son los más malos, son incumplidores de su palabra, chismosos, calumniadores; si tienen muchas tierras mal adquiridas, se creen superiores a los hombres de conciencia, porque reciben alabanzas de la ignorancia o les rinden homenaje sus compañeros en fechorías.

Ah sí, añadió el Maestro, son honrados en la lengua; son hombres dignos, en la lengua; son cumplidores de su palabra en la lengua; todo el honor de ellos está en la lengua; dicen pero no hacen, tienen amor para uno con palabras, pero odio en el corazón; no roban pero son cómplices de ladrones; afirman, si les conviene, pero niegan si no les conviene; dicen que son hombres con vergüenza, pero obran sin vergüenza.

Hombre, Maestro, dijo el Vale, lanzando una gran carcajada, uté si jabla la beidá, ei que no tiene beigüenza e un sin beigüenza.

CAPITULO XIX

“LA VISITA DEL FORASTERO Y LOS CONSEJOS
DESPRECIADOS”

Continuando nuestros respectivos trabajos de siembras en los conucos y demás, y sentándonos, como de costumbre en la enramada a conversar, después de habernos desayunado, llegó el forastero algo alegre en un caballo alazán muy brioso. Vengo hoy, tras algunos días ausente de Uds. en que estaba yo sumamente ocupado con mi larga correspondencia periodística a mi país, vengo a traerle a Ud. Maestro, el ejemplar de “La Verdad en Gotas y Goticas” que le ofrecí; se desmontó se sentó a la mesa y sacó del bolsillo derecho de su saco, el folleto, ya mencionado y lo entregó al Maestro.

El Vale se encargó del caballo, pues lo desensilló, lo amarró a un árbol a la sombra y le dió de comer, trayendo la silla y el freno a la enramada, en donde se sentó a oír la conversación. El Maestro se quedó hojeando el librito y celebraba algunos pensamientos que él hallaba muy buenos para ciertas gentes. Yo los comentaba y el Vale, zapateaba riéndose por la verdad que decían.

A coger el fresco en la carretera y a ver los camiones cargados de guineos y otras cosas pasar, amén de guaguas y carros con pasajeros que iban y venían, se sentaron todos a la puerta de la casita, cuya verde hierba le servía de poética alfombra y cuyas matas de pascuitas ostentaban en cada esquina sus flores rojas al igual de las blancas campanillas y azahares que per-

fumaban todo el ambiente en una mañana fresca de Abril; pero a poco de estar allí, admirando la Naturaleza con sus gigantes árboles, en cuyas ramas los negros cuervos dejaban oír su estridente garrulería que venía a ser disonancia para el melodioso canto del alegre ruiseñor, se podía ver a un hombre que traía un burro cargado sobremanera de granos; parece que el pobre animal no pudiendo seguir más adelante, por ser la carga superior a sus fuerzas se había caído, frente a nosotros y el brutal amo le daba palos sin misericordia, queriendo que prosiguiera con la tremenda carga; pero era imposible, aunque muchos fueron los palos que tuvo el pobre burro que sufrir y con esa paciencia, que le es tan característica; los brutales palos no cesaban, le salía la sangre por la boca del animal, pero siempre llovían palos en su cabeza y se oían las maldiciones del enfurecido amo.

Salió entonces el Vale, aunque de mal grado del amo del burro, y principió a descargar los granos, pero así que se levantara el animal, quería el hombre pegarle de nuevo la pesada carga, diciendo que muy acostumbrado estaba él a llevar eso y mucho más y por lo tanto, era necesario llegar al pueblo sin un grano menos.

Usted señor, dijo el Maestro en tono algo severo, que revelaba su indignación, usted mismo se está perjudicando; piense por un momento en que usted o el dueño del burro (pues debe ser alquilado) ha de perder algo con su muerte, sólo por obligarle a que lleve una carga para la cual no le han de alcanzar sus debilitadas fuerzas; lo que acaba de suceder resulta de habersele anteriormente cargado demasiado; cada car-

ga que se acostumbraba ponerle le hacía perder una parte de sus fuerzas, las que no llegaba a cobrar jamás; es una lección para lo futuro; verá usted que más vale no apurar demasiado, porque al fin y al cabo se pierde más; si usted se hubiera contentado con ponerle la carga regular de un burro, se había evitado este trabajo, y podría ahora contar con ocho años más de buenos servicios del animal, mientras que ya no puede llevar la carga ordinaria de enantes y pronto será completamente inútil.

Estas reconvenciones del Maestro eran lo suficiente para que el campesino le dijera: No me benga uté con filosofía; uté no tiene que bei con la caiga que yo le ponga a mi animal; si pieido soy yo solo, y no uté, biejo maidito. El forastero murmuró por lo bajo: Qué hombre tan malcriado! tan mal hablado; pero el Maestro lo miró como quien le tenía compasión por su ignorancia y no le dijo más que: Yo merezco eso de tí, y se alejó diciendo: Buena lección para mí; hice mal en mezclarme en los asuntos de ese señor y no debo enojarme por un castigo igual. El forastero quedó admirado del tono de desprecio del Maestro; pero el Vale, que no era hombre que aguantaba insultos de nadie y considerando al Maestro como su padre, salió pronto a la defensa de éste, cayéndole a golpes al hombre de una manera casi feroz y como era el Vale más fuerte que aquél, le derribó al instante y si no hubiésemos acudido, le habría dejado más muerto que vivo.

El Maestro, compasivo como siempre, hasta con sus enemigos, aunque a este hombre no lo consideraba uno de los tales, obligó a este ignorante campesino a seguirle a la enramada, para darle algo que aliviara

el dolor que pudiera sentir de los golpes que el Vale furioso le había dado; dióle el Maestro en un vaso un poco de árnica con agua y le dijo, al mismo tiempo, que no se acordara más de esa cuestión que él haría que el Vale le diera satisfacción no tanto en palabras sino con efectivo, pues la ley debía cumplirse en su casa, donde él era el Juez. Las palabras del Maestro eran tan dulces al oído del hombre que era tan insolente, poco antes con un anciano, que tanto merecía su respeto, que le besó a éste las manos al darle las gracias.

Saliendo el campesino a la carretera para coger su burro, se topó otra vez con el Vale, quien muy sofocado se dirigió a el Maestro diciéndole que despachara a ese malcriado y que le dijera que no apareciera más por esos alrededores.

Cállate Vale, contestóle el Maestro; derecho ninguno tienes de hablar así de este señor; él no te ofendió a tí ni a mí; pues las palabras que me dirigió no eran más que la justa recompensa de mi entrometimiento. Debí solo decirle que me parecía la carga muy pesada, y dejarlo en paz. No debemos dar consejos sino al que los pide de nosotros y parezca dispuesto a tomarlos, porque luego aconsejar es ganar enemigos; sírvanos de experiencia lo presente.

El Vale, mientras tanto, se quedaba contemplando al Maestro con quien pretendía justificarse y de cuando en cuando repetía un pero... etc... baga!

El Maestro adivinando lo que el Vale quería decir, no le daba tiempo a concluir la frase y sentenciaba así: La verdadera grandeza del hombre consiste en reconocer sus faltas; reconoce la tuya ahora y dale sa-

tisfacción a este hombre, sobre el cual vomitaste tu ira, aunque fuera en mi defensa; bien sabías que era él más débil que tú y no lo despreciastes.

Le daré satisfacción, dijo el Vale al Maestro, poique uté lo dice, pero de juro que si fuera poi mí, no se la diera; yo la ñapa si se la daría. Vale, respondió el Maestro, tienes que darle además medio peso de tus haberes en compensación de los golpes que le distes y su tiempo perdido.

Qué Maetro!... daile yo medio peso!... dipué que ei simbeiguenza lo ha insuitao a uté... hombre si eto no se pué ni contai... en fin, si uté lo dice, no hay ma que daiselo... pero eso sí, lo que soy yo, no se lo paso con mi mema mano. Sí, Vale, con tus mismas manos; pues lo que exijo es humillación al ofendido.

El Vale entonces convino y dijo: ta bien Maetro, to lo que uté quiera; uté sabe bien que yo no le boy a contradecí en na; conque bamo allá, y diciendo, voló para la casa y en un momento apareció con el medio peso, el cual entregó sin ceremonia alguna al hombre del burro; pero el Maestro le hizo dar la mano al ofendido y ofrecerle satisfacción, lo que el Vale hizo de la siguiente manera:

Mire, señoi, aquí tá medio peso, que le regalo, poi bario goipe que le he dao, y le prometo ma nunca meime con uté, ni con quien se pareca a uté, y bállase con Dio y la bingen.

No podíamos aguantar la risa ni el Maestro, ni el forastero, ni yo, aunque aquél, tratando de suprimir la risa y queriendo aparecer serio, cogió al Vale por el brazo y le dijo que de ese modo no se daba la

verdadera satisfacción y dirigiéndose al campesino que ya contento se iba, sin al parecer cuidarse mucho de su enemigo, le dijo que esperara la debida satisfacción. El Maestro pues dictó a Benancio las siguientes palabras: "Mucho siento señor haberle ofendido, pero espero que usted me perdonará y aceptará mi mano en prueba de la amistad que le juro de todo mi corazón"; y repitió el Vale, como un presidente de la República, lo que escribe su secretario, pero tan pronto se fué el campesino, dijo en tono irónico: Esa satisfacción no se la dí yo, porque asina no lo pensé hacer; esa no son la palabra mía, lo decía mi boca, pero no lo sentía mi corazón; lo único que siento, e ei medio peso que le dí; pero en fin, que se lo llebe y que le siba poi una potema que puea resuitai, porque de juro que han sio grande lo goipe que de mi mano ha recibió ese maicriao.

No hombre, Benancio, le dije yo, no hables así, pues tú a la verdad hiciste mal en estropearlo de esa manera; eres más fuerte que él, mejor habría sido despreciarlo. El forastero sólo agregó: era un ignorante que se expresó así, ya se sabe que tú lo hiciste en defensa del Maestro, pero era mejor decirle: Tú no vales la pena para que se te haga caso, y dejarlo para que se averiguara con su burro.

Era mejor, dijo el Maestro, no decirle nada a ese hombre ignorante sino darle las espaldas, pues palabras duras, traen palabras peores; si el vulgo te dirige groserías, desprécialas como fango que evitas en tu camino; no contestes nunca al vulgo, pues entonces te igualarás a él y sólo debes levantar la mano, cuando

te veas atacado de igual manera, porque así le castigarás como a un perro rabioso.

El Vale entonces entró en razón de lo que decía el Maestro y más nada le dijo; durante este tiempo, el campesino iba lejos con su burro medio cojo, había dejado al cuidado del Maestro la carga que era de maíz para volver más tarde con un caballo a buscarla, pero parece que él temía encontrarse otra vez con el Vale y mandó a su hermano esa misma noche.

CAPITULO XX

“DECIMAS DEL MAESTRO”

Después que se fuera el hombre del burro, comimos y nos fuimos con el forastero en nuestra compañía a ver el tabaco de Enrique. El forastero le gustó mucho la atención que tenía esa planta, pues algo conocía él de tabaco, por ser la siembra preferida de su país y en donde él tenía grandes vegas; es una planta, dijo él, que necesita la consagración del campesino, todos los días hay que darle vueltas para matar los gusanos, desbotonarlo y dejarlo limpio de hierbas.

Como ya era tarde cuando volvimos y como era domingo al otro día, el forastero se quedó en nuestra casa a dormir. El Vale cedió gustoso su catre y se acomodó en el piso, lamentando solamente haberle tenido que dar medio peso al hombre del burro después de ser obligado a pedirle perdón por los golpes que le dió en defensa del Maestro; éste se durmió satisfecho de haber sido justo con el hombre agolpeado y el foraste-

ro y yo soñándonos con la ignorancia de un hombre que pagó con tanta irreverencia el buen consejo, que le diera el Maestro.

Amaneció el día siguiente algo nublado; los cuervos revoloteaban, dando al aire sus estridentes graznidos, mientras las pardas ciguas en bandadas volaban de una palma a otra y alzaba vuelo el carpintero con su cabeza roja, hendiendo el aire con chillidos o cantos desagradables.

Candelaria ya nos había dado el café y desayuno y estábamos sentados a la mesa de la enramada; fumaba su cachimbo el Vale, mientras el forastero nos decía algo de sus observaciones. He notado, continuó él, tanto en mi país como en éste, que casi nadie está contento; dondequiera que voy oigo lamentos, lo mismo en el pueblo que en el campo; la mayor parte de la medianía no está contenta con lo que le produce su trabajo y quiere el del vecino, pero no observa economía, quiere vestir como el rico, sin tener con qué; no vive como puede, sino como quiere y no viviendo de esta manera, se pone a lamentar. Yo quisiera pues, Maestro que usted me diera su parecer sobre este asunto.

El Vale y yo oíamos atentamente esta conversación, pero queríamos oír a los dos de superior edad dar cada cual su opinión. Estábamos si, contestes con el forastero, pues era su opinión en concreto, que la inconformidad del pobre es origen de toda su infelicidad.

Ay amigo, don Prisiliano, dijo el Maestro, usted tiene mucha razón en fijarse en como la mayoría quiere vivir; quieren los pobres adornar el cuerpo con sa-

crificio del estómago y de ahí que sus salidas, siendo mayores que sus entradas, vienen sus lamentos, no quieren algunas profesiones que ensucien las manos y no tienen capacidad para otras, de donde resultan ser cargas sociales; tanto los hombres como las mujeres entran en este número, lo mismo que usted me fijaba yo en ello y compuse pues unas cuarenta décimas que, con permiso de usted, voy ahora a buscarlas para leéelas.

El Maestro, levantándose inmediatamente, fué a su aposento, abrió un baúl y sacó de un rollo de papeles las décimas, las cuales trajo a la enramada y en seguida se puso a leerlas, así:

“QUEJAS Y CAUSAS”

Veo desgracias sin cuento
doquiera tiendo la vista,
y toda alma se contrista,
al oír tanto lamento.

La causa de este tormento
es por muchos ignorada,
y todo el mundo se enfada
con el Destino y la Suerte,
porque quiere que el inerte
tenga vida regalada.

Son muchos los holgazanes,
que de otro quieren vivir,
y sólo saben pedir,
o engañar, tirando planes.

Otros cometen desmanes
por una o por dos cuartillas
o se ponen de rodillas

ante cualquier caballero
quien si no dá su dinero,
tiene que andar de puntillas.

Cada cual de su vecino,
tiene la más grande envidia
si no ama de la desidia
el pesaroso camino.

El que trabaja con tino,
y llega a ser poderoso,
lo tratan de pernicioso,
y hasta le quieren matar,
porque le ven progresar
por el camino más honroso.

El pobre quiere tener
del rico los esplendores,
y las prendas y valores
que en el mundo pueda haber.

Comedias las quiere ver,
buenos caballos montar,
cantar, pasear y bailar
y andar siempre con los ricos,
aunque el sábado sus picos
no le es posible pagar.

Deja el sastre la costura,
cuando ha ganado dinero,
porque piensa que el pulpero
tiene ganancia segura.

Su capital lo aventura
en aquello que no entiende,
y todos los días vende,
vende con poca ganancia,
y al variar la circunstancia,
no sabe de qué depende.

Hasta el mismo zapatero,
bota la zapatería,
si ha ganado lotería
y se monta de pulpero;

Como sabe comprar cuero
compra también provisiones;
grandes especulaciones
nada difíciles cree,
mas vuelve a ser lo que fué:
zapatero y sus cordones.

El que sabe manejar
muy bien una carabina,
por eso en una oficina
cree que puede trabajar.

Leyes las sabe dictar,
discursos los puede hacer

nada, nada puede haber
difícil para su mente,
y llega a ser un demente
o algún degradado sér.

Hay también ciertos señores
que tienen muchos varones
y no les dan profesiones
porque quieren trovadores,

Y quieren otros doctores,
otros quieren normalistas,
otros quieren periodistas,
aunque no tengan haberes,
y aparecen bachilleres,
del manicomio en las listas.

Pocos quieren la cultura,
no quieren ciencia astronómica,
ni la quieren agronómica,
que es para la agricultura.

Más tener nadie asegura
que vestir, comer, beber,
y para poderlo hacer:
la pulpería! o el comercial....
o hacer a alguno mal tercio,
o con la honradez romper.

Y no son malas las gentes,
que en esta tierra contamos;
pero por desgracia hallamos
gran número de inteligentes.

Toditos son competentes,
en diciendo a manejar,
y no se puede encontrar
hombre sabio verdadero;
pero al buscar a un parlero,
es lo más fácil de hallar.

Y todos son, mis señores,
políticos.... por hacer,
y escritores.... sin saber
nada de historia ni autores.

Se hace figuras y flores,
se anda siempre de fiestero,
o se anda como un banquero,
la cuestión es no doblar
el lomo, que es trabajar.
ni sudar como un obrero.

Búsqüeme ay! entre estas gentes
algún buen hojalatero,
ebanista o carpintero,
o los sastres excelentes.

Búsqüeme a los competentes
en profesiones del día;
ociosos sí, los hallaría
usted en procesión,
pues aquí una profesión
detesta la mayoría.

Es raro el joven que quiera
dedicarse a la marina,
porque dice que no es fina
del marino la carrera.

Con manos en faltriquera
de un Martes a otro Martes,
se encuentran en todas partes
jovencitos sin oficio,
erigiendo allí del vicio
los ruinosos baluartes.

Y quiere el joven casarse
sin tener con qué hacerlo;

nadie puede detenerlo,
si llega a determinarse.

Después de casado hallarse,
y cualquier mal le acontece,
dice entonces que parece
que le persigue el demonio,
y maldice el matrimonio,
cada vez que el caso ofrece.

Pero es cuanto al hombre,
y es la más pura verdad
aunque no es ni la mitad
de su pésimo renombre;
y si alguno hay que se asombre
de lo dicho de este sér,
entonces de la mujer,
debo las faltas callar,
porque ella tiene la mar,
cuando la vamos a ver.

La mujer en la indolencia,
en esta tierra es criada
y no sirven para nada,
algunas de la opulencia.

Muy pocas tienen erencia
verdadera en religión;
ninguna es la educación
que encontramos en las masas
y nunca paran en sus casas;
pero siempre en diversión.

Llegan a tener amores
antes de tener quince años,
y no les valen los regaños
de padres ni de tutores.

No les valen los rigores
ni aun de la penitencia,
pues no saben de obediencia,
ni de respeto tampoco,
y se fugan con un loco
a vivir en la indigencia.

Y no se puede encontrar
entre tantas ni aún cien,
que le sepa coser bien,
y un pantalón remendar.

Lavar bien y cocinar,
ninguna quiere saber;
porque sueña con tener
un marido muy pudiente
que pague constantemente
quince pesos de alquiler.

Hay en otras poblaciones
mujeres muy industriosas,
con cualidades preciosas,
y muy buenas profesiones.

Aquí las inclinaciones
de mujeres, cuales son?
andar con un pantalón
color de rosa o de vino,
y luego abanico fino,
llevándose de ilusión.

Una joven que es partera,
no es muy fácil de encontrarla;
criada habría que importarla;
tendría que ser extranjera.

Nunca es buena lavandera
ella no quiere lavar;

ninguna quiere planchar
ah! porque eso le hace mal,
y viene a ser en total
que no quieren trabajar.

Estos bellos seres, pues,
nada emprenden en el mundo,
y les quita un vagabundo
virtud y honor a la vez.

Vienen las pobres después,
a encontrarse de manera,
que sólo en la carrera
ven alivio de sus males,
y llegan a ser iguales
en instintos a una fiera.

Esto último se refiere
a las de mediana esfera,
mas le sucede a cualquiera
que trabajo no quisiere.

Si saber alguno quiere,
puedo probar al momento,
que al decir esto no miento;
sé que no voy a agradar,
pues lo advierto, sin andar
con nada de cumplimiento.

Si un padre tiene riqueza,
y tiene una bonita hija,
ésta piensa en la sortija,
y en conservar su belleza.

Cree segura la grandeza,
toca piano solamente,
o le deja de repente,
para una novela leer;

pero no llega nunca a ser
niña culta o inteligente.

Entrar en una cocina,
eso causa grande horror!
se le huye como al olor
de una asquerosa letrina.

Ver matar una gallina,
sus! que se quiere morir,
pero no crean que es sentir,
sino hacerse delicada,
más eso no vale nada;
es solamente fingir.

Lavar medias o pañuelos,
o cualquier ropa zurcir,
quien se lo podrá decir?
guay ay! Señor de los Cielos!

Comer buenos caramelos,
hombre no hay nada mejor;
hablar de baile y amor
es hablar del paraíso,
y luego ella quiere un viso
y un vestido de valor.

Algún domingo va a misa,
pero no es por devoción,
y si toma comunión,
es con la vana sonrisa.

Llega a su casa de prisa,
oye hablar de diversión,
y le duele el corazón;
se queja de un gran pesar,
y es que no puede bailar,
habiendo hecho comunión.

Como cosa duradera,
no la hay, ni menos riqueza,
llega un día la pobreza
y amarga una vida entera.

El padre se desespera,
en el hogar no hay comida,
recurriendo a la bebida,
cree disipará la tristura,
y en momentos de locura,
él se priva de la vida.

La madre sin protector,
la hija sin posición,
ven entonces que ilusión,
es no más que seductor;

Ven que amistad no es amor,
sino sombras de fortuna,
que se alejan una a una,
cuando se eclipsa la gloria,
y riqueza es transitoria
como la luz de la luna.

En esta tribulación,
no sabiendo nada hacer
llega ay! a prevalecer
la voz de la tentación.

En tan triste condición,
y un hombre siempre en su casa,
la madre, con él se pasa
dos años amancebada;
y no recibiendo nada,
con otro ella se enlaza.

Viendo este ejemplo elocuente,
también la hija así se porta,

y dice: "A mí no me importa
el qué dirán de la gente";

No me mira ya el pudiente
ningún trabajo yo sé,
y en la carrera se ve
facilidad de vivir,
y para no sufrir,
como mi madre yo haré.

Ya se ve, que tampoco ésta,
de la alta esfera a la baja,
puede llevar la ventaja,
cuando el trabajo detesta.

La que sólo piensa en fiesta,
en belleza y en amores,
probará los sinsabores
de esta vida de amargura,
do parece la hermosura,
la riqueza y los honores.

Acabo, pues, de probar
que causa males sin cuento,
y el más grande sufrimiento,
el no querer trabajar.

Nadie puede imaginar
cuanto causa ociosidad;
nadie puede, a la verdad,
después de haberse probado,
su pésimo resultado,
amarla con ceguedad.

Muchos prógimos lamentan
de la Patria graves males,
y dicen que los caudales
de los ministros se aumentan.

De un Presidente, inventan
toda clase de mentiras,
que mucho les interesa,
y viene a ser la pereza,
con que cada cual delira.
Como ninguno se entrega
a trabajar con afán,
al encontrarse sin pan
al Gobierno se lo pega.

Y si el dinero lo juega,
y le salen mal sus cuentas,
halla entonces que las rentas
el Gobierno ha malgastado,
y frenético de enfado,
lanza quejas muy violentas.

No se ve la unidad
en nuestro cuerpo social,
porque el chisme es el gran mal,
que daña la sociedad.

El amor a la maldad,
el lujo, las pretensiones,
orgullo y supersticiones
están en su plenitud,
y arrastran la multitud
a miseria y corrupciones.
Nadie, nadie está contento
con su cara y posición,
cree que el tener profesión,
es carecer de talento.

Es vanidad, todo es viento.
quieren sólo aparentar,
y llegan a abandonar
lo útil por lo trivial,
resultando que en el mal
ellos vengan a parar.

Hasta que no se reforme
nuestra gente, mis señores,
de tantísimos errores,
nadie se hallará conforme:
el vicio será enorme.

Siempre habrá revolución,
y en cualquiera reunión,
los hombres de la ignorancia,
serán de más importancia,
que hombres de ilustración

Todo, pues, su causa tiene,
como ya se puede ver,
la tristeza o el placer,
de alguna causa proviene.

Decir que esto no conviene,
que aquéello no convenia,

por destino, es tontería,
o es sana superstición,
que no admite la razón
de nadie, que piense hoy día.

Amad trabajo y veréis
que este mundo es un Edén,
vivid solo para el bien,
y felices viviréis.

De pensar nunca sabréis
si vais por el buen camino,
y veréis que no es destino
ni mala estrella, ni suerte,
que hace al hombre rico y fuerte,
sino el trabajo y buen tino.

El forastero escuchaba atentamente la lectura de las décimas del Maestro, y tanto le gustaron que se las pidió prestada, para copiarlas. A mí que también las escuchaba, me parecían la fiel pintura de la mayor parte de mis paisanos, tanto del campo como del pueblo; pero yo quería al mismo tiempo saber cuándo fueron escritas y se lo pregunté al Maestro, pues éste, en el tiempo que estuve con él no me las había enseñado. Unos cincuenta años hace, me dijo él, escribí estas décimas al oír tantas quejas y lamentos contra el destino y la suerte y muchas veces contra los Gobiernos, sin ver la mayor parte, que el desamor al trabajo, el vicio, la incultura y la mala dirección, son la causa de su miseria o su desgracia.

El Vale se quedaba serio algunas veces y en otras se reía y exclamaba: Esa décima si jabla la beidá,

poique yo conoco aiguno pepillito, que poique tan muy bien mantenío en su casa, no quien trabajai, y ei trabajo e lo que deja: poique ei que limpia matojo y siembra aigo, cosecha; y ei que juega gallo o baraja, si e probe y gana do peso en una semana, lo bota en la pata de un gallo o en ei banco de un juego, y antonce se queja de que en su casa no hay qué comei, y no be que su cuaito lo ha botao en ei bicio.

CAPITULO XXI

“ENTROMETIMIENTOS Y HONOR”

Así que nos fueron leídas las décimas, y que, tanto el forastero como el Vale y yo las habíamos comentado favorablemente, Candelaria puso en la mesa nuestra comida, la cual, siendo domingo, era muy variada y se componía de pollo relleno, macarrones a la italiana, albóndigas, arroz blanco y plátanos maduros fritos, amén de un postre de dulce de batatas.

Después de la comida y de beber el café correspondiente, nos sentamos otra vez en la enramada a conversar como siempre y entre otras cosas que dijo el forastero, dirigiéndose a mí de la siguiente manera: Parece que usted quiere mucho al Maestro no?, pues lo veo aquí siempre que vengo. Ah señor!, le contesté yo, le quiero con amor entrañable y no es nada extraño, pues, que usted me vea siempre aquí; hace algún tiempo que vivo con él y creo que si él me consiente permaneceré más tiempo aún en esta casa, oyendo tan buenos consejos, consejos que estoy segu-

ro no dejarán de hacerme feliz mientras yo los siga, como lo pienso hacer; trabajo lo encuentro aquí, porque desde mi llegada y cuando supo el Maestro mi determinación de quedarme con él, me lo proporcionó, ofreciéndome una recompensa que, a la verdad no merecen mis humildes servicios; yo de mi parte, me habría conformado nada más con el sostenimiento y los buenos consejos que él me da a mí y a todos los que andan por caminos errados, pero como salió de su buena voluntad, acepté la recompensa que él me ofreció; yo no gasto nada en lujo, vivo como puedo y no como quiero; no compro lo que no necesito, así es que no tengo capital estacionado en cosas inútiles; voy haciendo así economías por si caigo enfermo, para no tener que implorar la caridad pública o ser una pesada carga para mi familia, como les sucede a muchos, que por falta de previsión llegan a ese lamentable fin; aquí tengo asegurado lo presente y puedo prepararme para el incierto porvenir.

Razón tiene usted, me contestó el forastero, yo mismo, si no tuviese esposa e hijos, trataría de venirme aquí a vivir; y dirigiéndose al Maestro dijo: No sé si le agradaría a usted el tener en su casa a tanta gente.....

Hombre, no sé qué decirle, porque tanto es el amor que tengo para mis semejantes que me parece que sería casi imposible rehusar nada que les pudiera ser útil; siempre tengo para mí que todo hombre ha venido a este mundo para cumplir una misión que redunde en bien de la humanidad, siendo la mía la de dar consejos, pues desde mi juventud lo vengo haciendo, aunque muchas veces para mi gran perjuicio. Como

vengo observando las acciones de los hombres y apreciando sus buenas cualidades, censurando sus grandes defectos y valiéndome del mal que a otro le pasa para librarme yo de los tantos escollos que tan a menudo se presentan en el camino de la vida, y viendo que a la larga vale más la virtud que el vicio, y la pureza más que la corrupción, sigo y seguiré dando mis consejos a tantos que van descarriados.

Yo también, agregó el forastero, lo he pensado así mismo, que hemos todos venido al mundo para cumplir alguna misión; siempre he dicho que el hombre, siendo como lo es, superior a todos los demás seres de la Creación, debía de vivir no tan solo para sí, sino también para sus semejantes, para que al abandonar este mundo, quede algo bueno, que haga inolvidable su nombre. El que tiene una vida consagrada al bien, una vida sin remordimientos de conciencia, no puede ser infeliz; pues la virtud tiene siempre su recompensa; tiene siempre tranquilidad de espíritu.

El Vale, mientras conversaban el Maestro y el forastero, estaba muy tranquilo, como una persona que está en gran meditación, tan así que tuvimos que preguntarle si estaba pensando en la inmortalidad del cangrejo, a lo que nos contestó: No señore, yo no taba pensando en la moitandá de lo cangrejo, ni tenía intención de matai ninguno, poique a decí la beidá, ni mucho me gutan; le guá decí: Yo taba.....

Pero no le dimos tiempo a terminar, pues nos echamos a reir de tal manera que el pobre Vale nos miró sorprendido y no pudiéndose dar cuenta de nuestra risa, nos preguntó el por qué. Hombre, Vale, le dijimos, ¿quién te ha hablado de la mortandad de

cangrejos ni te ha preguntado si los comías o no? Sólo te preguntamos, al verte tan pensativo, si estabas pensando en la inmortalidad del cangrejo, como el filósofo de la antigüedad, que pensaba en la inmortalidad del alma.

Oh!, exclamó el Vale, y de eso se ríen ustedes! ¿Cómo ustedes quien que yo sepa el significado de una palabra que en mi vida he oído? ¡háblame de lo que no entiendo, aunque sea en mi propio idioma, e lo mismo que hablé en latín así que no sabe el latín; así mismo hay mucho orador, que hablan a lo del campo en un lenguaje que solamente el que tiene detrucción lo entiende; el significado de inmortalidad crea yo que era moitandá y que ustedes crían que yo mataba cangrejo y me lo comía.

Tienes mucha razón Vale, le dijo el forastero; pero queremos saber en qué estabas tú pensando.

Yo estaba pensando, respondió el Vale, ya que ustedes lo quien saben, en que el Maestro no debía de cumplir su misión; porque en cualquier rato le iba salir peor que lo que le salió así; yo creo que es mejor callarse uno la boca y no darle consejo a nadie; porque malacrianza es lo que se puede recibir en cambio, y de ñapa, tener quizá que dar dinero así que le dió usted consejo, como pasó al Maestro, na menos que así con el del burro.

Bien Vale, replicó el Maestro, pero no recuerdas que he dicho que no pocas veces me he perjudicado, y no sabes también que a menudo se propone uno no hacer una cosa buena o mala y se olvida de su resolución, volviendo a repetirla, según se presenten las mismas circunstancias; si Vale, el hombre obra según

las circunstancias en que se encuentra y se salva o se pierde; no es bueno sin embargo algunas veces aconsejar al que no ha pedido nuestro parecer, ni entrometerse en la vida ajena, aún para hacerle un bien, a fin de que no resulte como dijo Cristo: Arrojar perlas a los cerdos. Siempre estoy dando consejos, algunas veces encuentro quien los aprecie, pero otras muchas, a personas que los desprecian, como por ejemplo, y bien me lo citas tú, el hombre del burro de ayer.

Ah! si Maestro, añadió el forastero, me parece que está bien que le déis consejos a todos los que creáis que los necesiten, aunque no os los pidan, o aunque os esponzáis a su desprecio; pues a la verdad son pocas las personas que quieren corregirse, o conocer sus faltas y casi todas creen que el camino que ellas mismas se han trazado es el mejor; pero aunque esto sea así, tenemos que dar nuestros consejos, tanto al que los pide como a los que dejen de pedirlos, pues en una parte de las sagradas escrituras dice que debemos darlos a los que los han menester. ●

Prácticamente, respondió el Maestro, son enemistades lo que uno se gana, dando consejos no solicitados; estos pueden calificarse de entrometimientos; malo es entrometerse en los negocios ajenos, siendo mejor dejar a cada loco con su tema, hasta que la experiencia le diga en dónde está su error; no debemos pues ir por el mundo cual andantes caballeros, desfaciendo, como dijo Cervantes, agravios y sinrazones.

Hablando de otra cosa, Maestro, dijo el forastero, quisiera oiros hablar sobre aquello que algunos llaman honor, pues conozco a muchísimos que nunca ja-

más se han portado dignamente en la sociedad, o en sus relaciones con cualesquiera de sus semejantes, a muchísimos que mienten para tapar sus bajas acciones o para triunfar en sus injustas pretensiones, a muchísimos que mandan a otros a robar para sacar beneficios para su propia hacienda, a muchísimos que mandan a asesinar a sus contrarios, para vengarse cobardemente de ellos, y dicen orgullosamente: Yo soy un hombre de honor.

Ah, don Prisiliano!, exclamó el Maestro; usted ha tocado uno de los puntos que más ha llamado mi atención, y es el honor!

Honor, según la acepción que tiene la palabra en el diccionario, y usted lo sabe, es lo más grande que tiene el hombre o la mujer; es el todo de su personalidad moral, pero desgraciadamente, es para la mayoría de las gentes, algo así como un título, y al alcance de los ricos o los poderosos y de los tramposos bien vestidos de todas las profesiones y hasta de vagabundos inclusivos. Estos últimos se ríen de la honradez, dicen mañana a los que les cobran y ese mañana no llega nunca; niegan lo que deben y dicen que eso es inteligencia; engañan al prójimo y dicen que es sabiduría; pero éstos son los hombres de honor del mundo, hombres sin conciencia, pero son hombres de honor, hombres que nunca hablan la verdad, pero son hombres de honor; aparentemente son felices, pero tienen amargos remordimientos y el fin de ellos será la desgracia.

Oía yo estas definiciones del honor de nuestros días y sabía que en realidad así era, pero el Vale, que escuchaba atentamente exclamó: El Maestro si habla

bien; eso si e bien pintao, y que eso grande se la quien dai ma que lo jotro, jaciendo lo memo que lo mañoso, poi no decí pícaro y ladrone, que poi cuaiquei caballá lo ajutan en la caise; no debían decí hombre de honoi, debían decí hombre de maña. Ay, Maestro, uté si lo ha pintao bien a eso bagamundo.

CAPITULO XXII

“MUERTE Y VELORIO DE SIÑO AGAPITO”

Unos tres días en casa del Maestro, el forastero tenía y como era lunes, el Vale, muy temprano estaba amolando su machete para ir a quitar alguna yerba de su conuco antes que el sol subiera muy alto. Candelaria, que nos había servido ya el café, estaba en la cocina preparándonos el desayuno, yo le daba maíz en grano y molido a las muchas gallinas que lo esperaban allí siempre todas las mañanas; me entretenía viendo los gallos pelones con sus grandes crestas coloradas huir ante los de calidad, siendo éstos más pequeños que aquéllos, y las gallinas, las unas enseñándoles a comer el maíz molido a sus pollitos que piaban constantemente y las otras que cubrían con sus alas a sus pequeñuelos, los cuales saltaban de cuando en cuando sobre las alas de sus madres; las gallinas cluecas iban de un lado al otro, todas engrifadas, evitando con su clo clo el acercamiento de sus demás compañeras.

El Maestro estaba sentado en una punta de la mesa, leyendo “La Verdad en Gotas y Goticas”, mien-

tras el forastero se paseaba por debajo de unos frondosos robles y buempanes cerca de un arroyuelo que corría al pié de la lomita sobre la cual estaba construída la casita del Maestro; y en las cristalinas aguas del arroyuelo se veían unos patos y patitos nadando y más abajo, a la orilla de un charco, bebía un cordeiro, mientras otro, trepado en una alta roca lo esperaba, al parecer.

Candelaria ponía en la mesa el desayuno y nos venía llamando a medida que colocaba en la mesa los diferentes platos; llegóse cada cual e hizo por la vida en un santiamén, como de costumbre, y cuando ya íbamos todos a ver los conucos y los marranos gordos, que en la pocilga tenía el Maestro, entró Catalina, la mujer de un peón de la otra finca del Maestro, a dar la triste nueva de la repentina muerte de Siño Agapito, vecino nuestro.

Como era cerca la casa mortuoria, salimos a todo escape detrás de Catalina y después de saltar una puerta de trancas, llegamos a la casa de siño Agapito, la cual era de lima, techo de yagua, tinglada de tablas de palma, piso de tablas de pino; dos puertas tenía de entrada y dos de salida, sala y aposento y la puerta por la cual se entraba a éste, dentro del cual había dos o tres mujeres con ataques de alferecía y otras que gritaban desaforadamente. Cada vez que venía uno a dar su pésame era un Ay Agapito mío! ay mi mario quería! hijo de mi entraña; ya no te bueibo a bei; ay papacito de mi corazón! Agapito! Agapito!, gritaban la esposa, la madre del difunto y los hijos de éste; todos gritaban sin consuelo, ay Agapito! Agapito!...

Al otro lado de la casa cerca de la cocina, en una enramada improvisada, desollaban dos puercos gordos y una becerra; las cargas de bíveres eran muchas; las pailas grandes esperaban ser puestas en el fogón para el sancocho, y el arroz con carne, plátanos, batatas y yucas; pan y queso, café y cigarros no faltaban; todo estaba allí en abundancia; la gente no se diga; a pié y a caballo venían de todas las secciones, pues aunque lujosa no tenía Agapito su casa, pero sus potreros eran grandes, sus caotales y cafetales inmensos y tenía animales de todas clases, reses, cerdos, caballos y mulas, éstos si eran muchos; quiere decir que él valía por sus teneres nada más.

Salió a la sala el hijo mayor del difunto, siño Agapito, y le dimos el pésame; nos sentamos entonces a oír rezar el decenio, que, ante el cadáver amortajado, rezaba uno de los mejores rezadores del lugar y varias mujeres que allí había, le respondían como va enseguida:

El rezador:

Jesú mío! poi ei sudoi copioso que sudate en ei hueito.

Responso:

Ten misericordia para las ánimas dei puigatorio.

+

Jesú mío poi la cruei bofetada que recibió tu rostro venerable.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío poi los crueles azotes que descargaron en tu santísimo cueipo.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi la corona de aguda epina que trapasaron tu santísima cabeza.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi lo santo paso que dite en la calle de la amaigura con la santa cruz a cueta.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi la betidura sangrienta que con biolencia te denudaron lo sayone.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi tu santísimo rostro que dejate impreso en ei belo de la berónica.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi tu santísimo cueipo etirao en una cru y to tu miembro atoimentao.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi tu santísimo pié y mano clabao con duro clabo en la cru.

Ten misericoidia etc.

+

Jesú mío! poi tu santísimo costao, abieito poi ei goipe de una lanza y de onde manó sangre y agua.

Ten misericoidia para las ánimas dei puigatorio; requién eteino donai domine, canti paz amén.

Después que se rezó el largo decenio, el Maestro y el Vale se fueron como a las siete de la noche; algunas mujeres rezaban el tercio de las ánimas; nos quedamos el forastero y yo toda la noche y salimos a ver lo que se hacía en la enramada; tres pailas grandes vimos, cada una sobre tres grandes piedras, debajo de las cuales una gran candelada ardía; tres o cuatro mujeres las hacían de cocineras; una hacía el sancocho, la otra el locrio de carne de puerco y una tercera sancochaba los víveres; los hombres picaban y guindaban la carne, mientras algunas mujeres cargaban en calabazos agua, que vaciaban en dos canoas regulares; muchachitos, algunos desnudos, pululaban por esos alrededores; caballos y yeguas en gran revuelta; hombres atrás de ellos, por toda la verde sabana.

A la una de la noche estaba servida la comida; algunos comieron en mesas y en barbacoas y otros parados; nosotros comimos solamente sancocho y a la mesa lo comimos; el entierro había de ser al siguiente día a las diez de la mañana, así es que nos quedamos hasta esa hora para ver el acompañamiento.

La hora suprema llegó, cuatro hombres taparon y clavaron el ataúd con el difunto dentro y principiaban a sacarlo de la sala, pero la esposa, las hijas y las comadres se opusieron; colgadas del ataúd, las unas con ataques de alferecía y las otras gritando:

No se lo lleven, ay no! no! ay Agapito!, gritaban los hijos. Ay compadre mío, gritaban las comadres. Agapito! Agapito!

Por fin, con mucha lucha, sacaron el cadáver y lo llevaban al cementerio; el acompañamiento era grande a pié y a caballo; se nubló el camino por el cual se iba a dar sepultura a los restos mortales del que en vida fué siño Agapito.

Después que nos despedimos de los dolientes y en camino de la casa del Maestro, decíame don Prisiliano: El velorio de siño Agapito me fué muy interesante aunque también me causó mucha pena ver la aflicción de esa adolorida familia; pero debieron resignarse ante la inexorable ley de la Naturaleza. El llorar es natural ya se sabe, por la eterna desaparición de un sér querido, pero el rebelarse contra la muerte es un error.

CAPITULO XXIII

“GALLOS PELONES Y GRITOS MORTUORIOS”

A las once y media llegamos a la casa del Maestro y le encontramos sentado a la mesa, leyendo “La Verdad en Gotas y Goticas”; el Vale estaba contando unos plátanos para hacer las cargas que él pensaba

llevar el siguiente día al pueblo; Candelaria estaba en la cocina fregando platos y preparándose a hacer la cena; el hijo de Candelaria cargaba en un calabazo agua del río y uno de los perros de la casa comía las sobras que encontraban.

El forastero se dirigió al Vale, diciéndole: Y no lleva usted también algunas gallinas a vender al pueblo; pues deben, como en todas partes tener buen precio.

No, contestó el Vale, porque la gente de ei pueblo, lo que quien pa comei son pollo pelone, que tienen mucha caine; yo lo que crío e raza epañola, pollo e calidá pa peliai, que son chiquito; e beidá; pero lo gallo se benden jata a dié peso y ma y lo polliningo, a peso ca uno; lo pollo pelone, me dirá uté se benden má y no le contradigo, pero aigame Dio! a sesenta y a cuarenta centavo ca uno; dígame uté antonce si no e mejoi criai gallina e calidá.

Si Vale, agregó el forastero, tú tienes mucha razón, en parte, considerándolo desde el punto de vista del negocio; pero el Maestro dice que debe ser las peleas de gallos un deporte y que todos los deportes deben tender a mejorar y no desmejorar la raza; los pelones mejoran la raza mientras que los de calidad la desmejoran, y los deportes entonces dan la preferencia a la raza más pequeña. El forastero, enseguida, dirigiéndose al Maestro, que en silencio escuchaba la conversación de los dos, dijo no es así?

Siempre he condenado el juego de gallos, barajas y dados, dijo el Maestro, como juegos los más inmorales que pueda haber; el hombre que juega gallos, no piensa más que en eso, es un gallero empedernido, sus

hijos lo imitan; los manda con fundas a llevar en ellas esos animales a la gallera; no piensa gran cosa en el trabajo, sino en tener un patio de excelentes gallos españoles; el lujo de un hombre cualquiera del campo es llevar debajo del brazo un gallo; hace un chapeo en dos o tres pesos y el domingo va a la gallera a botarlo en la pata de un gallo; si gana, lo dice, y si pierde, se queda callado.

Agregué yo: pero para que cese, o para que no continúen produciendo sus malos efectos, moral y económicamente, los juegos de barajas, dados y gallos, debe una autoridad prohibirlos enérgicamente; nada hace el Maestro con condenarlo, es una voz en el desierto, y una golondrina no hace verano; dispéñseme el Maestro.

Tú tienes razón, Enrique, dijo el Vale, en lo que dijiste; yo sé que ei juego de gallo no e un depoite como jotro; yo sé que no le deja na ai pai; yo sé que no mejora na; yo sé que lo pollo pelone son la mejoi raza, digamo, pa comei; yo digo como dijo uno, que no me acueido agora, que ei ma sabio bibe dei ma pendejo; yo no boto mi dinero en la gallera, pero le bendo gallo a lo que lo quien peliai.

Dejemos esa conversación, dijo el Maestro, y hablemos de la muerte de siño Agapito; y se dirigió al forastero observando: La muerte no tiene que ver con nadie, no hay rico ni pobre, ni rey ni vasallo, ni animal, bestia ni insecto que se escape de sus garras; una afección cardíaca o una neurisma, o una congestión cerebral puede en un momento poner fin a la más robusta salud humana, como le pasó a siño Agapito, que estaba, al parecer, tan lleno de vida. Yo quiero saber

ahora, continuó el Maestro, ya que este triste acontecimiento lo ha querido así, qué impresión le causó el velorio? y el decenario, sobre todo.

Es la primera vez respondió el forastero, que oigo rezar el decenario; me parece hecho por alguno que ha leído algo de la crucifixión de Cristo; tenía ese acto algo de religioso; era para mí un momento muy solemne oír tan largo rezo delante del cadáver de un padre de familia ido para no volverlo a ver jamás, pero chocábame sobremanera oír las lamentaciones tan agudas de sus familiares y de conocidos; esa gritería a todo pulmón y esos ataques, algunos simulados; a medida que se imponga la ilustración, todo eso desaparecerá. El sentimiento no desaparecerá nunca; el dolor se manifestará siempre, pero en otra forma, la superioridad del espíritu dominará los nervios, y nadie entonces se rebelará contra ley fatal de la Naturaleza.

Observó el Maestro, que el llorar así era una costumbre inveterada en la mayor parte de la gente, y que no dejaría de ser, por mucho tiempo en el país; entiendo sí, dijo él, que es una tontería el que la familia se oponga a que lleven el cadáver, pero sé que en ciertas regiones de otros países se paga a las plañideras a que lloren a los muertos; esto sucede me dirá usted, con gentes ignorantes, y que sólo la ilustración puede acabar con las costumbres del atraso. Lo único que yo he censurado siempre, continuó el Maestro, y pasa desgraciadamente en todas las sociedades en que en los velorios, entierros y las velas de los ricos o de los que tienen grandes fincas y muchos animales, o cacao y café es que sobran las gentes; yo lamento sí

que al entierro de los pobres o los que no tienen ni una tarea de tierra, casi nadie va y que entre seis u ocho lo llevan a todo correr al cementerio, mientras que a esos que se llaman grandes, van numerosos a pié y a caballo, nublando el camino. Vea usted! y todos, ricos, pobres, nobles, plebeyos y limosneros, van al cementerio a ser pasto de guzanos, una hediondez que no se puede aguantar.

Señores, dijo el Vale, dispensen que me meta yo en la conbeisación de utede; hay que sabei que cuando se pone la bela ai mueito, se debe gritai, y gritai bien recio pa que to ei becindario lo oiga, y antonce se dice: Ei día tai lo gritamo, que quie deci, ei día tai murió; uté sabe? Y agora ei compadre, o la comadre de sacramento, debe llorai ai mueito como uno de la familia. De lo ataque de aiferecía, yo de eso no digo na poique nunca he bito a esa mujere caeise a onde se puen latimai ei cueipo; siempre se can en lo blandito, o en lo brazo de aiguno que la puen amparai o ceica de aiguno. Lo que ma me ha gutao de to esa combeisación e lo que dijo ei Maetro de lo rico y lo probe; y e mucha beidá; en la mueite to son iguale, to jieden, lo grande y lo chiquito; y sin embaigo tanto aigullo pa na; biben como si jueren semilla! mucha gente, mucha flore pa na... en mi inorancia, yo digo que en la vida hay mucho, que tienen aigo y en la mueite, hay poco, que balen aigo.

CAPITULO XXIV

"AMORES DE ENRIQUE"

Al otro día se levantó a media noche el Vale, cargó sus animales y se fué al pueblo; a las siete de la mañana nos levantamos nosotros, el forastero salió en seguida a dar su paseo por entre el bosque de frondosos pinos, para respirar el oxígeno puro, antes de de la salida del sol y de deshacerse del carbono, que da vida a las plantas. El Maestro y yo comentábamos, sentados a la mesa de la enramada La Verdad en Gotas y Goticas; Candelaria había dejado en una tacita un poco de café colado que el Vale calentó y se lo bebió antes de ponerse en marcha.

El forastero ya venía de su paseo cuando puso la criada el café en la mesa y al ponerlo dijo ella: Boy a mi rancho a oideñai la vaca que dejé ensoitijá ceica de su becerrito que etá en ei chiquero. Y diciendo así se fué colando con su muchachito más atrás. Nos quedamos entonces los tres conversando mientras tomábamos a pequeños sorbos el café caliente.

Despedían sus gratos perfumes las flores del jardín, que tenía el Maestro frente a la galería de su casita que bordeaba la carretera; el jardín era sencillo, lo cerraban estacas y alambre de púas; era variado de todas clases de lindas flores; veíamos los carros y guaguas pasar llenos de gente; algunos extranjeros salían de sus carros y tomaban vistas del humilde hogar del Maestro. Ya veis, dijo éste, como la sencillez de la vida humilde es luego digna de la atención de los que viven en la cumbre de la opulencia; la hu-

manidad anda buscando una cosa que no tiene; el rico quisiera la felicidad de la medianía, y ésta quisiera regularmente la cumbre de la riqueza; la perfección no existe en ninguna de las dos esferas; la medianía y la riqueza están equilibradas por la Providencia y son pocos en la vida los que están conformes con su suerte.

Ya venía Candelaria con la leche a prepararnos el desayuno; lo hizo en un momento; nos lo sirvió; lo comimos y ya estábamos en camino a ver unos puercos que tenía el Maestro en la pocilga, cerca de la vivienda de Candelaria. Al irnos me excusé diciendo que con el permiso del Maestro, iba a ver a una amiga de mi madre, no muy lejos de ese lugar. Tenía ella dos hijos consagrados a la agricultura y una hija, que era costurera, llamada Elvira, muy linda por cierto y de la cual me enamoré. No es extraño, diré de paso, que como joven, me subyugara la belleza de ella; la juventud, en su mayor parte, se enamora más de una linda cara que de las bellezas del alma, pero Elvira reunía las dos cosas, la del físico y la del alma.

Una casualidad fué el origen de mis amores con Elvira; el Maestro me dió permiso una vez para ir al pueblo a ver a mi madre y a mis hermanas; pero a poco caminar, vino un gran aguacero, que me hizo detenerme bajo un árbol frondoso frente a una casita, en cuya puerta una joven estaba parada, la cual bondadosamente me dijo que no me mojara. Acepté agradecido la hospitalidad que ella me brindaba, y pronto entablamos los dos una conversación, la cual despertó en mí la primera llama de amor. Huérfana de padre era ella, y su madre era una mujer muy respetable y

a la vez muy instruída; había educado a su hija de tal manera, que merecía ya toda su confianza; la madre pues, que estaba ocupada en el aposento, no se molestó en salir al momento a ver quién era el que hablaba en su casa, aunque lo hizo momentos después, y me saludó cortesmente tomando en seguida, parte en nuestra conversación; en ésta vine a saber que su nombre era Dolores y que era una gran amiga de mi mamá. Así que pasó el agua, tuve que irme, pero con pesar en mi alma, pues nunca hubiera querido abandonar esa joven, para quien mi corazón sintió su primer amor.

El Maestro, después que supo de la amistad de doña Dolores y de la madre mía, me dejaba hacer de vez en cuando una visita a la casa de Elvira; así es que varias veces, yo tenía la oportunidad de ver a ésta. Llegué al fin a manifestar mis sentimientos de amor y después de muchas instancias de mi parte, logré su consentimiento de pedirla, pero yo antes de hacerlo quería que lo supiera el Maestro y obtener su parecer.

Yo obtuve del Maestro el permiso de ir a ver a la amiga de mi madre y me quedé esta vez más tiempo de lo acostumbrado; de manera que el Vale había llegado ya del pueblo y el Maestro y el forastero estaban conversando de la locura de algunos campesinos, en lo de cortar el café paridero y el cacao, porque de quince a veinte pesos el quintal que se vendía en antes, no valen luego más que cinco y seis pesos el quintal. Dicen entonces: Es mejor sembrar hierba; después tumban ésta para sembrar yuca. Cuando sube el precio del café y cacao, los vuelven a sembrar y tienen que es-

perar, para tener nuevas cosechas, cuatro o cinco años y entonces baja otra vez el precio. En esta conversación estaban el Maestro y el forastero cuando yo entré.

El Vale dormía largo a largo a la sombra de una mata de cabilma, no lejos de la enramada; parece que el sueño de la madrugada le hacía falta por haber ido al pueblo a esa hora; yo entré algo turbado, pues comprendía que mi tardanza en llegar era de notarse. Candelaria iba con su hijo y con un bulto en el cual, según parecía llevaba platos de comida para su rancho, y me dijo de paso: Nada le guaidé poique me supuse que se quedaría a comei en casa e doña Dolore; agora, si uté quiere, le frío uno plátano y longaniza... Rehusé, dándole las gracias, por haber yo comido ya.

Me quedé allí oyendo conversar al forastero y al Maestro, pero éste me preguntó sonriendo y con cierta malicia que cómo me había ido tan largo paseo. Tomó don Prisciliano la palabra y dijo: Ya puede uno imaginarse cómo le habrá ido ese paseo a un joven como Enrique, frente a una joven tan bella como Elvira.

Dispéñseme usted, don Prisciliano; veo que la observación suya es algo enigmática; yo fuí a casa de doña Dolores, una amiga de mi madre y como ella es una mujer muy instruída, su conversación me agradó tanto que me dilaté algo; hágase un
cito y complacerá mi inocencia.

Cómo inocencia, replicó
hablar más claro, lo que le p
mundos se están contando c
Elvira, los cuales no deben

venes como ustedes; ahora pues, si usted quiere más detalles, se los puede pedir al Vale que está allí durmiendo; la conciencia suya le dirá si es o no es así; pues el refrán dice: No hay mejor acusador que la conciencia propia.

No hablé más nada, pero sospeché y con razón del Vale, a quien pensé interrogar sobre el asunto, pero el forastero acercándose a donde el Vale dormía, lo despertó y parece que le comunicó lo que había pasado entre nosotros, pues vino aquél al momento riéndose y me dijo: Yo ai bei que tú te bia dilatao tanto en casa e doña Dolore, le dije ai foratero que eso no queria deci na de do que tan denamoraao, como uté y Eibira; yo entonces le respondí: Y, quién se lo dijo a usted? Nadie, me respondió él, sino que lo oi diciendo en una fieta y to el mundo lo sabe ya, hombre; yo agora sin cumplimiento alguno le gua decí, continuó el Vale, y no creo yo que ei decile la beidá le ba ofendei, pué calentaile la oreja, o jaceile combiai colore, como un saitacocote enfureció; ei Maestro no le ba regañai, no beidá Maetro? (éste sacudió la cabeza y quedó escuchando) poique etoi seguro que en su tiempo no le faitaba eso ratico e locura, y si no se ha casao, e poique demasiao lo pensó, o poi no podei mantenei una gran familia; poique hay que sabei que tiene ei matrimonio laiga la uña pa uno que no quie bibi en la miseria; yo lo único que pueo decile e que piense bien ante de haceise caigo de una mujei y no se llebe de la pluma y dei canto dei pajarito, si uté no tiene prepará la jaula y la comía; agora de la muchacha que uté ha elegío, no puo decile na, que le deconsuele, poique mejoi que Eivira no la pué habei ni de mejoi familia

tampoco, poi lo que le digo y con razón se lo digo, que ba uté bien plantao. (El forastero, en todo este rato, estaba sesteando en la casita del Maestro).

Yo no pude más que reirme de la artificiosa manera que empleó el Vale para ir declarando mi secreto, pues él fué diciendo todo de un modo que yo no podía enojarme con él ni interrumpirle, sino dejarle concluir y así que terminó su larga conversación le dije al Maestro: Me admira que la gente puede llegar al exacto conocimiento de cosas, las más ocultas.

No digas eso, hijo mío, observó el Maestro; tú no has oído decir que en el mundo hay pocos secretos? Ignoras que hay espías en todas partes? Que hombres y mujeres hay que abandonan hasta su trabajo para pendenciar la vida ajená? Además, no has oído decir siempre que oídos tienen las paredes y que amor ni picardía no tienen murallas? y que cuanto más entretenido, más expuesto estáis al peligro? y que el que está en la luz debe temer la oscuridad? y que ni el espía ni el ladrón te saldrán a las claras, pero conocen tus costumbres? Así pues, no te extrañes el que hayamos tenido noticias de tus amoríos. El Vale, continuó el Maestro, no hace mucho me estaba insinuando algo con respecto a tus visitas a doña Dolores, pero yo no hacía caso; mas un día en que estabas en el rancho desgranando maíz, vino un vecino y me dijo que notaba algo especial entre usted y la señorita Elvira y que las gentes decían muchas cosas de tus amores con ella, de tal modo que doña Dolores te iba a llamar a capítulo. Todo esto me lo decía el Maestro mirándome con ojos inquisidores.

Exclamé entonces: ¡Ay Maestro! Maestro!, el chisme en cualquier parte es como una venenosa serpiente! El aspid no respeta al más inocente!

CAPITULO XXV

“EL AMOR ES CIEGO”

Tenia ya don Prisciliano unos tres o cuatro días en casa del Maestro, habiendo dejado sus intereses al cuidado de personas muy honradas, pero como dice el refrán: En la confianza está el peligro, y desconfía y acertarás, y el ojo del amo engorda el caballo; él quería irse muy temprano y le dijo al Vale que le trajese ensillado el animal.

Salió corriendo el Vale a cumplir su misión y ya venía enseñando sus blancos dientes y dando tales brincos de alegría que el caballo se espantó y salió galopando por todo el cercado y el Vale atrás de él como un perro de presa, siendo tanta la velocidad que llevaba, que pronto asió de la soga que el caballo llevaba arrastrando, pero al tropezarse el Vale con una piedra, el pobre hombre se fué de barriga, y como el caballo seguía arrastrando a su perseguidor que ya iba a estrellarse contra un tocón, no sucedió esto gracias a mí que salí corriendo a evitarlo.

El forastero y yo tragimos el caballo y lo ensillamos; aquél entonces se fué, no creyendo que el Vale se había lastimado mucho y lo dejó bañándose con agua y sal los raspones que se había dado en la barriga; el Vale se había ya quitado la camisa, la cual Candelaria habiéndola lavado la tenía secando en cordel cer-

ca de la cocina. Benancio entonces se aproximó a la mesa de la enramada donde el Maestro y yo conversábamos acerca de mis amores con Elvira y nos enseñó los varios arañazos que tenía en la barriga, diciéndonos que no era poca cosa lo que él sufría. Díjele yo entonces: Tú, estoy seguro, te venías riendo de mí; bien, y ahora Vale, no te gusta esta jarana? Sí, sí, hombre Enrique, me contestó él; parece que Dió me catigó; quizá utede no se habrán fijao en otra jería que tengo aquí, casi me ha detripao con la corría de ese maidito animai.

Hijo mío, me dijo el Maestro, esa manera tan sarcástica tuya, al dirigirte al Vale, el cual está sufriendo su dolor, podría causarte un disgusto con otro que no fuera el Vale, pues no es agradable para el que está padeciendo el que otro se burle de su desgracia; es un salvajismo a los ojos de un alma compasiva. Es verdad que ayer el Vale, continuó el Maestro, te causó algún sonrojo; pero no por eso debes regocijarte en sus sufrimientos; acuérdate que hemos de perdonar hasta a nuestros enemigos, y el que seca las lágrimas de un afligido no ha de faltarle un amigo en su atribulación.

Maetro, Maetro, interrumpió el Vale, ya, no le diga uté má a Quique, poique yo etoi seguro de que ei nunca me ha desiao mai, de ninguna clase, y ei sabe que yo jamá lo he querío peijudicai; ya eso se acabó. Si, Vale, agregó el Maestro; pero también tengo que decirte a tí que trabajar y jugar, brincando o saltando, no da ningún buen resultado; ven a mi cuarto para untarte un poco de rojo de mercurio.

El Maestro y el Vale se fueron a la casita y yo me quedé en la enramada leyendo "La Verdad en Gotas y Góticas", que estaba en la mesa. Volvió el Maestro a los pocos ratos a donde mí y me dijo que había dajado al Vale sentado en el aposento y que quería hablarme sobre el amor. Sentóse y principió de esta manera: Yo, es verdad, soy un viejo, y nunca me he casado, pero sé lo que es el amor, pues a los veintiún años me enamoré locamente de una joven que era bonita y buena, pero yo ganaba poco sueldo y tenía poca instrucción; el matrimonio no me dejaría formar capital ni coronar mis ideales; pero sí hacer la miseria de ella, de la mía y de mis hijos, si los tuviera; así pues terminé los amores y ya a los cincuenta años me acostumbré a vivir solo, pero repito, sé lo que es el amor.

El amor, dijo el Maestro, es una de las pasiones más fuertes de la especie humana, y por consiguiente, él ejerce la más poderosa influencia sobre los jóvenes, principalmente; porque es del alma y de la carne, a la vez, y tiende también a la procreación de la especie; el que se deja llevar del amor se ciega completamente; no ve obstáculos ni peligros para la realización de sus ideales, no le importa la noche oscura, ni los negros nubarrones que oculten a las estrellas, ni que brome furiosa la tempestad; el amor no teme ni la tétrica luz de los relámpagos ni las gigantescas olas del airado mar, ni aún las asoladoras metrallas de ejércitos combatientes; el amor no sueña nunca con pesares, no vé en su camino desgracias; pues la ilusión le hace ver el mundo como un paraíso de encantos, como una vida de eterna dulzura; ah! pero el que se

deja seducir de él por carecer de carácter, de firmeza, que todo hombre debe tener, puede encontrar la desgracia en donde buscaba la ventura, como la inocente mariposa que revolotea al calor de la resplandeciente luz de una vela; yo sé que raros son los hombres que no han tenido en su vida la calentura del amor, y jóvenes que no han cometido alguna locura dejándose gobernar de los instintos.

Ahora bien, continuó el Maestro, te voy a decir otra cosa hijo mío, y es que si estás enamorado a Elvira y la consideras digna de un buen matrimonio, sería bueno meditar bien el paso que vas a dar, para no hacer como muchos jóvenes, con los cuales no debo confundirte, que juegan con la suerte de pobres niñas, esto es, después de ganarse el afecto de esas inocentes criaturas y al realizar sus deseos, las abandonan, desacreditadas a veces, siéndoles, entonces, muy difícil, hallar un partido bueno. Esto te lo advierto para que no te dejes cegar demasiado del amor, para que no confundas el amor del alma con el instinto de la bestia, para que no te fijes sólo en la belleza de la que va a ser la compañera de tu vida, pues el que se lleva de la apariencia sola, no tardará en encontrar el engaño. El matrimonio es muy bueno y para uno del campo es lo mejor que puede haber, visto económicamente, pues el hombre entonces vive una vida muy sencilla; él como su compañera, cuyos hijos, a los ocho años les es una ayuda. Muy diferente es el matrimonio para los que viven en las poblaciones y que aspiran a una vida de pocos afanes; todo lo tienen que comprar, viven a fuerza de dinero. En las ciudades más fácilmente le alcanza al hombre la miseria que en

los campos; tú, pues, debes ver si la posición que tienes te permite asumir la responsabilidad del matrimonio, ya que piensas, como me lo manifestastes en tiempo pasado, ir algún día al pueblo a establecerte en el comercio; debes decidir una cosa u otra, vivir en el pueblo o vivir en el campo; reflexiona, pues, sobre lo que te acabo de decir y si después de mucha meditación ves que puedes realizar tus deseos sin perjudicarte, cuenta, con toda seguridad, que yo te ayudaré hasta donde me sea posible, siendo a la vez un goce para mí el verte feliz.

CAPITULO XXVI

“ENRIQUE ACEPTA CONSEJOS”

Como siempre, después que acabamos de conversar y de desayunarnos fuimos a nuestras respectivas ocupaciones. El Maestro, para entretenerse, hacía sudaderos para los aparejos de los animales y luego tejía sogas, hacía jáquimas y otras cosas sencillas, unos trabajos que cuadraban con la edad de un anciano. La leche, los becerros y los cerdos le daban para una vida descansada, así es que él fué a estas ocupaciones y yo a las mías, que eran desgranar maíz y después atender a mi conuco de tabaco y de batatas; el Vale se quedó en el aposento aguardando la mejoría de sus varios arañazos.

Cojimos pues, por diferentes rumbos; hicimos nuestros trabajos y volvimos a medio día a comer. Candelaria ya nos había puesto en la mesa nuestra

comida, habiéndole ya servido al Vale en el aposento la suya. Después que almorzamos y tomamos el café, volvimos a conversar de mis amores con Elvira. Maestro, le dije, como me pintasteis el amor esta mañana y comprendo que no habéis exagerado, veo que sería una locura de mi parte asumir una responsabilidad tan grande siendo, como soy, muy joven todavía y sin los medios para mantener honradamente una familia; veo que si lo hago ahora, lejos de hacer la felicidad mía y de Elvira, haría la desgracia de ella y de la mía a la vez; veo ya que a la verdad, el amor no es como me lo figuraba yo cuando me cegaba la ilusión; veo que el amor, por puro que sea, no puede alimentarse con bellas frases y dulces sonrisas; necesita algo más sólido que palabras y deseos, pues amores son acciones y no bonitas palabras; que con éstas se satisface el oído, pero que el pan de cada día es lo que necesita el cuerpo y que cuando éste sufre hambre, el espíritu se abate, y no acepta razones. Estoy convencido de que el amor no puede ser duradero para el autor de su desgracia. Así, pues, Maestro, me he resuelto llevándome de lo que me habéis dicho, dejar para más tarde mi unión con Elvira, pues si ella verdaderamente me ama, me esperará con paciencia hasta que mi posición me permita casarme con ella; qué os parece, Maestro?

Hijo mío, yo nunca creí, dijo el anciano, que hubieras hecho tan buen uso de mis consejos, puesto que la generalidad de jóvenes ven con desprecio los que les dan los hombres ya viejos; encontrarás pocos, muy pocos jóvenes que escuchan razones, cuando tienen por delante los hermosos cuadros que les pinta la ilusión.

Me alegro, continuó el anciano, ver que eres tan juicioso; mañana podrás hacer lo que quieras ahora y no te pesará la dilación; no quiero decir que el hombre debe ser rico para poderse casar, ni tampoco digo que un pobre no pueda mantener a una familia, pero sí afirmo que el pobre no puede fabricar una casa tan pronto como el rico y que éste puede realizar sus deseos en menos tiempo que aquél, que las rentas de un poderoso le dan para todo lo que él quisiere, mientras que las entradas de un pobre no le alcanzan luego ni para comer; el uno entonces puede deliberar pronto y el otro tarda en deliberar. Tu elección es buena, pues Elvira, según dicen, reúne a la belleza física la belleza del alma y su cuna es la pobreza; tienes así dos garantías de felicidad: la belleza del alma que los años no podrán marchitar y la humildad de la cuna, que podrás engrandecer materialmente con tu inteligencia y actividad, pues si quieres ser siempre feliz, no dejes nunca que la mujer te sea superior, ni en riqueza ni en talento, porque el hombre es la cabeza de la familia y debe, por consiguiente, ser el primero en todo; el hombre es quien debe hacer la posición de la mujer y ella, con sus virtudes, la felicidad de hogar; el padre robustece el cuerpo del niño y la madre educa el alma; el padre hace un hombre fuerte, la madre un hombre bueno. Te digo esto para que te fijes bien en Elvira; yo la conozco de vista, pero no de fondo, pues nunca la he tratado; tiene, es verdad, una mirada de ángel, pero como la falsedad tiene siempre sonrisas suaves, no es posible juzgarla yo por su apariencia; visítela a menudo, no anunciándole nunca tus visitas, contradícela siempre que se te presente la ocasión;

muéstrate débil a veces y sabrás si es altanera; después de tantas pruebas, si la encuentras siempre dulce, siempre amable, siempre obediente, cástate con ella y hazte digno del amor de tan buena y bella criatura. Muchos jóvenes hay que buscan por novia una de brillante posición, cuyos padres puedan dotarla liberalmente al casarse; no buscan virtudes ni aún belleza física; sólo aspiran a la protección del suegro, a la buena mesa de éste y vivir regalado en un regio palacio o una casa proporcionada por el padre de la novia; esos que se casan así, no conocen jamás la verdadera felicidad, por eso mismo como te dije ya, el hombre debe ser superior en todo y debe mandar en todo, si quiere ser feliz.

Debo decir que esta vez, más que nunca, le prestaba yo atención al Maestro; le dije: os prometo Maestro, seguir al pié de la letra vuestros sabios consejos; solamente debo deciros que Elvira será siempre la mujer que merecerá todo mi amor, porque ella es lo que ella parece ser, baste deciros que es verdaderamente religiosa, para que sepáis cuán digna es ella de mi elección; no obstante, seguiré los consejos contrariando las ideas de ella; me mostraré a veces débil, como habéis dicho dejándola obrar por su cuenta, rodeada de tentaciones, pues estas y sólo estas son la prueba de la virtud.

CAPITULO XXVII

“PULPERIAS EN EL CAMPO”

Desde que fué descubierto el secreto de mis relaciones amorosas con Elvira, pasaron unos cinco o seis

meses, y yo había cosechado ya mi tabaco y vendido a buen precio mis puercos; así es que poseía cerca de cuatrocientos pesos, contando en esta suma lo que yo tenía economizado en lo de desgranar maíz. Pensé entonces establecer una pulpería, más abajo de donde vivíamos, y le comuniqué al Maestro mi intención, pero a él no le pareció buena la idea, diciéndome que en el campo hay que fijarse mucho en el vecindario, poblado o no, y la distancia de otras secciones; fijarse también en si hay muchas o pocas pulperías y en la cercanía de una de ellas a la otra, porque entonces es menos la venta y por consiguiente menos la ganancia.

Continuó el Maestro hablando sobre pulperías en el campo y decía que para que el hombre progresara se necesitaría tener a la vez potreros y palmares con reses y cerdos para que la pulpería no fuese su única fuente de ganancia; lo mismo que sus trabajos, los podría hacer a cambio de provisiones, etc. y coger también del campesino, en pago de cuentas, reses, cerdos y ganado caballar, y tener a donde ponerlos, con comida suficiente, criando y comprando, y vendiendo de todo: café, cacao, cera, etc.; quiere decirse que la pulpería o la tienda en el campo, debe abarcar el comercio en general; muchos del campo, cuando tienen pulpería solamente, ellos, al vender veinte pesos un día y después, al otro día diez pesos y más tarde solamente cinco pesos y dos pesos, gastan algunas veces hasta peso y medio a dos pesos diarios; pongamos que sus gastos no asciendan al mes sino a cuarenta y cinco pesos y sus ventas mensuales no pasen de doscientos pesos, que al diez por ciento son nada más que veinte

pesos de ganancia, y han gastado cuarenta y cinco pesos, tienen pues, una pérdida mensual de veinte y cinco pesos, vamos a suponer que tengan solamente cinco pesos de pérdida, entonces la quiebra es segura; la pulpería necesita de la ganancia, algo que la vaya mejorando hasta que se convierta en tienda; quiere decirse, en resumen, que en el campo no se debe contar con la pulpería sola, para uno sostenerse; en donde el promedio de las ventas diarias no es más que cinco pesos.

El Vale, que había llegado ya del conuco, estaba descansando acostado, o tirado largo a largo, en un banco, cerca de donde hablábamos, pero poniendo sí mucha atención a lo que sobre pulperías comentaba el Maestro. Se sentó y tomó parte en la conversación, diciendo: Dipénsen que me meta yo en la conbeisación de utede; eso de la puipería si etá bien deplicao; yo creía que era como dicen, que ei que tiene sueite e que adelanta, que ei que ba sei rico Dió e que lo jace rico; pero como lua dicho ei Maetro, beo que no e jasi sino que depende dei tanto poi ciento de ganancia; e lo que no entiende la mayoría, o lo que no se ponen a caiculai; piensan na má en sentaise etrá un motradoi-cito, como jaragane y se lebantan luego a bendei taibe una librita de arró o de azúca y aiguna bece ni an eso; lo que benden ai mé, no le aicanza a bece pa pagai lo que han cogió fiaio; y ei dei campo, como uté dice Maetro, no debe dependei solamente de la puipería pa comei y beti, sino pa ayudaile a aparentai; poique ei que tiene do o tre tramo lleno e fraco de ron y licoi duice, un saquito de arró y otro de azuca, lo ñaman

hombre de cuaito; tiene si mucho cuaito, pero cuando se muere ei buey, se sabe de quien e la carreta.

Cállate Vale, y déjame seguir, dijo el Maestro. En un pueblecito o en una ciudad, es muy diferente el principiar un hombre solo, con limitados recursos. La economía es lo principal; pero para practicar esa economía hay que desoir a los derrochadores y los vicios, que son muchos en las grandes poblaciones. Una tienda sola en una calle vende poco; muchas tiendas en una calle tienen grandes ventas, pues hay gentes de todos lugares, las cuales buscan los mejores precios de una tienda a la otra y todo es regularmente al contado; en el campo, para vender, hay que fiar y son pocos los que pagan con puntualidad; esto y lo que anteriormente te dije sobre el establecer una pulpería en el campo, vale la pena tomarlo en consideración y decidir cuál te conviene mejor: en el campo o en el pueblo. Tú, para estar más cerca de Elvira, según me lo supongo, te quieres establecer en ese puesto, para estar más cerca del objeto de tu amor; pero no ves que sin una base agrícola, vas a después de algún tiempo a quebrar; es verdad que la casa está hecha, pero tendrás que pagar el alquiler; ahora si estuviésemos en un villorrio, menos mal; repito entonces que vas a fracasar como fracasan los que se establecen por estos lados.

Maestro, le dijo yo, la claridad con que me habéis pintado el fracaso de las pulperías en el campo, en vecindarios como éstos, tan pobres de habitantes y en los cuales no se vende, un día con otro, más que seis a siete pesos, no me deja más camino que el desistir de la idea de establecerme en el ramo de pulpería en

el campo; veo que la mayor parte de nuestra gente fracasan por falta de cálculo; todos quieren ser comerciantes, por creer que éstos ganan mucho dinero con facilidad, y más de un ignorante abandona la agricultura que les deja bien cultivada para gastos y ahorros y montan con sus economías un tarantín; cogen algo al crédito, se pasan el día sentados, como dice el Vale, tras el mostrador, gastando dinero sin llevar la cuenta de sus ganancias; quiebran al año y alegan entonces que no tienen suerte; no ven los malos cálculos. Voy, Maestro, a llevarme otra vez de sus sabios consejos, y no me estableceré en el campo por estos alrededores, en donde se reparten tantos clientes; voy a seguir aumentando los cuatrocientos pesos que tengo ya ganados; compraré entonces una finca o me estableceré en pueblo, tal como me habéis aconsejado.

Se levantó el Vale cogiendo su machete y nos fuimos al conuco; el Maestro cogió para la casita a ocuparse de sus acostumbradas labores.

CAPITULO XXVIII

“MADRES Y AUSENCIA DEL VALE”

El Maestro ya había dado su paseo matinal, el Vale estaba afilando en una piedra de amolar su machete y yo, sentado en la enramada, esperaba que Candelaria trajera el café para irme al conuco a sembrar un maíz. El Maestro y el Vale tomaron a la vez que yo el café. Ellos se quedaron esperando el desayuno y yo, volando me fuí a hacer mi siembra antes de sa-

lir el sol para venir después a buscar el mío. Ya de vuelta y habiéndome sentado a la mesa a desayunarme, encontré al Vale parado conversando con el Maestro. Nos sorprendió en ese momento el forastero que venía a pié ese día y no bien nos saludara y se sentara entró un hombre muy sofocado preguntando por un tal Vale Benancio; yo soy, dijo éste; el memo hombre que uté buca, y qué se le ofrece?, le preguntó abruptamente, creyendo que él venía para alguna averiguación; pero el hombre le dijo: No me contete uté asina; bine aquí solamente pa decile que me encaigó su mamá de uté pa infoimaile de la grabe enfeimedá que ella tiene ; como eto e un recao de mucha senificancia, bine aquí, lo primerito, para daiselo en peisona.

El Vale en seguida le dió las gracias y el hombre se fué; el forastero entonces observó al Vale su incorrección al recibir al individuo que vino a traer el mandado; respondió el Vale que el pensaba que venía a algo, pues al verlo tan sofocado, él, como lo veía así, se preparaba por un por si acaso, no le diera un golpe a la mala; sí, arguyó el forastero, pero el hombre, por muy vivo que sea, debe esperar todo con calma, debe ser sereno, debe saber esquivar con dulzura a su enemigo y cuando vé que esto no vale, dar pronto el primer golpe; y dirigiéndose el forastero al Maestro, dijo qué os parece mi advertencia al Vale?

Respondió el Maestro: Su observación es muy atinada; he notado siempre la nerviosidad del Vale, y ella es siempre perjudicial al hombre; se necesita reflexionar, antes de obrar, y algunas veces, con más prontitud que otras; pero dicen que carácter y figura

hasta la sepultura, aunque yo creo que la educación puede modificar al más rebelde. Lo que más me gusta del Vale es su gran amor filial; siempre algo le manda a su madre y cuando habla de ella es con mucha veneración y mucho respeto, además él es muy obediente y por esos motivos lo quiero y abrigo muchas esperanzas de su reforma.

Ah, sí, Maestro!, exclamó el Vale, eso sí e la beidá bien dicha; yo si quiero a la mamá mía; yo la quiero con amoi grande, poique ella me parió y me dió su pecho pa yo mamai cuando yo era chiquito; ei que no quiere a su mamá, no e gente; e pioi que una betia; agora memo boi a ensillai mi caballo pa i a la nobedá de la mamá mía, y llebaile manque sea una papeleta de a cinco peso; y a uté, don Prisciliano, le debo agradecei su buen consejo; me pesa en ei aima habei dao que sentí a ese probe hombre, pero a lo hecho buen pecho; y diciendo así, salió a toda prisa a amarrar su caballo, el cual trajo después ensillado con la silla de montar del Maestro, pues éste para viajes semejantes se la prestaba siempre; se fué entonces a cambiar de ropa; vino y nos dió la mano, montó el jaco, lo clavó y todos nosotros, junto con Candelaria, y las manos levantadas, le dimos el adiós y él corriendo, corriendo por la extensión de la carretera, desapareció.

Después que éste se fué, nos sentamos a la mesa a conversar sobre el amor de él a su madre; al Maestro le llamaron mucho la atención la prontitud con que el Vale armó su viaje y la papeleta de cinco pesos que le llevó a su madre enferma. Muchos hijos, dijo él, ven con indiferencia a la autora de su vida, pero son seres de menos sentimientos que las bestias. Una ma-

dre, continuó el Maestro, vale más en mi concepto, que un padre, pues éste nada más engendra, cuestión de un momento; pero la madre concibe, llevando en su vientre el feto nueve meses, pegado al cordón umbilical y sintiendo dolores terribles el dar el niño, ya formado, a la luz del día; ella se ve en el parto, casi a las puertas de la muerte, mientras el padre, durante todo ese tiempo, anda, quizás, de fiesta en fiesta o en francachelas, sin acordarse de los sufrimientos de la pobre mujer. El padre, es verdad, después de nacido el niño, lo quiere mucho, lo viste, pero la madre sigue alimentándolo con la leche de los pechos de ella; padre y madre después lo mantienen y le dan educación en la adolescencia; la madre, sin embargo, es la sacerdotisa del hogar. Es a la madre que el ser debe su existencia sobre la tierra; antes de nacer nos da nuestra madre lo que ella come y bebe; ella deja estampadas en nosotros todas sus impresiones; de ella dependen nuestros sentimientos, como también la fuerza y salud que heredamos de nuestros progenitores. La madre es quien dirige el hogar, el padre es quien lo hace respetar. Sanos y robustos los padres, o enfermos o débiles éstos, así será su descendencia. Los hijos deben, pues, amar y respetar a sus padres, los hijos deben ennoblecerse con obras buenas, para honrar así a los autores de su vida; sean buenos o malos, deben los hijos socorrer a sus padres en la desgracia o en las enfermedades y elevarlos, si están más bajo de nivel, a su misma altura moral. Por eso pues, perdono las demás faltas que tiene el Vale, además él es muy obediente como le dije ya a Ud. don Prisciliano; pero ahora, variando a otro tema, le voy a suplicar me man-

de un buen peón de los muchos que oigo decir que hay por allá para reemplazar, en algo al Vale Benancio; por estos lados es difícil hallar un hombre de vergüenza.

A propósito, Maestro, dijo el forastero; yo conozco uno que le puede convenir; él no va a velas ni a fiestas y es muy honrado a la vez; he oído los vecinos afamarlo, como buen trabajador, no tiene mujer y vive con unos parientes suyos, pero hace trabajitos por fuera; tan pronto yo le vea, le diré que usted le quiere hablar.

Ya era mediodía cuando acabamos de oír la larga conferencia del Maestro sobre lo que es una madre; comimos después, tomamos el café, descansamos, como de costumbre, nos fuimos al conuco, vimos los puercos y cuando volvimos, ya el sol despedía sus últimos rayos en oxidente. Era hermosa esa tarde; nubes color de fuego veíanse sobre el horizonte; después, no se veía ya el sol; vino tras de él el crepúsculo vespertino, una línea de colores suaves, amarillo y rosa; entonces se vió titilar la luz de un lucero y después se cubrió de muchas estrellas el cielo; la lámpara de la noche, la luna plateada, venía, mientras tanto ascendiendo por oriente para aclarar el camino a los mortales; sentíase el frescor y el silencio de la noche; ni una hoja tan sólo de los árboles se movía; en un profundo sueño dormía Naturaleza y nosotros también, profundamente dormíamos.

CAPITULO XXIX

"HISTORIA DEL VALE BENANCIO"

Al otro día, después de la ida del Vale, a ver a su madre enferma, habiéndose levantado el Maestro a las cinco de la mañana como de costumbre, y yo tras él dándoles comida o maíz a las gallinas, vimos levantarse el forastero algo tarde; el sol ya estaba alto; era como a las ocho de la mañana; los camiones, las guaguas y carros ya principiaban a circular haciendo gran ruido con sus ruedas y bocinas y los lecheros galopaban contentos a la fábrica de quesos. El Maestro y yo habíamos tomado ya el café, Candelaria tenía guardado un poco del brevaje mencionado para el forastero y cuando éste vino a sentarse a la mesa donde lo esperábamos, halló allí su café caliente, y decía él, mientras lo tomaba: El día me ha cogido, estaba yo soñando con el Vale; me soñé que por el camino le salieron cuatro bandidos y él con su machete casi mató a uno de ellos, a otro lo hirió gravemente y los otros dos salieron huyendo al toparse con un hombrecito de ese calibre; me soñé que en ese momento me presenté yo y lo acompañé a casa de su madre. Cambióse la escena y ví al Maestro y a Enrique sentados a la mesa conversando sobre el Vale; después vi a éste cargando los animales para irse para el pueblo. Las variaciones del sueño mío eran tantas y tan rápidas como sucede en la mayor parte los sueños, una falta de coordinación de hechos me hacen difícil relatarles todo mi sueño de anoche.

Maestro, continuó el forastero, muy interesante debe ser la historia del Vale Benancio desde el día

que usted vino a conocerlo; yo desearía conocerla, pues él, aunque es un hombre rústico, tiene cualidades que son de apreciarse; no fuma ni masca, no juega ni bebe; cuando uno le lee, no silba ni bosteza, no es cruel ni cobarde, no miente ni chismea, no roba ni engaña, no es corto ni entremetido, no es cicatero ni pródigo, no es atrevido ni malcriado, no aguanta un insulto de nadie ni a nadie insulta; quiero decir que no tiene ninguna instrucción, pero sí tiene una buena educación; quiero pues, Maestro, que usted me cuente la historia del Vale.

Ningún inconveniente tengo, respondió el Maestro, en satisfacer la curiosidad de usted, don Prisciliano. El Vale Benancio, a juzgar por sucesos que dice él haber visto y a la edad que los vió, debe ser un hombre de más o menos cuarenta y cinco años; nació en las inmediaciones de una ciudad del interior, según me lo ha dicho él mismo. Apareció aquí un día en busca de trabajo; era entonces joven, de algo así como de veinte y ocho años, de buena presencia, aunque maltraído; me agradó mucho desde el primer momento que lo ví, esa penetrante mirada que ha conservado siempre y su conversación salpicada de vez en cuando con graciosísimos chistes, fueron lo bastante para predisponerme en su favor y asegurarle todo el trabajo que yo entonces pagaba a los vecinos del lugar. El, al principio, arreglaba cuentas conmigo los sábados, y viendo yo que el pobre hombre nunca se podía comprar una muda de ropa y siempre estaba en la miseria por más que ganaba en mis servicios, lo suficiente y sobrado, determiné darme cuenta de lo que hacía el mozo con su dinero y al efecto me puse a ob-

servarle en sus paseos por el vecindario. Lo aseché un sábado por la tarde en que él salía y tomé la dirección que él seguía; yo algunas veces, para que él no me viera me escondía en algún montecito de los muchos que había por la vereda. Después que se internó en un bosque muy espeso, principió a cantar décimas, como él tenía la costumbre; así es que al oírle, nunca llegué a perder el rumbo que llevaba mi buen trabajador. Le ví por fin entrar en un ranchito, en donde se encontraba, según pude ver, desde afuera tras una pocilga, media docena de hombres alrededor de una mesa, jugando dados y barajas; aquí tomó asiento mi hombre y al momento se puso a jugar. Noté que el Vale perdía siempre, a juzgar por sus mismas palabras, cada vez que volvían a jugar; luego le ví tomar un vaso y una botella de la cual derramó un líquido que parecía ron. Ah!, me dije yo!, así es que el Vale está malgastando su dinero en el juego y en la bebida, que han sido y son todavía la perdición de todo hombre; pero él no ha de continuar así; o le he de salvar o se va de mi casa. Después de algunos ratos de observación en el lugar de mi escondite, volví a mi casa, en donde combiné la manera mejor de interrogar al Vale. Así pues, éste, al entrar, le dije: Eres dueño de lo tuyo, es verdad, pero mi deber es darte un buen consejo, como se lo doy a todo descarriado que llega a estos umbrales, en donde el juego y la bebida no tienen entrada.

El Vale Benancio entonces, me contestó: Uté, Maetro, me ta diciendo que yo juego y bebo; é la beidá, pero quio sabeí quien se lo ha dicho a uté; será aigún chimoso que envidea ei pueto que yo tengo aui;

yo sé que uté no le guta ei juego ni la bebía y poi lo tanto, yo lo jacía secretamente, pa que no le biniera ai conocimiento de uté.

Yo, don Prisciliano, empleo el mismo lenguaje con todos los defectos de la pronunciación del Vale, para que la historia de él sea lo más gráfica posible; esto como paréntesis y sigo la historia del Vale.

Yo le dije a mi trabajador: Nadie me contó nada de tí, sino que yo, al ver que tú no comprabas ropa y siempre estabas apurado por dinero, ganando aquí para tus gastos y algún ahorro, me puse a observarte tus pasos, por el vecindario y precisamente un sábado en que salías como acostumbrabas, te ví cojer por una vereda; yo seguí tus pasos, deteniéndome a veces para que tú no me vieras y te ví entrar en un ranchito donde habían media docena de hombres jugando barajas y dados a quienes acompañabas y bebías con ellos.

Me dijo entonces el Vale: Maetro, eso e beidá; lo que he ganao en ei juego lo he peidío y mucho má; a mí me guta mucho ei ron, no bua jablaile mentira, pero como no me emborracho, lo tomo, sin faitaile a naide, ni jaceile daño a narde; así e que ei juego lo buá dejai poi complaceile a uté y a mí también, poique uté ya beo, que uté tiene mucha razón.

Los dos vicios, le repliqué, hay que dejarlos, porque si el juego le hace daño al bolsillo, también el ron le hace, con el tiempo, daño al hígado, que es el principal órgano del cuerpo humano; el no emborracharte es lo peor que tienes, porque el hombre sigue siempre tomando y tomando, sin sentir el efecto inmediato; pero más tarde es peor para el alcoholizado y le trae luego la muerte.

Antonce yo, Maetro, dejaré lo do bicio, dijo el Vale, poique ya beo que ei juego no me da buen resultado, y ei ron me ba matai; yo creía sí, que ei ron no mataba, sino que sólo emborrachaba, y como aiguno dotore toman mucho ron, yo no lo quería dejai, pero ya que uté Maestro, no quiere que lo tome poique me pue matai, no lo buá tomai ma.

Puede usted estar seguro, don Prisciliano, que desde ese día, dejó el hombre los vicios que él tenía y se transformó en el hombre modelo que aunque rústico, merece la admiración de usted; él me quiere y me respeta como si yo fuera su padre; nada importante hace sin consultarme y me jura quedarse a mi lado, hasta que la muerte nos separe; pocos hombres, aún de la más alta ilustración, tienen la fuerza de voluntad que él tiene, de dejar el juego o la bebida. El es un hombre completo; su conversación podrá disgustar por ser inculta, y mal pronunciadas sus palabras, pero si usted se fija en sus ideas, no le encontrará nada de tonto, sino de un hombre práctico. El Vale no es uno de aquellos que tratan de hacerse notables ante los ojos de un ignorante con disparates que hacen al sabio callar y al sensato reir; él no es uno de aquéllos que porque pueden ponerse un bonito pantalón y unos zapatos finos, se creen iguales a las gentes de una alta jerarquía; ni es tampoco de los que se creen que el montar un caballo muy brioso les da título de tratar groseramente con imbécil orgullo, a personas pobres; ojalá que muchos lo imitaran, pero por desgracia, hay pocos.

Creo don Prisciliano, haberle dado la historia exacta del hombre ayer vicioso, que es hoy el hombre arrepentido modelo, el Vale Benancio.

CAPITULO XXX

"FALSOS AMIGOS"

Tres o cuatro días después que se había ido el Vale a ver a su madre y que estábamos sentados a la mesa, conversando, habiendo terminado de comer, apareció un hombre, quien, a juzgar por su traje y sus lamentaciones, había llegado a las puertas de la miseria. Un perro de regular tamaño venía con él y el cual se quedó a su lado mientras el pobre hombre, su amo, nos decía: Señores, vengo a donde ustedes para que con algo me socorran, pues estoy ahora en la miseria.

Candelaria, que venía a llevar la loza a la cocina y sorprendida al ver a ese hombre en tan lamentable estado, exclamó: Oh! don Olegario, qué le ha pasao a uté, dende que yo salí de su gran finca que taba tan bonita, tan bien cuitibá de café y de lleiba, qué se ha hecho to eso? y tan pronto? Mire que yo no tengo aquí, con ei Maetro, má que cuatro año, nobeidá, Maetro? Este respondió: Algo así.

Le dijimos entonces a don Olegario: Siéntese usted y cuéntenos algo de su historia. Candelaria estaba todavía allí parada, la cual oía también lo que relataba don Olegario. Y éste dijo: Déjenme contestar a esta señora, dirigiéndose a ella: Sí Candelaria, dijo él, tú sabes bien que yo tenía una gran finca, cuando

tú estabas alquilada, unos seis años en mi casa, y que yo tenía también muchos amigos, aparentemente buenos, pero gran parte de ellos me fueron arruinando poco a poco con sus consejos de vanidad y de interesadas miras, hasta llegar yo a perderlo todo y verme ahora solo y triste, en este mundo, pidiendo una limosna por el amor de Dios.

Ahora señores, continuó don Olegario dirigiéndose a nosotros, les voy a contar a ustedes en breves palabras mi historia: Heredé de mis padres una fortuna mediana; me gustaba mucho el campo y metí en una finca gran parte de mi capital; prosperé, tenía potreros, mucho café cosechaba y vendía grandes partidas de reses, ordeñaba muchas vacas y mis puercos me daban al año cuantiosas ganancias; me casé, tuve solamente dos hijas; hice una casa muy grande y bonita, la cual se llenaba de amigos del pueblo, los que venían allí frecuentemente a gozar del fresco en los meses de verano; comelonas y fiestas bailables se hacían a menudo en mi casa y yo era quien las costeaba; paseos a caballo y en automóviles, viajes de mi esposa y de mis dos hijas al extranjero; préstamos de grandes sumas de dinero a esos amigos y por insinuación de éstos llevado de la vanidad, que ellos me inspiraban hice una regia casa en el pueblo lujosamente amueblada; así es que tenía dos gastos, uno en el campo y otro en el pueblo, y este último, el más grande de los dos; mis salidas eran ya más que mis entradas. Entonces para mantener mi orgullo y complacer siempre a mis grandes amigos, fuí recargando de hipotecas y retroventas mis propiedades, las que iba yo perdiendo una a una; me divorcié de mi esposa, a causa de un

gran amigo; antes de eso mis hijas se casaron y no sé donde están ni quiero saberlo; yo sé que mis amigos me arruinaron. Yo nací en la opulencia, en mi juventud fuí rodeado de muchos amigos y amigas; siempre me ofrecían sus servicios; en mi enfermedad iban a verme y yo creía en ellos; no era posible que yo dudase de ellos; creía en tales amistades hasta mi madurez; yo les brindaba los más finos licores, los invitaba a mi mesa a comer exquisitos manjares y para salvarlos del deshonor estaba mi dinero a su disposición; mis amigos eran todo para mí, y yo era todo para ellos; en esa confianza yo vivía. Ah! pero ya todo ha variado, al variar mi fortuna; mis amigos se han ido, al ver que la desgracia me ha cobijado con su negro crespón y ahora voy triste y solo por el mundo, sin consuelo ninguno, sin compañero, más que este fiel amigo, mi perro, que no me abandona, por grande que sea mi miseria y recito a menudo en mi dolor estos versos:

Oídme, señores,
voló mi inocencia
pues ya la experiencia
lecciones me dió;
pasaron por siempre
los años de infancia;
huyó la ignorancia
que el mal ocultó

Ya siento del mundo
los grandes pesares
y en tristes cantares
me pongo a llorar.
Ya palpo la triste
verdad de este mundo,

que en sueño profundo
yo supe ignorar.

Aquellas caricias
que yo cuando niño
llamaba cariño
de fiel amistad
no fueron, señores,
sino las traiciones
que en mil corazones
dejó falsedad.

De amigos me fueron
palabras de amores
cruces dolores,
fugaz ilusión;

pues hoy siento penas
amargas del alma,
perdió ya la calma
mi fiel corazón.

Mentira, mentira,
repito en mi lira,
mentira, mentira,
no existe amistad.
Son vanas palabras,
palabras de amigos;
son solo testigos
de gran falsedad.

Los buenos amigos
no son de encontrarse,
pues saben burlarse
del hombre mejor;
presentes regalan
florido lenguaje,
y ausentes ultraje
de gran deshonor.

Amigos y amigas,
amor, simpatía!...
callad lira mía!
dejadme llorar!
Dejad esos nombres,
mil veces lo pido,
por siempre al olvido,
los quiero olvidar!

Cuán triste es la vida,
si así piensa el alma,
que entonces la calma
se torna en dolor;
pues muere por siempre,
por siempre en la tierra,

la dicha que encierra
dulzura de amor.

Empero que es cierto
que son falsedades,
las mil amistades,
que ofrecen doquier,
con tantas palabras
de amor y ternura,
la virgen más pura,
el hombre y mujer.

Si tienes del mundo
riquezas y honores,
también mil amores
fingidos tendrás.
Si pierdes tus bienes,
tu fama y tu gloria,
ay! ni en la memoria,
un puesto hallarás.

Pues son amistades
la sombra ligera,
que corre doquiera
hay fama y caudal;
es sombra que pronto
también desvanece,
al ver que aparece
la estrella fatal.

Y muere de pena,
de honda amargura
aquel que en ternura
de amigos creyó,
aquel insensato,
que en todos confiaba
y el mal ignoraba,
que el mundo ocultó.

Sabedlo, señores,
la amiga más pura,
que brinda ternura
de amor sin igual
es una tan sola,
mi dicha y mi vida,
mi madre querida
por tiempo eternal.
Mi madre me quiere,
mi madre me ama,
su pecho se inflama
se abrasa en amor!

conmigo se alegra,
si hay dicha en mi alma;
si pierdo la calma
la mata el dolor.

Mentira mil veces,
repito en mi lira,
mentira, mentira,
toda otra amistad!
son vanas palabras
aquellas de amigos,
son sólo testigos
de gran falsedad.

Ay! amigo mío, dijo el Maestro en tono compasivo; ven, ven, a donde mí pobre viajero! Amarga, bien amarga debe ser tu situación, pero tarde, muy tarde, vienes a conocer los engaños de este mundo tan falaz. Ah!, cuán feliz es aquél, que ha podido, desde joven observar a la humanidad y estudiarla en su fondo; una amistad desinteresada es como un tesoro bajado del cielo; porque bien difícil es poderla encontrar; en la pobreza es que se prueban a los amigos; pero en la opulencia casi nunca o raras veces; muchos amigos del presente ofrecen sus servicios a aquéllos que no los van a necesitar, pues la mayor parte de esas protestas no son más que cumplimientos de la gente de buen tono o de amistades que quieren explotar al que tiene algún dinero en el Banco; éste es y será siempre la atracción de la mayoría, que vive sólo para satisfacer la materia y no el espíritu. El que tiene grandes ideales y vive como puede honradamente y no como quisiera vivir; el que con mucho trabajo, honradez y economía llega a tener una modesta renta, debe vivir

en un rincón, lejos de esa engañosa humanidad que sólo quiere bebentinas y groseras diversiones; debe uno vivir así para no tener que ver esa variación, para no tener que palpar esa falsedad que se vé a menudo, de aquellos a quienes les sonríe la fortuna con los que llegan a las puertas de la miseria y fueron los amigos del ayer; mejor es trabajar y economizar que creer en amistad.

Sí, señor, dijo el pobre viajero; es verdad lo que usted dice, pero tarde, bien tarde es que lo he venido a comprender; he perdido los bríos de la juventud y me es ya imposible subir otra vez la escalera de la fortuna; esa fé ciega que yo puse en la amistad me hace más miserable hoy, que me encuentro en la pobreza. Déme una limosna por Dios y déjeme ir en paz!

El Maestro, yendo a la casa, volvió con unas monedas, las cuales entregó al pobre hombre sin que supiéramos nosotros la cantidad y el triste caminante, al recibirlas, se despidió dejando en la casa la bendición del Señor.

Uno de nuestros peones, muy compadecido del que acababa de contar sus penas y que emprendió camino, se atrevió a romper el silencio, tanto del Maestro como del forastero y del mío, diciéndonos que a él le parecía una desgracia hallarse en la triste condición de aquel hombre. Eto, dijo él, me jace pensai en la décima que oí en una fieta ei sábadó pasao; a bei si me acueido; ba asina, y biene ai caso:

De una buena posición
dependen la amidade,

y se ben la faisedade,
ai cambiai la situación.

De muy poca duración
son amitade y amoi,
y bien grande e jei doloi,
cuando se llega a probai
que nunca e bueno confiai,
ni en ei amigo mejoi.

Y es verdad lo que dice esa décima, dijo el Maestro; casi todas las amistades dependen de la posición, y cambian ellas como la ropa que se cambia cuando está en mal estado; así es la humanidad, en su mayor parte, y no debemos esperar de ella, la buena apreciación de las virtudes del alma, sino del mayor brillo de las bellezas del cuerpo; desapareciendo, pues, los atractivos de éste, desaparece absolutamente su buen aprecio; nace el hombre ignorante y la mayoría se queda en la ignorancia, de donde nace también toda grosería, toda vanidad y toda superstición; debemos vivir con los hombres tales como son, teniendo nosotros bastante sabiduría, para no dejarnos engañar de ellos cuando nos sonríe la fortuna, sabiendo que en la desgracia no vendrán a darnos una mano protectora.

CAPITULO XXXI

“BRUJERIAS Y SUPERSTICIONES”

Eran las once del día cuando se despidió de nosotros el hombre que se quejaba de los amigos quie-

nes desprecian a sus compañeros que llegan a la desgracia, y a las dos de la tarde, después que comimos y nos descansamos, nos sorprendió el forastero diciendo que si era posible darle un caballo ensillado para él ir a buscar al hombre que, a su parecer, podría suplir mientras tanto al Vale Benancio. El Maestro le dijo que sí, que como no; pero con un aparejo criollo, pues el Vale andaba en la silla de montar.

Yo me monto en cualquier silla, contestó el forastero, hasta en pelo me atrevo a montar un caballo; yo soy un hombre de hacha y machete, de loma y tierra llana y cómo lo que me den, plátano solo, yuca o batata, aguanto sol y agua, converso con cualquiera en el camo o en el pueblo; las cualidades son lo que busco, sean de negro o de blanco, de pobre o de rico; mis ideales valen para mí más que mi dinero; el dinero vale algo, pero el ideal vale más; la ambición de tener es desesperación, la tranquilidad de espíritu es felicidad, por eso yo me acomodo a la vida sencilla y no me preocupa la vida opulenta.

Ah!, exclamó el Maestro. Un paraíso sería este mundo, si como dice usted, la humanidad viviera; el goce de la vida elevada es más corta que el de la vida de la sencillez; cuanto más son las ambiciones materiales, menos son los goces espirituales; cuanto más ostentación menos comodidad, y en la vida privada es uno libre y en la vida pública es uno esclavo; querer complacer al público, no es complacerse a sí mismo. Tiene usted, pues, razón en vivir así, en acomodarse a todas las situaciones; y acabando el Maestro de decir estas palabras, mandó en seguida al peón a traer un caballo aparejado, para el forastero.

En lo que estábamos esperando el peón que había ido a amarrar el caballo, se presentó un hombre con su mujer, diciendo: Maetro, me dicen que uté tiene en la finca de allá abajo un hombre que sabe curai toa clase de maidá que le puen jacei ai critiano; y como dicen que uté tiene tanta cencia, yo dije: Ei pion debe habeí aprendió con ei Maetro, asina e que hemo benío a bei si uté no pue curai; la mujei mía, que como uté ta biendo, tiene la barriga jinchá y to ei cueipo también; agora memo yo tengo eta pieina, que no la puo aguantai, de uno dolore que me dentran a ca momento y la jinchasón que no se me baja, ni con lo baño de tatúa, que me doy toa la mañana. Me dicen que no han hechao aigún mai, y yo toi en crei que e beidá; poique no jacen ma de tre dia que encontramos un entierro e brujería en la mima pueita de mi casa y lo sacó un pión que tenemo aiquilao; he tenío también mucha péidiga en mi conuco y en mi ganao, y en mi pueico, to se me ha bueito la cena de Baitazai y yo he benío aquí a bei si uté me puen jacei la contra de to esa brujería; no se apuren poi dinero, lo que cuete su trabajo le pago jata bente peso, pa que me libre uté, o cuaiquiera de ete mai.

En lo que el hombre contaba su larga historia llegó el peón con el caballo aparejado para el forastero, quien estaba sentado a la mesa con el Maestro oyendo ese cuento de brujería; el peón amarró el caballo a una mata de naranja y seguido se fué a la cocina, volviendo otra vez con Candelaria, quienes llegaron allí y se pararon a escuchar lo que decía el Maestro. El hombre y la mujer desconocidos estaban sentados en un banco largo, frente a nosotros; el foras-

tero lo mismo que yo no decía ni palabra, esperando ver en qué paraba el cuento. El Maestro se quedó como pensando, mirando y escuchando al hombre, y así que éste acabó de hablar le dijo: Usted, amigo mío, cree, como la mayor parte, de nuestra gente del campo, y algunos del pueblo, en brujerías y en muertos; pero todo eso viene a ser supersticiones, mentiras que la ignorancia acepta como verdades y paga caro a los que viven de esa credulidad; la mujer suya puede tener alguna enfermedad en el vientre, por ejemplo un tumor en el ovario, o puede ser hidropesía su mal, y la pierna hinchada de usted, puede ser erisipela u otra cosa que el médico y no el curandero puede explicarle mejor que yo. No pague usted su dinero a los llamados brujos, o a los que tiran barajas y prenden luces o que hacen resguardos para librarse de peligros; todos esos son especuladores que viven de la credulidad de la ignorancia; no crea usted en la fatalidad que puede traerle una mariposa negra que revolotea en su cabeza, ni en una tijera que caiga de punta o en cruz, ni en el mal de algún día de la semana, ni en la cura de gusanos de un animal por el rastro del mismo, ni en los curanderos que curan con ensalmos; eso son patrañas, eso es lo que creo yo; pero usted puede ir a ver a mi mayoral allá abajo, en la otra finca mía; coja usted por el camino, atrás de mi casita y cuando llegue a un gran palmar, doble a su izquierda y siga hasta llegar al río; del otro lado está la casa del que usted busca.

El hombre y la mujer se levantaron y se fueron, pero no demostrando estar contestes con lo que el Maestro les acababa de decir. El peón y Candelaria se

fueron otra vez a la cocina diciendo: el Maestro no cree en brujería jum... pero el hombre ese tiene razón, porque hay cosa que pasa en esta vida que no se puede dudar de nada... El forastero y yo le decíamos al Maestro, que sus consejos no convencieron según parece, al hombre y a la mujer, pues se fueron ellos adonde el que entendía la cuestión de brujería, pero el Maestro nos contestó que él sabía que a la ignorancia es muy difícil sacarla del error, pues su débil cerebro no puede razonar y la palabra del embaucador es más convincente que la de aquél que lo investiga todo y que habla siempre la verdad. El ignorante, dijo el Maestro, necesita una muleta y tiene fe en el que lo guía, aunque éste lo lleve por mal camino, y busca como guía, a un hechicero, o a un adivino; para él estos tienen la ciencia infusa y no admiten contradicciones, de donde la superstición y la ignorancia son el peor mal de la humanidad.

Es la pura verdad, Maestro, dijo el forastero; pero la instrucción abrirá los ojos intelectuales de la mayoría, que anda aún en las tinieblas de la ignorancia; y montando el caballo que le trajera el peón, se despidió de nosotros y fué a galope tendido por toda la carretera hacia abajo.

CAPITULO XXXII

“EL PEREZOSO”

El peón que atendía al conuco del Vale Benancio y que por necesidad empleamos en la ausencia de este último, era muy haragán; le gustaba mucho sentar-

se en la cocina, en donde se pasaba horas enteras, contándole a la cocinera los chismes del vecindario, mientras fumaba su cachimbo o picaba el tabaco para el mismo; y si no se ponía a amolar su machete, pasándose en esa operación otro tiempo igual. Si lo dejábamos solo en el conuco, cuando íbamos a ver cuánto trabajo había hecho durante nuestra ausencia, lo sorprendíamos durmiendo a la sombra de una mata, o asando alguna yuquita en la candela, pues siempre el peón la junta antes de trabajar; si nos quedábamos con él, cuando él deshierbaba, tapaba con los pies las hierbas, a medida que, al parecer iba adelantando; si poníamos otro peón con él a trabajar como solíamos, se ponía a conversar y los dos dejaban pues, de hacer su tarea, pero ganaban su día y el dueño del trabajo era el pagano; si caía una llovisnita, protestaba que tenía catarro y corría a guarecerse al rancho de Candelaria, que le quedaba más cerca, y por este estilo, los defectos de él eran inaguantables; el Maestro no lo despachó porque esperaba al que iba a mandarle el forastero.

A los tres días de la ida de éste para la casa de él y preparándonos a salir, como a las dos de la tarde para vigilar a nuestro mañoso peón que había ido ya al conuco, vino un hombre en el mismo caballo nuestro en que fué don Prisciliano, o el forastero a su casa. Este caballo, dijo el hombre, e de aquí, lo cogió su amigo pretao, y oi me jizo el encaigo de entregáiselo a uté Maetro y a jaceile sabei que yo soy el memo pión que ei le recomendó; yo me ñamo, si uté lo quie sabei, Polín, e deci, me ñaman así, pero mi beidadero nombre e Polibio de la Cru; y desmontándose pre-

guntó a donde quie que lo amarre ei caballo? yo no le quito agora memo su aparejo poi que ta muy sudao y se pué pamai. Contestóle el Maestro: amárrelo en cualquier palo de esos que ves ahí. El hombre lo amarró de la mata de naranja, cerca de la enramada y vino y se sentó en una silla que le señaló el Maestro. Ahí los dos se quedaron conversando; yo, entretanto, me fuí a ver lo que hacía el haragán en el conuco del Vale Benancio; encontré al muy señor mío, sentado cogiendo el fresco debajo de una mata de mango y cuando llegué, se levantó diciéndome que tenía un gran dolor de cabeza.

El Maestro y el nuevo peón llegaron poco después que yo; este último traía consigo una azada y un machete y se puso a quitar una hierba que crecía en el platanal; a las cinco ya había limpiado casi la mitad; el otro peón se quedó asombrado ante el brío de Polín y le dijo a éste: Compai uté si trabaja bueno; y tuvo por contestación: E, que yo no pieido ei tiempo. Dejamos entonces el trabajo y los dos peones siguieron más atrás de nosotros. Ya Candelaria nos esperaba para ponernos la cena, la cual ella puso enseguida llegamos. Nos sentamos a la mesa, comimos y como de costumbre, nos entreteníamos hablando de la experiencia de cada cual en los negocios del campo y de la manera del vivir de la mayoría, que se quejaban de la mala suerte. Este era el tema de todas las conversaciones del Maestro; él era religioso, pero no creía que Dios le da riqueza a nadie.

Después de mucho conversar o de filosofar, se dirigió a su casita trayendo, así que volvió adonde nosotros, cinco pesos que le dió al peón haragán y ¡o des-

pachó, diciéndole que ya no lo necesitaba; pues el peón de esa tarde lo había mandado el forastero para reemplazar al Vale Benancio. El peón, al irse, le dijo al Maestro: Mi trabajo no lo ha dejao degutao a uté, Maetro? nobeidá? poique yo soy hombre que jago to lo que me digan; to lo sé jacei y lo jago bien jecho; un chapeo, un picatierra, un arreglo de maya, una empalizá, una ceica de alambre, cuaiquiei cosa: que en siendo cosa ei campo depídase uté; me pué uté ocupai en confianza, que se lo jago bien y pronto: jata dipué señore, dijo, y se marchó.

Así que se fué el peón haragán dijo el Maestro: Ustedes ven como él mismo se recomienda a quienes ya lo conocen; sabe hacer todo y no sabe hacer nada; y así es la mayoría de los de por estos alrededores; haraganes, perezosos, y los que trabajan bien, nunca terminan su trabajo, se comprometen con muchos y no cumplen con ninguno. Vaya uno a ver la casa del perezoso: Un ranchito farrado de yaguas, metido en un guayabal o en una sabana de matojos con cercas caídas o de mayas, llenos de bejucos; sus hijitos desnudos y tendidos en la arena jugando con algún perro, cuyas costillas se pueden contar de flaco que es, pues sólo come cuando halla algún animal muerto, o de los restos del sancochito que suelen hacer sus amos. Su conuco tiene boquetes por dondequiera; vive arrimado a los que tienen muchas tierras y los animales comen sus siembras de batatas, de yucas y otras cosas del perezoso, si acaso las siembra, por no tener sus cercas en condiciones; tiene sí, una hamaca en que pasa el día durmiendo o si nó, tocando tambora en algún viejo cajón; la mujer, mientras tanto, en el río está la-

vando los trapos remendados o bien viene del río con un calabazo de agua en la cabeza para ponerse después a cocinar o a sancochar víveres con una carnicita que habrán cogido fiada en la carnicería; ni un granito de sal se halla allí y hay que pedírsela al vecino; dos gallos amarrados tiene, los que cuida con mucho esmero, y un marrano gordo en una pocilglita llena de lodo; dos racimos de palma tiene siempre guardados en la pocilga, en la cual la mujer echa cáscaras de plátanos, batatas y demás para engordar el marrano ya mencionado, que el perezoso marido vende después, para ir con los cuartos a la gallera o a la casa de juego en donde todo lo bota; la mujer, los muchachos y él mismo, andan entonces sin ropa; da lástima verlos. El perezoso es el vago, a quien las autoridades persiguen, porque teniendo fuerzas no quiere trabajar. El que vive así no tiene derecho a la vida; es un sángano de la colmena humana; vive de la industria ajena, pudiendo trabajar; vive una vida sinvergüenza. Hay seres que nacen inútiles, físicamente; pero son fuertes mentalmente y ejercen sus facultades intelectuales de una manera maravillosa; hay otros seres que nacen física y mentalmente inútiles y merecen nuestra compasión, pero el perezoso no merece la compasión de nadie.

CAPITULO XXXIII

“NOTICIAS DEL VALE BENANCIO”

El nuevo peón, o el que nos envió el forastero trabajaba bien; se levantaba temprano y el conuco lo

mantenía sin una hierbita; hablaba poco de su suficiencia, pero todo lo hacía bien; lo que si le gustaba era cantar décimas mientras trabajaba; en esto se parecía al Vale Benancio, aunque no tan inteligente como éste. A los tres o cuatro días de estar él trabajando con nosotros, vino una mañana temprano antes de Candelaria traernos el café, un hombre diciendo que como expreso, de parte del Vale Benancio, nos traía noticias de éste. Ya venía Candelaria con el café y el Maestro, muy contento, le dijo al viajero dándole la mano. Siéntese usted y tómese una tacita de café con nosotros; cuéntenos algo de ese hombre que tanto apreciamos y que tanta falta nos hace. Cómo está la madre de él? Y esos lugares por allá, cómo son? Dipué de una semana, dijo el viajero, de llegai ei Vale, la mamá de ei mejoró pué la llebaron a onde un dotoi que tiene muy bueno acieito y con una medicina que él le dió le aseguro que ella pronto se curará; me dijo el Bale de decile asina y que eso lugare le han gutao mucho; pero no pa bibí poique ei piensa bibí con uté jata la mueite; ah! pero esa tierra son muy buena, muy llanita; se da ei cacao, ca tronco y to sellao de mazoica, y ei tabaco no se diga, ca hoja sedosa y laiga, el arró ay! ay! ay! esa son sabana de arró, beidecita y laiga, como eto cañaberale de poi aquí... Agora ei ferrocarri pasa ceiquita e la casa de la familia dei Bale, y pasa cuando ba pai pueblo; asina que no se tiene que apurai pa llebai caiga en animale; pa lo guineo e legítimo poique lo lleba jata ei pueblo y ai muelle a onde lo embaican pa Nueva Yoi. La carretera son mejore que lo de aquí, toa son de taibia; carro guagua y camione tan a patá y barato; lo chofere son una bendi-

ción, no son tan resabioso como lo de eto lao; repetan la gente má; y en toa paite se be una bandera dei paí, que senifica que hay una ecuela, a onde se aprende a lei, escribí y contai, pa que la gente no sea tan saibaje como la de otro tiempo en que no daba veiguenza ninguna vei a un aicaide pedáneo que no sabía lei ni escribí, toda la gente e poi allá quien trabajai y enducaise y ningún hombre quie cogei la carabina para dentrai en rebulucione; ello saben bien que eso no deja ná; deja sí, pa lo que no tienen aigo y biben con adulai ai que coge la gicotea; ei probe de ei campo ese tiene que cogeti otra be su machete de deyeibo y trabajai, sudando pa comei. Ei Bale dice que biene pronto y que le dé mucho recueido a uté a Enrique, Candelaria y don Prisciliano, ei foratero.

Oímos con mucho entusiasmo la larga descripción que el viajero hacía del lugar en donde se encontraba el Vale Benancio. Otras personas que de por allá venían nos hablaban de la gran fertilidad de los terrenos y de lo industriosa que era esa gente; así es que no era exagerada la ponderación, pero que la tierra sea fértil no quiere decir nada si la gente es perezosa, decía el Maestro; la cuestión es que en ella se ponga la buena simiente y se cultive sin cesar; una tierra mala, bien acondicionada, produce más que una tierra buena sin condición; esto se lo decía el Maestro al viajero, el cual contestó: eso si e beidá; la gente de poi eso lao trabajan! y trabajan!...

Yo sé, agregó el Maestro, que la gente de por allá trabaja mucho y eso que nunca he estado por allá, pero he visto pasar animales cargados de sogas, sombreros de cana finos y ordinarios, serones, árganas, ma-

letas y canastas en cantidades, que tejen las mujeres y los hombres de allá fuera. Aquí los podrían hacer lo mismo que por allá una vez que se dedicara a ello la mayoría que se queja de la mala suerte y no de su haraganería; aquí hay los mismos árboles o las plantas que producen la materia prima para el trabajo.

Candelaria nos preparó un buen desayuno de tocino y plátanos amarillos fritos, más un majarete que venía a servir de postre; el peón, que nos envió el forastero, se desayunó en la cocina, junto con Candelaria y se fué al acabar para el conuco a sembrar un maíz, dejándonos a la mesa con el viajero a quien el Maestro le decía que ese peón que el vió salir era el sustituto, mientras tanto, del Vale Benancio. Al Vale puede usted asegurarle, pues, que su conuco está bien atendido, con un hombre de vergüenza, recomendado por el forastero y que éste, junto con los demás de esta casa, le mandan muchos recuerdos.

Y cuando el viajero ya se iba, y abriendo la portadita del jardín, apareció el forastero montado en un hermoso caballo alazán. Desmontóse y nos dió la mano, menos al viajero, a quien saludó cortesmente; y cómo van por aquí, dijo en tono alegre; y el Maestro le contestó: de plácemes estamos, pues acaba este señor de traernos noticias de el Vale Benancio y a decirnos cómo se bate el cobre por allá; siento mucho que usted no llegara más antes; el forastero entonces le extendió la mano al hombre, diciéndole: Me alegro de conocerlo; el Vale está bien (me lo supongo); me le da muchos recuerdos, y dígame que lo esperamos pronto, para que se dé la mano con otro peón, cantador como él y muy trabajador a la vez. Oh! exclamó

el viajero; uté es ei señoi Priciliano, que ei Bale mienta allá mucho; y tuvo por contestación: sí, señor, y servidor de usted.

El viajero entonces, despidiéndose de todos, se puso en camino dejándonos contentos con las noticias del Vale Benancio; supimos nosotros también que éste muy pronto volvería. Cogí el caballo de don Prisciliano, le quité la silla y el freno y con un lazo nuevo lo amarré de la mata de naranja que en otras ocasiones servía para lo mismo. Cuando el peón vino de su trabajo se le mandó a cortar suficiente hierba para que el animal pasara la noche.

Preguntó el forastero al Maestro si el peón que se le mandó con el caballo le salió conforme a la recomendación que tenía de él. El Maestro le dió las gracias y dijo que ese peón trabajaba igualmente como el Vale, pronto y bien; tan así que pensaba emplearlo siempre. En eso llega el mismo peón muy sudado y lleno de admiración exclamó: Oh! don Priciliano, uté por aquí! Sí señor, le replicó éste; yo vine a ver al Maestro y a preguntarle cómo le ha gustado usted a él. Bueno, bueno, me ha salido, me contestó, tal como usted me dijo; estoy muy contento.

Dipéñseme don Priciliano, dijo el peón, que no le biniera a saludai agorita cuando me mandán a coitai la yeiba pa su caballo. No le pregunto poi la salú de esa gente de porallá poique me supongo que tan bien y con ei peimisio de uté, boi a la cocina a bebei un poco de agua que me toi muriendo e la sé. El Maestro y el forastero se quedaron conversando, y yo, mientras Candelaria nos preparaba la comida, me fuí a la mata de naranja a examinar el caballo de don Pris-

ciliano, el cual, aunque muy bonito, podría tener algún defecto.

CAPITULO XXXIV

“CHISMES Y CALUMNIAS”

El forastero se quedó hasta el otro día y se levantó temprano para dar su paseo matutino cerca del río y por entre los árboles frondosos que crecían al pié de la colina. Yo también me levanté temprano, pero algo después; y como las noches eran largas, el Maestro se quedó al parecer en cama, esperando que amaneciera (así pensábamos nosotros).

Ya cuando principiaba a asomarse la aurora y cuando dejé de leer a la luz de una lamparita humeadora un librito de versos filosóficos que le regalaron al Maestro, me puse a darles maíz, como de costumbre, a las gallinas; Candelaria ya venía con su hijo más grande acompañados del Maestro, quien, parece que mientras yo leía, salió detrás del peón, el cual decía que iba a aprovechar la luz de la luna para hacer un deshierbo en el conuco. El Maestro parece que asechaba al peón, por lo que decían de él y Candelaria.

El forastero venía de su paseo matutino y yo acababa de darles maíz a las gallinas cuando vinimos a ver, entraba al patio el Maestro acompañado de Candelaria; ésta se fué a la cocina a hacer el café y el Maestro se sentó con nosotros diciéndonos que algo extraño nos había de parecer el que por ese lado llegara él con Candelaria. Les diré después el secreto de eso, si se puede llamar secreto, continuaba él mien-

tras tanto, tomemos el café y esperemos que venga Polín a tomar el suyo y su desayuno de costumbre.

El forastero y yo nos quedamos mirando estupefactos al Maestro, quien tranquilamente observó que le parecía que el Vale Benancio, al deducir de la conversación del viajero, podría venir a los quince días a lo más tardar. Llegó Polín entonces muy sudado del conuco, arrinconó su machete y se fué a la cocina a buscar su trago de café; Candelaria ya traía el nuestro en una bandeja con sus correspondientes tacitas y platitos. Esperando el desayuno el Maestro abordó el tema de los chismes, que eran muchos en el vecindario; dijo él: Yo no creo lo que no veo con mis propios ojos, ni oigo con mis propios oídos; el chismoso y el calumniador tienen un parecido; éste último, como no es persona seria, no puede engañarme; investigo para encontrar la verdad de lo que se me dice; así es que ni el chisme ni la calumnia pueden triunfar en mi reino.

Candelaria nos sirvió el desayuno; Polín, el peón, se fué a trabajar al conuco y aquélla se quedó en la cocina preparándonos la comida; el Maestro, después del desayuno, nos convidó a que fuéramos a conversar a la sombra espesa de una mata de cabilma, pues tenía que comunicarnos algo importante que no debía oír ni Candelaria ni el peón; llevamos cada uno una silla y seguimos al Maestro; pero admirados de él, quien nos habló de esta manera: Les extrañaría mucho verme llegar esta mañana junto con Candelaria; estaba yo asechando a ella y Polín a ver si era verdad lo que me dijo una mujer; y me fuí tras él, teniendo yo mucho cuidado de no ser visto. Usted, dirigiéndose al

forastero, andaba por el bosque, dando su paseo matutino y Enrique les daba maíz a las gallinas. Una mujer vino aquí en días pasados, estando yo solo, y me dió muy malos informes de Polín y de Candelaria; decía que éstos viven en amancebamiento y que no me fiara de ellos, que están preparando sus líos para irse y que ellos decían que el forastero y yo no somos más que unos espías del Gobierno; que por eso muchas personas no visitan mi casa; otras cosas me decía, pero yo no le ponía atención.

Sin embargo, continuó el Maestro, yo pensé que si era mentira que él peón vivía ilícitamente con la cocinera mía, lo demás sería mentira también; yo entonces me levanté hoy temprano y seguí a Polín pié con pié y me escondí tras un bosquecito frente al rancho de Candelaria, que estaba cerrado; pasó Polín sin hacerle caso al rancho y se fué derechito al conuco a trabajar; Candelaria abrió su puerta, se enjaguó la boca y juntó la puerta, y ella con su hijito, ya venía para acá; le dí los buenos días en el camino y seguimos. Comprendo que son chismes del vecindario, comprendo que es que quiere alguno el puesto del peón y también el puesto de Candelaria, para alguna mujer, pero quiero seguir investigando hasta encontrar la mentira o la verdad, por eso les diré que yo no quería que me oyera ni Candelaria ni Polín.

El forastero se quedó lelo cuando oyó decir que el Maestro y él eran unos espías del Gobierno; lo mismo que eso, dijo el forastero, podrían decir que somos enemigos de éste y levantarnos una calumnia más grande que podría comprometernos políticamente; no me extraña el chisme contra Candelaria y el nuevo

peón, pues el envidioso procura siempre malquistar al principal con el subalterno y lo logra a veces con el chisme y la calumnia, cuando el que las oye, cree que son verdades todos los decires.

Milagro, agregué yo, que la mujer no me mentara a mí y a Elvira, pues a otra muchacha del vecindario le pusieron en días pasados un anónimo que decía que ella había botado una barriga de no sé quien; así es que de mí y de Elvira pueden armar un gran chisme, pero no sería por interés sino por ociosidad, que es como dice el Maestro, madre de todos los vicios y de la chismografía; los chismes me tienen sin cuidado, procedo bien y salga el sol por antequera, que todo chismoso será víctima de su chisme y maledicencia.

Sí, señores, continuó el Maestro, después de ser interrumpido por el forastero y por mí, como yo les decía, el que oye los chismes y cree que son verdades, son a veces grandes los daños que ellos pueden causar a un inocente, pueden manchar el honor y hasta poner en riesgo la vida; el chismoso y el calumniador son piedras de escándalo en la sociedad; los detectives o policías secretos, son necesarios al cuerpo de policía, o las de la gran política, para descubrir los robos y los asesinatos o los conspiradores contra el orden público, pero deben ser hombres serios, que no calumnian a nadie; investigadores de la verdad y pueden ser considerados como defensores del bien público; es verdad que no se debe encargarse a cualquiera para cumplir tan delicada misión, pues algunos se valen de ella para sus asuntos personales y entonces resultan ma-

los o peores que los chismosos y calumniadores, quienes merecen las severas penas de criminales.

CAPITULO XXXV

“TEMBLOR DE TIERRA”

Debajo de la mata de cabilma nos quedamos hablando mucho de los chismes y de los chismosos y calumniadores del lugar; el forastero estaba bastante nervioso porque lo habían mezclado en la calumnia y dijo que pronto se iría a su tierra si no se pudiera sujetar la lengua a tanto ocioso; me iba a quedar aquí algunos días más, pero me voy esta tarde mismo y para eso quiero que el peón me ensille el caballo. Candelaria ya nos traía la comida y Polín llegó cansado del conuco y se tiró a lo largo en la verde grama, bajo una matica de pascua muy frondosa; nosotros pasamos a su lado, arrastrando cada cual su silla y el Maestro al pasar le dijo: Cuando acabes de comer, Polín, ensilla el caballo de don Prisciliano y corta dos cargas de plátanos, saca cuatro o cinco cajones de batatas y amarra cuatro gallinas pelonas de las más viejas para que los vaya a vender mañana al pueblo; ah! y acuérdate de los encargos de Candelaria.

Nos sentamos a la mesa de comer; Polín fué como acostumbraba generalmente, a la cocina a buscar su bocado y no bien acababa Candelaria de poner en la mesa el último plato cuando un gran temblor de tierra sacudió tan fuertemente la enramada que se cayeron al suelo todos los platos con la comida; tres sacudidas fuertes se sintieron; las matas de palmas y

otros grandes árboles parecían que se iban a caer; corrían las gentes asustadas por la carretera; don Prisciliano no quiso comer algunos víveres y carne que se pudieron recoger. Después que cesaron las sacudidas, montó su caballo diciéndonos adiós, y se fué galopando a su casa, a ver lo que había pasado por allá.

Muchos Rosarios salieron al camino por la noche, con faroles de papel, cantados por grandes procesiones de hombres, mujeres y muchachos. Era un domingo como a las dos de la tarde cuando se sintieron los temblores y no se vieron transitar los galleros ni se oyeron las grandes vocerías que éstos a caballo acostumbraban lanzar, no se oía acordeón, tambora, ni guirasonar; todo era un silencio profundo; la Naturaleza es más fuerte que el hombre; el hombre no es nada, decía el Maestro, ante los volcanes, los ciclones y los temblores de tierra; la fuerza material del hombre sólo puede medirse con sus compañeros, los pigmeos, pero la Naturaleza es más fuerte materialmente que él y la idea es intelectual y moralmente más fuerte todavía que la fuerza material.

Polín comió bastante en la cocina, pues nada se derrumbó en el piso que era de concreto; algunas cosas no quedaron en su lugar, pero ni un plato quedó roto como también eso en otras casas ocurrió, y aunque fuera domingo, se alistaron las cargas para ser llevadas al pueblo el día siguiente. Más abajo, donde vivíamos, habían dos pulperías y Polín se mudó la ropa para ir a ver el daño que habían causado por allá los temblores. Candelaria vino muy asustada a ver si la tierra nos había tragado o si estábamos vivos, decía ella. Ete catigo de Dió e muy fueite; tenemos que

jacei mucha penitencia pa aplacai la ira dei señoi; a cada momento hay una tembladera, que dá mieo. Oigo decí que la tierra se abre y que sale candela, que lo río se cambian de una paite a otra y que la mai se dentra en lo pueblo y se lleba a la gente como basurita allá juera lejo y que antonce se seca, y que dipué bueibe otra be, a llebaise ma gente. Ay! bingen de la Aitagracia! Saibano! Bi al foratero pasai a mi lao como una exhalación en su caballo y bi a Polín que diba a la puipería dique a bucai noticia, pero me dijo lo que soy yo, no saigo agora a paite no me balla a tragai la tierra... namá boi a resaile a lo Santo, pa que Dió aplaque su ira; y diciendo esto último, ya se iba ella para su rancho.

Yo entonces, agregué: Lo que a mí me parece es que los temblores de tierra dejarán de ser cuando la tierra vuelva otra vez a equilibrarse; los Rosarios son un consuelo para la masa ignorante y es la geología o el estudio de la tierra, ciencia con que el inteligente se explica el origen de ese fenómeno, e inclinarse ante la ley de la Naturaleza. El Maestro se quedó callado, oyendo los comentarios del que tenía fé en la eficacia de las oraciones y del que esperaba que la Naturaleza lo resolviera todo y entonces sentenció: Los dos tienen razón; tanto el que nada sabe, y el que algo sabe.

Después, o a los pocos ratos volvió Polín de su paseo por el vecindario, o de saber la pérdida que a las pulperías habían causado el temblor de tierra, diciendo que todos los frascos de ron y de Country Club se cayeron de los tramos al suelo, que algunos se rompieron, pero que los que llegaron del pueblo decían

que el daño no se podía contar de lo grande que era; que algunas casas de mampostería se agrietaron; que los colmados y boticas se arruinaron y que las gentes por rumbas, estaban en las calles pidiendo al cielo misericordia.

Como era domingo, mucha gente del interior habían venido en carros desde muy temprano por la mañana a divertirse en el pueblo y a bañarse en el mar, pero volvieron temprano por la tarde a sus casas, al sentirse ese gran temblor de tierra que conmovió tanto campo como ciudades; automóviles y carros pasaron y pasaron, unos tras otros, llenos de gentes en cuyos semblantes se podía ver el miedo pintado. Volvió Candelaria de su rancho a hacer la cena; la hizo en un santiamén, nos la sirvió y ella se fué como una loca a los Rosarios a cantar a los santos. El Maestro, el peón y yo nos fuimos a dormir, pero oscilando siempre la tierra, no podíamos conciliar el sueño; Polín, que lo necesitaba más, porque tenía que ir al otro día al pueblo, lo oímos roncando después como si nada hubiera pasado, y la tierra seguía temblando.

CAPITULO XXXVI

“LLEGADA DEL VALE BENANCIO”

Después del gran temblor de tierra, al otro día, que era lunes, bajó Polín al pueblo por la mañana a vender unos plátanos que había cortado el día anterior y volvió a las once del día confirmando las noticias que habían circulado del sismo o temblor de tie-

rra que tenía exaltados los ánimos. Seguía temblando la tierra aunque no tan fuertemente como el primer día: los Rosarios continuaban saliendo todas las noches y siempre silenciosos estaban el acordeón, la tambora y la guira; el tema de todas las conversaciones durante unos tres o cuatro días era el terremoto.

A los cuatro días del forastero haberse ido a ver el daño que el terremoto había causado, en donde él vivía, y llegando nosotros de ver los puercos trancados que desafortunadamente comían los aguacates que se les tiraban, encontramos, para nuestra gran sorpresa, sentados a la mesa de la enramada, a don Prisciliano y el Vale Benancio. Parece que acababan de llegar de lejos, pues el sudor les chorreaba a los caballos; Candelaria estaba conversando con ellos del temblor de tierra, pero al vernos llegar, salió corriendo para la cocina a traer la comida que ya estaba lista; el Vale Benancio, al ver al Maestro, se levantó, lo abrazó y lo besó con gran efusión; a mí me echó el brazo y al peón, Polín, le dió la mano. Don Prisciliano nos la dió también como de costumbre, saludándonos y diciéndonos que a caballo, había ido inmediatamente después de la catástrofe al interior a ver los daños causados por ese gran temblor de tierra y que hoy a la vuelta para acá se topó por casualidad en el camino, con el Vale Benancio, que ya venía a galope tendido y que los dos llegaron juntos.

Todos nosotros menos Polín, nos sentamos a la mesa. Candelaria y el peón se quedaron en la cocina; aquélla estaba tan alegre como nosotros con la llegada del Vale y venía sonriente a traernos la comida, la cual devoraron, con gran apetito, el Vale y el foras-



tero. Animada era la conversación que sosteníamos a la mesa; ya le preguntamos al Vale por su madre y familia, ora al forastero por las noticias que de diferentes partes le llegaron del temblor de tierra y de los daños que causó, vistos por los ojos de su misma persona.

Contestó entonces el forastero: Vi con los ojos míos, templos, palacios, kioskos y almacenes de concreto, unos derrumbados y otros seriamente agrietados; oí decir que el mar invadió poblados, llevándose casas con gentes y animales en sus olas gigantescas; en un solo poblado de trescientas casas, sólo quedaron ocho paradas y resultaron muertas más de doscientas personas; cayó, en una ciudad, una gran casa de mampostería y mató a una mujer; y sigue la tierra siempre temblando y los Rosarios siempre saliendo, y en sus casas muchos rezando, pero nadie tocando y nadie bailando.

Agregué yo: Cantan Rosarios porque la mayoría ignorante cree que el temblor de tierra es un castigo del cielo; creen otros menos ignorantes que eso y las penitencias pueden hacer cesar ese fenómeno de la Naturaleza y los más inteligentes dicen que es efecto de la bomba atómica; para mí, todos están equivocados; mejor sería creer que el temblor de tierra resulta del tanto barrenar y minar la base del globo que habitamos, en busca de carbón, betunes y petróleos; es más lógico pensar esto que pensar en la bomba atómica, pues ésta sólo tiene efecto superficial, mientras que el otro tiene efecto subterráneo y es de suponer que habiendo un derrumbe en lo profundo, la tierra debe buscar su equilibrio y resulten de consiguiente los

temblores de tierra; la Naturaleza es lenta en la producción; lo que ella produce en cien años el hombre con su maquinaria lo destruye o lo saca de la tierra en cien días.

El Maestro sólo escuchaba al forastero y a Enrique opinar sobre el temblor de tierra y no decía nada; pero el Vale, que acostumbraba siempre meter la cuchara dijo: Yo taba asuntando a lo de que decían lo que ello creían, pero no lo que sabían, poique como dice ei Maetro: To ei mundo pue crei, pero to ei mundo no etá llamao a sabeí; así e que para mí, to tan en ei memo caso; lo que creen en lo Rosario y lo que no creen; yo sé que ei tembloi e un miterio pa nojotro lo inorante y que sigan lo Rosario, toa la noche, jata que deje de temblai la tierra.

Respondió entonces don Prisciliano: Dios, se dice, es autor de todas las cosas; pero, digo yo, Naturaleza tiene sus leyes de evolución, de que depende la armonía del universo; no es que yo crea, es que yo sé que la base de la tierra es de piedras y que un derrumbamiento de ellas puede, o mejor dicho, debe causar un desequilibrio que ha de sentirse en la superficie del globo en que estamos y que eso se llama temblor de tierra. Yo sé que el rezar es dulce consuelo para el que nada sabe y soy del mismo parecer del Vale, que sigan los Rosarios, hasta que se equilibre la tierra.

A interrumpir la conversación se presentó Candelaria, preguntando por su encargo; se le dijo entonces que Polín no podía encontrar los tingotalangos en parte alguna; ella entonces nos dejó y se iba murmurando: E que ei maidito no lo bucó; poi quereise salí

temprano dei pueblo, si yo sé como son eta gente; nunca dicen la beidá, sino lo que le conviene y aiguno se le dan lo cuaito, dice que se peidien o es que se lo cogen. Candelaria iba murmurando todo esto en voz bastante alta, parece que para que Polín lo oyera; pues él venía más atrás con el fin de llevarse a un buen cercado los caballos del Vale y del forastero; él la oyó y sólo nos decía: Miren que mujei tan maicriá!... yo buqué lo tingotalango en una tre zapatería y no lo pude encontrai; beidá que no me dió ei dinero, pero yo lo había pueto dei que yo caigaba.

No le hagas caso a esa mujer, le dijimos nosotros; venga luego para que te presentemos al Vale Benancio que es como tú, un buen trabajador y alegre cantador. El Maestro y el Vale estaban sentados a la mesa, conversando del temblor de tierra; el forastero y yo estábamos mirando los caballos, cuyo sudor estaba ya seco; de ahí salimos con Polín a donde el Vale, y se lo presentamos diciéndole: Aquí te presentamos a Polín, el peón que te substituyó durante tu ausencia. El conuco tuyo está bien atendido y vamos ahora a verlo. Nos pusimos nuestros sombreros y todos cinco nos encaminamos para allá, conversando sobre el temblor de tierra que era el plato del día.

CAPITULO XXXVII

“EL VALE Y POLIN IMPROVISAN DECIMAS”

Agotada la conversación sobre el temblor de tierra y muy contento el Vale Benancio de ver el conuco de él tan bien atendido durante su ausencia, felicitó

a Polín como buen trabajador. Emprendimos otra vez el camino hácia la casa, pero al divisar nosotros una mata de mango en la cual pendían muchos racimos de esa bella fruta, color rojo y amarillo, metida en un monte, a la vera del camino, nos dirigimos a ella sentándonos todos cinco bajo su espesa sombra; el Vale Benancio y Polín se subieron después en la mata y sacudían las ramas para que cayeran en abundancia las frutas, que comimos hasta hartarnos.

Volvimos otra vez, serían ya las cuatro de la tarde, a tomar el camino que nos conducía a la casita del Maestro y a la cual llegamos precisamente en el momento que ponía Candelaria sobre la mesa una fuentecita con dulce de naranja en almíbar para celebrar la llegada del Vale Benancio; cuatro platitos con sus correspondientes cucharitas, trajo después Candelaria para que nos sirviéramos tan fino obsequio; Polín, mientras tanto, estaba saboreando el suyo en la cocina y Candelaria conversando, según supe más tarde, sobre la facilidad que tenía el Vale para improvisar décimas.

Decíamos, a la mesa, algo de las buenas cualidades de Polín para el trabajo, pues el Vale no dejaba de alabarle como buen peón; sí, dijo el forastero, es un buen peón y es también inteligente, lástima que no tuviera un roce superior del que ha tenido siempre, ya que no sabe leer ni escribir; el roce, saben ustedes, vale mucho, al que nada sabe de letras... Nosotros, entonces le preguntamos al forastero que en qué era Polín inteligente? y el nos respondió: En que es un poeta por naturaleza, improvisa que es una maravilla.

Vale, pues, dijo el Maestro, ahí tienes un rival; llamaremos a Polín para que ustedes dos nos canten algunas décimas, hoy que estamos de fiesta con tu llegada. Fuí de una vez a la cocina y me traje a Polín que presenté al Vale, diciéndole: Este es, como tú, un gran cantador; y el Maestro como el forastero eligieron por tema las décimas la pobreza de Polín. El Vale propuso entonces, ya que estaban de fiesta el que se empleasen una tambora o atabalito y una güirra; ésta para que lo tocara el que estuviere improvisando y aquélla, para el que tuviese que contestar. Se buscaron, pues, prestados, esos instrumentos en el vecindario y los dos cantores principiaron en la tonada antigua: Guay tolelé tolelay!

Cantamo a la probeza,
ai que Dió no le dió na,
sino un hacha y una azá
como su única riqueza.

Tiene ei probe la grandeza
en su brazo y en su pié,
y en salú robuta, que e
lo ma grande en eta vida,
y aunque probe e su comida,
la come con abidé.

Repiquetearon los dos cantores la tambora y el guiro con el mayor contento y empuñando el guiro, Polín cantó así su improvisación:

Ay, Vale, agora te digo
lo que tengo que sufrí;
siempre tengo que surcí
eta ropa cuai mendigo

Naidie quíe andai coimigo
no soy ya lo que ante era;
la amitá e jembutera;
lo que bale e jei dinero;

y ei que prueba que e sincero,
e amigo comoquiera.

Un día diba yo pasando
con mi ropa remendá
poi una casa ateté
de inorante criticando.

Uno se ha quedao mirando
mi chamarra y se reía
de lo paicho que tenía
y le dijo a un compañero:
"ése no tiene dinero";
no bale lo que balia.

Seguí siempre, siempre alante,
no poniéndole atención,
y dije: esa gente son
así, de clase inorante.

Habiendo cuaito batante
demasia e su amitá,
y jablando con claridá,
si biene una mala suite,
ni en la hora de la mueite,
uno solo se hallará.

Siendo grande la aparencia,
to ei mundo lo saluda;
y coge la gente ruda,
la apariencia poi esencia.

Pero un hombre de concencia,
sufre todo sin llorai.
Ei que no quiere engañai
ba a la calle remendao

y manque sea depreciao
ba sereno sin mirai.

Gran honoi y gran bitú,
con arapo, y gran talento,
nunca tienen miramiento,
dei que lleba un rico flú.

No le dice ni benllú
ai talento ni ai honoi
Solamente e gran señoi
todo hombre de tenei
poique e oro biene a sei
la prenda de ma balaoi.

Eso de honoi y bitú,
solamente son dei cielo;
en la tierra son consuelo
ei dinero y la zalú.

Bea uté la muititú,
cuando pretan su atención;
la plata o la posición
e su prenda má preciá;
y si uté no tiene na,
tiene si muimuración.

No me causa ya ansiedá
la pobreza mía, amigo;
poique, como ya te digo
sólo exite banidá.

Interé e la amitá,
la amitá de to ei mundo;
y no dura, ni un segundo,
ni ei podei ni la riqueza;
ello ban, con la probeza,
a sei pato ei ma inmundo.

Polín dejó aquí terminada su primera improvisación y el Vale Benancio empuñó enseguida el güiro y lo principió a tocar, introduciendo su correspondiente "Guay tolelé tolelay", que acompañó Polín con la tambora; y el Vale Benancio, cantó, con toda la fuerza de su pulmón, la siguiente décima:

Agora me toca a mí,
aclaráiselo, Musié,
y aunque yo muy bien no sé,
aigo puedo producí.

No lamente uté así,
poi jallaise en la probeza,
pues se pue tenei nobleza
con la ropa remendá
y quizá le faite ma
del honoi a la riqueza.

No se buca a la peisona
poi su ropa ni dinero,
que ei mérito beidadero,
no se compra poi la ona.

Ei buen nombre e lo que abona,
ei talento y la bitú;
no e sei negro ni benbú,
que no puede deshonrai,
ni tampoco puede dai
gran honoi un rico flú.

Ei que e tonto, así se queda,
ni tampoco cambia ei feo,
manque ponga mi enrteo,
manque ponga lana y seda.

Jaga, jaga lo que pueda
ei que tiene capitai
que me atrebo yo apotai
que ei no e ma que caine y gueso
ty ni dando cien mi peso
gloria o fama pué jallai.

Hombre hay muy poderoso;
otro tiene que sudai,
trabajai y trabajai,
to ei día sin reposo.

Poi un medio deshonroso,
uno llegan a tenei,
otro aprecia su balei,
y no quíe peidei su honoi;
poique causa mucho horroi
ai que honrado piensa sei.

No se apure pue, negrito,
de que ande remendao;
poique, según me han contao,
así andaba Jesucrito.

Uté no anda bien bonito,
como se anda en la ciudade;
pero tiene cualidade,
que se tienen que apreciai,
y si ropa pué faitai,
no se piciden amitade.

Muchas personas se congregaron allí al oír la tambora y el guiro sonar, porque era costumbre en el campo ir donde una tambora se tocara y bailar sin invitación, pero la gente se convencieron de que no se trataba de fiesta alguna, sino de dos cantores que improvisaban. Algunos, pues, se quedaron y otros se fueron. Polín entonces cogió el guiro y el Vale la tambora y se entusiasmaron cantando la introducción. Polín cantó así:

Vale, Vale, mi querido,
lo que me dice e sincero,
y poi eso yo te quiero
como amigo ei preferío.

To mi ropa ta podría,
cómo lo voy a negai?
pero no creía encontraí
como tú tan buen amigo;
y poi eso yo te digo
que me guta tu cantai.

Tu me quiere dai consuelo,
ai bei que toi arrancao,
pero no te ha imaginao
lo amaigo que e mi debelo.

Y si no me ayuda ei cielo!
dinero no boi a jallai,
conque podeime comprai
ropa, en ete tiempo duro,
sinembaigo te aseguro
que me guta tu cantai.

Hombre hay que fino son;
y ei que e sabio muy profundo

nunca llama bagamundo
quien e miserable pión.

Tú tiene mucha razón
en decí e raro hallai
a uno así de buen pensai
entre tanta bana gente,
y te digo francamente
que me guta tu cantai.

Yo me alegro conocecite
poique tú ere gente buena
tú me alibia ya mi pena
y a decite boi mi brote.

No po andai de paquete
muy sencillo debo andai
poi no tenei que gatai
locamente mi dinero
ma te digo, muy sincero
que me guta tu cantai.

Como dueño avei etaba
de un gran establecimiento,
y me saludó contento
un rico cuando ei pasaba.

Bien betido siempre andaba
yo, pero dipué quebré
ei dinero se me fué;

naidie antonce saludó;
y bine a comprendei yo,
que ei de abajo naidie bé.

El Maestro y el pequeño público que allí había, celebraron las verdades que decía Polín en sus décimas y no dejaron de dar continuados palmetazos en su honor. El Vale convencido de que Polín tenía razón en lo que decía, no pudo contenerse en hacer lo mismo como los demás y lo abrazó por largo rato y le contestó así:

Yo le juro a uté, señoi
que batante me ha ganao,
como uté se ha deplicao,
en dinero ta ei baloi.

Ei que pué jacei faboi,
e que ma amigo tiene,
ma si malo tiempo biene,
lo amigo se han peidio;
hombre mire uté Dió mio
si pobreza le combiene.

Eto nunca lo pensé
manque jello e la beidá,
pero si lo pienso ya,
y en beidá me gana uté.

Nunca, nunca lo ozcibé,
y jugaba yo poi mí;
yo, señoi, muy bien creí
que era mérito y bitú;
pero nunca un rico flu,
que consigue ei buendecí.

Ya yo me acueido que he bito
aiguna lujosa gente

que bajando de pudiente
han sufrió pioi que Crito.

No halióle sei bonito
ai llegai ese momento;
se le fué toito ei viento,
en que todo lo peidien;
pue oyeron que digien:
"E uté un gran toimento"

Y también he hito yo,
un gran hombre, un caballero,
que ai peideise su dinero,
su buen nombre no halió;

Ese que lo conoció
cuando aquei tenia riqueza
ai llegai a la probeza
no lo quiso recoidai;
lo quería depreciai
cuai si fuera una aquereza.

Pero en cambio yo he hito
un cuaiquiera, un sinseibí
con mi peso conseguí
que le adoren como a un Crito.

Jata lo jallan muy bonito,
 como mucha bece beo,
 ai ricacho que e bien feo;
 lo que dice e un tesoro
 poi que solamente ei oro
 e bonito según beo.

Llega ei rico, ata a maiqué,
 que e mejoi que generai,
 jata ei llega a pensai,
 que la mueite no se bé.

Sin embaigo, mire uté,
 mi negrito de poi Dió,
 lo que toy mirando yo,
 y e que to muy pronto ba,
 que ai mori no quea ná,
 y a la tumba bamo tó.

Yo le juro a uté, compai,
 que e beidá su producí;

no se goza nada aquí,
 si dinero no lo hay.

No se puee figurai
 en ninguna sociedad,
 eso e pura beidá,
 como bien lo ha dicho uté;
 ei que nada tiene no e
 hombre dino de amitá.

Pero comoquiera juere,
 yo lo quiero consolai;
 no se ponga a lamentai;
 cuenta ei mundo con placere.

E beidá que ei rico muere;
 pero ay! la jidea no;
 y en la mano ta de Dió,
 to que ei hombre pué tenei,
 que e mentira su balei,
 si a la tumba bamo to.

El Maestro, el forastero, Polín, incluso yo y los demás que allí habían, dimos uno de los más ruidosos aplausos que se pudieron dar al terminar el Vale Benancio su inspiradísima décima. El forastero entonces tomó la palabra y dijo:

Debemos, señores poetas, rendirles a ustedes homenajes por las verdades que hemos oído en sus improvisaciones de ahora. No es raro, dijo uno de los cantores, ver a hombres de mérito; pero pobres, o sin la protección de los que llevan el nombre de grandes, ser despreciados por los que tienen títulos de la buena sociedad, y a su lado un hombre vulgar, mereciendo atenciones de gentes llamadas cultas, sólo porque le ven

brillar en sus dedos brillantes de grandísimo valor, y quienes hacen creer que tienen grandes riquezas ; son las apariencias, que llaman la atención de la mayoría.

Don Prisciliano, agregó el Maestro; eso es así en las ciudades; pero en los campos, la gente le pone mucho más atención al que lleva en la cintura un gran revólver, una culebra de cápsulas y un puñal con cachaca de nácar; pues así lo creen un protegido del Gobierno o un hombre guapo. El que anda descalzo y remendado, no vale nada, en la opinión de la mayoría, que se lleva más de la apariencia que de la esencia, no viendo que aquella es como en las tardes las nubes, cuyo color depende de la luz del sol.

CAPITULO XXXVIII

“AMOR Y DIVORCIO”

Candelaria, cuando los dos cantores improvisaban sus décimas, venía de cuando en cuando, muy contenta, a oírlos; pero no podía quedarse todo el tiempo, porque estaba preparando la cena. Vino después que ella acabó de poner en la mesa los cubiertos y decía: Cuidao que me gutaba esa décima sobre la probeza, y má me gutaba lo que ei Maetro le dijo a uté, don Prisciliano, sobre lo sombre que caigan en su cintura un reboibe, una culebra de cáusula y un puñai pa meteile mieo a lo probe dei campo, o pa lucimiento entre la mujere.

Las gentes que allí estaban, se fueron una a una, al concluirse las improvisaciones; Candelaria nos pu-

so una ligera cena, la cual comimos y como era ya tarde y estábamos cansados, nos fuimos a dormir, dejando a Candelaria en la cocina, lavando los platos.

Dormimos, dormimos mucho esa noche y por la mañana el sol ya alumbraba con sus rayos resplandecientes las colinas del vecindario; los petigres dejaban ya de anunciar el día y en la rama de un árbol cantaba un ruiseñor, mientras las cotorras volaban en bandadas cantando alegres su cuácuácuá. Candelaria estaba en la cocina colando el café, cuando salimos a sentarnos a la mesa de la enramada. Los camiones pasaban por la carretera cargados de mercancías, tapados con lonas, y los carros y las guaguas corrían velozmente cargados de pasajeros; el café se puso en la mesa y lo tomamos; el Vale Benancio y Polín se fueron en seguida al conuco, cada uno con su machete de trabajar, ropa remendada, llevaban ellos y sombreros de cana de alas muy anchas; Candelaria y un muchacho iban atrás con dos calabazos grandes y nos quedamos el Maestro y el forastero a la mesa de la enramada conversando.

Vino, a los pocos ratos, una mujer muy bien parecida, por cierto, y bien ataviada, preguntándonos a cuál de nosotros le decían Maestro; éste entonces se puso de pié, y le respondió: Soy yo, servidor de usted; siéntese madama y dígame en qué puedo servirle. Candelaria estaba ya en la cocina preparándonos el desayuno; parece que ella pasó por nuestro lado y no la vimos de lo muy distraídos que estábamos conversando sobre las improvisaciones de los dos cantores; llegó Candelaria con los manjares y al ver a doña Elisa allí sentada (que así se llamaba la mencio-

nada mujer) la saludó, preguntándole si estaba contenta ya; pero doña Elisa, evitando la conversación, se dirigió al Maestro y le dijo que se desayunara antes de oirla; se puso, pues, otro cubierto y doña Elisa se desayunó con nosotros, aunque varias veces rehusó hacerlo; el Vale Benancio y Polín se quedaron todo ese tiempo en la cocina comiendo y conversando; así que acabamos nosotros de satisfacer nuestros apetitos, el forastero y yo fuimos con los peones al conuco, dejando al Maestro solo, con la mujer; pero Candelaria, como todas las mujeres curiosas, se quedó en la cocina a escuchar la conversación que traía doña Elisa a donde el Maestro.

La conversación era larga, según me contó Candelaria, quien bajó al conuco adonde nosotros, así que doña Elisa se fué; se trata, me dijo ella, de un di-boiceo na meno. Sabiendo entonces nosotros que el Maestro estaba solo, nos llegamos el forastero y yo a la enramada y nos sentamos allí. El Maestro dijo que no era menester que nos hubiéramos ido al llegar doña Elisa; pues ella quería solamente un consejo mío, sobre un divorcio, que su marido intenta hacer; ella alega que tienen de casados unos doce años y han procreado una familia de tres varones; vivían muy felices, los dos, marido y mujer, hasta hace poco; pero que ahora una muchacha de buena familia tiene unos amores en secreto con él, a quien él le ha dicho que se va a divorcia para casarse con ella; que la muchacha lo tiene dislocado y ahora no pára en su casa, ni para trabajar. No es que soy demasiado celosa, continuó doña Elisa, es que no quiero ver derrumbarse mi hogar que antes era tan feliz, por la armonía que

en él había; sólo por una muchacha tan loca como esa; es un acto criminal, decía doña Elisa, al irse y las lágrimas se le saltaban.

Yo no podía darle a ella otro consejo más que el de abstenerse en dar su firma, o de no aceptar el divorcio que su marido le proponga; porque el mutuo consentimiento es necesario para ese acto, ya lo saben ustedes. Y eso es realmente criminal, continuó el Maestro, como lo decía doña Elisa, el querer, por capricho o por instinto que se derrumbe un hogar, en donde reinaba el amor y la felicidad; ninguna joven que se respete a sí misma acepta proposiciones amorosas de un hombre casado, ni menos sus promesas de un divorcio, porque ella sabe bien que esto último es una perturbación de la felicidad de una familia; el hombre habla a veces con marrullería del divorcio, sólo por entretener a la joven; la considera entonces como una meretriz y sólo quiere jugar con ella; de las dos maneras ella pierde, deja de ser seria o roba la tranquilidad de un hogar.

E que yo no sé como piensan agora la muchacha dei campo, agregó el Vale Benancio, digamo aiguna de ella; parece que tan decalentá, o tienen mucho caloi en ei cueipo; no se le pué jablai de amore, pué se bueiben un yo no sé qué de salamería, con cuaiquiera, sea con guaidia, con polecía o con uno casao, o con ei que anda bien betío; aiguna no se fijan en ei trabajo, na má se fijan en la ropa; y salen dipué con una barriga de cuaiquei bagamundo.

Es verdad, dijo el forastero, el que algunas jóvenes, después de los quince años, tienen un retozo en el cuerpo, que no las deja fijarse en los amores que

llevan; parece que no piensan en la seriedad del matrimonio, sino en la materialidad y arrebatan lo que encuentran, sea casado, soltero, juicioso o atronado; pero ahora yo me corrijo, continuó el forastero, y debo hacerle honor al bello sexo, a mujeres de cierta cultura y refinadas maneras; éstas acarician ideales espirituales, que forman las bases de un hogar respetable, nido santo de verdadero amor; las otras que yo primeramente mencioné son almas vulgares que ni se respetan a sí mismas, ni al público al decir, una vez de realizar sus impúdicos deseos, o ser la causa del derrumbamiento de un hogar, en donde vivía el amor.

A interrumpir al forastero vino un muchacho a traerle una carta en la que le decían que su padre estaba muy grave; entonces, sin esperar la comida le dijo al Vale, que le trajera pronto el caballo ensillado, para él ir al pueblo a aprovechar la primera ocasión de embarcarse a su país; listo todo, el forastero, abrazándonos precipitadamente, aunque un poco más prolongado el abrazo al Maestro, los dos con lágrimas, tristes de una partida, quizás por una eternidad; lanzóse el forastero a la carretera, espoleó su caballo y a rápido galope desapareció.

Sin decirnos una palabra, nos quedamos como estupefactos a la mesa.

CAPITULO XXXIX

“EL LECHON ASADO”

Era víspera de noche buena, unos ocho meses después que don Prisciliano se embarcó para su tierra; el Vale Benancio, Polín y Candelaria, celebraban con-

tentos la llegada de los días de pascuas; en el vecindario se oía el quío quío de los marranitos que los peones trancaban, y por la carretera pasaban los vendedores de pavos, gallinas y huevos, quienes iban alegres al pueblo.

El Vale y yo habíamos preparado ya algunas cargas de plátanos, batatas y yucas para ir al pueblo a venderlas y comprar algunas provisiones, vinos y dulces para la noche buena; nos desayunamos y cargamos en seguida los animales que eran dos mulos y tres caballos. Polín nos ayudó a cargar los animales; el Maestro se quedó sentado a la mesa leyendo "La Verdad en Gotas y Goticas", mientras Candelaria nos decía, al vernos arrear nuestra pequeña recua: Tráiganme la cosa buena dei pueblo.

Caminamos, caminamos, y llegamos a la tiendecita en el camino nuestro, en donde el Vale se paró para encender un cigarrillo; yo mientras tanto, seguía arreando los demás animales, y llegamos a un puesto de ordeñar vacas; aquí nos querían detener unos borrachos, pidiéndonos con qué comprar un traguito; pero el Vale, con uno de sus repentes dijo: Echemo pa lante y dejemo eta banda e bagamundo, a pasai su borrachera con otro, que tenga tiempo pa poneile asunto; y diciendo así, se puso a sonar su foete y arrear los animales que iban galopando por todo el camino hasta donde se divisaba a mano izquierda o a derecha, según caminábamos, el mar atlántico como una larga faja azul, bordeando el horizonte, en una extensión de unos cuatro o cinco quilómetros; frente se veía una enhiesta y verde montaña en cuya alta cumbre se veía claramente la gran V de la victoria. Como bajamos

más tarde que en antes, podíamos apreciar más los panoramas a la salida del sol, el cual vertía su espléndida luz sobre la extensión inmensa de los cañaverales, cuyo verde claro hacía bello matiz con los colores verde-oscuro de los bosques circundantes; y se veía muy diminutas en la lejanía las casitas que formaban el pobladito en donde se alzaba la gran factoría de azúcar. En la alta montaña se podía admirar una floreciente y variada agricultura; potreros, platanales, cafetales y cacaotales; a mano derecho y a mano izquierda se podían ver bonitas savanitas y cicales, y después, el largo puente de madera, sobre un grande río, que, al desbordarse, se llevaba puente y todo lo que estuviere en su devastadora corriente; una serie de pulperías y las numerosas curvas quedaron atrás del puente ya mencionado. Yo seguía admirando el bello panorama que se presentaba a mi vista; pero el Vale no se ocupaba más que de las cargas que llevaba y en llegar lo más pronto al pueblo.

Toda la carretera, hasta llegar al camino que va para la factoría de azúcar, estaba poblado de casitas unas mejores que otras; pero después no se veía más que la continuación de los grandes cañaverales y potreros de la hacienda de azúcar; cañaverales y cañaverales se veían para interrumpirse después con un puentecito al pié del cual corría el agua cristalina de un río, en cuyas márgenes, crecían plantas acuáticas, y otros árboles; entonces unos palmares inmensos se dejaban ver, como si fueran bandadas de vírgenes que representaban la libertad y la democracia.

Venían en tropel las guaguas, carros y camiones que evitamos, cogiendo el paseo, y el Vale, arreando

los animales, voceando y sonando el foete, parecía un recuero furibundo que deseaba llegar temprano al pueblo para vender sus cargas; pasamos así rápidamente por las muchas casitas del camino hasta llegar a una con columnas muy bonitas, pintada de blanco, con un caminito sembrado en su rededor, de matitas bien podadas, que se veían redonditas; y seguido de ella otra grande, pintado el techo de tejas de color rojo y lo demás de amarillo, en un jardín, con cerca de mampostería y portada grande de hierro; de ésta la entrada era muy bonita y flores de variados colores y enredaderas adornaban la cerca; seguían después muchos hermosos chalets en jardines de bellas flores hasta llegar a donde se veían muchas tiendecitas cerca del hipódromo que antes me llamó la atención; volví a ver el puesto de policía a la entrada del pueblo. Cuando llegamos al parquecito, el Vale se fué con los animales para el pueblo abajo, habiéndome yo desmontado del caballo en que iba, desde que emprendimos el viaje; llegué a mi casa y con mis hermanas fuí a diferentes colmados y tiendas de fantasías. Los juguetes de pascuas y año nuevo llenaban las vitrinas y eran muchos los dulces y frutas por todas partes; compré una cornética y un tamborcito para los muchachos de Candelaria y también para ella y para nosotros algunos dulces y frutas. El Vale debía volver pronto y teníamos que estar en casa antes de su llegada. En un restaurant comimos mis hermanas y yo algo; y así que llegamos a casa, momentos después, apareció él con los mulos cargados, diciéndome si estaba listo? Le dije que si y en las árganas de los mulos puse mis compras; nos despedimos cariñosamente de mi familia; monté en

uno de los caballos que ví vacío y cojimos el camino ñe la carretera, y sin pararnos con nadie, llegamos precipitadamente por ese largo camino a la finca del Maestro, como a las cuatro de la tarde.

En la enramada, que era grande, pues tenía una parte con piso, donde comíamos y conversábamos, pero la otra parte era de suelo; en el cual se ponían aparejos, se amarraban caballos y se hacían las cargas; aquí pues, se encontraron sentados, frente a una gran cadelada de leña gorda, el Maestro y Polín; éste último en un asador, que se componía de dos ganchos y una vara larga asaba el marrano de la noche buena.

Oh!, exclamó el Vale, al entrar, ya etán utede asando ei lechón pa nojotro comeilo mañana; aquí le traigo en eta saigana ei cumpleto e la noche buena; arró, saidina, saichichón, jamón, duice, confite, y ei correpondiente bino y ceibeza, pa emborrachaise uno, en ete día de pacua; yo no truje ron, poique se que ei Maetro no le guta. El Maestro se sonrió, y se levantó yendo a recibir los efectos que traía el Vale. Candelaria venía de cuando en cuando con la salsa y un envase para coger la manteca que chorreaba en la candela; decía ella: Uté si se ta pa asai ese pueiquito! Ya debe tai lito, no? No, respondió Polín, yo quiero que ei cuerito te bien totao, y se quedó atizando la candela.

El Vale fué a echar los animales al cercado; y estaba de vuelta; yo me senté a la mesa; me hallé algo cansado del viaje; Candelaria me trajo un refresco de guanábana, o champola; el Maestro, después de guardar las cosas que trajo el Vale, le dijo a Polín, desde la enramada, que trajera el lechón azado. Eran ya las seis de la tarde; se guardaron en la casita del

Maestro todos los preparativos para el siguiente día, que era noche buena; la cena estaba en la mesa; comimos todos y nos fuimos a descansar.

CAPITULO XL

“NOCHEBUENA”

Candelaria, al otro día, se levantó temprano, para tostar y pilar café; el Vale Benancio y Polín madrugaron, igualmente, para trinchar el lechón asado, y mandar a la pulpería a comprar dos tortas de casabe, que se nos olvidaba, y que se podía acabar; pues se vendía mucho el día de la noche buena. Entre paréntesis, el puerco asado pide casabe, pero mojado.

El Maestro y yo, nos levantamos después, o bien fuimos los últimos en levantarnos; nos sentamos a la mesa a esperar el café, que Candelaria trajo sin dilación alguna; el Vale Benancio y Polín tomaron el suyo en la cocina, en donde quedaron trinchar el lechón asado; el hijo mayor de Candelaria fué a buscar a la pulpería las dos tortas de casabe; ya el desayuno estaba en la mesa, y el Vale Benancio, habiendo terminado de trinchar, estaba sentado a la mesa, comiendo con nosotros. Recordamos en ese momento a don Prisciliano, el forastero; lo contento que estaría él pasando esta noche buena con nosotros, era la primera vez que el Maestro la celebraba en su casa.

Y agora que hablamos dei foratero, agregó el Vale, lo que ma me gustaba de ei, era que to ei mundo comprendía lo que ei decía, y eso que era científico;

pero no de eso que se la dan; y parece que era hombre bragao!...

Candelaria, interrumpiendo al Vale, vino a preguntarle al Maestro si quería el arroz cocido con pollo, o blanco. Como usted le parezca mejor, le contestó él; y el Vale, que nunca se quedaba atrás, agregó: El arró e siempre blanco, cocinao o no. No e beidá Maetro? Caballo, le dijo Candelaria; quien no be que ei coloi dei arró crú, e blanco; pero cuando se dice arró blanco, ya se sabe que e cocinao solo. El Maestro, viendo que la discusión se iba alargando sobre una tontería, les dijo: Dejemos esa conversación y preparen ustedes la comida temprano; porque vienen dentro de poco don Manuel y señora a pasar el día aquí.

Don Manuel era un vecino muy cercano de la otra finca del Maestro, y llegaba con rareza a verlo; pero ellos se guardaban un mutuo aprecio, por lo cual se le convidó a comer allí ese día. En el momento que el Maestro ponía fin a la discusión del Vale y Candelaria, llegaron las visitas, las que dijeron riéndose: Buenos días todos, Oh! Maestro! usted siempre en las suyas, aconsejando siempre tanto a criados como a todo el mundo.

Si hombre, don Manuel, respondió el Maestro, terminando esta discusión entre el Vale y Candelaria, antes que resulte una disputa, y por una simpleza. Quiero que pronto estén listos los preparativos de la comida de hoy, porque los días de Diciembre son muy cortos, y la discusión puede ser muy larga.

Esta es la primera vez que a mi casa vienen a comer dos personas tan dignas de mi aprecio, como ustedes; siéntense aquí al fresco, dándoles la mano y ofreciéndoles dos sillas en que sentarse. Así que se acomodaron, mandó el Maestro al Vale a la casa a buscar dos sillas más, y se pusieron él y las visitas a conversar sobre costumbres y cosas que han variado de un tiempo a esta parte; hablóse de como se celebraba la noche buena antes de haber carros y camiones. Los caminos, decía el Maestro eran infernales; se viajaba de un lugar a otro a caballo o a pié en la oscuridad y en el lodo cuando llovía. Se tenía entonces que transitar por esos caminos de noche, con las borracheras que eran muchas, y los crímenes consiguientes.

Candelaria y el Vale se fueron en seguida para la cocina y dejaron al Maestro y las visitas conversando, mientras se preparaba el arroz y los otros platos destinados a la comida; preparóse una buena salsa para el puerco azado, y momentos después se veía la mesa llena de manjares sabrosos, macarrones arreglados a la italiana con queso guayado (o rallado) sardinas, arroz blanco, casabe mojado, botellas de vino tinto, y el apetitoso puerquito de cuerito esponjado, llamaba la atención en una bandeja de hoja de lata que traía el Vale con mucho cuidado al ponerlo en la mesa.

Nos sentamos todos a comer; las visitas las colocó el Maestro, a los dos extremos de la mesa; con un flus blanco yo me senté al lado del Maestro, y el Vale, Polín y Candelaria se sentaron frente a éstos. El Vale y Polín estaban vestidos con pantalones de

fuerte azul, camisas de mangas cortas, azules las dos y zapatos bajos; Candelaria vestía un túnico color de rosa, labios y mejillas pintadas; no tenía las uñas pintadas, pues le era necesario a veces, ir a la cocina a lavar platos.

Quería el Maestro que esta vez todos los criados comieran con él a la mesa. El Vale, que conocía bien el arte de servir la comida, repartía las tajadas a cada cual y el casabe mojado; principiámos, pues, a comer, sin observar cumplimiento alguno; los dedos fueron nuestros tenedores, los cuales untados de manteca, halaban de las costillas la carne y los tostados cueritos. De cuando en cuando, bebíamos un traguito de vino tinto, y comimos arroz, macarrones, ensalada de papas, plátanos amarillos fritos. Candelaria mientras tanto se llevaba los platos vacíos a la cocina y traía el succulento café en una bandeja.

El Maestro y las visitas conversaban en la enramada, cuando se presentó un muchachos, preguntando por Polín; éste acababa de salir con Candelaria, llevando la losa, para traer los dulces que faltaban; Espere un momento díjole el Maestro. Polín entonces llegó, y el muchacho le informó de que no lejos de donde él vivía apareció un hombre muerto de una puñalada y más adelante otro de un balazo de revólver; pues se encontró la bala en el cuerpo, y todos en un lugar; en un monte cercano, un ahorcado que colgaba de una mata de laurel. Polín le preguntó al muchacho, si en el vecindario conocían a los muertos. No, dijo el; naide lo conoce puá allá; ello taban bien betío si; ei que

tenía el balazo era goido barrigón; lo jetro eran dei-gao, pero bueimocito; parecían jente fina.

Polín entonces salió algo de prisa con el muchacho. El Vale, las visitas y yo oíamos todo esto sin decir nada. Sospechaban algunos que era una cuestión política lo perpetrado en ese lugar. Pero luego supimos que no había motivo para pensar tal cosa.

Las visitas, mientras el Vale ensartaba sus refranes, se pararon, diciendo: Las observaciones suyas Vale, son muy interesantes, pero tenemos que irnos, Maestro, dirigiéndose a éste, muy nerviosos: les damos las gracias por sus muchas atenciones, y yo los acompañé hasta el portal. Parece que la noticia de las gentes asesinadas, impresionó a las visitas, motivo por el cual tan de repente se fueron.

CAPITULO XLI

“EL MAESTRO COMENTA EL ASESINATO”

Después que las visitas se fueron, quedáronse el Maestro y el Vale solos, conversando sobre el asesinato de los tres hombres aquellos. Candelaria se había ido a su casa a poner debajo del catre los jugueticos de los muchachos para poder decir, a la costumbre entonces reinante: “El niño Jesús se los trajo anoche”.

El Maestro, pues, se explayó a comentar con el Vale el asesinato, que a Polín refirió el muchacho.

No me parece eso una cuestión política dijo él al Vale; eso parece más el resultado de algún desafío a

revólver y puñal; ahora el ahorcado creo que es simplemente para que parezca un suicidio, pero no me parece que sea tal, sino entre muchos por rencillas viejas. No me parece tampoco, agregó el Vale, que él se ahorcó ei memo, sino entre mucho enemigo de él lo ahorcaron y lo guindaron a la mata de laurei, para que pareciera que ei memo se mató; asina pasan en ei pueblo mucha cosa y dicen la gente que e ei Gobierno, y ei Gobierno no sabe na; e po alguno particulare que quieren arri-maise una brasa a su saidina, o pa que metan a uno en la caise o pa que le peguen una muita. Lo que si, agregó el Maestro, me parece que se asustaron demasiado fueron las visitas de crímenes semejantes que pasan aquí todos los días.

El Maestro lamentó mucho que tan brúscamente se interrumpiera la alegría que iba a reinar en su casa, después de la comida de la primera noche buena, que él celebraba. Las visitas no tenían por qué espantarse de esos asesinatos parecidos a los cuales los hay frecuentemente en nuestro país; la cuestión es que no se debe hablar de política, no siendo político, en donde la verdadera democracia se confunde con comunismo, ni vale la pena hablar de defectos sino de virtudes, en donde se debe dar al César lo que es del César, pues el más malo de los hombres tiene algo bueno y el mejor tiene algún defecto; el hombre en nada es perfecto, sino perfectible; y nadie quiere el nombre de malo; todos quieren el nombre de bueno.

Yo no sé, dijo el Vale, si uté tiene razón o no, Maetro, poique el chime e mala cosa, quié deci que manque uté biba como un santo, apaitao de la gente, sin jablai mai de naidie, hay quien lo enchimée con

ei Gobieino. Y ei Gobieino lo pone asunto ai detectibe que solamente quie ganai su chec, sin pensai en ei probe inocente a quien compromete, solo poi la mala gana que le tiene; ya le digo, naide se libra del chimozo, ni ei que calla ni ei que jabla; palo si boga, y palo si no boga; to e infieno y to e candela.

Entró en la cocina Candelaria en el momento que conversaban el Maestro con el Vale, y éste así que la vió, se fué precipitadamente tras ella a decirle del asesinato, y de la ida de Polín por aquellos lados. Ay! exclamó Candelaria, puá allá abajo ha cundío esa noticia lo memo que si juera un fuego, y la gente toa etá asutá, creyéndose que e una rebulución que ba abei; y antes que el Vale le dijera cuantos fueron asesinados, le dijo Candelaria: Cuenta la gente, que son doce lo matao a balazo; bingen santísima! exclamó ella, ya no ba habei hombre ninguno pua aquí.

No Candelaria, agregó el Vale, é la mitá de la mitá: son tre lo matao, do a balazo y uno ajoicao; miren que la gente aumentan la noticia; si e mi, dicen cinco mi, asina e que no se pué repeti lo que dice naidie, ri aun lo que se le en lo periódico, sino lo que uno memo bió, contó o bió contai; de peisona seria, aigo se pué crei pero no lo que dice to ei mundo. Y cuando viene Polín? preguntó Candelaria. No sé, respondió el Vale; ei no dijo na sino que se jué de repente con ei muchacho que bino a dai la noticia.

Interrumpió la conversación un hombre, preguntando por el Maestro; se le dijo que estaba en la enramada leyendo periódicos. El Vale se levantó del banco en que estaba sentado, y se llevó al hombre adonde

el Maestro. Vino aquél a informar que Polín mandó decir que se le enviara su ropa y machete, porque en donde él vivía le rogaron que se quedara dos o tres meses hasta que pasase todo el rurun político que se oía sonar.

El Maestro entonces contestóle: Qué runrun político había tan grande, que motivara allí la presencia de Polín? Y uté no sabe de lo báitulo que hay? contestó el nombre; hay guaidia poi toa paite, cañone y ametralladora se llebaron anoche ai pueblo, y ei Gobierno dicen que ta bien aimao, eperando de un momento a otro una rebueita: matán tre anoche puá aquí en ei campo y cuentan que en otra paite tan lo mueito poi baisa, fusilao, apuñalao, amachetiao y ajoicao. Eso son esageracione, dijo el Valeá de una chipita jacen la gente tamaña candela, y se quema to un pueblo. Ezageracione no! replicó el hombre; son mucho beidá; la prueba son lo matao que se encontraron eta mañana en ei monte, ceica dei bohio mío! Déme la ropa y ei machete de Polín, que me quiero di pronto, ante que benga la noche, en que dicen que no se pué andai; utede no lo cren, pero e la beidá que ei pai etá rebueito; y así diciendo se fué como un galgo por el camino con la ropa que le mandó a dar el Maestro.

El Maestro se quedó sonreído, así que el hombre desapareció, diciendo: Ay Vale! la mayor parte de la gente tu vez, vive pensando en revoluciones; éste país nadie lo arregla mientras la instrucción, el trabajo y la economía para la generalidad no sean las bases firmes de su felicidad; todos hacen responsable de su miseria al Gobierno, al Gobierno se le achaca todo,

y no a la mala dirección de la vida particular; todos quieren el esplendor del rico en bienes de fortuna; quieren las sedas, los zapatos y sombreros finos de la moda, aunque sufran hambre en el hogar; es verdad que hay gobiernos malos administradores que, por aparentar como otros países opulentos, gastan fabulosas sumas en erigir monumentos y palacios, imponiendo contribuciones al pobre pueblo, más de los que éste puede soportar. Es verdad que hay malos Gobiernos que sólo piensan en enriquecerse ellos solos, y no al Estado, ni a la fortuna privada protegiendo monopolios en aquél. Pero no todos los Gobiernos son malos; algunos hay que son buenos; pero al pueblo no hay quien lo comprenda; ama siempre las revoluciones, de las cuales resultan los dictadores sin conciencia, ladrones y criminales tiranos de los que está llena la historia; diciendo así, siguió leyendo su periódico.

CAPITULO XLII

“ENFERMEDAD REPENTINA DEL MAESTRO”

Era ya tarde cuando el Maestro, el Vale y yo nos fuimos a acostar. Yo no decía nada de la precipitada ida de don Manuel y esposa, ni de los asesinados, sino que me fuí cabisbajo y pálido a descansar, como si tuviera algún presentimiento de algo triste que iba a suceder. El Maestro mismo no se sentía muy bien; le dolía un poco el corazón.

Todos dormíamos esa noche soñando en la noche buena que resultó noche mala, a causa de la rá-

pida ida de las visitas y los asesinados a balazos y el ahorcado, las exageraciones de Candelaria y del hombre que vino a buscar la ropa de Polín, más la amenazante situación política del país; todos así soñaban menos el Vale, quien no le daba importancia a todo eso.

Como a eso de la madrugada, despertóse el Maestro quejándose de fuertes palpitaciones en el corazón. El Vale y yo nos levantamos, y principió aquél a frotarle el pecho con la mano; pero se dejó de eso y fué pronto a una especie de botiquín que allí había y le dió en un vaso algunas gotas de paregórico a beber, como calmante que le veía tomar cada vez que sentía esas palpitaciones.

Ya rayaba el día, y nos levantamos el Vale y yo. El Maestro se quedó en cama sentado, pues así se sentía mejor; de cuando en cuando sufría grandes punzadas en el corazón; el Vale fué corriendo a avisarle a Candelaria de cuan grave se encontraba el Maestro; y porqué, dijo ella, no se manda a bucai pronto a algún curandero o sino a una curandera. Comenzó un muchacho de ella a tocar la tambora que le trajo el niño Jesús y ella se la quitó, diciéndole: Deja eso muchacho, que ei Maetro tá enfermo, y se fué corriendo, y el Vale más atrás de ella.

Cuando entraron al aposento en donde estaba el enfermo Candelaria, con gritos desaforados exclamó: Ay mi Maetro, tan contento que taba uté ayei con la comía y con la bisita, y hoy tanto que le duele ei corazón! El Vale y yo nos quedamos parados ante la cama contemplando la escena y oyendo a la desespe-

rada y fiel criada del Maestro; uté, dijo ella, no quiere que le jieiba un tecesito de lleibabuena? No gracias, Candelaria, le dijo aquél; este dolor pronto pasará; pero nunca se curará; calmantes son los que dan los médicos más afamados. Como uté dice será Maetro, replicó Candelaria, pero yo creo que un curandero, lo pue curai ese doloí, que no lo bueibe ma nunca, uté no cré Bale?, dirigiéndose a éste. Yo no sé, contestó él, moviendo las manos, el Maetro e que sabe. Este en seguida rechazó la intervención del curandero, diciendo que nadie desconocedor del organismo humano, podría saber más que un doctor, que se ha quemado las pestañas para aliviar las dolencias de la humanidad; el curandero es, continuó él, lo mismo, por lo regular, como cualquier persona que sabe por experiencia el efecto de ciertos teces para calenturitas, o de apatentados, tónicos, lambedores o jarahes que, por ignorancia, aplica, sin ton ni son, a enfermedades, cuyo origen pasa de su competencia; yo por tanto, sentenció no creo en curanderos! Candelaria entonces fué a la cocina a hacer el café.

Me siento ya mejor, dijo el Maestro al Vale y a mí, que estábamos siempre parados allí, admirando la fortaleza de espíritu de un hombre mayor de edad, y enfermo, que hablaba tan largo y tan fuerte; yo presumo, continuó él a juzgar por lo fuerte que sentí el dolor esta mañana, que mis días son cortos entre nojotro ei primei día de Pacua lo único que queda para darles mis últimos consejos, los que oirán ustedes en la enramada.

Salimos, pues, del aposento y dimos a Candelaria

allá en la cocina, la grata noticia de la mejoría del Maestro. Este, entonces, se puso la ropa y nos fué a esperar en la enramada. A los pocos ratos llegó con nosotros muy alegre. Candelaria con el café diciéndole: Oh Maestro, uté tá sentao aquí; uté antonce se siente casi bien! y tan pronto! Uté ba a comei con nojotro ei primei día de Pacua lo único que queda de la nochebuena; nobeidá?... y salió bailando de lo contenta que estaba; nosotros, junto con ella, nos sorprendimos al ver al Maestro sentado a la mesa de la enramada.

En el momento, llegó don Manuel, que también se sorprendió al encontrar al Maestro sentado a la mesa de la enramada. Maestro, le dijo, yo vine a la novedad de que estaba usted gravemente enfermo; es una mentira entonces. No es mentira, es verdad, respondió el Maestro; anoche al acostarme sentí un dolorcito en el corazón, que se fué agravando de tal suerte que todos de la casa se pusieron en movimiento; yo siento ese dolor con mucha frecuencia y ahora más que nunca; es una presión alta, de la que nadie con vida se escapa; moriré de ese dolor quizás de repente, yo lo sé y vivo preparado y conforme. La ignorancia nada sabe y vive con esperanzas; yo me siento mejor, gracias; don Manuel, entonces éste agregó, la voluntad de usted es grande Maestro, usted a las enfermedades se impone, no demuestra nunca lo que siente de malo, su semblante se ve siempre alegre, yo quisiera ser así. Nada hace uno, respondió el Maestro, con poner mala cara por los sufrimientos de enfermedades, ni por los reveses de fortuna; al contrario

se pone uno prematuramente viejo, si es joven, pues se pliega la cara de grandes arrugas, y si es viejo se pone como un ogro de feo.

Oh don Manuel, dijo Candelaria, al presentarse con una bandeja repleta de manjares para el desayuno; uté bino a bei ai Maetro, que anoche etaba tan malo; y béalo ahí sentao, como si tai cosa! parece un moribibí ei Maetro, nobeidá don Manuei? Sí, si, Candelaria, respondió éste, y el Maestro se sonrió. El Vale y yo, al llamarnos Candelaria, llegamos y abrazamos al Maestro, diciéndole el Vale al sentarnos los dos: Alegrándonos de que hoy ba uté a comei con nojotro. El silencio agregué yo, es a veces más elocuente que las palabras; mudo contemplé esta mañana al Maestro sentado en la cama sintiendo callado su dolor; pensé en lo solo y triste que me encontraría en este mundo, sin sus valiosos y oportunos consejos, que hasta ahora me han sido provechosos; pero vuelvo a sentirme alegre, en este momento viéndole sentado aquí para comer con nosotros.

No, Enrique, yo no voy a comer, sino a beber una tacita de leche, y más tarde tomar un jugo de naranja; los acompañaré sin embargo, a la mesa, y sentiré mucho gozo en verlos todos ahora desayunarse con apetito, y más así, teniéndole a usted, dirigiéndose a don Manuel, entre nosotros.

Principiamos y acabamos de desayunarnos; vino Candelaria y se llevó la loza a la cocina; el Vale se levantó y siguió tras ella; el Maestro, don Manuel y yo, nos quedamos conversando sobre las exageracio-

nes y malas interpretaciones de gentes ignorantes y mal intencionadas, que siembran el desasosiego entre la gente pacífica. Ya se acercaba la hora de comer y venía Candelaria a interrumpir la conversación del Maestro y don Manuel, trayendo en una fuente parte de la carne de puerco del día anterior, y en vaso un jugo de naranja. Tómesese, Maetro ete ugo, dijo ella, ante de la sopa, que le tengo preparada; y fué corriendo a la cocina a traer los platos que faltaban.

Listo ya todo, vino el Vale y se sentó a la mesa, diciéndole a don Manuel: Ei pueiquito asao de ayei, calentao hoy sabe mejoi y lo bamo a comei con má guto pa dipué saboriai lo duice que quedán, y tomai un poco de bino y brindai poi la salú dei Maetro, que bemo sentao aqui con nojotro.

Así comieron bebieron y conversaron el primer día de pascua que tan tristemente amaneció con el quebranto del Maestro y terminó tan alegremente, despidiéndose ya en la tardecita don Manuel, y entregándose más tarde los demás a su acostumbrado sueño.

CAPITULO XLIII

“EL MAESTRO HACE SU TESTAMENTO”

Tres o cuatro días después de su mejoría el Maestro sentía con más frecuencia las palpitations del corazón; ya mejoraba, ya empeoraba, y esto le hacía pensar seriamente en una muerte repentina; y muer-

ta hace unos diez años, o más, su única hermana, que, a él sin testamento, le podría heredar, no teniendo como no tenía herederos forzosos, vendría el Estado a incautarse de todos sus bienes, resolvió entonces hacer su testamento. Levantóse pues a los tres o cuatro días después de su mejoría, como ya se dijo; tomó su café, se desayunó y se puso a escribir hasta la hora de comer, en que hizo su última voluntad.

El Vale y yo comimos con buen apetito de lo que había; el Maestro, sólo tomó un plato de sopa, la cual preparó Candelaria especialmente para él con algunas verduras que le gustaron mucho. Las últimas comidas del Maestro fueron las mismas que como dieta él en su enfermedad se impusiera; de ningún modo aceptaba carne.

Como de costumbre se pusieron a conversar, y entre otras cosas de enfermedades incurables. El Maestro citó entonces la de él, diciendo que su testamento era necesario, porque estaba llamado a morir-se repentinamente, y que el Estado podía incautarse de la finca y todos los bienes que quedaren. Yo por lo tanto, esta mañana, dijo él después del desayuno me puse a escribir como ustedes vieron, mi testamento ológrafo; éste lo pondré en un baul de hierro que está debajo de mi cama, el cual, a mi muerte, abrirán ustedes con esta llave, enseñándosela, al sacarla de la faltriquera de su pantalón.

Yo soy, continuó el Maestro, un árbol viejo, tú Enrique y el Vale, sois árboles jóvenes podeis morir accidentalmente; pero yo, como viejo, debo morir antes que vosotros; la probabilidad de la vida es para vosotros, la posibilidad de la vida es para mí.

Mejoi, dijo el Vale, e mori y no dejai na, poique si tiene aigo, y no tiene familia, se lo coge ei gobieino, que no lo trabajó, y antonce tiene que en vida haicei tetamento; ó cuaiquiei otra mojiganga, paque no lo coja, y daiselo a quien quizá e seguramente, no lo trabajó, y si tiene familia, la familia que tampoco lo trabajó tá pensando y quizá deseando heredai pronto a uno cuando uno se muera; ei probe no tiene na y no deja ná, y tienen que enterrailo.

Dispéñseme Vale, interpuse yo, tú dices así porque como no tienes nada que te falte ahora y tienes fuerza para adquirir todo; como no piensas como muchos en el mañana, y como seguramente te diría el Maestro, en la vejez, en que viene la debilidad, y no se puede trabajar, lo gastas todo en aparentar más de lo que te permiten tus pequeños recursos; si pensaras como piensan, y son raros, los que tienen dos dedos de frente para pensar, perdonándome la claridad con que te hablo, ya no dirías lo que acabas de decir.

Tienes razón, Enrique, dijo el Maestro, en hacer al Vale las observaciones que hicistes; pues muchos pobres hay que quieren emular con los de elevada vida económica y contraen deudas que no podrán, sino con dificultad pagar; de ahí es que se oye siempre gritar: Miseria! Miseria! sin pensar por un momento que son ellos quienes hacen su propia miserable condición. Mejor es dejar algo al morir, que no llegar a ser una carga pública, o tener al fin que ir de puerta en puerta, pidiendo una limosna por el amor de Dios. Los que cuentan y viven solamente de herencias se verán, por otra parte, en la misma condición

de los que nada guardaron para el mañana; pues lo que fácilmente se gana, fácilmente se gasta. Y lo que cuesta poco, nada dura; lo que cuesta mucho, dura más.

Vale y Enrique, dejemos ahora esta conversación y vamos a hablar de otra cosa; os trataré ya, con más cariño que en antes; me dirigiré a vosotros en la segunda persona, que me es más agradable, ya que voy acercándome al final de mi existencia. Conservo, sin embargo, la tranquilidad de espíritu. En la tierra todo, la planta, la bestia y el hombre nace, crece, envejece y muere; los placeres de esta vida son siempre fugaces; el dolor es, o parece ser, más largo; he gozado y meditado mucho en mi juventud y en mi vejez lo he aprovechado. En mi primera edad era yo como la tierna, la inocente flor que abre llena de perfumes, sus pétalos para saludar el sol de la mañana; entonces era vida lo que yo quería, la vida con toda su alegre actividad, con todos sus perfumes y primores; hoy no soy sino esa misma flor, ya seca y deshojada en la tarde de su vida sin hermosura, y sin perfume, que va abandonando el pensil, en que ostentaba orgullosa, su radiante belleza, para dar lugar a los botones que han de saludar al nuevo día; voy a dejar en breve esta vida, yo lo sé, me voy a separar eternamente de vosotros; pero no quiero morir sin daros algunos consejos, que puedan ayudaros a evitar los peligros de esta vida, o que puedan por lo menos hacer más soportables los amargos días de vuestra existencia; así, pues espero que todos los días vengais como a las cuatro de la tarde para oír mis últimos consejos, antes que

esta mi enfermedad venga, como suele venir a sorprenderos.

El Vale, continuó el Maestro, aunque no muy joven necesitas advertencias con respecto a la manera de tu vivir, y tu Enrique necesitas algunos muchos, pues puede faltarte la fuerza de voluntad que todo joven debe tener, para rechazar a los malos consejeros, que dicen que se debe vivir como la mayoría de la gente; y vivir como ésta es tener el resultado de la mayoría pues la mayoría es el mal ejemplo; la minoría es el buen ejemplo, es modelo del buen vivir.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPITULO XLIV

CONSEJOS DEL MAESTRO

De conformidad con lo que últimamente nos dijera el Maestro; íbamos el Vale y yo, día tras día, a las cuatro de la tarde a la enramada, para oír los últimos consejos que él nos prometiera dar.

“LA BUENA REPUTACION”

Lo primero que debeis procurar es una buena reputación; difícil es conseguirla, pero una vez que seais dueños de ella, hallaréis el camino de la prosperidad y de la felicidad. Para conseguirla, debeéis saber dominaros a vosotros mismos, que las primeras inclinaciones del hombre o de la mujer, tienden generalmente hacia el florido camino del vicio, siendo menester una fuerza de voluntad extraordinaria para mantenerse uno lejos del mal ejemplo.

Es menester también ver el buen resultado de los que han seguido el camino de la virtud y el mal resultado de los que han ido por el del vicio; ver lo que se alcanza amando la verdad y lo que dejan de alcanzar los que aman la mentira; ver la gran recompen-

sa de la honradez y el desprecio con que es mirada la mala fé, ver la muy alta estimación que obtiene la dignidad o el honor, y la repugnancia con que es mirada la bajeza; es menester, para alcanzar este gran aprecio, muchas privaciones, muchas inconveniencias.

Una buena reputación es una gran responsabilidad; y su peor enemigo es el vulgo o la plebe, que nunca desecha la ocasión de poderla censurar; tal es la pureza de ella, que la mancha más imperceptible, puede volverse un gran borrón en su historia. No basta ser buenos en el fondo de nuestras almas, sino muy preciso es aparecerlo ante los ojos del público que nos vigila, porque un pícaro con dinero, obrando bien por temor al qué dirán, es preferible a un hombre sin recursos que obra mal por necesidad; así es que aunque tengáis que vivir toda vuestra vida en la pobreza, conservad siempre limpio vuestro buen nombre, que en la miseria, no hay consuelo más dulce que la tranquilidad de conciencia.

EL VICIO DEL RON

El más malo de los vicios es el ron; el hombre más culto que tiene ese vicio, se vuelve un cerdo, pierde toda espiritualidad, no siente más que los groseros instintos de la bestia, abre desmesuradamente los ojos, y tambalea por las calles; llega al último grado del alcoholismo, el delirium tremens; su amante esposa, intranquila, lo espera en el hogar; él borracho, la ve de momento, como un enemigo, y en su ceguedad, le cae, a veces, a trompadas.

El alcoholizado consume en Ron un Capital; sus inseparables compañeros son los alcoholizados como él; su gloria mayor es estar ebrio; bebe y bebe, hasta perder el sentido, como locuaz es, en cambio, formidable; toma ron para inspirarse, pero va agotando su mentalidad; deja de producir ideas, y no viene a ser más que una fastidiosa máquina parlante.

Muchos alcoholizados se irritan de tal forma, que son capaces de asesinar a cualquiera por la más leve contrariedad, o cometer un suicidio. El alcoholizado es regularmente de mal humor; no le gusta ser contradecido, pues no razona, es absoluto; es contrario a su propio organismo; le importa poco saber que el hígado es una importante glándula digestiva, de secreción interna; no le importa saber que el hígado es un químico de la economía animal y que el Ron en exceso lo daña; sigue, sigue el vicioso tomando tres y cuatro frascos de Ron, hasta emborracharse y cuando no (porque no produce la borrachera en toda persona) va consumiendo interiormente el organismo, hasta dejar sobre la tierra, sino un deforme de panza grande, un esquelético, ser que de hombre, se convirtió, por el vicio del Ron, en bestia, despreciado por la gente de buen pensar.

JUEGO DE BARAJAS

Aborreced los funestos juegos de barajas y del dado para vuestro entretenimiento y vuestro sostenimiento; aborrecedlas pues son la perdición del hombre y origen de crímenes sociales.

Con el juego de barajas podeis fabricar en pocos días un palacio, sí; pero no será difícil ver vuestra fortuna desaparecer en poco tiempo por el mismo juego.

El juego es la fragua en donde se forma el corazón del malvado; el jugador se olvida de sus deberes para consigo mismo, para con su familia y su prójimo; su ciencia es mentir y engañar, su mejor consuelo es tomar un trago de ron, su gran templo es la taberna; ahí va a descansar y a pensar en nuevas trampas.

El que usa el juego de barajas como profesión, puede llegar hasta a ser ladrón y asesino, porque a veces juego el dinero que no le pertenece, y lo pierde; y si gana algo y no se lo quieren dar los jugadores; viene entonces una disputa, que casi siempre resulta en puñaladas y muertes.

El jugador de dados, es regularmente de menos importancia que el de barajas; pero es de las mismas torpes cualidades de éste. Los dos son desgraciados seres, son mirados por la gente trabajadora y buena, como una calamidad social, porque enseñan, con su ejemplo, a la juventud los senderos floridos del vicio y de la corrupción.

PASATIEMPOS

Los pasatiempos que no redundan casi nunca en perjuicio de la salud física ni la mental, moral, ni económica, son las siguientes: la caza, la pesca, la pelota, las corridas a caballo, y muchos otros como la esgrima, el tiro al blanco y el ajedrez. Ellos son úti-

les pasatiempos, tanto para la salud del cuerpo y de la mente. No dañan a nadie ni moral ni económicamente; no son como la baraja, el dado y el juego de gallos, que se deben evitar, porque éstos, lo mismo que el ron, pierden a las personas que los aman con delirio.

El juego de barajas, el del dado, como el alcoholismo, dañan la salud física y económica, porque el primero y el segundo, excitan en las largas horas de la noche una gran tensión nerviosa, quitan el sueño y el apetito y merman el bolsillo; y el tercero envenena, si no el cuerpo, pero sí la mente, el espíritu y el bolsillo de la persona. El jugador de gallos no tiene tiempo para pensar en otra cosa, ni hablar de otra cosa que de sus gallos, o de la gallera donde va a botar dos o tres pesos o a perder una fortuna.

En juegos de barajas y gallos y en beber ron, gasta la mayoría de los hombres su dinero, empeoran su salud y arruinan su mentalidad; no se instruyen, comprando un buen libro que sólo cuesta a veces cincuenta centavos, prefiriendo ir a las galleras a botar dos o tres pesos en la pata de un gallo; se juega o se bebe para pasar el tiempo; pero eso no es pasar el tiempo, eso es malgastar el tiempo.

AMISTADES

Todos los conocidos no son amistades, ni todos los amigos pueden ser compañeros, ni los verdaderos amigos son abundantes; no hay pues, que confundirlos, si no quereis desengañaros.

No debéis poner vuestra confianza en los conocidos, ni debéis creer en todas las amistades, ni dar vuestros secretos a amigos, ni decir que hacen mal vuestros superiores, ni discutir mucho con vuestros compañeros, ni ser muy claros con vuestros verdaderos amigos, si os es posible encontrarlos, y deseais conservarlos. Quiere eso decir que no debéis ser confiados con nadie, si es posible, ni decir muchas veces la verdad a nadie, porque ella es para casi todo el mundo amarga.

Los traidores salen de los que se llaman amigos, y los conocidos son a veces detectives; no debeis entonces aceptar como buenas a todas las amistades que se dicen ser buenas, ni a los que vienen con frases melosas a ensalzar a vuestras personas; ellas vienen regularmente a estudiaros, o explotaros, ellos son a veces como dicen vulgarmente, huevos que quieren sal, o quizás, a pedirnos un gran servicio, o algo parecido, que no os agradecerán jamás.

Cuando no les deis entrada a tales amigos, o a tales bobos, vestidos con piel de corderos, os dejarán solos; pero entonces tendréis menos amistades y más amigos sinceros; pues los hay en esta vida, aunque sean pocos, que conoceréis, si a la larga, y en el trato de ellos, los observáreis con detenimiento; sin embargo vuestros amigos mejores, son los buenos libros, que os pueden dar un buen consejo a cambio de leerlos con atención y poner en práctica lo que dicen.

ECONOMIA

La economía es la base firme de la riqueza. El trabajo y la moral se hermanan con la economía; ja-

más se ha visto a un hombre pródigo y ocioso que ame la sana moral. En los vicios y en las orgías es que pasa su tiempo la inmoralidad.

Muchos débiles de carácter llegan a ser viciosos y manirrotos por no querer apartarse de la multitud corrompida y botarata que dice que es un tonto el que ahorra para el mañana; porque muere, y lo deja para otro; la vida es corta dice la mayoría, y hay que darse gusto antes de morir. Hay que beber mucho ron, hay que hartarse con ricas comidas y entretenerse con lindas mujeres; más vale un gusto que cien pesos y cosas por el estilo. Cae entonces el inocente cordero en las garras del lobo y finaliza su vida en los antros pestilentes de la corrupción.

Mejor es decir: Economiso para el mañana, pues no sé cuando voy a morir o cuantos años voy a vivir; mejor es llorar y combatir en la juventud y descansar y reir en la vejez, pues en la primera hay fuerza, y en la segunda debilidad y mi salud vale más que placeres de un momento.

EL INTERES

El interés, o un atractivo, es lo que domina al hombre en casi todos los asuntos de su vida; en su aprecio, en su amor, en sus deseos de obtener una cosa, en los compañeros, en las amistades que se forman; vamos, en todo, menos en el amor desinteresado de padre, madre e hijos.

El hombre ama a una mujer y la desea por la belleza física o por la del alma de ella, o porque es muy económica o laboriosa; se tiene interés en obte-

nerla por alguna cualidad material, moral, intelectual o pecuniaria. Se aspira a tener un capital para proporcionarse ciertas comodidades de la vida, o para un objeto tal o cual, bueno o malo; se hace una visita a alguno por sus conocimientos, o por ver si es del mismo pensar de uno, o ya por su gran fortuna o por admirar el interior de su opulento palacio. Amistades se hacen, que en lo futuro podrán redundar en provecho de lo que uno desea y se reúnen o se hacen compañeros los que no son contrarios ni en el pensar ni en los gustos ni en las inclinaciones del otro.

Debeis ponerlos en guardia contra algunos de estos visitantes; y no os debéis extrañar el que no os frecuenten, ni quieran vuestra compañía los que buscan una grandeza que no tenéis, o las bebidas espirituosas que no gastáis o los atractivos de la mayoría. No os extrañará, pues vuestra soledad, si vivis sin reuniones políticas, sin juegos al azar, ron y demás: contadas serán las personas que querrán vuestra compañía, si sois enemigos de sus vicios; pues ninguno de ellos quieren ver la censura cara a cara.

Debéis entonces bendecir, y aprovechar, si podéis, vuestra soledad lo que os eleva grandemente en la opinión de las escasas gentes de buen pensar.

FRANQUEZAS

No se debe gastar franqueza con todo el mundo, ni con una persona que sólo se conoce ligeramente.

La franqueza expone a uno a grandes desprecios y quien la gasta con poco discernimiento parece más bien un desequilibrado ser. No se aprecia vuestra

amistad, si gastas, como se dice vulgarmente, mucha frescura con vuestros amigos.

Debéis ser sinceros con vuestros amigos; podéis ser muy joviales con ellos, pero muy discretos al tratar asuntos propios del hogar o personales. Sed lo más corteses con todos vuestros conocidos, y antes de usar chanza, pensadlo bien; pensad si es conveniente, debiendo tener en cuenta su edad, su posición, o su estado de salud, porque podréis con una chanza muy pesada disgustar a una persona y perjudicaros grandemente en su estimación. Tenedlo siempre presente, que dar o tomar mucha franqueza es siempre muy peligroso.

LOS CHISMES

Evitad los chismes, si queréis vivir tranquilos. No les pongáis atención a los que vienen a hablar de los defectos de vecinos, de lo que comen y beben, de lo que dan o lo que niegan a ciertas personas, de los dineros que reciben y que gastan fácilmente, de lo que algunos pretenden ser con o sin fundamento.

No hagais comentarios sobre nada que no os atañe; pues los chismes aumentan lo que uno dice y vienen unos dimes y diretes del otro mundo. Los chismosos dicen algo de alguno, para saber lo que se dice de éste alguno, para decirlo al mismo.

Un chismoso y un detective son casi la misma cosa; el chismoso incendia un vecindario con propagandas falsas, rompe los lazos de una buena amistad y provoca sólo por maldad, hasta la ira del asesino; el detective, en cambio, se vale de su astucia, hacien-

do casi lo mismo que el chismoso; pero es por la influencia que gana, o la recompensa que recibe de una oficina política, o de cualquiera autoridad por descubrir algún delito o crimen o alguna trama contra la paz pública. De los dos, hay sin embargo, que precaverse, os pueden hacer un gran daño. A vuestro vecino no lo fiscalicéis, pensad bien que el que de ajenos negocios se ocupa, no tendrá tiempo para los suyos propios y que el que le dice a otro lo que siente o piensa de quien dice de otro lo que no es cierto en realidad, se expone grandemente. Lo mejor es ver, oír y no decir nada, nada.

EL TIEMPO

Mucha gente no sabe aprovechar el tiempo; se malgasta los primeros años de la vida sin dar un solo paso hacia el progreso; como el grillo, muchos cantan en la primavera, no viendo que el invierno se acerca; se duerme el profundo sueño de la haraganería, y se llega a la vejez pobre de entendimiento y pobre de bolsillo. Algunos lamentan entonces su miserable condición, no viendo que han perdido un tiempo precioso.

En vez de trabajar, se pasa el tiempo conversando sobre política, sobre el vecino, si es rico o pobre, si es agarrado o dadivoso, si tiene hijas con novios o no, si ellas están preñadas o no, y de quien es la barriga, y si comen bien o mal, y sobre tantas cosas, que no les van ni les vienen; gastan dos o tres horas, conversando, que es un tiempo perdido, que no vuelve más. Así no se cumple con el deber para consigo mis-

mo, si para con otros, que es muy sagrado, por el mucho conversar y se deja de ganar dos o tres reales, por el mucho conversar; se molesta al prójimo que quiere aprovechar las horas de la mañana en algo importante, sólo por el mucho conversar.

Muchas gentes dejan de barrer sus propias casas, o no hacen sus compras de cocinas, o impiden con su conversar a las otras que hagan lo mismo en las suyas, o que vayan al mercado a hacer sus diligencias. Otras van temprano a las ajenas cocinas a conversar, a tomar el café, a ver que es lo que se va a cocinar, y luego dar conversaciones hasta la hora de almorzar. Todo esto es perder y hacer perder el tiempo.

ASEO Y DECENCIA

Aseo, orden, limpieza y decencia, son lo mismo, y una persona debe tener estas cualidades, si aspira a la estimación de la gente ordenada, o de quien observa los sacramentos de la iglesia.

En donde hay desorden, hay falta de aseo y en donde hay orden, existe la decencia o la limpieza, una cosa implica la otra; la persona más pobre debe tenerlos, pues su pobreza se hace agradable, se hace digna y respetada. Rasgada la ropa, pero remendada y limpia de un pobre, le vale más en la opinión de un rico, que otro menos pobre que pretende emularle en representación.

El aseo o la decencia, no el lujo, es la recomendación más grande que puede presentar el que busca trabajo o crédito; pues la decencia es hermana de la Religión y debe ser bueno el que respeta a ésta, debe

dar cumplimiento en lo que dice y hace, y en su casa debe haber orden y aseo.

Nada es más desagradable para una persona amante del orden que el ver en una casa, o en una cocina, las cosas mal puestas, y la porquería o el desaseo, por todos los rincones. Eso asquea a uno que es delicado en el vivir.

Y el que va adonde una persona de respeto o consideración, debe ir lo más limpio posible, para ser bien acogido; un desaliñado, un sucio no merece regularmente la atención de los dueños de una casa ordenada y limpia. El aseo interior de una persona se manifiesta en lo exterior de ella; y por esta misma razón es que la vulgaridad y la picardía se valen de ricos atavíos para engañar a los que nada más se fijan en lo exterior.

CONSTANCIA

La constancia es cualidad que debe tener toda persona que desea adelantar en esta vida. Sin ella, de nada nos servirían solamente nuestros buenos deseos. Sin constancia se trabaja toda la vida, pero nunca se sale de la miseria, se principia a estudiar, pero nunca se llega a aprender nada. Sin constancia no se llega a ser rico, ni a ser sabio, en una palabra, sin constancia no hay victoria posible, en ninguna de las esferas de la vida. Vosotros al combinar juiciosamente cualquier cosa, debéis ser constantes, debéis vencer todos los obstáculos que se os presenten, sin dar oídos al desaliento de los noveleros que halleis a vuestro paso, y obtendréis al fin el fruto de vuestra laboriosi-

dad. Observad bien a la humanidad y veréis que el hombre inconstante está siempre cambiando de un lugar a otro y dejando una cosa por otra; siempre la hallaréis pensando y tentando; pero nunca adelantando; todo lo principia, pero nada lo acaba; siempre está buscando algo nuevo y nunca está contento con nada, porque siempre se está topando con fatalidades, que no son más que los efectos inmediatos de su fatal inconstancia.

El que es inconstante tiene casi siempre alguna pena que contar, o algo grande que conquistar; nunca está contento con lo que tiene; todo lo emprendido lo ve después nublado, de tal forma, que camina mucho y jamás sale del atolladero. Si queréis pues, progresar, no paséis vuestro tiempo nada más principian- do; y nunca acabando, ni mudando y siempre mudan- do si no queréis llegar a la vejez lamentando.

SUPERSTICIONES

No seais supersticiosos; sólo un ingnorante o uno de escaso entendimiento lo puede ser; no creáis en que salen muertos; si no hubiera descanso eterno después de la muerte para el alma que sufre en esta vida, la humanidad sería más que desgraciada; la imaginación es que hace a la persona ver esos espectros que se llaman muertos; el miedo del que anda solo por sitios oscuros es la causa de estas apariencias; una sombra cualquiera semeja a una persona, en la claridad de una noche de luna. Hay personas que estudian a las otras y hacen ruidos en una casa para espantar al que la vive.



Brujerías es otra superstición que enloquece a la gente ignorante; ¿qué influencia puede tener una luz, una baraja o una oración con la vida de ningún ser?; ¿qué mal le puede hacer a una persona el que se le siembre a la puerta de su casa huesos de muertos o hierbas. Los brujos lo que quieren son los cuartos de los tontos y como brujerías hay muchas otras supersticiones, como lo de una tijera que caiga en cruz, o una mariposita negra que entre en la casa, o una lechuza que vuela, chirriando de madrugada. ¿Qué mal os puede traer nada de eso? Ninguna cosa puede suceder, nada, ni bien ni mal puede resultar de las oraciones que os hacen vuestros amigos o enemigos. No creáis tampoco en que se curan los guzanos de un animal por las huellas de éste o con oraciones; todo eso son patrañas y patrañas; son nombres que hacen los ensalmos de curanderos. Las supersticiones son de la ignorancia.

EL ESTUDIO

No olvidéis que el estudio o la lectura asidua de buenos libros, es lo que contribuye principalmente a la perfección moral de una persona, y que el estudio y la moral unidos, son lo que hace la verdadera grandeza, la grandeza del entendimiento, la soberanía del pensamiento.

La fuerza bruta ha hecho, no hay duda, cosas maravillosas, pero nada ha sorprendido tanto al mundo entero como los inventos que han resultado del estudio científico de hombres eminentes de la historia; la fuerza bruta puede derribar en un momento un

edificio y destruir en pocos días una ciudad; pero la fuerza del entendimiento puede con la palabra transformar todo un mundo moral y materialmente.

Con el estudio, el trabajo se hace más fácil, y se aumenta con más prontitud la riqueza; pues no rara vez se han visto a diez hombres luchando por espacio de tres días con una obra que bajo la sabia dirección de un hombre instruído, se ha completado en doce o trece horas; ni es cosa exagerada decir que un hombre ignorante ha trabajado diez años honradamente para tener mil pesos, que otro tan honrado, pero más inteligente e instruído, logró en un par de horas de estudio.

Veinte hombres fuertes trabajarán toda su vida en un establecimiento y el último más estudioso y observador que ellos, al cabo de un año, vendrá a ser el director del mismo establecimiento. Es que el estudio hace a uno más perspicaz, más observador; y esta última cualidad extiende enormemente los horizontes de las facilidades del trabajo y provoca hasta la misma inventiva.

No oigais pues, al ignorante que dice: Es un loco el que estudia.

LA MORAL

La Moral debe ser la base firme o la piedra angular de toda familia; el hombre, sin ella, no cumple los trascendentales fines para los cuales ha llegado a este mundo; sin ella no tiene el hombre más que la vida de la bestia, vive sin freno a sus instintos, vive de cualquier manera, vive solo para trabajar materialmente, para comer, beber, bostezar y dormir.

El que no tiene ideales de ninguna clase, vive sólo para sí mismo, fija los ojos nada más en lo material de la vida, miente, roba y hasta asesina; no tiene ojos espirituales, y muere como el cerdo o la vaca, sin dejar en el camino del tiempo una seña, una huella de luz, o de bien como recuerdo grato de su existencia.

Sin moral como base de su vida, el hombre envejece antes de tiempo; las arrugas en su semblante se aumentan rápidamente y entonces deja su materialismo de ver las sonrosadas auroras de las mañanas primaverales; ni llama su atención el naciente sol, que asciende en su brillante carro de perlas, ópalos y diamantes, para alegrar las flores de los jardines, mientras en la verde selva cantan las aves sus dulces melodías.

El hombre que vive la vida espiritual, a la vez que la material, no tiene goces limitados; vé las comodidades del cuerpo como cosas pasajeras y los goces del espíritu como infinitos.

PATRIOTISMO

Servir a la Patria es uno de los más grandes deberes del ciudadano; pero servir a la Patria no es tan solo tomar un fusil para hacer su independencia, ni defenderla contra un invasor, sino administrarla con honradez y contribuir intelectual y moralmente a su grandeza; es el no enriquecerse en un puesto público con lo que pertenece a la Patria, es hacer al pueblo feliz con las menos contribuciones posibles.

Un verdadero patriota hace levantar, según los recursos disponibles, colegios para instruir a la ju-

ventud y universidades en donde van los que desean ser sabios para gloria de la Nación, hospitales para los enfermos, laboratorios para cultivar las ciencias útiles al progreso y casas de artes y oficios, de donde salen obreros que contribuyen al embellecimiento de ciudades y al florecimiento de la agricultura que significa la prosperidad o riqueza de la Patria.

Pero por otra parte no es un gran patriota el que hace construir lujosamente palacios o levantar soberbios monumentos para su vanidad, o su vana glorificación, a fuerza de grandes contribuciones y dejando al pueblo sumido en la miseria, mientras se divierten otros, celebrando fiestas en las alturas con serviles adulones del Poder.

LIBERTAD

Amad la libertad, pero no la licencia; todo en la vida tiene un límite; el deber es el límite del derecho, y el límite de la libertad es la moral.

La libertad puede oponerse a la soberbia de un monarca o a la crueldad de un tirano; la libertad puede destruir los fuertes castillos de inmoralidades, vicios y crímenes; pero está obligado a cejar ante las barreras que le opone la virtud y su única compañera es y debe ser la democracia, pues el hombre tiene una conciencia libre, libre desde el día en que él nació, libre para sentir, pensar y decir o escribir, sobre cualquier cosa o persona que sea; lo mismo sobre particulares que sobre la más encumbrada autoridad o sobre los tiranos que ponen trabas a la conciencia.

Cuando la autoridad de un pueblo respeta la

prensa y al orador, es porque los cree con bastante instrucción y cultura para poder corregir por medio de la moral, para convencer por medio de la razón y persuadir amablemente por medio de la elocuencia; pero nunca se ha respetado a nadie el derecho de arrojar cieno a la faz de la sociedad, ni de inventar mentiras para dañar el buen nombre del prójimo, ni de levantar calumnias o de hacer falsos cargos con que desprestigiar a una autoridad. El que tal hiciere, merece el castigo de la ley, lo mismo que merecen la cárcel el ladrón y el vagabundo, que se arrastran por las calles; porque el lenguaje indecente es del vagabundo y la mentira es del ladrón, pero la libertad es del hombre moral.

DOMINIO SOBRE LA IRA Y EL RON

La ira es lo más terrible que puede haber o imaginarse; la persona dominada por ella no razona, se vuelve una fiera, se ciega, no conoce amigo ni pariente, ni obedece ley ni autoridad.

La ira produce el mismo efecto que el ron, que es una de las bebidas alcohólicas más fuertes; el hombre violento o colérico puede, en un momento, cometer una desgracia de la que quizás más tarde se arrepienta, y que la ley castiga más severamente, a veces, que a un alcoholizado.

La ira puede dominarse, con tanta facilidad como el vicio del ron; pero se necesita tener gran fuerza de voluntad, que es del hombre superior, pues el que la tiene puede fácilmente dominar la bestia interior del alma; la superioridad de un hombre con-

siste en tener esa fuerza. Más energía y espíritu más fuerte se necesitan para dominarse a sí mismo que para dominar a otro materialmente.

La grandeza del hombre o de la mujer, es vencer sus pasiones y saber lo que puede hacer bien o mal moral o físicamente, por lo que, decían los sabios de la antigua Grecia: *Noce te ipsum* - Conócete a tí mismo, que es lo más difícil.

Por eso, por ser tan difícil, el refrenar la cólera o dejar el alcoholismo, pero jamás imposible, yo os doy este consejo, aunque sé que se dice por ahí que carácter y figura hasta la sepultura; en contra de lo cual se dice también: Querer es Poder, que quiere decir que la fuerza del espíritu, puede más que la fuerza bruta.

LA MUJER

Hablar del amor con que se debe amar a la mujer, no es lo mismo para todos los hombres; se debe amarla con puro sentimiento y con ardiente pasión, a la vez, para poderla tener siendo virtuosa, como digna compañera en la vida y como un ser llamado a aumentar con el hombre la familia humana.

Muchos la creen un ser destinado simplemente a satisfacer los carnales instintos de la bestia humana, y de ahí viene la prostitución de la mujer y la degradación del hombre.

Sin la mujer, el mundo sería incompleto; noble es, pues, la unión del hombre con ella, para la procreación de la especie, que viene a ensanchar los horizontes de nuestro planeta.

Ella, por otra parte, no debe nunca inclinarse, ni por placer ni necesidad, a los desordenados caprichos del hombre, si quiere merecer el aprecio y el respeto de él; pero para eso y es lo más difícil, ambos sexos deben tener la misma instrucción y educación, basadas en la sana moral, para poder llevar a cabo los fines ya mencionados.

LA NIÑEZ

Al hablar del niño, no voy a concretarme a su mantenimiento físico, sino a hablar de la educación que recibe en el hogar y la atención que merece en sus juveniles años. El niño repetirá el lenguaje vulgar e indecente de sus padres y hará uso de los objetos que diariamente usan sus padres; porque es como una cotorra, que dice todo lo que oye y como el mono, que hace todo lo que ve hacer.

La mala pronunciación y el lenguaje indecente, los aprende en su casa, o con sus compañeros en la calle; si vé a su padre tomar ron de una botella que está en su mesa, o si vé un paquete de barajas, toma cuando nadie lo vé un poco de licor para ver a lo que sabe, o coge las barajas para jugar con ellas; un compañero más adiestrado le dice que se puede ganar dinero con ellas, y le enseña el juego. De ahí sale un borrachón y un jugador empedernido; y si el padre manda los domingos a su hijo a llevar en una funda gallos a pelear a una gallera, saldrá pues, un gran gallero que botará en ese juego toda una fortuna.

Así es que el mal ejemplo o el bueno, es la herencia de padres a hijos; los padres llenos de vicios o

de virtudes son el atraso o el adelanto de una sociedad. También la salud o la enfermedad, la heredan los niños de sus padres, o de éstos, la viveza, la actividad o la belleza; al niño que demuestra ser muy vivo de espíritu, no se le debe castigar dándole golpes ni palos, sino privaciones, ni tampoco mimarlos con demasía; los golpes y palos hacen al niño más torpe o dañan su salud física o mental; en cambio el mucho mimo lo envanece o lo hace mentalmente inútil.

Hay que aprovechar la viveza de espíritu del niño; eso revela inteligencia o actividad intelectual del futuro hombre; es el potrero vivo, que necesita freno y buena dirección; es una tierra virgen y fértil; necesita cultivo, y si recibe una buena semilla nacerá un árbol frondoso cargado de ricos frutos, pero si recibe una semilla venenosa, se verá nacer igualmente un árbol de malsanos frutos.

La viveza, o la actividad de espíritu de un niño puede dar un buen o un mal resultado, según la educación que reciba o el medio en que se desarroya esa viveza.

PACIENCIA

Con la paciencia se ganan grandes victorias; paciencia y serenidad se confunden; quien tiene paciencia es sereno y vence las grandes dificultades.

La precipitación nunca da buen resultado, es la cualidad del hombre o de la mujer inferior; la paciencia o la serenidad es de la superioridad del espíritu.

Días, semanas, meses y años de paciencia hicie-

ron los inventos portentosos que tenemos y descubrieron los grandes secretos de la Naturaleza que son pasmo de los siglos.

Para los trabajos de investigación y análisis científicos la paciencia es necesaria y en el trato diario con vuestros semejantes, que no ven con claridad vuestras explicaciones sobre una materia cualquiera, es necesaria mucha paciencia. Cultivadla, y sed serenos y ya vereis cuán victoriosos seréis en todas vuestras empresas.

No tendréis los contratiempos de la mayoría; reconocerán vuestra superioridad los más ignorantes y someterán a vuestro buen juicio, los asuntos más dificultosos.

RESERVAS

El reservar algo para las cosas imprevistas es muy importante en esta vida, o para los malos cálculos que tan a menudo se hacen.

En el equilibrio de salidas con entradas, hay que poner un tanto por ciento para lo imprevisto; en lo de hacer una casa, hay que calcular lo imprevisto; vamos, en un negocio cualquiera, hay que calcular lo imprevisto, según la importancia de lo que se va a hacer, o lo que se va a emprender; porque nuestros cálculos salen la mayor parte de las veces errados; decimos en buena aritmética, dos y dos son cuatro, esto es calculando o multiplicando dos veces dos; pero al fin del negocio, o lo que fuere, los dos y dos que calculamos no dan a veces ni tres, ni cero; perdemos parte o todo en una mala especulación.

A nuestras gentes del campo les oímos decir que no se debe solo contar con los pollos, sino también con el moquillo, ni con los marranos, sino con el dandí, ni con los terneros sino con la diarrea. Esto confirma lo ya dicho; no se debe confiar sólo en los cálculos o los números que se hacen en el papel, sino en las posibles contingencias; un buen general cuenta con sus reservas de dinero, pertrechos y hombres para librar una batalla y un buen comerciante con sus reservas de dinero en caja.

Las reservas son buenas hasta en el comer; pues no se debe satisfacer todo el apetito, si se quiere gozar de buena salud; no se debe llenar el estómago, para no tener que vomitar; la lectura es una de las importantes reservas de la vejez, si se quiere la tranquilidad del alma; hasta en el conversar se debe tener reservas; no se debe decir todo lo que se piensa, si queremos vivir bien con nuestros semejantes. Así es que la reserva debe ser la práctica del buen vivir.

LA LOTERIA

La lotería es sin duda la esperanza del pobre, como la economía es la base de la riqueza; pues hay que tener cuidado en no gastar más de lo que permiten las entradas. Hay que hacer un presupuesto mensual de gastos en que entre la lotería, para que las salidas no sean mayores que las entradas.

La lotería, como ya dije, es una esperanza, pero no se debe sacrificar el pan de cada día en billetes en que no hay la seguridad de una ganancia. No hay duda de que más de un pobre se ha hecho feliz con la lo-

tería, pero tampoco es de negarse que más de uno se ha perjudicado por su demasiado entusiasmo.

No se debe, pues, depender de ella para prosperar en esta vida; no se puede contar simplemente con la suerte o la casualidad para uno sostenerse. Es vivir una vida de ocioso el pensar sólo en el premio mayor para mejorar de situación, y ningún número es el mejor; todos son buenos y malos, y al sortearse es que se sabe; no hay preferencias de números ni personas; la lotería es pura casualidad.

El trabajo es lo único que da el premio más seguro que se puede anhelar, y da, a la vez, salud, actividad y fuerza. El premio de la lotería viene a ser como una añadidura a los esfuerzos del hombre, por adquirir algún bienestar, pero no se debe esperar todo de ella, porque el esperar de la lotería es desesperar.

LA PUNTUALIDAD

Una de las más grandes recomendaciones de una persona es su puntualidad; uno debe ser puntual en lo que dice o promete hacer; no se debe faltar en el día ni a la hora; no se debe dejar a nadie esperando en vano; una dilación puede causar gran pérdida de tiempo y dinero, o hacer a otro faltar a sus compromisos con un tercero, por lo que una cuenta debe pagarse a su vencimiento y un trabajo debe hacerse en el tiempo convenido, salvo una grave inconveniencia. Y antes que se dé un trabajo, hay que tener con qué pagarlo.

El que tiene vergüenza, no debe decir: Vuelva

mañana, debe calcular sus gastos imprescindibles antes que hacer ningún otro compromiso.

Pero para la puntualidad hay que tener buena memoria, pues entonces no teniéndola, uno se olvida de lo que prometió, y no puede ser puntual. La memoria es un gran don que uno tiene en mayor grado que otro; y no todos los que la tienen son puntuales en sus compromisos y convenios.

Para recordar y cumplir o ser puntual, se necesita tener vergüenza, es entonces la puntualidad, como ya dije, una de las más grandes recomendaciones de una persona, y lo es porque la integran memoria y vergüenza, esta última que es la suprema cualidad de un hombre o de una mujer.

El que es puntual, es feliz y respetado como persona seria. Tiene crédito en todas partes. Su fama corre, porque la puntualidad representa memoria, vergüenza, crédito, respeto y felicidad.

“GRANDEZA HUMILDE”

La cualidad suprema de la grandeza es la humildad, y el vértigo en las altas cumbres es la pequeñez más despreciable de una persona. Las más grandes aspiraciones de cualquiera se dan a conocer en la humildad de su vida, en la sencillez de su lenguaje, y en sus costumbres todas. Por mucho que alcance, lo cree poco, aunque lo agradece siempre.

La grandeza humilde reconoce que esta vida es materia y espíritu, conceptos y percepciones, pero prefiere lo conceptuoso más que lo material, lo mate-

rial para la grandeza humilde tiene poca duración, lo conceptuoso tiene duración eterna.

Reconoce su propia pequeñez; ve que todo es vanidad; ve que todo lo que se percibe desaparece pronto y que la vida del hombre es corta; ve que sus obras materiales gravitan en la tierra, las de su espíritu se mueven eternamente en el espacio; ve que nadie es totalmente sabio, pero reconoce que la verdadera sabiduría unida a la virtud, es la única grandeza.

No ve lo admirable en nada humano, sino en la eterna e infinita perfectibilidad de la Naturaleza. No desprecia nada, por pequeño que sea; no es altanero, no es despótico, no discute sólo para vencer, sino para ser también vencido, o convencido de algún error, pues ama nada más la verdad, aunque la diga un niño. Al débil lo respeta, cuando le habla con razón..... Ah! pero fulmina terribles rayos contra la tiranía, cuando ésta quiere imponerse al débil; respeta si la ley y a la autoridad, pero respeta a una ciencia recta más que a ningún soberano de la tierra, y oye siempre, al más humilde, que en esto consiste su grandeza, la grandeza de las grandezas.

CAPITULO XLV

“MUERTE Y ENTIERRO DEL MAESTRO”

Parece que la humildad había de ser el fin de los consejos del Maestro, porque los terminó diciendo que es la más grande de las grandezas.

Tan brillantes y buenos eran los consejos que se nos daba que esperábamos con avidez el día siguien-

te para oírlos; pero esta vez era imposible, pues esa misma tarde, después de haber hablado tan elocuentemente sobre la humildad, sintió de repente unas fuertes palpitaciones del corazón, tan fuertes que lo llevamos, el Vale y yo, uno a cada lado, a su cuarto para acostarlo en su cama. Al pasar nosotros por la cocina salió Candelaria muy nerviosa y nos acompañó llevándolo al aposento a descansar. Decía Candelaria en su desespero: A! ay! ay! qué doloí ese tan maidito! y lo dotore no lo puen curai! Buquemo, continuó ella, buquemo un curandero, poi Dió!; pero el Maestro nos hacía señas con las manos, diciéndonos que no, e hizo que preparásemos en un vaso unas gotitas de paregórico del que él tomaba cuando sentía ese dolor.

El Maestro, sintiéndose aliviado, momentos después, me llamó a su lado y sacó de la gaveta de una mesita que tenía a la cabecera de su cama, una llave que me dió, diciéndome que con ella abriera después de su muerte un baúl de hierro, debajo de su cama en el cual hallaría yo en un sobre su testamento; me dijo que de una vez lo llevara al pueblo y se lo presentara al tribunal.

Estas palpitaciones de mi corazón y este dolor constante, decía el Maestro, son ya más frecuentes y más grandes. De repente os voy a dejar, hijos míos; acercaos más a mí, y dadme ahora vuestra amorosa despedida; pronto, muy pronto, iré a lo eterno! no sé cuándo, pero sé que de momento será; y el Vale, Candelaria y yo nos acercamos y bañados en lágrimas nuestros rostros, nos confundimos todos en un solo y apretado abrazo, con el cual creíamos retenerlo siem-

pre a nuestro lado. Ay Maestro!, dijo Candelaria suspirando y llorando, no queremos que uté tan pronto se muera; tómese otro poquito dei remedio a bei si se alienta.

Mi fin, contestó el Maestro, se acerca, se acerca, hijos míos; reprimid vuestro llanto y dejadme ir en paz, yo sé que vuestro amor para mí es grande! pero no debía, con vuestras plegarias, exigir de la Naturaleza, más de lo que ella puede dar; larga y útil ha sido mi vida, durante la cual he tratado de formar conciencias recomendando la lectura de los XXX Capítulos y de muchos otros libros morales del mismo autor. He regado mucha luz en el camino del tiempo y ella alumbrará a las presentes y a las futuras generaciones de mi Patria.....

.....p.....
y.....

Ya me está arreciando el dolor; no debo hablar más. Y diciendo así el Maestro entonces se desprendió con mucha calma de nosotros y se arrimó al espaldar de su cama, allí exhaló el último suspiro de la vida!.....

.....>.....

No podíamos contener el llanto al fijarnos en el venerable pero apacible semblante del Maestro en esa hora tranquila de la muerte; cerró los ojos de él, Candelaria, quien vertía siempre abundantes lágrimas de dolor. Tendimos una sábana en la cama a ese cadáver de hombre robusto, que tenía unos noventa y pico de años, aunque no parecía tenerlos, pues si no hubiese sido por esa tensión alta, habría llegado a centenario.

Mientras Candelaria y yo lo envolvíamos en un sudario que formamos de una sábana nueva que había allí, el Vale fué a avisar a don Manuel, el cual vino inmediatamente trayendo consigo cargado, y un poco de pólvora aparte, un fusil; y a la costumbre entonces del campo, lo descargó tres veces para anunciar a los vecinos la novedad.

La casa se llenó poco después, de mucha gente, y como no eran más que las cinco de la tarde, el Vale fué con algunos hombres y dinero al pueblo a buscar el ataúd, café, pan y queso, mientras tanto Candelaria don Manuel y yo le pusimos las velas encendidas a su cabecera.

Como a las siete de la noche llegaron el Vale y los hombres con los efectos que fueron a buscar; también antes que ellos, llegaron en carro, cuatro amigos apreciadores del Maestro, que nos ayudaron a colocarlo en el ataúd. Lo velamos hasta la mañana del día siguiente; llegaron entonces muy temprano, en momentos que nos cambiábamos de ropa, cuatro carros grandes repletos de distinguidas personas y un carro fúnebre para llevarlo al pueblo.

La casa, la enramada y el patio estaban llenos de gentes; la mayor parte de ellas habían fletado guaguas para llevarlas al pueblo al entierro. El Vale y yo, vestidos de blanco nos metimos en uno de los carros que esa mañana llegaron, pues nos invitó uno de los ocupantes y al frente de nosotros el carro fúnebre que conducía el cadáver del Maestro, marchamos lentamente por toda la carretera hasta entrar al pueblo en donde se le hicieron, como él los deseaba, en la Iglesia, sin pompa ninguna, sus funerales. Oradores en el cemen-

terio hablaron de los méritos de él como escritor, lo que hasta entonces ignorábamos.....

.....

En una de las guaguas fletadas llegó al pueblo don Manuel y en ella nos fuimos tristes otra vez al campo, a la casita del Maestro y la enramada en donde le oíamos hablar tan sabiamente. Esos últimos consejos de él. Ah! que eran tan buenos! No los podemos olvidar!.....

.....

Llegamos al campo, al campo sin la presencia de nuestro querido Maestro! y Candelaria, al vernos, rompió en gritos, llorando la eterna ausencia de ese venerable anciano, que amaba tanto las flores, las aves, al bosque, los ríos y a la Naturaleza toda! Don Manuel y demás acompañantes, muy condolidos, despidiéronse de nosotros dándonos su más sentido pésame.

CAPITULO XLVI

“DESPUES DE LA MUERTE DEL MAESTRO”

Supóngase cuál sería la tristeza nuestra, al encontrarnos frente al vacío que dejara el Maestro al morir; esa voz que no oiríamos más condenando el vicio y las malas costumbres de nuestras gentes.

Cuando se fueron los últimos acompañantes nuestros, eran ya las cuatro de la tarde. Candelaria no pudo, del inmenso dolor que sentía, cocinar nada, y nosotros no teníamos tampoco hambre, de lo mucho que llorábamos la eterna ausencia del Maestro.

Tarde en la noche nos fuimos pues a acostar sin

haber comido nada, sino tomado un cafecito que nos preparó Candelaria, antes de ir ella a su casa. Despertábamos a cada rato, no pudiendo conciliar el sueño, pues era la primera noche que dormíamos solos. Como a las cuatro de la madrugada nos levantamos y nos pusimos a abrir el baúl de hierro que el Maestro decía estaba debajo de su cama y que contenía su última voluntad.

No quise, al principio, que buscáramos tan pronto el testamento, pero eso era necesario según se nos decía, para los fines legales y a las nueve de la mañana me determiné ir al pueblo a llevar, como se me dijo, el testamento al tribunal; así, pues, alisté un caballo y después que vino Candelaria y puso el desayuno, comimos, no con la alegría de enantes; me monté en un caballo y me fuí al pueblo.....

A las tres de la tarde estaba yo de vuelta con todos nuestros papeles arreglados, y digo nuestros papeles, pues supe, con sorpresa, cuando en el pueblo se me leyó el testamento, que el Maestro nos había hecho herederos de todos sus bienes.

Llamé inmediatamente, a mi llegada, al Vale y a Candelaria, para leerles el testamento; fuí a la enramada a esperarlos; estaban los dos en la cocina, hablando; cuando vinieron a la enramada les leí la última voluntad del Maestro y se quedaron ellos sorprendidos como yo, tanto el Vale y Candelaria al leerles lo que sigue:

TESTAMENTO DEL MAESTRO

En el pleno uso de mi razón y de mis facultades mentales, lego, conforme al art. 916 del Código Civil, a los señores Venancio de la Cruz (a Vale Benencio) y Enrique Díaz (a Quique) lo siguiente:

Al primero 750 tareas de tierra que es la mitad de las que componen mi finca, o sean 1.500 tareas con sus casas, sus frutos y animales; también la mitad de éstos para cada uno de dichos señores.

Debajo de un mortero, en la cocina hay en una tinaja enterrada once mil quinientos pesos, oro, de los cuales se le darán al Vale Benencio mil pesos y a mi criada Candelaria Sánchez quinientos pesos y el resto o sean diez mil pesos, los lego a Enrique Díaz, a quien le recomiendo (aunque no todos tienen la paciencia mía) como buena criada, a Candelaria; también, le lego a él mis objetos particulares y principalmente, "La Verdad en Gotas y Góticas", que me regaló don Prisciliano Alvarez.

El Vale Benencio, Enrique y Candelaria son mis herederos materiales y mis herederos espirituales, son los libros que he escrito para formar conciencias. Dejo pues en lo bajo de la tierra la materia mía y queda ascendiendo a lo alto, mi espíritu, la idea, lo intangible.

15 Abril 1948.

Juan Calderón.



CAPITULO XLVII

"PARTICION AMABLE"

Unos diez días continuó la finca lo mismo que en vida del Maestro, menos las útiles conversaciones de éste por las mañanas y al medio día en la enramada.

Es verdad que la muerte de nuestro querido Maestro mejoraba económica o materialmente nuestra situación, pero moral o espiritualmente nos sentíamos solos y tristes sin él, pues preferíamos la vida de él que sus bienes. Dudoso les parecerá a los que cifran toda su felicidad en sus teneres, o su riqueza material, pero no a los que saben que el mundo sin ideales es un vacío.

Buscar de una vez los once mil quinientos pesos que decía el Maestro tener en la cocina, nos era cosa desagradable, pues nos parecía que nos confundíamos con aquellos que se alegran de la muerte para heredar; pero como de todos modos, tendríamos que cumplir con su última voluntad, nos pusimos entonces a buscar en la cocina, debajo del mortero el dinero ya mencionado, lo cual hallamos conforme en onzas de oro español que llevamos de seguido a la casita, en donde se le dió a cada cual lo que le pertenecía.

El Vale, Candelaria y yo derramamos abundantes lágrimas sobre ese tesoro del Maestro, quien tan cariñosamente nos lo legara.....

.....

Como era temprano, tomé un carro que pasaba y me fuí con mi dinero al pueblo; lo deposité en un Banco, busqué un agrimensor y me lo traje al campo para medir la tierra y dar al Vale sus 750 tareas.

Llegamos nada temprano, y nos quedamos tarde en la noche, el agrimensor, el Vale y yo, hablando sobre el Maestro desaparecido para los ojos de la cara; pero en la cumbre de la inmortalidad para los ojos del espíritu.

Luego nos fuimos a descansar y dormimos profundamente.....

.....

Al otro día, temprano, estábamos en pié, y después del desayuno, salimos a caballo y medimos las 750 tareas del Vale; volvimos pronto a la casa porque el agrimensor quería irse inmediatamente; montóse éste último en un carro que por casualidad pasaba y despidiéndose él de nosotros, desapareció el vehículo en la extensión de la carretera.

CAPITULO XLVIII

“SEPARACION DEL VALE Y ENRIQUE”

El Vale y yo nos quedamos por espacio de un mes manejando nuestra heredad, o la finca que nos dejó el Maestro al morir, pero era imposible que nos sintiéramos felices; la tristeza ensombrecía nuestra vida y llorábamos cada vez que veíamos las flores del jardín ostentar su belleza, y nos venían los gratos perfumes que de mañanas ellas exhalaban; llorábamos cada vez que veíamos la sonrosada aurora, el crepúsculo matutino y el naciente sol en su áurea carroza, entre nubes de perlas y de rosas, ascendiendo en el cielo azul; llorábamos cada vez que veíamos el verde bosque que nos circundaba con sus enhiestas pal-

meras y correr las cristalinas aguas del arroyuelo frente a la enramada donde conversábamos todos los días, u oíamos cantar sus dulces melodías los alegres suiseños.

Sentíamos una tristeza profunda, cada vez que veíamos los bellos panoramas que el Maestro amaba tanto; los manjares, las frutas y los dulces de su preferencia, todo nos traía recuerdos de su bella y útil existencia.

Resolvimos entonces dejar la finca al cuidado de otro y elegimos para ello a don Manuel Alvarez, el gran amigo del Maestro, dándole un tanto por ciento de los beneficios netos, lo que él aceptó. El Vale, pues y yo, nos separamos abrazándonos amigablemente, para volvernos a ver de vez en cuando; él fué al interior, adonde vivía su madre, a comprar allí unas tierras y yo fuí al pueblo a quedarme algunos meses con mi madre y mis hermanos, hasta establecerme en el comercio, que era mi vocación, y después casarme con mi Elvira, a quien yo visitaba a menudo. A Candelaria la dejé en la finca, y la recomendé a don Manuel. Envié a una sociedad en el pueblo la mayor parte de los libros del Maestro y leía yo siempre.

La Verdad en Gotas y Goticas.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XIX

“LA VERDAD EN GOTAS Y GOTICAS”

Los buenos potros nacen de yeguas finas, lo mismo que grandes hombres nacen de mujeres superiores. Y los toros nacidos de vacas lecheras dan vacas de buena raza, como los grandes hombres son padres de mujeres superiores.

Los hijos nacen enfermos o sanos según la salud de sus padres, y aprenden los vicios o las virtudes de los mismos; salen buenos o malos según el ejemplo que reciben de sus padres o de sus compañeros.

El buen padre castiga a menudo a sus hijos y los enseña a ser ordenados; y aquel que les tolera sus travesuras, no debe lamentarse mañana, sino decir: yo soy el culpable.

Al niño no se le debe dar con palo, pues eso le pone más malo, ni puños en la cabeza, pues eso lo pone rebelde y aumenta su rudeza.

Deben los padres de familia dar buenos ejemplos a sus hijos y saber también quienes son los compañeros de éstos, si quieren una descendencia sin vicios.

Son pocos los hombres que moralmente no se parecen a los malos y no hacen como los malos hombres.

La actividad del cuerpo y levantarse temprano dan salud y fuerza, pero la haraganería y el mucho dormir dan dolencias y debilidades.

El hombre digno, el hombre de conciencia recta, jamás aplaude lo indigno, lo injusto, por ningún dinero. Mejor es morir en la pobreza con honor, que vivir en la opulencia con deshonor.

El que no roba por temor de ser visto, o el que se apodera astutamente de una cosa que no es suya, es un ladrón; el hombre verdaderamente honrado no teme nada, ni a nadie, no teme ni a jueces ni a cárcel, sino a su propia conciencia.

No es valentía el ser alevoso, ni es cordura el salir en busca del peligro; es un cobarde el que asecha a otro y es un loco el que se arroja a un precipicio.

Si quieres ser respetado, desprecia al que te injuria; quien contesta a un vagabundo se nivela a la bajeza; el silencio del sabio es el mejor castigo de la vulgaridad.

Tanto tienes, tanto vales, dice la gran mayoría de los materialistas; pero debe decirse: Tanto eres, tanto vales; pues cualquier grosero brutal, puede tener millones y no vale nada, y un pobre, culto, moral e inteligente, merece la estimación de la gente buena y sensata, porque el tanto tienes, no dura luego. Y el tanto eres dura siempre.

El verdadero amor principia con el padre y la madre; y quien deja de amar a sus hijos es peor que una bestia; es un monstruo!

Nadie debe vivir como otro, ni como otro le aconseja vivir, sino como puede y como es justo vivir, y tendrá siempre el más sensato vivir.

Hablando bien se gana más que hablando mal de cualquiera; pues algo bueno se halla en el más malo y defectos en el más bueno.

El hombre es un animal, pero no bestia; nadie pues debe ofenderse porque se le diga animal; debe ofenderse si se le dice bestia pues él es del reino animal.

El hombre es un ser racional, pero si se deja dominar por el vicio no es más que una bestia.

Al sabio lo hace la ignorancia, pues si no hubiera ignorantes no habría sabios.

Los puestos no dan capacidad ni virtud a los hombres; éstos vienen con capacidad y virtud a los puestos; los puestos entonces no honran a los hombres sino éstos a los puestos.

Donde come uno, se dice, comen dos; pero donde come uno, no comen tres ni cuatro, pues comen poco, o comen mal o el diario no alcanza.

Uno, trabajando, adelanta el trabajo más que dos juntos conversando; con los dos, el tiempo se pierde y con uno el tiempo se gana.

No es casarse hoy, es no divorciarse mañana; no es apasionarse en la juventud, es quererse hasta la vejez; el amor ardiente es del joven, el cariño afectuoso es del viejo.

Hombres y mujeres pobres y ociosos, siempre en caminos o calles, sin oficio, o en sus casas de día durmiendo, son los vagos de la ley.

La mayor parte de las mujeres piensan que tanto tienes, tanto vales, y algunos hombres piensan que tanto eres, tanto vales. Aquéllos se fijan en lo material y éstos en lo moral.

Es más fácil para un hombre malo corromper a dos buenos, que dos buenos reformar a un malo; y es que el camino del vicio es más florido que el de la virtud.

Si todos los que van a la iglesia, fueran con verdadera y santa devoción; si todos los miembros de las Logias cumplieran fielmente los preceptos de la masonería; si todos los que componen las sociedades de culturas se ciñeran al mejoramiento intelectual y moral del pueblo, la humanidad sería casi perfecta.

Ladrones, violadores, abusadores, estafadores, defraudadores, engañadores, aduladores, son de una

misma familia, son la escoria, son los miembros despreciados de una sociedad culta y moral.

Los vestidos ricos y las prendas finas, jamás hacen valer más al hombre ni a la mujer; sino que éstos hacen los vestidos ricos y las prendas finas con que se visten el hombre y la mujer.

Todo es relativo y necesario en esta vida; la luz y la sombra, y ésta y aquélla; el rico y el pobre, y éste y aquél, pues ambos se necesitan el uno al otro.

El hombre cuerdo no tan sólo busca remedio a lo que está sucediendo, sino que prevé y se prepara para lo que pueda suceder, aprovecha la luz y se anticipa a las sombras.

Hay hombres letrados que son tontos y hombres sin instrucción que son sabios.

Hay hombres honrados que pecan por ser ignorantes y pícaros que obran bien por ser astutos.

El que no sabe nada, vive como un ciego; el que no razona vive como una bestia y el que no tiene conciencia, no es ni humano, ni casi nada.

El que no tiene ninguna vergüenza, es un sirvergüenza, y el que coge lo de otro, roba, y el que roba es un ladrón.

El hombre ocioso es una planta trepadora; se recuesta y chupa al que es industrioso.

Cualquiera puede ser instruído, pero no sabio verdadero; ser sabio es ser también bueno; un vicioso es ignorante de lo bueno.

El sabio, aunque otro lo critique se complace a sí mismo, pero el necio, por complacer a otro, se perjudica.

Los tontos esperan la suerte o la casualidad; los sabios buscan el trabajo o lo cierto; éstos viven pensando, aquéllos lamentando.

Nunca falta un tonto para burlarse de un sabio; pues se cree así notable y no hay sabio que deje de perdonar a un tonto, pues se cree entonces superior.

El loco es más feliz que el cuerdo, el inocente niño más que el hombre razonable, el ignorante más que el sabio y el muerto más que el vivo.

Cuando el tonto abre la boca para hablar o reír, el sabio guarda silencio y se queda serio.

El ignorante podría aprender muchas cosas para mejorar su vida; pero no escucha nada que lo contraríe, ni quiere oír los consejos del más sabio, y se cree saberlo todo.

Un hombre sin instrucción se llama ignorante;

pero un hombre instruído, sin moral, se llama también ignorante.

Algunos para ganar experiencia, esperan ser las víctimas de su propia desgracia; el sabio se vale de los errores o del mal ajeno para evitarla.

La vanidad y la ignorancia dan a ciertos hombres pretensiones de sabiduría; poco falta para que lleguen a dementes.

Hay hombres que se dan a sí mismos importancia y no pasan de ser tontos; otros esperan que se la den y éstos son sabios.

La vulgaridad no siempre acompaña a la ignorancia, a veces se asocia con la instrucción.

El que se lleva de los consejos de un tonto, no tardará en llegar al fracaso, ni se verá lejos de la demencia.

Ganar es lo que procuran todos, guardar es lo que hacen pocos; el tonto gana dos y gasta tres; el sabio gana dos y guarda uno.

Tener poco es a veces mejor que ganar mucho; hay quien gane mucho y no tiene nada, y hay quien gane poco y algo tiene; así que no es ganar lo que más vale, sino tener más.

Dicen que la edad hace al hombre, pero he visto

adolescentes de quince años que parecen hombres de cuarenta años de experiencia y hombres de cuarenta años que parecen adolescentes de quince años.

Muchos hombres se las dan de sabios, pero cuando hablan de tontos, no se sabe verdaderamente a quienes se refieren, pues los dos tienen el mismo parecido.

El mono celebra sus gracias con muchos chillidos y el tonto se aplaude a sí mismo con muchas carcajadas; ambos son monos.

Riqueza, nobleza y sabiduría pertenecen a los hombres; la primera es joya de la materia, la segunda es de la vanidad y la tercera es de la inmortalidad.

Un hombre puede ser famoso en leyes y otro puede ser en arquitectura y otras ciencias o artes, pero de literatura ni una jota entender.

Si las contribuciones de un Estado afectan al pueblo y lo precipitan a la miseria, deben también afectar a los representantes del pueblo y no vivir estos con holgura y el otro en la miseria.

Un presumido, en sus reuniones, hace creer que nada sabe un sabio y dice: Eso que él habla es una burrada. Ah! pero en la historia queda olvidado el presumido y el sabio queda perpetuado y enaltecido por siglos y siglos.

El necio es, en su creer, un sabio profundo; sabe sí, de ignorancias, supersticiones y brujerías más que un científico pueda saber.

Se puede medir la capacidad de un hombre por el vértigo que le causa una cumbre; al hombre verdaderamente capaz, no le causa vértigo ninguna cumbre; desde lo alto, puede ver en lo bajo el vicio y la virtud, y distinguir cuál es mejor.

Es un valiente el fuerte que no le da a un débil, y es un cobarde el fuerte que le da a un indefenso; es el uno noble y es bajo de alma el último.

Nada gana el que guarda rencor contra el que le ofendió; si lo odia o lo asesina, el daño no queda reparado.

El que busca aplausos sin tener merecimientos no tiene más que darle necedades al tonto y escándalos al vulgo o pagar lisonjas a un vendeplumas.

El que busca alborotos, encontrará escándalos y no tardará en llegar al tribunal, ni poco le faltará para ingresar en la cárcel.

Un mal consejo es el peor yerro; son dos que sostienen el error, es un mal que fácilmente se propaga.

El orden es limpieza y adelanto; es seguridad del

entendimiento; el ignorante no lo cree; por eso vive en la ociosidad y el desorden.

El hombre, hombre, cumple su palabra; el que no la cumple, no es ni aun mujer, ni menos hombre, no es nada.

La tremenda lucha del bien con el mal, es la más excelsa grandeza del bien; porque el mal sucumbe y el bien triunfa.

Un mal amigo es el peor enemigo; hace un perjuicio que nadie espera; sus labios destilan miel, pero su corazón encierra veneno.

Castigar no es aborrecer, ni perdonar es amar; quien castiga el crimen ama la moral; quien lo perdona, no la conoce.

Sabios y tontos quieren la felicidad; pero el tonto no quiere consejos y labra su desgracia; el sabio se vale de ellos y alcanza la dicha.

Es bueno trabajar y llorar en la juventud y descansar y reir en la vejez, porque el joven es fuerte y el viejo es débil.

Uno que sólo creía en destino y no en casualidad, dijo que el que nació para tener, Dios le daría; y se sentó a esperar, y Dios no le dió nada, le dió solamente un viejo macuto para andar pidiendo limosna.

El enfermo grave puede morir como vivir; hay que alegrarse de los dos resultados; pues lo último es que deja de sufrir.

La memoria del fenecido amor es que produce en las almas sensibles el dolor; en el alma filosófica sólo queda un dulce recuerdo que se va volviendo frías cenizas.

La fé puede a veces engañar, pero la ciencia busca siempre la verdad y no puede nunca engañar, porque investiga siempre.

Salvarse un hombre de las garras del vicio o del crimen, le vale más que ganarse miles de pesos vendiendo su honor.

La economía del dinero, conduce a la riqueza material, la virtud a la felicidad del alma y el vicio a la miseria y a la desgracia.

Conversando y trabajando es errando o dilatando; pues el mucho conversar no da tiempo al trabajador.

Muchos conocidos, algunas amistades y pocas intimidades dan por resultado pocas libertades, pocas falsedades y pocas enemistades.

Uno conversando primero y otro conversando después, algo se puede saber; pero dos conversando a un tiempo, nada se puede entender.

Nadie busque en la indigencia al amigo en la opulencia pues el que está en la opulencia busca sólo a la opulencia, y desecha a la indigencia.

Viajar para ver, no es nada; viajar para aprender, es lo que aprovecha; el cuerpo viaja a veces, pero el espíritu no.

Uno de los favores más grandes dispensados a la humanidad es el velo del porvenir.

En un país sin artesanos ni buenos agricultores se cosechan pocos granos, se encuentran vacías manos, hambre, penas y dolores.

Trabajando es que se adquieren propiedades de valor; el que trabaja no muere de hambre ni pide favores.

El que trabaja con buena dirección, tiene orden, orden es economía, economía es riqueza o la comodidad pecuniaria.

Es ignorante el que discute con un ignorante; el instruído discute con el que es instruído, el sabio con el sabio.

La ociosidad produce vicios y mala dirección, mala dirección produce desorden; donde hay desorden no hay economía, y viene entonces la miseria, la desgracia y la muerte prematura.

Más trabaja quien encuentra, puede y hace, que el que sabe, quiere y sólo espera.

Luego resulta ser corto y seguro el camino al parecer largo, y por otra parte suele salir largo y peligroso el que parecía ser corto.

La economía es una muralla contra el vicio; pues rara vez se encuentran jugadores y borrachos económicos.

Leer, escribir y contar debe el hombre siempre saber, para poder mejorar su trabajo y poderlo defender.

Para tener atención de un banquero o comerciante, hay que pasar pronto a lo importante; hay que ser rápido en la conversación y tener crédito bastante.

El adulón halla siempre excelente todo lo que dice, o hace el poderoso, y éste nunca llega a la superioridad, pues nunca es combatido.

Palabras y palabras son los ofrecimientos y las promesas; pero superiores a ellas son el cumplimiento y la acción. El amor y el interés se confunden.

El Estado debe saber economizar, pues los crecidos impuestos oprimen al pueblo y empobrecen al Estado.

Un jefe bien servido es el bien amado, el bien discutido y el bien respetado, pero nunca adulado.

Más valen casa y comida que sortija regalada, pues no alimenta la vida, tener la mano adornada.

Diez pesos en un baúl, valen más que diez billetes de lotería; la enfermedad y el hambre no cuentan con esperanzas, porque en la espera puede llegar la muerte.

El vivir con esperanzas es bueno, pero vivir con seguridades es mejor; las esperanzas dan aliento y las seguridades sostenimiento.

El que nace en la miseria conoce menos sufrimientos que el pudiente que va llegando a la pobreza.

Algunas gentes se quejan del mal tiempo y de enfermedades y siempre se están lamentando; otras atraviesan la misma crisis, pero no lamentan, sino tratan de aliviar su condición y curarse.

Nadie quiera ser como alguien, pues nadie sabe como alguien está y no sabe nadie si alguien está peor que nadie.

Lo necesario es felicidad, menos de lo necesario es sufrimiento, más de lo necesario es inquietud.

Cuando uno da todo lo que tiene, se le dice: Qué

bueno! Cuando llega a la miseria: ¡Qué tonto! Y cuando coge el macuto: ¡Qué bobo!

Más talento se necesita para apreciar que para censurar; pocos saben apreciar, pero todos saben censurar.

El más sabio no vive del más pendejo sino el menos pendejo, del más pendejo.

La mayor parte de los hombres son puntuales sólo en cobrar, pero no en pagar, y en esto último pierden crédito y confianza.

Cuán feliz es el que vive y muere teniendo esperanzas, y cuán desgraciado es el que solamente vive conociendo la realidad, pues es mejor, a veces, ignorar que saber.

Hay quien vive como puede y siempre tiene algo, y hay quien vive como quiere y no tiene nada.

Orgullo de proceder bien es un orgullo bueno, y es el orgullo del sabio; el orgullo del arrogante es el orgullo del ricacho o del tonto.

El calumniador es el peor ladrón, porque roba aquello que no se puede conseguir con dinero, ni con título de nobleza, nada menos que el honor.

Todos los locos no tiran piedras, hay algunos que ni siquiera hablan.

La mentira es cobarde, tiembla y necesita prepararse; la verdad es valiente y serena, está lista siempre.

El que manda con dulzura, obtiene servicios y buenas voluntades; pero las groserías irritan y causan aborrecimiento.

El ignorante quiere sólo ver para creer; el científico quiere más, quiere investigar para saber; pues creer no es lo mismo que saber.

Los grandes hombres aman la libertad, tanto suya como la de sus semejantes, y los pequeños, los tiranos la aborrecen, por eso los grandes hombres son demócratas, porque aman la ajena, como la propia libertad.

Todos pueden ser padres, que es tener hijos, pero todos no saben ser padres que es educar a los hijos.

Hombres hay que se sonríen y son hombres serios, y otros hay que nunca se sonríen y dejan de ser serios; un hombre, entonces, no es serio porque no se sonríe.

Constantemente es la risa en la humanidad; uno se ríe más de lo que uno llora; reír es la comedia de la vida; a cada paso se ríe uno, pero a cada paso no se llora.

Inauguantables, sin embargo, son las grandes

carcajadas del tonto, pero en cambio se hace simpático el sonreír a veces del sabio y es siempre agradable la sonrisa eterna de las mujeres.

Todos los hombres pueden tener presunción, pero la del ignorante no tiene límites; él no es lo que él se cree, sino lo que es.

Grandes son los que han redimido a la humanidad o a los pueblos; los grandes son los que han producido grandes inventos para las civilizaciones; grandes son los que han dado armas intelectuales sólo para formar conciencias; grandes son los que han dado vida y no muerte a los hombres; grandes, en fin, son todos los que han difundido mucha luz en los oscuros antros de la ignorancia, éstos y sólo éstos se llaman grandes.

Parecer no es lo mismo que ser; en lo primero nadie puede confiar, pero de lo último se puede depender, porque no es lo mismo parecer que ser.

Después de trabajar, después de comer, para tener salud, lo mejor es dormir, al ir a descansar.

Para encaminar hacia el bien, no bastan buenos consejos, vale más el buen ejemplo.

Dicen algunos que quieren salvar a la Patria, porque reina la tiranía, pero es casi siempre cuando ellos quieren salvarse de la miseria.

Niño travieso bien dirigido, talentoso después de crecido; la travesura en el niño denota viveza de imaginación.

La mujer religiosa sale hacendosa, buena esposa y madre amorosa; pero vanidosa, mujer tormentosa que es la peor cosa.

La juventud busca el mal y antes que llega a la vejez sufre las consecuencias, las que luego no tienen cura.

Es un sueño ilusorio la paz duradera, entre los hombres; la sostienen la razón y la conciencia, y la conciencia y la razón de todos los hombres no son iguales. Habrá siempre victoria en la tierra, porque ésta depende de la fuerza pero jamás de la razón ni la conciencia.

En un mundo mejor moralmente, nadie vivirá en este planeta; vivirá sí, en un mundo mejor en el sentido civilizado, materialmente, pero la paz será siempre un mito y la victoria una realidad.

La política se compone de astucia, conveniencia, hipocresía y de mentiras; el político nada asegura sino lo que le conviene, y lo ignora todo, sabiéndolo todo, pues tiene quien le diga todo.

Secreto mejor guardado es el no comunicado, como quiera que es confiado, con el tiempo es divulgado.

Cuando se secretea delante de usted o se habla por lo bajo, o es de usted o para que usted no lo oiga, y el que no sabe, es como el que no ve.

No se molesta al pariente, pero se fastidia al ariente, y así vive el perezoso, así vive perennemente, molestando al industrioso.

En la muerte se olvidan los vicios y se ensalzan las virtudes, pues los vicios son de la materia y la tierra los cubre, y las virtudes son del alma y son inmortales.

Un tirano es, cobarde; recela la verdad, sus mártires son las almas inocentes, sus héroes, los verdugos.

El porvenir tendrá otra sepultura: la Cremación! Grandes cementerios o necrópolis, no se verán más; habrá más higiene, el hombre entonces pasará solo por sus obras, a la historia.

Muchos, al elogiar a escritores, sólo los admiran; pocos son los que analizan, porque es más fácil admirar que analizar.

Al que vende no se le pregunta si su mercancía es buena, fresca o dulce, pues aunque sea mala, vieja y agria, será siempre buena, fresca y dulce.

Nada quieren hacer los haraganes, sólo quieren cantar, bailar, comer y dormir, y ver trabajar.

Para hacer una nación fuerte, hay que tener un buen ejército y a su frente buenos generales y oficiales, pero para bien administrarla, hay que tener un gran estadista, muy honrado y muy patriota.

Matar con bala o puñal puede tener atenuante, pero incendiar y envenenar, no lo tiene, se hace siempre con premeditación.

Para convertir un amigo en enemigo, no hay más que haberle prestado dinero ayer, cobrarle hoy y negarle mañana.

Las blancas canas de un sabio son la aureola de su divinidad, son los testigos de su vida consagrada al bien.

Hay tres cosas que nunca tienen descanso: la lengua del tonto, los ojos del novelero y los oídos del ocioso.

La monotonía de sonidos en música agrada por lo regular el oído del ignorante y la armonía casi siempre el de las personas cultas.

En el seno del vicio y de la picardía, hay quienes quisieran reformar la sociedad, pervirtiéndola con doctrinas de corrupción.

Hay casos en la vida en que diez se presentan cuando no son llamados y en que ni uno solo aparece cuando muchos son llamados.

En la mujer lo más detestable es el chisme, la falsedad, la hipocresía y la inmodestia.

Buen consejo bien tomado salva siempre un gran Estado; buen consejo mal tomado, pueblo entero derribado.

Los años, las riquezas y el poder, disminuyen con el tiempo el arrojo, pero no el valor ni la astucia, ni menos el saber.

Mientras más se aumentan los intereses, el poder y la fama, más razón hay para temer el odio, la envidia y la asechanza y las guerras.

Estudiar a la humanidad para conocer sus vicios y virtudes y compadecerla o ensalzarla, se necesita la grandesa de un sabio.

La mentira es el arma principal de defensa de las mujeres que no cumplen con los diez mandamientos y de los hombres cobardes que temen decir la verdad.

Es a veces mejor dejar en su ignorancia al que no ve, que tratar de explicarle ciertos fenómenos de la Naturaleza, porque no oye, y sólo quiere oponer a la ciencia lo que dicen la mayoría de los tontos.

El que tiene recta conciencia y ama siempre la verdad, no debe vivir entre cobardes ni adulones, que aman más su barriga que su conciencia.

La hija que ama y respeta a su madre da en torno a sus propios hijos un buen ejemplo.

Un padre y una madre pueden ser buenos o malos, pero los hijos deben ser siempre buenos con ellos, pues de ellos recibieron la luz de la vida.

Abogados y jueces que obran injustamente, es o por ignorancia o por venalidad.

El hijo que por sus virtudes o por su sabiduría es una eminencia en la sociedad, honra grandemente a sus padres, y si pasa a la historia por su luz, es doble honra para sus progenitores.

Quien dice NO se salva de grandes peligros y quien dice SI puede perjudicarse mucho; el NO no compromete a nadie, el SI es siempre un compromiso.

El vicio del ron hasta los treinta y cinco años se puede dejar y llegando a los cincuenta no hay que pensar, porque el hígado está quemado y no se puede curar.

Si se renuncia a la bebida hoy, no se debe tomar ni una gota después; con el olor y el sabor vuelve el vicio del licor.

El pueblo tributa aplausos ruidosos al tirano que lo martiriza y le da un trono para gobernarle.

Ese mismo pueblo le quita al tirano el gobierno y lo maldice groseramente en el día de la libertad.

Dicen que este mundo es un valle de lágrimas y dolores, pero es también de sonrisas y placeres. En el mundo hay espinas y abrojos, hay también frutos y flores; fealdades y grocerías, y hermosuras y ternezas; vicios y crímenes, y virtudes y heroismos; ignorancias y torpezas, y sabiduría y ciencia; sombras y tinieblas, y luz y claridad. El mundo, pues, no es sólo un valle de lágrimas. El mundo es según el cristal con que se mira.

Cuando el derecho sea derecho y lo justo sea justicia entonces y sólo entonces dejarán de haber sinrazones, malentendidos e injusticias en el mundo.

El orador debe usar una dialéctica al alcance de su auditorio y el escritor al alcance de sus lectores; su lenguaje debe ser sencillo, comprensivo, pero no vulgar.

Muchos hablan de democracia, pero no saben o no quieren saber lo que ella es; democracia es plena libertad de pensar, escribir, obrar o hablar decentemente, respetando la autoridad y la ley.

La libertad es lo más grande en esta vida, es inalienable; ser libre es lo que quiere todo hombre; libertad es pueblo libre, es democracia, es soberanía.

Ningún hombre debe imponer ilegalmente a la

conciencia de otro hombre su voluntad, y ninguna ley debe ser prohibitiva de la libertad en donde hay democracia.

Luchar honradamente por las riquezas materiales no es censurable; pero sacrificar el buen nombre por dinero es la doctrina de los malvados; el dinero vale mucho, pero el honor vale más.

Se juzga a una persona por sus compañeros, sean parientes o no, según la conducta de éstos, porque amor no quita conocimiento.

La verdad y la capacidad, valen más que el color de la piel; los colores de los animales, el hombre incluso, dependen originalmente de las cinco zonas del globo terrestre.

El sol y el clima fijan durante miles y miles de años consecutivos los colores en las diferentes zonas de la tierra y de ahí vienen la variación de colores.

Dos polos hay, uno al norte y otro al sur, en que los osos y la gente son blancos, dos zonas templadas en que los animales y la gente son más oscuros y una al medio, la tórrida, o el de Africa, en que los osos y la gente son negros, por el ardiente sol que los quema.

Blanco y negro dan el color mulato, y mezclado este con el blanco produce los colores de que tanto se

preocupa la gente tonta; lo que vale es la virtud y la cultura.

Yo sé que no soy un ignorante, pero no sé cuando seré un sabio; sé que sé algo y que hay otros que saben menos que yo, pero que saben algo que yo no sé.

Yo sé que soy lo que soy, pero quizás no lo que dicen algunos que soy, ni lo que yo presumo luego que soy, pero nadie puede negar que yo sea lo que soy.

El feo no se encuentra tan feo y el bonito se encuentra más bonito. El mejor espejo no convence a nadie de lo que es en realidad.

La tierra qué es?, o el mundo que habitamos?... El mundo es una bolita que gira en el espacio infinito, mediante dos fuerzas, centrípeta y centrífuga; es materia y espíritu, es ciencia física y química, cuya inmortalidad no debe discutirse nunca, pues mientras el mundo sea mundo, habrá átomos y oxígeno, que no se destruyen jamás.

La humanidad, qué es, preguntamos? Y sólo debemos contestar: Nacimientos y muertes, polvo y espíritu, moviéndose todos los días, sobre este globo entre gases, calor y frío, luz y sombras en el inmenso y eterno espacio sideral.

El hombre, qué es? El hombre es un animal, una nada; es átomo, es un cuerpo, es tierra y alma, o gases que él respira de nuestra atmósfera. Su capaci-

dad de pensar y su conciencia al obrar dependen de las circunvoluciones de su cerebro, bien o mal dirigido, o de su biología.

Dios, qué es Dios? Dios se supone es el todo y la nada; el principio y el fin de todo; es un espíritu, la suprema causa de las causas Dios, no tiene cuerpo, por consiguiente no es macho ni hembra, es infinito; Dios es el alma del universo, es la esencia de todo, es como el mismo espacio, e infinito como él; eso es Dios.

Las creencias, qué son? Ignórase o se debe ignorar, quienes tienen menos supersticiones, los de oriente, los de occidente o los del centro de Africa, el civilizado, el semicivilizado o el salvaje; todos piensan, o creen, en un ser superior, misterioso o divino; lo semejan según sus civilizaciones y todos tienen fé y devoción iguales.

Dícese que Dios hizo a todos los hombres y los mundos que revuelven en el espacio, toda la naturaleza y al primer hombre lo hizo a su semejanza. Cuatro razas principales hay: la blanca, la negra, la amarilla y la índica; no se sabe a cual de estas razas pertenece el primer hombre que hizo Dios a su propia semejanza, blanco o negro, pues ambos son hombres del mismo tronco y a la imagen de Dios su Creador.

Nadie dice que Dios no existe. Dios, se supone, debe ser un Dios espiritual, tanto para el blanco como

para el negro, un Dios en esencia, invariable, que sólo se siente, que no se ve, sino en la naturaleza toda; y si ese Dios en esencia ha hecho a su semejanza al primer hombre de la creación, sería un contrasentido decir que físicamente se pudiera ver en esa esencia la semejanza de Dios.

Ahora bien, para producir las cuatro razas, diferentes en fisonomías, la semejanza y esencia de Dios tendrían que ser variables, pero no es así, pues toda causa produce idénticos efectos.

Dios, siendo un Dios de amor, misericordia y perdón infinitos, por qué deja arder eternamente en el infierno, frente a El, a los malos descendientes del primer hombre, que a su semejanza formó?

Por qué dejó ese Dios al ángel caído que El hiciera, o al dios del mal, fundar un infierno frente a El? Por qué no le reformó y perdonó, en vez de dejarle seguir, pervirtiendo constantemente a la mayor parte de la humanidad?.....

Ahora, si el hombre fué creado, no a la semejanza espiritual de Dios, sino con libre albedrío, entonces su buena o mala dirección, es lo que hace su felicidad o su desgracia en este mundo y la muerte es que da el eterno descanso a su alma.

Muy poético es aquello de ángeles y sérafines con blancas alas de brillante plumaje, vestidos con trajes blancos y arpas de oro cantando himnos de alabanza al Supremo Hacedor de los mundos del espacio,

quien está sentado en un trono de zafiros y diamantes. Pero es por otra parte muy prosaico decir que no parece posible que haya seres espirituales con alas blancas de brillante plumaje ni vestidos de blanca tela, ni tampoco que pueda haber arpas de oro, ni tronos de zafir y diamantes en una región espiritual, donde mora el Supremo Hacedor de los mundos.

Todo es inmortal en Naturaleza, nada se destruye; el cuerpo sólo se descompone, viene a ser pasto de gusanos y en su turno se vuelve átomos y iones; después, hierbas e insectos. El alma, o los gases que respiramos, vuelve a la atmósfera de donde viene; pues en la naturaleza no hay destrucciones, sino reconstrucciones y transformaciones.

No hay en la Naturaleza nada tan bello como la luz crepuscular por la mañana y por la tarde, nada tan bello como ese fenómeno que nos presenta la atmósfera! La aurora amanece, pintando de rosado el oriente al rayar el día y después viene el sol como soberano espléndido y glorioso en su carro de ópalos perlas y diamantes iluminándolo todo con luz de encendido rojo, color de fuego, para subir alto y bajar en la tarde majestuoso siempre, dejando divinos resplandores en occidente.

Nada empero nos atemoriza tanto como ver un cielo cargado de pardas nubes y relámpagos y oír el torbellino de vientos y ver los ciclones arrasando campos con frutos y ganado, tumbar y arrancar árboles centenarios, destruir ciudades y sembrar muerte en poblaciones enteras.

Tiembla la tierra y nos causa terror; el globo

mientras tanto va equilibrándose, no obstante que rezan los fieles. La Naturaleza tiene sus leyes que deben cumplirse, aunque le causen ruina y muerte al hombre, aunque destruyan plantaciones y ciudades.

La erupción de volcanes, que son el respiradero de la tierra es algo terrífico; las rojas llamas con piedras que son lanzadas al espacio y la hirviente lava que va corriendo al pié de altas montañas y sepultando ciudades opulentas, nos hacen ver que la armonía del universo consiste en fuerzas centrípetas y centrífugas, en destrucciones y transformaciones, en bellezas y fealdades, en consonancias y disonancias, en vida y muerte, esta última para convertirse el cuerpo animal en gusanos, en átomos y después en hierba, árboles y flores, que a su vez nos brindan oxígeno, el aliento de nuestra vida a respirar.

Los filósofos del misticismo y los del realismo son iguales; ambos suponen; pero los del naturalismo están más en lo cierto. Los del misticismo creen a pié juntillas en lo que sólo se suponen, los del realismo lo investigan todo, y nunca llegan a saber el origen o la primera causa de nada de lo misterioso, por lo tanto ambos son iguales; los del naturalismo ven a Naturaleza, analizan y deducen basándose en causa y efecto, y sólo creen en la deducción.

Los filósofos del misticismo creen en un Dios, que tiene su espléndido trono en una mansión celeste, y que es autor de todo lo bueno, creen que el demonio vive en un infierno, al pié de Dios y que es autor de todo lo malo; creen que los buenos van a la gloria eterna y que los malos, aun teniendo la semejanza de

Dios, son condenados por El y arrojados por una perpetuidad a las llamas de un ardiente infierno.

Los del realismo creen nada más en la verdad, en la justicia, o en la conciencia recta, que hacen al hombre superior al bruto; ellos creen que teniendo el hombre estos atributos se llega a la felicidad terrenal, y que el que no las tiene y comete el mal, labra en la tierra su propia desgracia.

Los del naturalismo sólo creen en la evolución del globo y de los planetas, del sol, la luna y las estrellas y del agua, la hierba, las plantas y las flores y de los animales cuya vida depende de los elementos químicos de la tierra y de los gases que ellos y nosotros respiramos de esta terrestre atmósfera.

La mejor e más sublime filosofía que se ha conocido es las enseñanzas de Jesús el Cristo; pues es la principal base de los derechos del hombre, es el fundamento de la verdadera democracia que es la libertad y la humildad.

No vino el Cristo con el boato de Papas ni de reyes, siendo el más grande de los reyes y Papas; no vino a su pueblo con la espada de un soberbio conquistador, siendo el máximo conquistador del mundo; pero vino con la palabra elocuente, persuasiva y a la vez convincente, la palabra santa, sencilla del amor, la paz, y el perdón para todo el mundo.

Montando en un asno entró el Cristo en Jerusalén que aún gemía bajo la férula romana; sus compañeros eran los desheredados de la fortuna; sus hermanos o sus compatriotas esperaban a un Mesías que

les diera la libertad, pero cuando lo oyeron decir: Yo no he venido a abrogar la ley, sino a cumplirla y dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, no le comprendieron, y más tarde le crucificaron poniéndole, como burla, una corona de espinas y haciéndole cargar una pesada cruz hasta el Gólgota, en donde murió perdonando a todos sus enemigos.

Tras de algunos siglos fueron vencidos los romanos moralmente por el Cristo, pues resucitaron sus nobles enseñanzas en la misma Roma, que es hoy el glorioso asiento del Cristianismo.

Como el Cristo, así mismo le pasa a todo verdadero sabio, nadie en su propio pueblo quiere reconocerlo, se burlan de él y le condenan, si es posible, a la más espantosa miseria, pero llega al fin su gran día de triunfo! Caen en ridículo sus inconscientes perseguidores!..... La muerte del sabio es su gloriosa resurrección! Su nombre queda entonces perpetuado en la historia con la justicia y el amor de las interminables generaciones.

FIN

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
43	12	...medio día...	...medio día allí...
43			suprimir las líneas 21-24
71	24	aguelo	agüelo
72	9	aguelo	agüelo
79	20	sinberguenza	simbergüenza
95	11	simbeiguenza	"
101	27	nunca	no
104	17	do parece	do perece
119	29	neurisma	aneurisma
121	7	guzanos	gusanos
135	25	estas y sólo estas...	éstas y sólo éstas
147	11	observarte	observar
165	5	veiguenza	veigüenza
170	25	diré	dije
174	10	me dijo	le dije
182	7	benllú	bonllú
182	16	zalú	salú
184	2	guiro	güiro
184	22	brote	brete
189	28	divorcía	divorciar
191	10	al decir	decir
226	16	invierto	invierno
230	14	guzanos	gusanos
242	19	ciencia	conciencia

INDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo I “El Maestro”	9
” II “La Riqueza y la Pobreza”	11
” III “La Gratitude”	19
” IV “Grandeza de la Naturaleza”	24
” V “Fiestas sin Policía”	26
” VI “Apodos, Gallos y Saludos”	32
” VII “La Crueldad a los Animales”	38
” VIII “Velas o Velaciones”	42
” IX “Ron y Barajas”	45
” X “Ladrones o Violadores”	49
” XI “Evitar Abogados y Tribunales”	54
” XII “Quique y el Vale van al Pueblo”	59
” XIII “Fe y Superstición como consuelo”	66
” XIV “El Vale llega con un Forastero”	70
” XV “La vuelta del Forastero y el Libro “La Verdad en Gotas y Goticas”	74
” XVI “La Picardía de Campesinos”	79
” XVII “Préstamos y Caminos de la Vida”	82
” XVIII “Orden en las Siembras y Cumplimiento de la Palabra	87
” XIX “La visita del Forastero y los Consejos despreciados	91
” XX “Décimas del Maestro”	97
” XXI “Entrometimientos y Honor”	106
” XXII “Muerte y Velorio de Siño Agapito	112
” XXIII “Gallos Pelones y Gritos Mortuorios”	117
” XXIV “Amores de Enrique”	122
” XXV “Amor es Ciego”	128

Capítulo XXVI “Enrique acepta Consejos”	132
” XXVII “Pulperías en el Campo”	135
” XXVIII “Madres y Ausencia del Vale”	139
” XXIX “Historia del Vale Benancio”	144
” XXX “Falsos Amigos”	149
” XXXI “Brujerías y Supersticiones”	155
” XXXII “Noticias del Vale Benancio”	163
” XXXIII “El Perezoso”	159
” XXXIV “Chismes y Calumnias”	168
” XXXV “Temblor de Tierra”	172
” XXXVI “Llegada del Vale Benancio”	175
” XXXVII “El Vale y Polín improvisan Décimas”..	179
” XXXVIII “Amor y Divorcio”	187
” XXXIX “El Lechon Asado”	191
” XL “Nochebuena”	196
” XLI “El Maestro comenta el asesinato”	200
” XLII “Enfermedad repentina del Maestro”	204
” XLIII “El Maestro hace su Testamento”	209

SEGUNDA PARTE

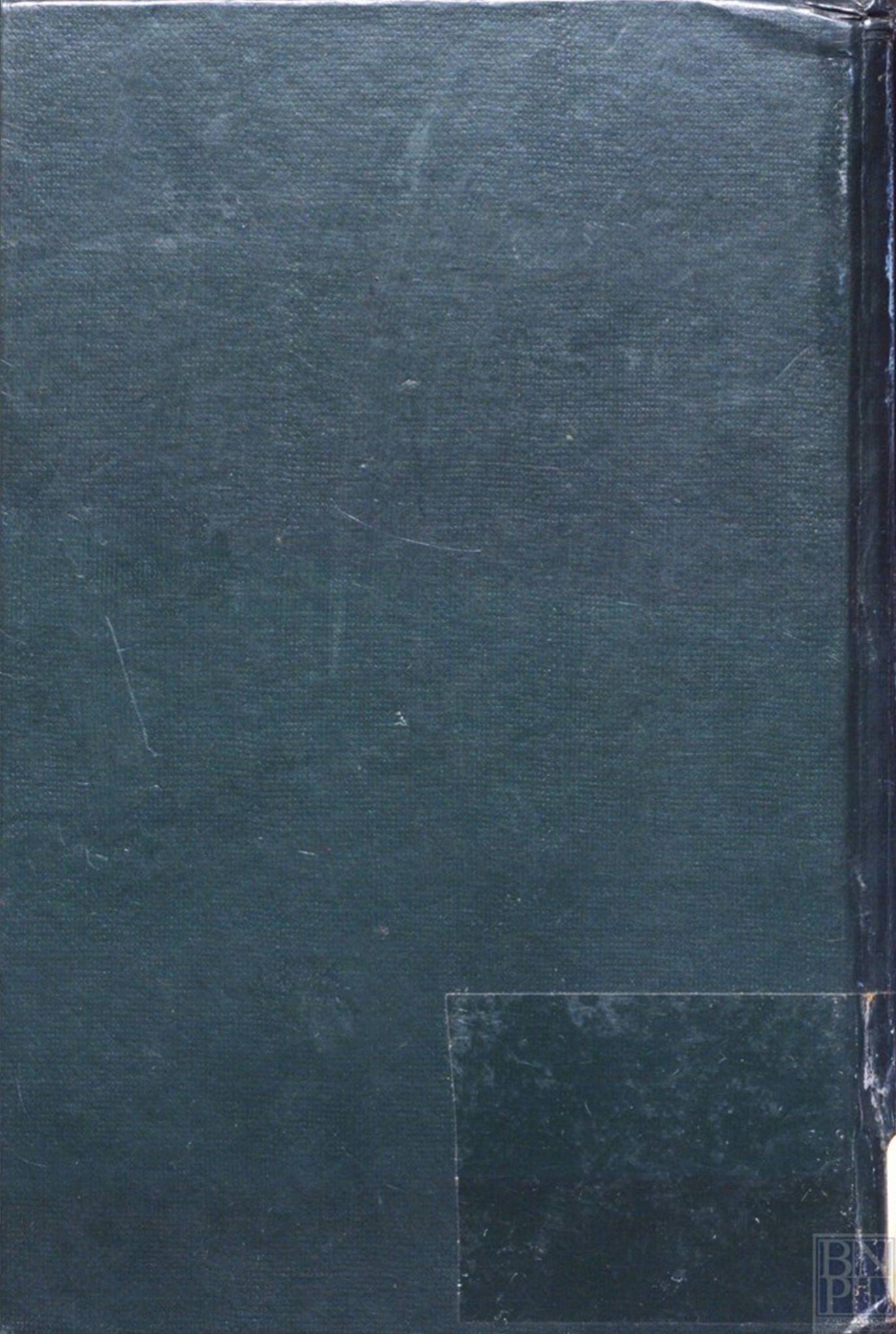
Capítulo XLIV “Consejos del Maestro”	217
Una Buena “Reputación”	217
“El Vicio del Ron”	218
“El Juego de Barajas”	219
“Pasatiempos”	219
“Amistades”	221
“Economía”	222
“El Interés”	223
“Franquezas”	224
“Los Chismes”	225
“El Tiempo”	226
“Asco o Desencia”	227
“Constancia”	228
“Supersticiones”	229
“El Estudio”	230
“La Moral”	231
“Patriotismo”	232
“La Libertad”	233



“Dominio sobre la Ira y el Ron”	234
“La Mujer”	235
“La Niñez”	236
“Paciencia”	237
“Reservas”	238
“La Lotería”	239
“La Puntualidad”	240
“Grandeza Humilde”	241
Capítulo XLV “Muerte y Entierro del Maestro”	242
” XLVI “Después de la Muerte del Maestro” ...	246
“Testamento del Maestro”	248
” XLVII “Partición amable”	249
” XLVIII “Separación del Vale y Enrique”	250

TERCERA PARTE

Capítulo XLIX “La Verdad en Gotas y Goticas”	255
--	-----



BN
P